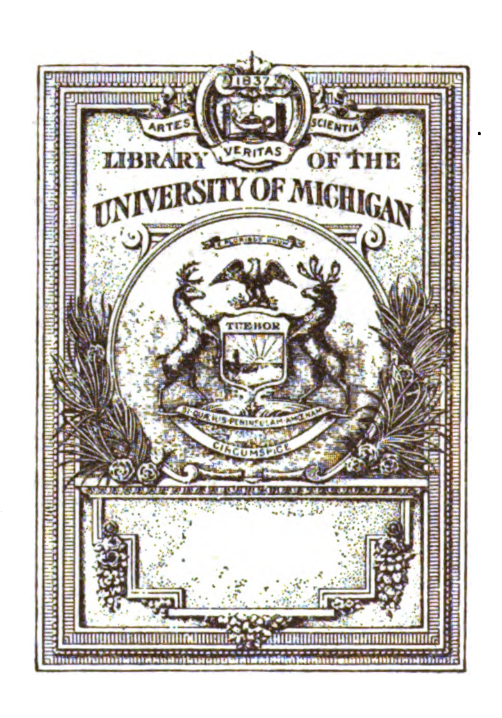
# La vida en Madrid en 1885-

Enrique Sepulveda y Planter




1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

ENRIQUE SEPÚLVEDA y Planter

# LA VIDA
# EN MADRID
## EN 1888

(AÑO CUARTO)

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
*Calle del Olmo, número 4.*
1889

Enrique Sepúlveda

# La Vida en Madrid en 1888

Año IV

ILUSTRADA

CON

MAS DE 200 DIBUJOS

Á PLUMA

ACUARELAS

RETRATOS

CUATRO PORTADAS

Y

UNA CARTA AUTOGRAFA

POR

JUAN COMBA

Fotograbados.

# ÍNDICE

## ENERO



## FEBRERO



## MARZO

## ABRIL



## MAYO



## JUNIO



## JULIO, AGOSTO Y SEPTIEMBRE

### POTPOURRI VERANIEGO

OCTUBRE



NOVIEMBRE



DICIEMBRE

**Los pedidos de esta obra deben dirigirse á casa del autor, Conde de Aranda, 5, bajo, izquierda, de once de la mañana á seis de la tarde.**

## OBRAS DEL AUTOR

**Desde Comillas** *(crónica de un viaje regio)*. *(Agotada.)*

**El tren de los maridos** *(apropósito en un acto, escrito expresamente para la compañía Vallés-Luján y estrenado en el teatro del Escorial)*.

**La vida en Madrid** *(perspectivas)*. *(3.ª edición.)*

**La vida en Madrid en 1886.** *(5.ª edición.)*

**La vida en Madrid en 1887.** *(5.ª edición.)*

**La vida en Madrid en 1888.** *(2.ª edición.)*

EN PREPARACIÓN

**La vida en Madrid en 1889.**

**La vida en San Sebastián** *(perspectivas)*.

**¡Una mosca!** *(boceto de novela)*.



ENERO.—FEBRERO.—MARZO.




# ENERO

## El sueño de una noche de invierno.

*(Alea jacta est).*

Anoche he soñado que tenía en los escaparates de Fé, Murillo, San Martín y Gutenberg el tomo correspondiente al año cuarto de LA VIDA EN MADRID.

¡Sueño lírico, por desgracia mía, pues si bien es verdad que poseo datos y esbozos en pintoresca confusión, esparcidos por mi cuarto, no he tenido hasta ahora valor bastante para casarlos, ordenarlos y ofrecerlos al público en ramillete de bodas ó de verbenas, en cantares llenos de dolientes coplas, ó de esas carcajadas vibrantes que á lo lejos parecen fuga de ruidos metálicos ó explosiones de amor al uso de las gentes del mediodía!

El sueño me ha puesto triste, porque al fin es una decepción que se apodera del alma, y abate como el error de la naturaleza, cuando ésta yerra, y desalienta por ser impalpable como el aire, infinita como el espacio, é inoportuna como el fastidio.

A este estado del alma llaman las gentes melancolía, y no aciertan á expresarse de otro modo mejor, porque ese estado del alma es uno de los fenómenos más complejos que en esfera superior representa la emoción que oscila lenta y dulcemente, entre los dolores y los placeres.

Todo el mundo puede ponerse triste sin discernir la causa, pero no todos pueden estar melancólicos.

Y, he ahí en lo que consiste precisamente el problema de la melancolía, para la que se necesita una gran sensibilidad, una tendencia fija á lo maravilloso y á veces un gusto movido por la ociosidad contemplativa.

Observo que, en efecto, no debe estar mi pluma en estado normal, porque los grabados que hago en la primera cuartilla tienden á llevarme lejos de mis aficiones naturales.

A mí no me gustan, por ejemplo, los colores tristes ni los matices cenicientos, pues como buen español amo los reflejos vivos, el cielo sin nubes, la luna sin manchas y la mar rizada por la suave caricia de los vientos alisios.

Perdona, pues, amado lector, que me has seguido con atención benévola durante los tres últimos años, y no eches á mala parte el extravismo literario que parece sobrecogerme al empezar el cuarto tomo de La Vida en Madrid, porque eso no es más que una ráfaga pasajera del sueño de una noche de invierno. Ya verás cómo se desentumece mi lapiz y cómo corre exento de aprensiones, con honestidad y decencia, por el campo lleno de ortigas, que siguen hollando con sus plantas las mujeres anónimas, las que hablan todas las lenguas de la Torre de Babel, las horizontales, las vengadoras, las *momentáneas*, las Armidas, las Cleopatras, las Safos, las Circes; todas las garduñas negras que beben sangre y oro, todas las que vacían el cere-

bro y el bolsillo de los insensatos que las adoran, porque han bajado á la tierra por la escalera del vicio y no tienen alma para elevarse á Dios.

Volveré á ser cronista de la Corte, para no ser filósofo; haré siluetas ligeras en cuadros vivos, ni feas ni repugnantes, porque no soy partidario del naturalismo moderno que considero *enfermedad estética*, puesto que aspira á conmovernos con groseras imágenes, sin tener en cuenta que el arte no es una fotografía pública, sino la elección fina, depurada de lo bello en lo verdadero. El dolor en el arte, verbi-gracia, puede y debe conmovernos sin causarnos agonía; debe hacernos llorar pero no producirnos horror, porque podríamos llegar á sentir, á pesar nuestro, odio hacia la madre naturaleza.

Picaré en amores, tan hondo como lícitamente me sea permitido, teniendo en cuenta que el beso fué antes un crimen, un sacrilegio, y ahora es el principio del adulterio, al que los caprichos brutales del hombre consideran como un puerto de refugio en el seno de las familias.

Hay que fustigar valientemente las debilidades del espíritu que llevan la sociedad moderna á la destrucción. Hay que defender á este querido Madrid de mis aficiones literarias, de la epidemia contagiosa que en el orden moral está asolando á muchas capitales de Europa. Hay que elevar por el honor y el pudor, y fortalecer por la decencia, las acciones más insignificantes de este pueblo impresionable, pero en el fondo virtuoso.

Yo procuraré hacerlo con buena fe, sintiendo que el talento que me falta deje incompleta una obra de redención á la que están llamados todos los espíritus sanos, todos los españoles leales, todos los madrileños de raza, todos los que sientan en su alma el instinto de la pureza agitado por la espuela de oro de Dios.

Despierto del todo (ya era tiempo) al despuntar la aurora del año nuevo, voy á pasar revista á los trabajos diarios, á los cabildeos políticos, al eterno batallar de las luchas humanas, á los esplendores que deslumbran, á las miserias que entristecen, á todo ese conjunto variado y armónico de esperanzas y decaimiento, de anhelos del infinito y de mentiras doradas, de halagos fascinadores, labores rudísimas para lograr el sustento, frivolidades y veleidades que constituyen el exterior é interior de la vida especial de la Corte.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Decíamos ayer.....





## Fernández y González.

La primera efeméride del año 1888 ha sido una elegía triste.

Ya no existe Fernández y González. Ya se ha apagado para siempre la luz de aquella inteligencia preclara, los alientos de aquella alma templada como se templan en Toledo los aceros. Una grave enfermedad que se ha enseñoreado pronto de aquella naturaleza gastada por la lucha constante del rudo trabajo, ha hecho sucumbir al gran novelista en la madrugada fría y oscura del día de Reyes, del día de las poéticas tradiciones de la infancia.

No recuerdo en qué periódico he leído que Fernández y González debiendo haber sido el Walter

Scott de España, ha terminado su vida, por vicisitudes de la fortuna, condiciones de carácter ó circunstancias de los tiempos, escribiendo á destajo novelas, cuya publicación no causaba ningún efecto en el mundo de las letras.

Este hecho doloroso, es, por desgracia, bien cierto. Fernández y González había perdido ya el prestigio que un tiempo ejerció sobre las multitudes, ávidas siempre de saborear sus producciones; y es más, habían llegado á olvidarse de él infinidad de gentes en quienes no fuera lícito suponer tal flaqueza de memoria. Fernández y González vivía olvidado. Sólo para sus intímos (lo eran muchos) conservaba rasgos de ingenio y un tesoro de cariñosa amistad que jamás fué desmentida. Fernández y González ha muerto pobre. Su habitación, situada en la calle del Amor de Dios, ponía pena en el ánimo del visitante al contemplar aquella sala casi desamueblada, aquellas humildes esteras, aquella atmósfera de supina miseria que flotaba en el aire y en todos los objetos.

Ha vivido sesenta y siete años de una vida agitada, especialísima, *sui-generis*, que comenzó en Sevilla y puede decirse que terminó en Madrid en 1862 cuando por el exceso de trabajo quedó medio ciego. En ese tiempo Fernández y González ha producido entre novelas, obras dramáticas y una inmensidad de poesías, artículos, leyendas, etc., etcétera, más de 600 obras. ¡Puede darse fecundidad más grande! ¡Puede imaginarse nada más desconsolador que el hecho de no encontrar en la

casa de un hombre semejante más que *seis reales* el día de su defunción!

Era poeta de imaginación galana. ¡Qué extraño, habiendo nacido en Sevilla y criádose en Granada, las ciudades favoritas del sol, de las flores, de los pájaros, de las mujeres bonitas... de la poesía en fin.

En su cuarto de estudiante sentado á la mesa, con la pluma en la mano, sentía removerse el fondo de sus entrañas, el acicate del genio rozaba su epidermis y cantaba las alegrías de la vida, los dolores del corazón, los encantos de las edades históricas repletas de ideales llenos de poesía; todo con incomparables vuelos imaginativos, con urbanidad amena, versificación correcta, ingenio dramático, habilidad en los lances, y sobre todo con una encantadora inspiración española, auténtica, apasionada, cristiana, que pinta con llamas de púrpura y amor, y pone el requiebro en la boca y la espada en la mano. ¡Cuántas de éstas y de cuántas clases hizo jugar su diestra en la de sus personajes más populares! A haber conservado ejemplares de cada una para legarlos en herencia, fácil sería ahora llamar en su casa á Concilio á los siglos y reconstituir epopeyas con reliquias vivas de tanto valor histórico como artístico. Con ellas á la vista podría hacerse el resumen historial de muchas centurias, la cronología de los hechos más memorables, las efemérides patrióticas de esta nación caballeresca cuyas armas vencedoras dieron la ley á los pueblos en los ámbitos de la tierra.

Astro de este cielo cuyo sol alumbró los ámbitos del mundo, no fué su eclipse completo cuando la cruel enfermedad de la vista llegó á dejarle casi impedido, ni lo será ahora que la Iglesia recoje la envoltura humana y canta sobre el ataud en secuencia de lágrimas el imponente *Dies iræ* de la aflicción nacional. Su genio queda en el espacio y en las horas del crepúsculo, cuando los últimos rayos solares se convierten en polvo de oro, la centella divina vendrá algún día á irradiar sobre la frente de otro novelista-poeta y á inspirarle las mismas aficiones en el propio estilo varonil y castizo.

Ciego ya, y achacoso, no decayó por esto su inventiva ni se amortiguaron los bríos de su imaginación. No podía escribir, pero dictaba sus obras, y aun en alguna de las escritas en estas condiciones se siente palpitar el espíritu hidalgo y expansivo de las grandes damas españolas, y hay cuadros primorosos en que se ve la mano pequeña, recatada, que corre la cortina de la litera para evitar un saludo vanal, ó acaso para corresponder á otro más interesante, que formula tiernos conceptos, por la portezuela contraria, y se forma idea clara de la época de los amores mitológicos y de los mantos, de las cuchilladas dadas y recibidas. Se servia al Rey, pero se moría por la dama.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Descanse en paz, Fernández y González!

Y elogiemos para terminar, la conducta observada con ocasión del sepelio y honras del insigne

novelista, por el Ateneo de Madrid y la Sociedad de Escritores y Artistas.

Todo lo merece quien, como el autor de *El cocinero de S. M.*, fué en lo heroico, culto y elevado; en lo moral, erudito y sentencioso; en lo lírico, agradable y elocuente; en lo sacro, divino y conceptuoso; en lo amoroso, honesto y respectivo; en lo jocoso, salado y vivo; en lo cómico, sutil y proporcionado; docto y ardiente en la frase; grave y fecundo en la sentencia; agudo en la idea; animoso en la inventiva; singular y eterno en la fama.

---

## La casa nueva.

¡Válgame Dios lo que adelanta la que están construyendo delante de la mía!

Tres meses hará que la empezaron, y ya proyecta sombra en la acera y le falta muy poco para que ondee sobre el caballete del tejado, la bandera que anuncia la terminación.

Es realmente muy entretenido ver levantar una casa, y comprendo que los madrileños transeuntes (aunque estén *avecindados* en la corte) se detengan á observar en las calles donde hay obras.

Mi vecina promete ser hermosa finca en la apariencia, pero inmueble defectuoso en lo interior. Como á la gran mayoría de sus análogas de Madrid, le sucederá á ésta lo que á las mujeres com-

puestas que en la calle seducen y espantan en el tocador.

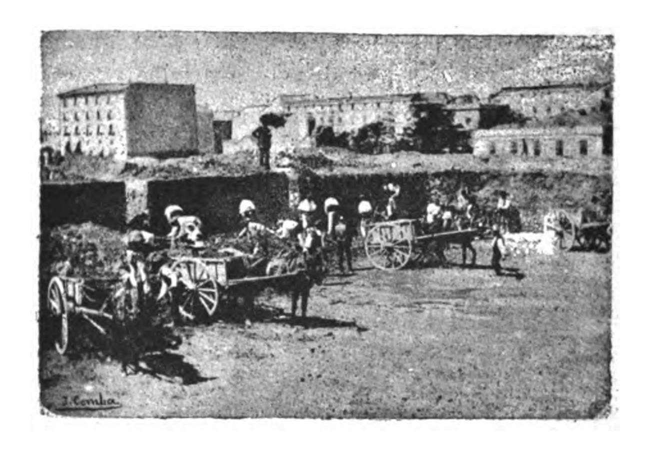
La casa nueva constituye para el barrio una emoción de primer orden. Allá se estaba tan callado el solar cercado por desvencijada valla, y de él se servían los dueños de las tiendas más próximas para tender la ropa y para que jugasen los chicos. El solar permitía además lícitas expansiones de visualidad agradable á los vecinos de la calle, y en invierno dejaba que el sol calentase las habitaciones exteriores, ahorrando mucho dinero en la calefacción.

Pero todo esto amenazó acabarse el día en que cinco ó seis hombres entraron en el gran perímetro cubierto de yerba y empezaron á hacer medidas y á tirar líneas. ¡El solar se vende! ¡Van á construir enfrente! ¡Quién es el dueño! ¡Ojalá no se arreglen en el precio! Ya no se oye otra cosa en el contorno desde el día de la medición, hasta aquel en que las dudas desaparecen con la presencia de varios obreros que se dedican á desmontar el terreno, y de varios carros que se llevan la tierra.

Entonces como ya no hay remedio, y la ropa se tiende por precisión dentro de casa, y los chicos juegan en el portal, y los ojos de los vecinos se acostumbran de antemano á la futura relativa oscuridad; entonces, digo, haciendo cada cual en mayor ó menor grado uso del refrán que dice «el que no se consuela es porque no quiere», cambian de tono y de intención las exclamaciones y á las de

disgusto sustituyen estas: ¡Quizá mi casa gane con otra enfrente! ¡Esto estaba muy solo! ¡El solar afeaba la calle! ¡Tendremos menos calor en el verano! etc., etc.

Empezó el desmonte hace tres meses. La labor es ruda, pues la tierra endurecida, apisonada y dotada ya espontáneamente de condiciones de fertilidad, opone una desesperante resistencia pasiva al pico y al azadón de los obreros. Los carros no cesan de ir y venir; el coro de imprecaciones de los carreteros hace algunas veces cerrar los cristales del balcón, pero en definitiva el espectáculo re-



sulta curioso, porque el aumento de brazos y de mulas vence pronto todos los obstáculos, y además porque las leyes *económicas* de las modernas construcciones de *alquiler*, sostienen como buenos

y prácticos principios de un inverosímil atrevimiento arquitectónico, que hace reducir hasta el absurdo la parte cimentada y aprovechar grandes segmentos y mojones de la propia tierra del suelo, con lo que en pocos días cambia la decoración, y desaparecen los carros, los carreteros y toda la *turbamulta* del desmonte.

Ahora ya entran en juego los albañiles capitaneados por el maestro de obras que tiene habitación gratuita en una casita de panderete adosada á la construcción, y regentados por el arquitecto y por el dueño de la finca que visitan á diario la obra, especialmente el segundo.

Con sus trajes blancos parecidos á los que emplean los *pierrots* de las pantomimas, con sus gorritas de seda y su característica fiambrera embutida en el saquito de tela rayada, los albañiles no corren, vuelan en la construcción, y en poco tiempo dan término á la parte honda de la casa, á la que encierra los misterios económicos de que antes he hablado, asoman la cabeza á la altura de la calle, y entonces como si el aire y el ruido y las conversaciones les reanimaran, aun corren más y se aprecian de día en día los adelantos asombrosos de la fábrica.

Iniciado el primer piso, auxiliados los albañiles por los carpinteros, la casa se simplifica grandemente, pues como las casas modernas se forman con un *bosque* de maderas y unos cuantos *hornos* de ladrillos, los primeros llenan rápidamente los huecos de las vigas y de los pies derechos que los

otros colocan. Nada de hierro que se adosa mejor y dura más que la madera, nada de máquinas que mitiguen el esfuerzo del obrero. Todo esto cuesta mucho, y después de todo, por lo que á la solidez de la casa atañe, bien está como va, teniendo el que la levanta propósito de venderla en cuanto esté terminada, y por lo que se refiere á los trabajadores, para eso cobran el jornal y para eso se les concede como descanso *una* hora en invierno y tres en verano.

Causa pena ver en la tarea del acarreo, descarga y elevación de maderas, á los que tienen que verificar todas esas operaciones, sobre todo al pensar que en otras clases de construcción y con el auxilio de máquinas, grúas y andamios movibles, hay menos preparativos que hacer, menos esfuerzos que realizar, menos trabajo perdido, más tiempo aprovechado y más seguridad garantida.

La casa nueva sigue subiendo; ya casi puede apreciarse la distribución que ha de tener, pues en la originalísima cartilla del constructor económico de Madrid, se dispone contra todas las reglas de la práctica y del sentido común, que se haga la fachada cuando ya están concluidos de *hilvanar* interiormente, hasta los sotabancos. Con este sistema, y con el de dejar también para lo último el cubrir los pisos, no hay para qué decir que en los días de lluvia, la casa se inunda en términos que cuando al siguiente, ó pasados unos cuantos, se reanuda el trabajo, la primera ocupación de los peones es de desalojar con cubos el agua es-

tancada en las alcobas, comedores, patio y escaleras. Este riego repetido, hincha las maderas, que al secarse merman, y que al volver á su estado normal adquieren ya el germen vivificador de las cucarachas y otros animalitos domésticos, que al poco tiempo de estrenadas hacen insoportable la vida en esas casas.

Por fin á los tres y medio ó á los cuatro meses de iniciado el desmonte, la casa está cubierta, cerrada, puestos los balcones, las maderas, las puertas, las rejas de las cuevas de las tiendas, terminada, en fin, á falta de la pintura, empapelado y estucado, que tampoco consumen gran tiempo.

La fachada es casi una obra de arte. Tiene un revoque que imita el ladrillo fino y que produce muy bonito efecto; tiene los balcones orlados con columnas de piedra... de *yeso*, es decir, con yeso *convertido* en piedra; tiene unos antepechos de hierro calado y bordado que no hay más que pedir; tiene cierres metálicos para las tiendas, tiene en fin todo lo que hace falta para *llenar la vista* del comprador ó del inquilino simple, y queda por tanto conseguido el objeto del que se gastó en construirla mucho menos dinero del que debiera gastarse.

La casa *nueva* será pronto una de tantas casas *viejas*, bastándole para pasar á este estado, con hacer lo que se llama en términos técnicos *el asiento;* pero por de pronto, la casa nueva está ya en disposición de recibir á sus moradores. Ya le han dado la última mano; ya recobra la calle su aspec-

to ordinario; ya no suena la campana que á las doce tocaba para comer, y á la una para volver al trabajo; ya no toman el sol los operarios tendidos en las aceras, obligando con su desahogo clásico á los transeuntes á bajar al arroyo; ya no vienen los carros de yeso á tender la tupida cortina blanca que en ocasiones hizo noche en la calle en pleno día; ya en fin se acabó la obra, y la casa nueva se muestra ufana, tentadora, arrogante y hace sus primeras armas en la carrera del inquilinato, proporcionando á los porteros unas calenturas intermitentes, debidas á la horrorosa humedad que destilan las paredes y que los cuerpos absorben con su calor.

La casa nueva de mi calle está cortada por el patrón de casi todas las de Madrid. Como á ellas le falta ventilación, comodidades, espacio respirable en las habitaciones, higiene en los retretes, luz en los cuartos interiores, y qué se yo cuantas cosas más. Construcciones de oropel, ajustadas á un plano que resulta imposible al habitarlas, ésta como las otras, son más verdaderas casas á la *malicia*, que las que antiguamente se edificaban en la corte sólo con piso bajo, para librarse de la carga de aposento. Por esto Madrid tiene ese aspecto de vejez que no se explica á primera vista habiendo tantas y tantas casas nuevas. ¡Cuánto ganaría si se edificase menos pero mejor, ó tanto como ahora, si lo exigen así (que no lo creo) las necesidades de la población, pero con otros procedimientos.

¿Qué diferentes aspectos ofrecerá esta casa nueva, que desde ayer muestra ya el *alquila* en tiendas y balcones? Es difícil saberlo. Podrá ser casa de comercio, de baños y hasta de beneficencia; de comidas, de juego y de empeños. De vecindad lo será seguramente, que para eso está hecha, y quizá resulte también de huéspedes. Menos mal si no es de vacas, y haga Dios que tarde mucho en ser mortuoria, para desmentir aquello de *casa hecha, sepultura abierta*.

De la gente que venga á habitarla, y á tener una servidumbre de vistas sobre la que hasta hoy he ocupado yo sin temor de que el vecino de enfrente pudiera inspeccionar mis actos, nada digo, porque en poniendo los visillos que ahora no eran precisos, quedan cortadas las comunicaciones. Y allá se las compongan, que yo no he de ocuparme de averiguar si entran ó salen, si se le cae á alguno la casa á cuestas, si se les *arde la casa* por alborotos ó riñas, si tiene dos puertas y es mala de guardar, si deshacen la casa ó la echan por la ventana, ó la levantan, ó no caben en toda ella.

En estos asuntos yo soy partidario acérrimo del adagio que dice: *Cada uno en su casa y Dios en la de todos*.

---

## La bailarina.

Dicen que el amor en la mujer es una cuestión de orgullo, ó más bien una lucha. Como es débil, quiere vencer siempre y sobre todo dominar al principio para hacerse más tarde esclava de su amante.

Dicen también que á causa de la eterna ley de los contrastes, la mujer no ama jamás al hombre que por un motivo ó por otro no lisonjea su amor propio.

Dicen, por último, que el corazón de las mujeres es un libro especialísimo, donde nunca el hombre ha sabido leer una sola palabra.

Difícil sería apreciar si por alguna de estas consideraciones, la infeliz Rosa Romero, que era hace quince años bailarina del Teatro Real, no podía amar al dependiente del mismo coliseo, Enrique Larac; pero averiguado como está, que él no era libre, es más verosímil y más digna la versión que atribuyó el desvío de Rosa á la circunstancia de estar casado su adorador. De ahí la renuncia á esas relaciones amorosas, y de ahí que esa renuncia sea honrada y conmovedora.

Una pasión brutal hace al amante acechar á Rosa desde una taberna próxima al teatro, y al verla llegar acompañada de una amiga, se adelanta ocultando en la manga de su chaqueta el hierro homicida, dice á la muchacha que acompaña á

Rosa: «Retírese usted que tengo que hablar con ésta», y una vez solos, hiere de muerte á la infeliz bailarina, que cae en tierra exánime.

¡Puede imaginarse nada más repugnante!



El drama está allí latente; los personajes acaban de representar su última escena. ¡Buen modelo de realismo para trasladado al papel por los ofuscados discípulos de Zola. Figura principal, protagonista, personaje que sintetiza el pensamiento de la obra y el realismo de la misma, el dependiente del Teatro Real. Argumento: el sensualismo elevado al infinito; el sensualismo que no admite frenos ni reconoce leyes, que no cree en la virtud ni en el pudor, que no se acuerda de que comparte su vida con otra mujer, que es la legítimamente suya, la que le juró eterna fe ante los altares, á cambio de un juramento análogo. No puede pedirse más.

La figura de la bailarina, la silueta de esa mujer

joven y bonita, que quizá á costa de su corazón mantiene incólume su decoro, y comprendiendo que no debe amar á aquel hombre, se deja matar antes que entregarse, Rosa Romero huelga en esa tragedia tenebrosa, pero por eso mismo se la debe dedicar el elogio que merece.

Ella—á sus amigas se lo había dicho aun antes de saber toda la verdad—tenía escrúpulos, y la fuerza del pudor entra por mucho en la delicadeza de esos escrúpulos. Quitad sinó el miedo de la vergüenza, y ésta ya no existe. La desdichada bailarina del Real no era seguramente una mujer mogigata, sino una mujer honrada y digna, que en vez de creerse obligada á las leyes instintivas de la naturaleza, se somete tranquilamente al deber de las obligaciones morales.

Él, un hombre de veintitantos años, no tenía esos escrúpulos y creía sin duda, como tantos creen, que una mujer joven es siempre accesible, y que si esta mujer es bailarina ó corista, esa facilidad agigantada por la gula del vicio, es casi una obligación de la que no puede eludirse la víctima en quien el cinismo clava una vez los ojos amoratados por la orgía. ¡Profundo error, porque en los cuerpos de coros y de baile hay muchos ejemplos de mujeres virtuosas, que buscan esa forma de trabajo para llevar á sus padres ancianos, ó á sus hermanas ciegas (como lo era la de Rosa) el cuotidiano sustento; pero recogen del foso el premio de sus servicios, sin mancharse siquiera los dedos!

Es fama que en los Estados Unidos, una mujer joven puede ir de uno á otro extremo del vasto imperio atravesando pueblos y desiertos, y que en todas partes, en las fondas, en los caminos de hierro, en los vapores, en los teatros, en los paseos, en los talleres, no encuentra más que atenciones y respeto. Por este solo dato creo yo en el porvenir de los Estados Unidos, sin que necesiten hablarme, para persuadirme de la grandeza de ese porvenir, del comercio de los americanos, ni de su agricultura, ni del rápido acrecentamiento de sus poblaciones, construídas como por encanto, ni de la América Septentrional atravesada en toda su longitud desde Nueva York hasta San Francisco de California, ni de su riqueza, ni de su prosperidad. Basta con que me digan que una mujer joven puede ir desde el Norte al Mediodía, desde el Oriente al Poniente, cual si estuviera en todas partes cobijada por la mirada de su madre, para reconocer que hay en esa tierra una grande y vigorosa civilización.

Mucho de eso nos hace falta á nosotros, y mucho más valdremos el día en que prácticamente aprendamos que el respeto á la mujer, es decir, al sér más apto para inspirarlo, y el menos apropósito para defenderse, es el triunfo más grande de la ley moral sobre la ley del instinto. Se me objetará quizá, que ese respeto quien debe enseñarlo mejor es la misma mujer, y diré que estoy conforme; pero aprendamos al menos á respetar á las que saben respetarse, á las que tienen de su honor y de

los escrúpulos que inspira, una idea clara, pura y delicada.

Rosa Romero ha sido enterrada á expensas de sus compañeras, que sin excepción de una sola han entregado pequeña porción de su modesto sueldo, contribuyendo también á ese gasto y á cubrir las necesidades de la pobre ciega la empresa del Real y algunos abonados.

Una cruz, un epitafio, un calabozo, una mujer abandonada y una esposa y madre llorando eterna aflicción, eso es lo que queda detrás del crimen de la plaza de Isabel II que tan honda impresión ha causado en Madrid.

---

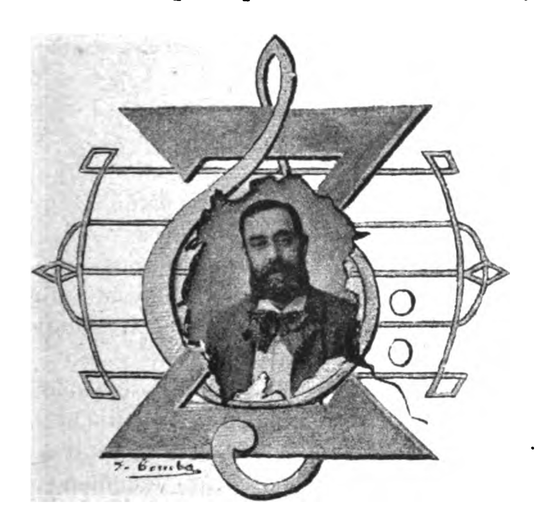
## ¡Nieves!

No me refiero á la comedia que con ese título tiene hace años escrita y en cartera mi amigo Ceferino Palencia, sino á las verdaderas nieves de los últimos días.

Por lo visto hubiera sido una impropiedad de los tiempos comer sin ellas el besugo de Noche Buena y la torta de Reyes, y para que la crónica metereológica de 1888 no registrara fenómeno semejante nevó este año primero poquito á poco, después con despilfarros tales que en pocas horas la villa y corte de Madrid se vió casi convertida en estepa inexplorable de la Siberia.

Mangueros, barrenderos, cuadrilleros é inspectores, todos se echaron á la calle resueltos á vencer ó morir, á dejár la vía libre de montones de nieve, á impedir que el hielo, consolidando los copos, diera uno redondo y magnífico á los desprevenidos habitantes de Madrid, y trabajando con ahinco como quien busca un tesoro, consiguieron echar por las alcantarillas abajo las sábanas blanquísimas que el nublado tendió por nuestras calles y plazas.

Motivo había para que el señor Alcalde mayor



diera las gracias en una orden del día al teniente D. Benito Zozaya, por el celo, inteligencia y denuedo con que procedió á expulsar de nuestro suelo

meridional esa plaga maléfica de las regiones hiperbóreas. ¿Quién mejor que el simpático editor de música podía combatir la nieve? Aparte de su actividad, tiene hace años depositada para su establecimiento, como marca de fábrica, una clave de sol. Poseía, pues, la *clave* de lo que convenía hacer, y el *sol*, el más rápido elemento de delicuación.

He llamado plaga á la nevada y me ratifico en lo dicho, porque á mí no hay quien me quite de la cabeza que por más que diga el refrán «año de nieves año de bienes», lo cierto y positivo es que nuestras tierras labrantías no necesitan para ser fecundas amortajarse en semejantes sudarios; y en cuanto á las ciudades y pueblos es un verdadero conflicto el que ocasionan las nevadas nefandas, porque si se hiela la sábana, hay abundancia de brazos y costillas rotas, y si se deshiela á puro de escobazos y chorreones, queda por final una mezcla de barro y agua sucia, que no se puede andar por las calles ni *flanear* por las aceras sin atollarse.

Mas prescindiendo del efecto real de la nevada, la perspectiva óptica que ofrece el redondel de la atmósfera vertiendo nieve en forma de lluvia menuda cual si fuera polvo de arroz cernido en aparatos de tul, ó en turbión descomedido de copos grandes como merengues, es para nosotros, los meridionales de Madrid, una sorpresa invernal de las más grandes. No parece sino que todas las hilanderas prehistóricas del globo, juntas en el espacio azul, hilan el vellón de las nubes y nos lo envían en copos desde el rocador para que nos en-

tretengamos en amasarlo en bolas descomunales.

Es un aguinaldo barato el que nos envía el rey de los hielos, aguinaldo que nos produce emoción porque ahoga las plantas en los sembrados, nivela las veredas, hace descarrilar los trenes, y mata á los pobrecitos pájaros que no tienen abrigo donde ocultarse, ni encuentran donde comer un grano de trigo.



Para portarse así, bien está San Pedro en Roma, bien está la nieve en las alturas siderales; y si porque sobra el combustible hay que vaciarla sobre nuestras cabezas, yo pido á la parca jefe de las hilanderas que apunte la rueca sobre la Laponia y dispare el copo contra aquellas chozas y aquellas playas inhospitalarias, pues aquí, en la bendita tierra del sol que destila la vida en átomos luminosos, la nieve es una aberración, un arcaísmo, una monstruosidad impropia de gentes civilizadas.

## La silueta de un banquero.

Son estas unas cuartillas póstumas, no por lo que atañe al que las escribe sino por la persona á quien se refieren.

Marca el calendario la fecha 16 de enero y este es el día de un aniversario de su muerte. Es, por tanto, oportuno el recuerdo.

¿Quién fué el sujeto en cuestión? ¿De dónde vino? ¿Hacia dónde caminó? Para responder á estas preguntas sería preciso echar las cartas de los bohemios ó pedir prestado á un Mago el libro de los astros y áun así dudo que el azul del cielo reflejase los contornos de aquel gigante olímpico.

¿Fué rey ó pechero, hombre ó mito, cristiano ó pagano? De todo tuvo un poco, y sin embargo, no fué nada de todo eso. Fué simplemente un mortal vaciado en la turquesa ateista del siglo XIX, que supo hacer, que supo vivir y que murió con la sonrisa del deleite en los labios. Tuvo algo de los dioses mitológicos: una especie de gracia real que algunos monarcas le envidiaron. Con sus inferiores y sus iguales su urbanidad fué exquisita, porque en el fondo sentía hacia unos y otros el mismo perfecto aprecio. Consiguió realizar tan perfectamente como es posible, en su persona, el tipo casi sobrehumano que se había propuesto, y cuando se contempló de arriba abajo en el espejo ideal, siempre iluminado ante sus ojos, se mostró satisfecho.

Fué lo que quiso ser, y el programa de su vida se ejecutó fielmente tal como se lo había trazado.

Por un esfuerzo constante de su voluntad enérgica llegó á domar dentro de sí mismo todos los sentimientos instintivos de que el mundo es juguete, y que él calificaba de inspiraciones de la naturaleza animal ó convenciones que ligan sólo á los débiles.

De mozo se aplicó á desenvolver hasta la última



perfección los dones físicos y las facultades intelectuales, á fin de disfrutar en la corta peregrinación de la cuna al sepulcro la mayor suma posible de goces. Convencido de que la delicadeza de gusto, la elegancia de forma y los refinamientos del buen tono, constituían entonces como ahora una especie de belleza moral que completa

á un *Grande*, procuró adornar su persona con esas gracias supremas y ligeras. Así hace el artista de conciencia que no quiere dejar en su obra ningún detalle incompleto.

Como resultado de este trabajo estético, ejecutado con gran éxito, fué el más amable, por no decir el más dichoso de los hombres. Amó sin amor, pero creyendo que lo hacía de veras. Sus elegidas, infinitas, no es posible contarlas porque fueron muchas. Siempre se creyó en el deber moral de inmortalizarlas, enterrándolas delicadamente bajo las flores de la amistad ó de una *jubilación* opulenta.

A semejanza de todos los hombres que estiman en algo el mérito, vió realizado cuanto deseó. Seguro del porvenir lo *descontó* atrevidamente, y vivió en el trono de oro de la opulencia mercantil. Su rápida fortuna se debió á su audacia sorprendente, á su talento clarísimo, á la finura y sagacidad de sus cálculos, á sus grandes relaciones, y también á su independencia moral. Le fué familiar una frase que pronunciaba siempre con singular gracejo: —«La humanidad—decía—está compuesta de accionistas.»

Se distinguió por la autoridad seductora de su persona. Supo cotizar su nombre, su situación política, su reputación de honor; se sirvió de todo y no comprometió nada. Fué incapaz de una acción baja y no hizo jamás partícipe á ningún amigo de negocios desastrosos, pero si las cosas salían mal sabía retirarse á tiempo mientras los demás zozo-

braban. Esto no tiene nada de particular. En las especulaciones financieras, como en las batallas, hay lo que se llama *carne de cañón*. Si los hombres de la talla de aquél se preocupasen demasiado del éxito, no harían nada de provecho.

Su palabra tuvo siempre fuerza de contrato en el *Areópago* de la Bolsa y en las regiones más puras del Casino y del Sport.

¿Quién fué, para concluir, la personalidad que me ocupa?

En España, un pagaré á la orden.

En París, un *Raffiné*.

En Londres, un Gentlemant.

En Roma, Papista.

En Alemania, Príncipe.

En la India, Nabab.

En Oriente, Profeta; en Occidente, Ante-Cristo; en su casa, huésped; en el mundo, cadáver.

¡Rogad por su alma!

---

## Madrid religioso.

### LA FIESTA DE LA CATEDRAL

Madrid es un pueblo eminentemente religioso, aunque otra cosa pretendan sostener algunos. Para convencerse basta observar el gran número de hombres que asisten los domingos á las iglesias á cumplir con el sagrado precepto; basta ver la de-

voción que la gente de los barrios bajos profesa á la Virgen de la Paloma, y la fe con que acude la capital en masa á las festividades de la Semana Santa, y el respeto con que todo el mundo se descubre en la calle al encontrarse con el Viático. Madrid es un pueblo generoso, honrado, altivo y valiente; por eso es religioso.

La religión es la única forma de satisfacer las necesidades más misteriosas del alma. Y ¿dónde hay nada más bello y más seductor que las cosas misteriosas? Los sentimientos que más cautivan nuestro espíritu son aquellos que agitan la existencia con cierta confusión; el pudor, la castidad y la virtud tienen sus secretos; la inocencia, que es una santa ignorancia, tiene también infalibles misterios. La infancia es dichosa porque no sabe nada; la vejez ya es más desgraciada porque quiere saberlo todo; pero afortunadamente para esta última, cuando terminan los misterios de la vida, comienzan los de la muerte.

Es la religión un vínculo sacrosanto que establece el cielo con las sociedades humanas; es la expresión manifiesta y palpitante de las relaciones que unen al hombre con su Criador, á nuestra vida presente con nuestro destino futuro; es, en fin, la ley por excelencia que impone dogmas y preceptos morales, sancionados por la imperecedera justicia del Todopoderoso.

Madrid en masa ha asistido á la fiesta majestuosa y solemne, celebrada en honor de Su Santidad León XIII en la Iglesia Catedral de San Isidro. No

todo han de ser diversiones, ni funciones teatrales, ni carreras de caballos, ni corridas de toros. Madrid acude también á las funciones religiosas y en mis crónicas debe dedicarse al menos un capítulo á describir alguna, sobre todo siendo tan espléndida como la á que hago referencia.



Llovía si Dios tenía qué, aquella mañana, pero no fué esto obstáculo para que á pie y en carruaje fuesen llegando al templo los fieles, que en poco rato lo llenaron, y á la calle los curiosos que no podían entrar por falta de papeleta ó de hueco. A las diez de la mañana estaba de todo punto intransitable la calle de Toledo. En las aceras había un verdadero hacinamiento de paraguas y sombrillas; por las calles inmediatas estaba prohibido el paso, para el mejor orden de los carruajes, y de trecho en trecho formaban parejas de la Guardia civil de á pie y á caballo, y guardias de Seguri-

dad. En el interior de los coches que llegaban al paso, se adivinaban medio borradas por el espeso vaho de la humedad que empañaba los cristales, siluetas elegantísimas de hermosas damas, y brillantes uniformes multicolores. En la puerta de la iglesia formaba una compañía de Infantería, con música, y un zaguanete de Alabarderos, y dentro del pórtico, en animado grupo, el Sr. Sagasta, los Ministros, el Gobernador civil y otras muchas personas. Minutos antes de la hora designada para dar principio á la solemnidad, los acordes de la Marcha Real, y los batidores de la escolta que venían al trote largo con los uniformes calados, y con las airosas plumas blancas, caidas y apelmazadas por el peso del agua, sobre los bruñidos cascos, anunciaron la llegada de S. M. la Reina y Real familia, que entraron en el templo bajo palio, seguidos del Nuncio monseñor Di Piettro, del clero, Ministros, Cuerpo diplomático, Grandes de España, funcionarios de Palacio, etc., etc. El cuadro resultaba animadísimo y grandioso.

La iglesia ofrecia interiormente un aspecto severo. Del techo pendían infinidad de arañas *abarrotadas* de luces; las tribunas mostrábanse repletas de gente; cuatro alabarderos daban guardia de honor al pie del altar; en el centro del templo, en doble fila de bancos que lo ocupaban de uno á otro extremo, se sentaban los Grandes de España, las Comisiones de la Diputación y Ayuntamiento, y todos los demás individuos del elemento oficial; en las capillas y naves laterales estaba el concurso

verdaderamente apiñado; en el presbiterio, bajo elegante dosel, esperaba monseñor Di Piettro á que terminasen las oraciones preliminares para vestirse el magnífico traje de pontifical, y á la derecha del altar mayor, ocupando un sillón con las armas de España y teniendo delante un hermoso reclinatorio cubierto con paño color de ceniza bordado en seda, se destacaba la augusta figura de su majestad la Reina Cristina, como siempre ataviada con sencillez y elegancia. Algunos débiles rayos de sol, que penetraban con intermitencias por los pintados cristales de las altas ventanas, hacian resaltar más y acentuaban mejor los tonos de aquel poético cuadro de piedad.

Después del inspirado *Deus Petrus* de Eslava, se cantó una misa en *mi bemol* y un *Tedeum* del mismo autor, todo dicho de modo irreprochable por la capilla de la Catedral y todo escuchado en medio del más piadoso recogimiento.

Como la fiesta, por su espléndida novedad en Madrid merece quedar consignada en la historia del año, debo apuntar aquí para que sirva de recuerdo agradable á los que la presenciaron, que en la tribuna de damas estaban las señoras Condesa de Toreno, Marquesa de Molins, y Duquesas de Fernán Núñez, Alba, Osuna, viuda de Bailén y de San Carlos; en la del Cuerpo Diplomático, el Embajador francés, el de Inglaterra, el de Turquía y el de Portugal; entre los Grandes de España, los señores Duque de Bailén, Marqués de Molins, Conde de Revillagigedo, Duques de Durcal,

Medina de Rioseco, Fernán Núñez, La Roca, Condes de la Corzana y de Toreno, Vizconde de Aliatar y Marqués de Miravalles; detrás de S. M. la Reina, la Duquesa de Medina de las Torres, Condesa de Superunda, Marquesa de Nájera, el Duque de Medina Sidonia, los generales Córdova y Castillo, y el Grande de España de guardia Marqués de Roncali.

Al terminar, cerca de la una, la ceremonia, la familia Real salió como había entrado, bajo palio.

La fiesta de la Catedral en punto á las magnificencias del culto, debe quedar como patrón que imitar para muchas de las que se celebren en los templos de la corte, y si el ejemplo arraiga, día llegará en que podamos formar idea de lo que deben ser esta clase de ceremonias.

Hágase así, evítense en lo posible los tristes espectáculos de que hace tres años nos hablaba en *El Resumen* aquel clérigo de esta corte, de regocijada memoria, y la concurrencia que hoy es grande en todas las iglesias, aumentará para dar un elocuente mentís á las manifestaciones de los que estacionados en máximas antiguas, han bebido las impías semillas del siglo XVIII.

## TIPOS CONOCIDOS

### Las casamenteras.

Las hubo de profesión y las hay aficionadas.

¿Qué arte deleitable ú oficio noble no tiene aficionados? ¿Pues no hay músicos y comediantes, toreros, caballistas y jugadores de afición? ¿No hay bailarinas con pandereta egipcia y saya corta en las cúspides más azules, nobilísimas y aristocráticas del *beau monde?* Pues ¿por qué no ha de haber casamenteras de afición que secunden en los hogares la santa propaganda de la Iglesia docente?

La casamentera de oficio no paga tributo al Erario por descuido ó por falta de ojo de los investigadores. Es verdad que funciona con precaución, de un modo clandestino, y esto ha podido ocultar al fisco las redes del amor en que pesca novios en seco; pero al fin la reserva no es tan cerrada que no se vean las mallas del enemigo, sobre todo cuando cae un partido olímpico, atraído al cebo del vil metal que posee la novia, á falta de buena cara. Entonces era el momento de matricular y domesticar á esos cancerberos con faldas, Celestinas audaces del himeneo, que atropellan por todo y responden de todo con tal de cobrar sus honorarios nupciales.

La casamentera es tan antigua en el mundo, que

ya en tiempos de Abraham estuvo á punto de dar un disgusto al Patriarca por entrometerse en el matrimonio de su hijo Isaac con la hermosa Rebeca.

—¿Para qué buscar novia fuera del país de los Cananeos, cuando aquí las tenemos bellas y ricas? Esto preguntaban á Abraham las casamenteras del siglo en que se efectuaron las bodas. ¿No hay aquí familias ilustres, y en ellas jóvenes hermosas que puedan presentarse en carro tirado por mulas, pomposamente equipadas, y seguidas de un gran cortejo de esclavos y eunucos?

—Yo quiero—contestó Abraham—una mujer honesta y hospitalaria, con vestidos pobres, pero limpios, á quien pueda decirse:

—Déjame beber en tu ánfora.

Y ella me conteste:

—Bebe.

Una mujer que va contenta á la fuente á buscar agua y la da al primero que se la pide, esa es la predestinada que yo quiero para mi hijo.

Como se ve, el padre de la nación hebrea sabía donde le apretaba la sandalia, y confiaba sólo al Señor, Dios del cielo y de la tierra, la elección de una buena esposa, porque le constaba que las mujeres que negociaban matrimonios yendo de tienda en tienda, eran unas intrigantas, habladoras sin conciencia, que sólo querían ganancias para su bolsa.

Doncellas núbiles, perezosas y bellas, acostadas todo el día en lechos suntuosos ó reclinadas en

magníficos estrados de pórfido y marfil; jóvenes indolentes y viciosas, aderezadas con vestidos dorados y espléndidas pedrerías en la cabeza, cuello y brazos; niñas criadas en la molicie del baño y los perfumes, en los refinamientos del traje y telas finas transparentes, y en el lujo desmesurado, que hace á las mujeres delicadas y débiles, lánguidas y enervadas; he ahí la mercadería espléndida de niñas casaderas en los tiempos de Abraham, que las negociadoras de matrimonios ofrecían á las familias honradas por un *cuantum* no flojo de comisión.

Rebeca, joven y hermosa, montada en un camello sin aparato suntuario, ni lujo ni fatiga, era muy diferente mujer, porque en aquel tiempo, además de la virtud del alma, tenían las jóvenes solteras la fuerza del cuerpo. Rebeca vino á la tierra de Abraham y entró confiadamente en la tienda de Sara, madre de Isaac, y el matrimonio bíblico se consumó sin la intervención de agentes asalariados.

La casamentera por afición forma dos grupos igualmente poderosos y activos: el de las señoras de calidad entradas en años, y el de las jóvenes esposas recién sujetas á la coyunda del himeneo. Las primeras arguyen con su experiencia, con su fidelidad no interrumpida, aunque el marido y ella vivan como perros y gatos, con su respetabilidad para garantir lo bueno y desechar lo malo, con su desinterés é incorruptibilidad, con su espíritu hidalgo y su deber casi sagrado de tender á las niñas

inocentes una mano experta y robusta que las ayude á cumplir con facilidad el precepto evangélico «*cresciti et multiplicamini*».

Estas beneméritas sacerdotisas de la propaganda



conyugal, monjas ellas del matrimonio por la edad y los achaques, hablan el latín corrido ó corrupto del Padre Paco, saben más refranes que Sancho, y en caso necesario sueltan una homilía mística á los padres y á las madres, basada en la Epístola de San Pablo, que no hay más que... llorar. Son casamenteras por instinto, por devoción y por interés social. Algunas veces lo son también por amistad y parentesco con los *interfectos*. Llegan, en su entusiasmo, á ser madrinas de boda y de bautizo... si la cosa progresa, porque á su juicio, la misión que han recibido del cielo de casar novios y novias, no acaba en la Vi-

caría, ni en la pila bautismal de los recién nacidos, fruto de bendición del consorcio.

Las segundas son jóvenes esposas, castas como las vírgenes bizantinas. En seguida que estas damas terminan la leyenda de sus amores ante el altar de la Madre de Dios, lo primero de que se ocupan plegando el velo de desposadas, es de instituir la cuna como las tórtolas instituyen el nido de sus hijuelos, y en ayudar á que se casen pronto y bien las amigas queridas entre quienes distribuyeran el ramo de azahar, talismán simbólico de futuras bodas. Estos dos cuidados tienen carácter perentorio para las jóvenes desposadas que no han olvidado sus insomnios de novias, ni sus incertidumbres de solteras, entre la esperanza del bien y el temor de un desencanto. Ahora que son felices quieren que todas lo sean, en especial las amigas de la infancia con quienes soñaron y suspiraron la rima del amor nervioso, jamás satisfecho ni tranquilo, hasta que se funde en un corazón y forma un solo ideal común á dos almas.

Estas casamenteras preciosas, son temibles por la magia de sus encantos, por la seducción de su palabra vibrante, por el magnetismo que se desprende de su transformación, por la suavidad con que deslizan en el oido palabras tentadoras, y por su fe en la dicha infinita que se reserva únicamente á los acogidos al santo yugo de la Iglesia católica.

No queda, pues, otro remedio á los varones sensibles que entregarse ó morir, capitular ó rendir-

se; porque la *Armida* de los jardines espléndidos donde crecen las niñas bonitas casaderas, ofrece á los elegidos de la clase masculina, el paraíso terrenal dividido en lotes, y las Hadas, á su vez—puesto que cada ninfa tiene la suya—las visten y emperegilan de modo tan hechicero, que no es posible sustraerse al encanto de una atmósfera donde palpita el amor, diluido en ambiente.

El hombre cae de hinojos ante la deidad que le brinda la dicha, y un mes después recibe la bendición, con la mano puesta en el corazón y la vista en la dulcísima imagen de su compañera, que desde aquel instante es imán de sus deseos, y aspiración ardiente, única de su alma.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La casamentera de profesión, tiene algo de repugnante y sórdido, porque zurce las bodas por interés propio. Por el contrario, la *aficionada* á echar la dulce coyunda por vocación sobre cabezas jóvenes, tiene la gloria de que es santo su propósito, nobles sus fines, laudable su conducta, y apostólicos y más que maternales sus desvelos.

Regalo la primera á las suegras imposibles, si es cierto que las hay, y me quedo con la segunda para beatificarla, pues lo merece.

## La señorita Cleopatra.

CUADRO SOCIAL

Rehabilitada por el paganismo sensual, la señorita Cleopatra vive con desenfado en la sociedad de nuestros días, y anda por Madrid deslumbrando con su lujo. Quizá fuera buena ley de policía obligarla á servirse del áspiz para que no envenene ella con su aliento la atmósfera que respira; pero por lo visto temen nuestros contemporáneos ilustrados que Madrid se quede corto en imitar la moda de París. Ello es que el tipo de las Cleopatras depravadas abunda cada vez más en paseos y teatros, y da mucho que hablar en otros sitios. Por eso figura también en este libro, para ver si los que pueden tomar nota del hallazgo, se lo regalan al diablo.

Con el mismo título de la *Señorita Cleopatra* escribió hace años un libro lleno de *sprit* el preclaro novelista de los salones de París, Arsène Housaye. ¿Qué se propuso hacer con ese libro de horas de la corrupción cortesana? ¿Pintarnos como modelo de cocottes á la Reina de Egipto, buscarla un sinónimo humano á través de tantos siglos, reintegrarla á la luz de la civilización cristiana en elogio de las pasiones asiáticas, demostrar con ello que las Cleopatras del sensualismo á la moda beben ríos de oro en copas de brillantes, como la egipcia

de Marco Antonio bebió perlas disueltas en vino de Syria? ¿Quiso decir que aquella reina disoluta y las vírgenes locas que las remedan proceden de la misma cepa humana y son hijas de Sappho y Dido? ¿Es que el amor natural, bestia feroz que se duerme y no se doma, tiene algo que ver con estos amores pálidos de lo imprevisto, vestidos de seda, que riman la balada del infinito en el salterio de lo divino y lo humano, y se exhaltan hasta dejar el cuerpo abrumado, y los labios hambrientos cuando viene el hastío?

Pues si no pretendió eso Arsène Houssaye, se equivocó de medio á medio, dicho sea con el respeto debido, porque las hijas de Sappho y Dido, bajo el régimen europeo, aman unas el ideal de sus vestidos y caballos, otras el dinero en centenes y billetes de Banco, otras la curiosidad del libertinaje, y ninguna el amor símbolo, el amor ingénuo y sencillo, que por venir del cielo asciende á él con el alma cuando ésta deja la tierra por la eterna mansión del Paraíso.

La *Cleopatra* de Arsène Houssaye quiere ser, á mi juicio, una restauración á la moderna de la serpiente misteriosa de Alejandría. Joven y bella, ostentando el lujo artístico que deslumbra á los hijos pródigos y á las cortesanas, se ofrece á las miradas espertas como un ejemplar de los más raros de la gracia desenvuelta, de la gracia corporal, de la gracia visible, de esa gracia instintiva más bella que la belleza, por cuanto es inmaterial y resplandece solamente bajo los rayos del alma. Con

cabellos venecianos ondulados á la griega, con ojos azules profundos como el cielo y centelleantes como los dardos de Júpiter, la *Cleopatra* de Houssaye es una mujer hermosa como Venus, y altiva como Juno, tres veces viva, porque tiene en su cara todas las pasiones de su tiempo, desenfrenadas ó contenidas á gusto del demonio, que es el que lleva el registro de entradas y la contabilidad de los adoradores espoliados.

Vista de perfil, parece que tiene la belleza de las estatuas púdicas, la arrogancia de las duquesas indomables, la castidad dentro de la sensación femenina de la cortesana asalariada. Esto es, sin embargo, ilusión del cincel, porque vista de frente, el modelo de tanta seducción desaparece á la luz y sólo queda la hembra, pálida cuando duerme y encendida de color cuando las primeras tintas de la aurora en el cielo frío de la mañana, despiertan en ella la pasión del dominio, la pasión brutal del escándalo, de la exhibición insolente de audacias que desespera á las mujeres de mundo, cuando no aciertan á imitar á las doctoras en el arte de fingir amores, para desplumar incautos.

Estas señoritas son sencillamente bribonas, por más que la elegancia de estilo y las galas poéticas de un escritor aristocrático, las adornen y las es-

malten con artificios que las permitan circular entre las gentes honradas.

El jardín paterno donde pasearon su inocencia; los días encantadores coronados de sueños de oro; las noches con las melancolías de los claros de luna, cuando la brisa trae á las jóvenes impúberes el aroma de las violetas; nada de eso puede impedir la transformación que opera el vicio en el alma *rubia* de las señoras *morenas*, y aunque revistan aires candorosos, y ostenten modales contenidos, la fiera asoma al fin los dientes por el extremo de la falda y se burla del escritor moralista y de todos los que intenten domesticarla.

Resulta evidente, por lo que queda dicho, que el egregio escritor francés, necesitó un tipo de atracción irresistible para su novela naturalista y creyó encontrarlo en Cleopatra, cortesana oriental llena de esplendores que así ensayaba venenos en seres humanos para hacer dulce la muerte, como cortaba cabezas de vasallos altos y bajos, y arrojaba del trono á su hermano Ptolomeo. Necesitaba un tipo de mujer nerviosa, de belleza sobrehumana, una de esas dos bellezas llamadas del diablo, la que brilla en el rayo de la juventud y la que guarda para la vejez algo de satánico; no la halló en Pharis, y se apoderó de Cleopatra, quien para un alarde poético vale tanto como su obelisco de Alejandría, pero que para modelo de Evas esculturales, y de pecadoras hermosas se queda detrás de sus congéneres de otros países, porque el Egipto, que guarda las famosas Pirámides, junto á la es-

finge de granito, no conserva el recuerdo vivo de ninguna mujer hermosa, dado que todas, sin excepción de la mismísima Cleopatra, fueron feas, muy feas, de un feo subido, como por ejemplo, el de la diosa Isis, compañera inseparable del Buey Apis en el dominio perdurable del cielo faraónico.

¿Quién pudo tener, pues, interés en transmitir á las edades futuras la idea de la hermosura indiscutible de Cleopatra? Los *pastófonos* de Memphis no pudieron ser, porque sólo se cuidaban de servir á los iniciados en los misterios de Isis. Los sacerdotes del Buey Apis y del gato sagrado tampoco, porque vivían en subterráneos, y no se dejaban ver de nadie, singularmente del sexo femenino. La corte de los Ptolomeos tampoco, porque se ocupaban únicamente en desarrollar la fuerza y la rudeza salvaje en los hombres de armas. La tradición menos que nadie, porque todo el mundo sabe que el grado más alto de hermosura entre las egipcias consistía en una monstruosa gordura, que fomentaban comiendo en las fiestas de Baco ó de Osiris, pastas, drogas y mucha manteca de cerdo. Al poema del áspiz venenoso en una cesta de higos, á la leyenda romántica de la muerte de Cleopatra dentro de un mausoleo lleno de joyas y de vestiduras preciosas, es á lo que se debe atribuir la aberración arqueológica de suponer que la reina de Egipto debió ser muy hermosa por cuanto tuvo el capricho de escoger un áspiz de los muchos que abundaban en la tierra de los cocodrilos, para hacerse picar en el seno y morir á su gusto.

La Galatea del Nilo, que la sociedad moderna ha aceptado como la mujer más hermosa del mundo pagano, fué pequeña y regordeta, aunque flexible, de rostro achatado con pómulos prominentes, la nariz ancha, los ojos grandes redondos y negros, cargados de humedad, que es accidente que da al mirar de las mujeres una expresión voluptuosa; las pestañas muy largas, la boca rasgada, los labios abultados á manera de belfos; el pelo negro y hermoso, la tez morena, la piel tostada, las formas redondas, turgentes y firmes, una cosa así como un bólido de carne grasa, que, revestido de púrpura y adornado con ríos de perlas entre franjas ondulantes de plata y oro, pudo parecer á César y después á Marco Antonio, una Sirena de tomo y lomo apasionada hasta el delirio y resistente como el símbolo religioso de su país natal: la Esfinge. Este es el retrato físico de Cleopatra, que he sacado de libros antiguos.

En cuanto al retrato moral, diré con la venia de Arsène Houssaye, bajo la garantía de Corneille y de Plutarco, que la esfinge-hembra, sacerdotisa de Serapis y de Venus, con su culto personal á los cocodrilos y á los gatos cebados, es una Sátrapa de la escuela de Cambises que no se ha estudiado lo bastante, un monstruo libidinoso que buscó en el despotismo y no halló en la crueldad, distracción á sus ocios y alimento á sus arrebatos de tigre hircana.

Hay en la cortesana reina, como la llamaron los poetas latinos del partido de Augusto, tres co-

sas que observar: un alma fuerte en una vida afeminada; una pasión verdadera con costumbres licenciosas, y un pensamiento político sostenido á través de los placeres y de las orgías. Es un personaje complejo, de esos que disfrutan reputaciones diferentes, según el punto de vista desde donde se las mira.

Por otra parte, Cleopatra es un personaje odioso que no inspira más que horror. Perdida en el foso de los leones, dando satisfacción á todos los apetitos, ejecutando con naturalidad toda clase de crímenes, ambiciosa y voluble, no tiene un sólo movimiento de ternura maternal, no siente el menor escrúpulo al asesinar á sus hijos, y si la naturaleza reclama el instinto del corazón, como sucede en las fieras, ella lo sacrifica á su ambición y á su venganza.

He ahí las escenas de la vida antigua y de la vida oriental; el lujo, los festines, las voluptuosidades de toda especie, el estudio de la muerte para no hacerla desagradable. Cleopatra, después de deslumbrar á todos y deslumbrarse á sí misma, había estudiado con interés el papel activo de sus últimos momentos, y por eso su muerte fué nueva y majestuosa. Acostada en un lecho de oro, adornada con las vestiduras reales, teniendo muerta á sus pies á una de las esclavas de su servicio; todo esto forma un cuadro tan grandioso, que, aun habiendo sacrificado á la pasión los goces puros de la maternidad, casi adquiere Cleopatra títulos á la rehabilitación pagana, como mujer y como amante.

Tal es la Cleopatra que nos ha legado el Oriente; tal es la hembra oriental que Arsène Houssaye nos presenta en su libro, como espejo de hermosura humana, como modelo de civilización y buen gusto, para fundar y casi rehabilitar en su escultura momificada á la mujer europea, que habiendo nacido honrada en el cristianismo, peca por exceso de vicio, y no se redime porque no se arrepiente jamás. Las elegancias fastuosas del sexo débil, los despilfarros orientales, la embriaguez de la orgía, la traición oculta bajo torbellinos de encaje, la codicia inflexible, el desenfreno y la impiedad, no necesitaban hacer un viaje á las Pirámides de Memphis para descifrar el eterno logogrifo de la pasión acaparadora de sentimientos y de billetes de Banco. No necesitaba Houssaye consultar á la Esfinge, como no necesitamos en Madrid iniciarnos en los misterios de Isis, para explicar la vida galante de las... sacerdotisas. Bastábale á él salir al *Bois* de París, y á nosotros al Parque, en una tarde de cita cortesana para encontrar á centenares mujeres más hermosas que Cleopatra, y también más disolutas, como que en Oriente lo mismo que en Occidente, las hembras calificadas de bribonas, no tienen padres ni patria.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Penetraría más á fondo el misterio anatómico, pero el escalpelo se enmohece y basta con decir para final, que si al menos en la hora suprema tuvieran tiempo esas mujeres—nuestras modernas Cleopatras—para mirar por última vez los dulces

horizontes de su infancia, y escuchasen los latidos del pudor en la secreta voz del corazón; si creyeran en el amor de Dios que salva el alma en las tempestades de la vida, aun podría pedirse para ellas la absolución general.

Pero no quieren ó no pueden retroceder.

*Lasciate ogni speranza.*



---

## Mesa revuelta.

Terminar en este libro la crónica de cada mes con unas cuartillas que lleven por título el que encabeza estas líneas, ha de constituir para mí, recurso muy aprovechable y muy útil, para revisar todos aquellos asuntos á los que por falta de espacio no haya podido dedicar artículos, ó aquellos otros que sólo exijan una pequeña mención.

***

## EL ANO NUEVO

El que acaba... de empezar es bisiesto, y á decir de los astrónomos se parecerá al de 1860, en que los dias de la semana caerán en las mismas fechas que los de hace veintiocho años.

Las estaciones serán de variada duración, tanto que el verano durará noventa y nueve días, la primavera, noventa, y solo ochenta y cinco el otoño y el invierno.

Será además un año de cometas, pues para el mes de abril, se espera el regreso del de Euke, y para agosto, el de Faye, y quizá también el de Tempel.

Promete por último, ser un año de lúgubres tonos y de dolorosa memoria, pues sólo al hablar de su primer mes, he tenido que dar cuenta de la muerte de Fernández y González, de un terrible asesinato, y he de mencionar aun antes de echarle la llave, otros acontecimientos tristes, todo lo cual imprimirá quizá á estas páginas de enero, un tinte demasiado sombrío del que no soy, sin embargo, responsable, y por el que pido gracia á mis lectores.

***

## EL HIJO DE CARNE Y EL HIJO DE HIERRO

El drama estrenado con este título el día 14, no añadirá seguramente ningún timbre de gloria á

los muchos que el insigne Echegaray ha conquistado. Es una obra bien escrita, quizá demasiado, pues el diálogo de puro campanudo, retocado y pulido, resulta monotono y de una frialdad abrumadora. Hay exuberancia de dicción, hay mucho rebusco en las palabras y en los conceptos, falta de espontaneidad, y un convencionalismo tan exajerado, que en algunas escenas tiene que llegar al límite máximo, para que el espectador se avenga á seguir escuchando aquellos eternos discursos científicos, muy propios para pronunciados en una cátedra, ó desde la tribuna de un ateneo, pero que en manera alguna encajan en el proscenio de un teatro.

Hay además en la obra un verdadero colmo de pinceladas negras, de cuadros siniestros que producen gran tensión nerviosa; hay grandes inverosimilitudes y escenas de una encantadora languidez y de una duración soñolienta.

Hay, por último, un efecto final en que todos los actores poseidos de indecible furia, ponen el grito en el cielo, efecto que, por no venir preparado en el curso de la obra, y sobre todo porque cuanto en ella ocurre no es real, ni logra interesar lo más mínimo al auditorio, pasó casi desapercibido, aplaudiéndose sólo el soberano alarde de vigorosos pulmones, que para entonarlo hicieron á porfía las Sras. Guillén y Contreras, y los señores Calvo, Vico y Donato Jiménez.

Aquel ir y venir atropellado, aquellas luchas á brazo partido, aquel sollozar constante, aquel vo-

cerío atronador, toda aquella baraunda que parecía de pronto el fin del mundo, no era sin embargo más que el fin de un drama que el público veía terminar, dándose unos prisa para salir porque era tarde, leyendo periódicos los que se quedaban á la pieza, todos sin que la menor emoción embargase su espíritu, todos deseando que cayese el telón para cambiar de perspectivas.

Hubo llamadas á escena, y Echegaray salió varias veces. Entonces se aplaudió algo porque ante hombres de esa talla, ante escritor de los vuelos y el talento del autor de *O locura ó santidad*, el púplico se quita siempre el sombrero y bate palmas, siquiera acabe de presenciar una *equivocación*.

*El hijo de carne y el hijo de hierro*, es sencillamente una obra de... *plomo*.

***

## LA MUERTE DE ESPINO

Hace dos años, en uno de estos libros (*) decía yo entre otras cosas, hablando del distinguido compositor que acaba de bajar al sepulcro:

«Casimiro Espino. Tercera silueta de la trilogía musical que nos ha deleitado en la última primavera. Enjuto de cuerpo, con perfil mefistofélico, su miajita de melena y una pasión decidida por el divino arte, Espino, si no es, será muy pronto

(*) Véase el tomo *La vida en Madrid en 1886*.

figura de gran relieve en el mundo musical. Por de pronto ya sabemos que tiene inspiración, gusto y fecundidad para componer, mucho ingenio para instrumentar y mucho nervio para dirigir. Después de Goula y Bretón, es quizá el que está en mejores condiciones para cubrir una vacante. Hoy se conforma con figurar al frente de una Sociedad de Conciertos, que aunque de tarde en tarde, no deja nunca de darnos visibles muestras de sus adelantos. Mañana pedirá su parte en el botín de la popularidad, y ciertamente no se la negarán.»

Cuando ésto escribía, nada más lejos de mi imaginación, que venir á registrar tan pronto la noticia de su fallecimiento.

Mucho se había singularizado Espino en estos dos años; su nombre sonaba en todas partes; sus *trimestres* de compositor crecían como la espuma, y la Sociedad de Conciertos que dirigía—*La Unión Artístico Musical*—cifraba en la actividad incansable de Casimiro y en su depurado gusto para escoger las obras que se estrenaban, una esperanza fundadísima de grandes y ruidosos éxitos que asegurasen con vida propia la de la asociación.

Amigo cariñoso y colaborador inseparable del maestro D. Angel Rubio, su fecundidad llamaba mucho la atención del público, que en ocasiones vió anunciadas al mismo tiempo en los carteles de cinco ó seis teatros, obras del malogrado músico, todas representadas con éxito, y casi todas popularizadas bien pronto por los espectadores de buen oído y por los organillos de manubrio.

La vida artística de Espino se ha resumido en una formidable lucha por la existencia, y en una veneración de grado máximo al principio de *todo por el arte*. En la primera no siempre salió vencedor, pero en la segunda, que le absorbía hasta el punto de hacer abdicación de todas sus afecciones, los éxitos tuvieron una continuación no interrumpida.

Ha muerto pobre de recursos, pero rico de simpatías y amistades, que le profesábamos muy de corazón cuantos pudimos apreciar sus bellas cualidades de carácter, su laboriosidad y su honradez.

***

«LA RISA»... DE FRONTAURA

No es muy estrepitosa que digamos, porque cuando se ríe parece que lo hace para adentro. Más franca y más sonora es la que él produce en el público con sus escritos.

Pero la risa á que me refiero, es *La Risa*, un lindo periódico ilustrado, cómico y humorístico, que ha echado á la calle su primer número el primer día del mes actual, y del que son, Propietario, D. Miguel Guijarro, Director, Carlos Frontaura, y Dibujante en jefe, el ingenioso Perea.

A juzgar por la muestra, el nuevo órgano del buen humor, llenará cumplidamente la misión que trae á la prensa, y que no es otra que la de deleitar honesta y agradablemente. Buen papel, tipos

elegantes, firmas escogidas, caprichosos dibujos siempre fotograbados, y sobre todo, la práctica y la gracia de Frontaura, que no pierde el humorismo que le hizo tan popular en la época inolvidable
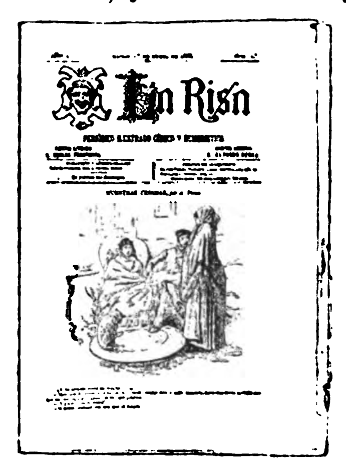


de *El Cascabel*. Me parece que no pueden reunirse mejores elementos.

Me alegra mucho ver de nuevo á D. Carlos—como le llaman los íntimos—metido en faena y ocupado en tareas periodísticas. Las nuevas ediciones que está haciendo de sus libros, se venden como pan bendito. Lo mismo le sucederá al periódico.

Lo que hace falta es que no se canse y que no le tienten los suyos; porque ahora ya tiene Fron-

taura *los suyos* en las esferas del poder ó... de la cesantía, y se debe á los suyos, y nos olvida por los suyos, cuando éstos, para el notable escritor, nunca debieran ser con más legítimo derecho, que los lectores, los amantes de las letras de toda España, y á lo sumo su familia y su perro, como le pasaba cuando vivía allá por el año 1869 en la calle de las Hileras, sin ocuparse de la política, más que para tratarla como á... una *mamá política*.


La Risa

¡Que sea enhorabuena, amigo D. Carlos!



EL INCENDIO DE VARIEDADES

Acaban de sonar las cuatro de la madrugada y Madrid está decidido á terminar su largo día. Duerme, ó al menos se ha retirado á sus más recónditos aposentos. Pronto ocupará las calles la abigarrada población del aguardiente matutino, pero todavía apenas si los serenos y vigilantes ven pasar algún trasnochador ó algún borracho. De

repente se alza una inmensa columna de humo de una de las casas de la calle de la Magdalena, y un grito terrible turba la calma del amanecer del 28 de enero: ¡fuego! ¡fuego! Todos los habitantes del barrio amenazado se despiertan, se ponen á la espectativa, y quieren saber dónde ha estallado el siniestro. El edificio pasto de las llamas, es el teatro de Variedades, el coliseo favorito del público de Madrid, el teatro que inmortalizaron Romea y Arjona, y popularizaron democratizándole, Vallés y Luján. El incendio se muestra ya por todas partes; en pocos minutos una multitud inmensa se agita delante de la casa; el espanto se apodera de los vecinos que la habitan; el desorden llega al colmo; se teme una gran catástrofe, y los inquilinos de las casas contiguas comienzan á arrojar por los balcones muebles y objetos de valor.

Pero en este momento—á los doce minutos escasos de iniciado el incendio—otro grito resuena en la extremidad de la calle: ¡Los bomberos, los bomberos! y en seguida renace la esperanza en todos los corazones, y parece como que ha desaparecido ya el peligro, y que el fuego seguro de su próxima derrota, disminuye en intensidad. No es así por completo, pero los bomberos llegan con la velocidad de un caballo á carrera tendida, organizan rápidamente eficaces socorros, al cabo de una hora el incendio queda localizado, y un cuarto de hora después se extinguen las últimas llamas... pero ya ha desaparecido por entero el teatro de tantos y tan agradables recuerdos.

Ha habido algunas desgracias, y son muchas las familias que quedan sin sustento; pero preciso es reconocer que los esfuerzos de todos han evitado muchas más y mayores, y que la casualidad de no ocurrir el siniestro algunas horas antes, cuando el coliseo estaba literalmente abarrotado de especta-



dores que presenciaban la representación de ***El fantasma de los aires***, ha librado á Madrid de sumirse en las luctuosas amarguras de un espantoso día de desolación.

Y ahora que podemos decir que se han visto las orejas al lobo, ¿será llegado ya el momento de que las autoridades dicten medidas enérgicas, que de una vez para siempre pongan á cubierto en los teatros la seguridad del espectador?

Esperar más sería punible abandono rayano en insensata temeridad.

***

## PUNTO FINAL

Enero termina con cuatro novedades.

Un proyecto de inamovilidad de empleados... que se quedará en proyecto.

Una monomanía, ó si se quiere, chifladura, por el hipnotismo y la sugestión.

Un nuevo sistema para el sorteo de la Lotería Nacional: la irradiación, que como el antiguo, dará más *aproximaciones* á San Bernardino que á la fortuna.

Y los conciertos del Circo de Rivas, que se inauguran este año en pleno invierno.



# FEBRERO

Bajo cero.
El hipnotismo.
La vida moderna. La casa.
Ricardo Zamacois.
El centenario de Bazán.
Un poco de política.
La ópera *Carmen*.
Las que van de tiendas.
Mesa revuelta. (Conciertos de invierno.—Dos estrenos, *El suicidio de Werther* y *La mujer de César*.—El discurso de Castelar.—Bailes y beneficios.— La tienda de Bach.—Fin de mes.)

## Bajo cero.

El temporal de nieves, frío, lluvias y viento general en casi toda Europa, continúa azotando á España en términos tan desproporcionados á épocas semejantes de anteriores inviernos, que causa pena leer las relaciones de trenes detenidos, carros atascados, desgracias personales y grandes accidentes ocasionados en todas partes por la furia desenfrenada de las copiosísimas nevadas.

A los rigores implacables de enero han sucedido este año las mayores inclemencias de febrero. Una silenciosa oscuridad, y un frío de cinco grados bajo cero, se encargaron, al sonar la campanada de media noche del 31 de enero, de despedir al mes saliente y de cumplimentar al entrante. Los vecinos de Madrid asistían á esta ceremonia cada cual

desde la butaca más próxima á la chimenea ó desde los aristocráticos salones del *confort*. Esto sin contar la gran porción que atravesaban las calles embozados hasta los ojos, y la inmensa parte que dormía ya tranquilamente.



Desde ese momento los días han continuado fríos y desapacibles. El Retiro ofrece un singular aspecto con sus árboles desnudos y la superficie del estanque congelada. A la caída de la tarde, para que el triste paisaje de invierno revista más verdad, los guardas encienden de trecho en trecho algunas hogueras, en cuyas llamas viene á morir arrastrada por el viento la hoja seca y amarillenta, que tan verde aún y tan lozana vistió los árboles y las plantas en las postrimerías del otoño.

El invierno de 1888, después de haberse elevado á la cumbre del poder, con el favor de las brumas y las nieves, está ahora en tranquila posesión de su dominio sobre la tierra, y ejerce su reinado desde la altura, mostrándonos cómo blanquean las vecinas cumbres de Madrid en señal de que su imperio prevalecerá aún por largo tiempo sobre nosotros.

Todo esto es un dolor para los madrileños que no saben vivir sino con el buen tiempo, y más aún para las madrileñas, que estando siempre —como

dice Blasco en una de sus comedias—*recogidas en la calle*, necesitan un tiempo en que no haya lluvias, ni fríos, ni vientos, ni nieves.

No tiene por otra parte nada de particular que así nos suceda. Acostumbrados á gozar constantemente de un hermoso cielo azul y despejado que se ha hecho célebre y ha adquirido notoriedad y fama entre los extranjeros; habituados á recibir las caricias de un sol claro y radiante, cuyos fulgores rara vez oscurece la niebla, aun en el rigor del invierno, no podemos ver sin disgusto esos nubarrones plomizos que hace tantos días pesan sobre nuestras cabezas y afean las perspectivas de la corte, y ponen intransitables las calles y los paseos, de donde huimos por nuestro instintivo odio al barro y al agua, que en ocasiones exageramos hasta el infinito. ¿Será por esta aversión al agua por lo que los madrileños llevan la genérica denominación de *gatos?*

Yo preguntaría, sin embargo, á los implacables enemigos del invierno, á los que no cesan un solo instante de declamar contra sus tristezas, á los que desean la vuelta de la primavera para procurarse diversiones, si hay alguna temporada más bulliciosa, donde la animación y la alegría sean tan unánimes, tan espontáneas, como en el invierno.

Desengáñense los nostálgicos del verano y de la primavera. Esta cruda estación en que se celebran tantos festejos y se abren tantos teatros, y se pasan tan agradables noches, y se fomentan tantos

amores, y se contraen tantos vínculos que inauguran la felicidad de toda la vida, es una de las buenas estaciones del año.

Y si no hubiera hogares fríos, si no existieran niños abandonados, si la miseria no produjera en la invernada tantas y tantas víctimas, entonces yo me declararía partidario acérrimo de la estación de los hielos, y obtaría siempre por estar *bajo cero*, mejor que bajo los insoportables ardores del sol canicular.

Pero el recuerdo de los pobres, de los artesanos, de todas las clases menesterosas, en fin, bien debe quitarnos el sueño en estas oscuras é interminables veladas y hacernos desear que temperaturas más promediadas, más benignas, mitiguen los sufrimientos de aquéllos, y no carguen de color la ley de los contrastes, que es á veces despiadada, y con la cual no será posible pensar nunca en la tan decantada y ambicionada nivelación social.



## El hipnotismo.

Este es el país de las monomanias.

Y ahora le ha tocado el turno á la monomanía del hipnotismo.

Aquellas sesiones de espiritistas que constituían hace años la preocupación de centenares de personas, eran tortas y pan pintado comparadas con las modernísimas de hipnotismo y sugestión.

Cumberland se atrajo el año último más antipatías que popularidad, y, sin embargo, las teorias y las prácticas de Cumberland han hecho escuela, sobre todo, desde que el doctor Mr. Das ha hecho experimentos en algunas casas.

Estamos á la sazón rodeados de hipnotizadores de todas clases, masculinos y femeninos, y ya no se concibe velada literaria, ni reunión íntima, ni apertura de centro artístico ó politico, sin que la hipnotización se apodere de los concurrentes y les haga cometer una porción de tonterías á presencia de un público que, á cubierto del flúido magnético, conserva íntegras y claras todas sus facultades intelectuales, para reirse secretamente de ciertas frases y de ciertas actitudes.

Con el hipnotismo en los salones y el flamenquismo en los teatros, ya no necesitamos nada para ser felices los habitantes de la Villa y Corte.

De mi sé decir que el segundo me excita de tal suerte el sistema nervioso, que al salir de alguno

de los teatros de hora, me parece que tendría sobrado flúido para hipnotizar á todos los transeuntes que me encuentro al paso.



Hipnotismo vale tanto como sueño, y podría significar también adormecimiento. No me sorprende la definición; pues hasta ahora, todos los experimentos que he presenciado, han desarrollado en mis mandíbulas un bosteceo por demás significativo.

Es un sueño nervioso provocado casi en absoluto por el flúido magnético, pero un sueño que no puede desarrollarse en el individuo, si éste no es sujeto, se entiende... *sujeto* adecuado para la hipnotización.

Como quiera que el sueño nervioso, fenómeno en extremo frecuente, no ha recibido hasta hace pocos años explicación racional y científica, la generalizada creencia que le asignaba un origen sobrenatural se remonta á los primeros siglos de la historia, cuyos apuntes voy á recorrer, temiendo que, aunque lo haga muy á la ligera, este artículo despierte en mis lectores—*sujetos* todos apreciabilísimos—no el sueño magnético ó nervioso del hipnotismo, sino el sueño natural, plácido y tranquilo que ocasiona siempre una lectura aburrida.

Los magos y hechiceros de la antigüedad em-

pleaban procedimientos de los que después se llamaron magnéticos, y hoy hipnóticos para curar algunas enfermedades; lo mismo hacían los sacerdotes para explicar con hechos inexplicables los cultos que ejercían. Los adivinos y profetas desempeñaron gran papel en los pueblos orientales, y el advenimiento del cristianismo no destruyó la creencia del carácter sobrenatural del sueño nervioso, sino que le dió nuevas formas, y á muchos enfermos de catalepsia y de ataques histérico-epilépticos, no se les consideró como tales enfermos, sino como energúmenos ó poseídos, mejor dicho, endemoniados, pudiéndose decir que de entonces data la frase de *los demonios en el cuerpo*. Con éxtasis y alucinaciones se pasaron los días hasta el último tercio del siglo XVIII, en que por vez primera se inició ya la idea de dar á todos esos fenómenos un carácter científico, siendo el primer campeón de la nueva idea un médico austriaco llamado Antonio Mesmer, quien sostuvo la existencia de un flúido imponderable, susceptible de propagar todas las impresiones del movimiento y obrar sobre los seres vivos, afirmando además que existían en este flúido propiedades semejantes á las del imán, y dando al conjunto de todas ellas el nombre de magnetismo animal. Con poco éxito en un principio, y mejores resultados más tarde, Mesmer ejercitó por espacio de algunos años sus teorías como sistema curativo de algunas enfermedades, y tuvo discípulos, y el magnetismo se puso muy de moda.

En los albores del siglo actual, un magnetizador

famoso, el abate Faria, tuvo sin duda una revelación como la del lego del *Don Álvaro*, y presintió, digámoslo así, el verdadero carácter de los fenómenos magnéticos, que, según su sentir, no reconocen por causa flúido alguno, sino el mismo sujeto. Esto era lo fijo, y partiendo de esta base, se hicieron muchos experimentos; pero un informe luminoso y contundente de la Academia de Medicina francesa, dió al traste con el magnetismo animal, que en el último medio siglo cayó en el mayor desprestigio.

Vencedores y vencidos empeñáronse entonces en singular combate, las discusiones se repitieron hasta el infinito, y el espíritu de investigación y análisis que caracteriza á nuestra época, hizo brotar una luz nueva entre las oscuridades de aquel verdadero caos científico-charlatanesco, y con ella surgió—según afirman—de entre las ruinas del magnetismo animal el *hipnotismo;* pero no súbitamente, sino transcurrido un amplio lapso de tiempo, durante el cual ningún autor de fama intentara siquiera tomar en serio experiencia de ninguna clase, hasta que James Braid, famoso médico inglés, resucitó los estudios, las prácticas y las aplicaciones, comenzando entonces la vida del hipnotismo, que como se ve, no es de hoy, sino que estaba ya completamente formado en 1834.

Ni la historia, ni los antecedentes, ni las controversias acaloradas, ni los experimentos á primera vista deslumbradores, ni las fuentes de doctrinas contenidas en los innumerables libros que tratan

de la materia, ninguno, en fin, de los componentes que forman el cortejo de honor con que el hipnotismo ha llegado hasta nosotros, bastan á despertar en mí la afición á esos estudios ni á convencerme de la verdad de sus éxitos. Colocado en esta materia en situación de espíritu más reservada y dudosa que la del inmortal Santo Tomás, no me basta *ver* para *creer*, necesitaría *experimentar* personalmente, y esto no he llegado ni creo que llegue á hacerlo, porque de una parte la total ausencia de afición, y de otra las prevenciones y reservas que en mí despierta la monomanía de moda, no permiten que me decida á hacer la prueba. Por lo cual, dicho sea con las salvedades y respetos que sean necesarios para no herir susceptibilidades ni reputaciones, yo no *creo* en el hipnotismo, y eso que lo he *visto* ejecutar varias veces.

Y no me meto á discutir si es ó no una enfermedad, si perjudica á la salud, si resulta inmoral, sobre todo para los jóvenes y para las mujeres, si pueden parecer impías algunas de sus prácticas, que todas estas son tareas propias de los médicos, de los moralistas, de los leguleyos y de los teólogos.

Yo digo sencillamente que las experimentaciones por mí presenciadas no han llevado el convencimiento á mi ánimo, quizá porque éste estuviese enérgicamente empeñado en no dejarse convencer. He visto producir el sueño hipnótico en algunas adolescentes enfermizas, y confieso que el ensayo me ha parecido peligroso para la salud;

lo he visto provocar en jóvenes aprendices, verdaderamente rendidos por el trabajo del día, y algunos de ellos han roncado espléndidamente, y todos, sin excepción, han dicho al despertarse, contestando á las preguntas del hipnotizador:



—¿Qué has visto?

—Nada.

—¿Qué has sentido?

—Nada.

Es decir, lo mismo que puede contestar cualquier persona que acaba de dormir un sueño tranquilo de reparador reposo, exento de pesadillas y alucinaciones. Esto aparte de que algunos de esos *sujetos* no podían inspirarme la necesaria confianza de no haberse puesto previamente de acuerdo con el experimentador, porque alguno de ellos aparentaba todos los síntomas de haber quedado tan dormido después de los pases por alto... y en redondo, de la opresión de muñecas, de la mirada fija penetrante y salvaje, como el más despierto de los espectadores.

He visto en cambio desechar como *sujetos inaptos*, precisamente á alguna persona que hubiera podido persuadirme; y he visto por último al *medium*, llamémosle así, de un hipnotizador, en la deliciosa faena de la adivinación del pensamiento... de *tres* concurrentes, hacer un experimento, que sería risible si no fuera inocente. En la sala en

que el espectáculo se verificaba, aparte de las sillas y mesas naturales, no había más objeto extraño al atrezzo que una bandeja con un vaso de agua, un azucarillo y una cuchara. El primer espectador piensa en el vaso de agua, el segundo en el azucarillo, el tercero en la cuchara. ¡Qué sed y qué casualidad tan casual! Positivamente si se presenta el cuarto, hubiera pensado á un tiempo en el agua, en el azucarillo para echarlo en ella, en la cuchara para revolverlo y en el vaso para beberse el contenido.

Se dice que existen en el hipnotismo casos de sugestión... *á plazo*. Esto ya me parece el colmo, pues coloca al hipnotismo á la altura de las máquinas Singer, de las camas y de las ropas que se venden hechas.

Para terminar. Si el hipnotismo es verdad, la moral honrada no debe consentir, lógicamente pensando, que un hombre se convierta en esclavo de otro, y mucho menos en esclavo inconsciente, y menos aún en autómata ó en *mecanismo*. Y si estas abdicaciones de la voluntad se hacen en público, la cuestión se agrava, pues resulta espectáculo triste y fatigoso ver en el escenario de un teatro ó en la tribuna de un Ateneo jóvenes corteses, hombres honrados, caballeros distinguidos, reducidos todos á grey de idiotas voluntarios.

El hipnotismo no debe llegar al teatro, ni ensayarse en las mujeres, ni salir, en una palabra, de las clínicas de las Academias y de las Sociedades científicas.

Ni Madrid debe entregarse tan de lleno á la que, de todas sus *monomanías*, tiene como ésta menos explicación.

---

## La vida moderna.

### LA CASA

Para establecer la comparación que me propongo realizar no es preciso retroceder muchos años; no hay necesidad de remontarse á la época de los espejos de cornucopia y de los braseros monumentales; basta con recordar como *estaban puestas* hace algunos años las casas de nuestros padres, como lo están aún algunas, y como se ponen las modernas para cumplir con las sagradas leyes del *confort* y no cometer un crimen de lesa moda que no perdonaría jamás el buen tono.

¡La vida moderna! Qué vida tan frívola y tan insustancial; qué vida tan cara y tan exigente; qué vida, en fin, tan emancipada de las santas tradiciones de la patria y de las costumbres de la tierra natal, sin semejante en el mundo para los españoles que no nos hemos contagiado aún por la nostalgia del extranjero. La vida moderna nos hace educar nuestros hijos á la inglesa, destierra la mantilla de la cabeza de nuestras mujeres, prefiere el tranvía á los carruajes de plaza, no gusta de

los olores patrios, y á la albahaca de las verbenas, al clavel, rey de los cármenes andaluces, y á las rosas de nuestros jardines, prefiere los olores acres



y las composiciones químicas de los talleres alemanes. La vida moderna es una escentricidad constante, un atrevimiento peligroso, una esclavitud perenne, un colmo, en fin, de molestias que no valen seguramente lo que cuestan, ni aprovechan en definitiva para maldita de Dios la cosa.

La mesa, la casa, los carruajes, los trajes, la devoción de la vida moderna, son otros tantos alardes de vanidad mal entendida y peor aplicada.

La casa que necesita y exige la vida moderna, ya la escoja de alquiler ó la construya propia, no es casa, es un bazar.

La puerta está abierta: podemos entrar y comparar. En la antesala ya no hay percha de hierro colado con doble fila de colgadores rematados por bolitas de pasta blanquecina, ni quinqué de petróleo ahumando el techo, ni sillas de anea, ni estampas representando escenas de viaje ó de novelas, encerradas en marcos de madera negra. Un perchero casi siempre de doble tamaño del que necesitan para dejar los abrigos y sombreros las relaciones de la familia; un perchero, se entiende, de roble ó nogal, con espejo en el centro y mesilla de mármol, y cazoletas de zinc, que recojan cuando llueve el agua de los paraguas; un elegante brazo de gas adosado á la pared, ó una artística lira con bomba de cristal raspado colgada del techo; varios cromos finos ó grabados en acero que casi desaparecen en los inmensos marcos de molduras doradas, y un banco del mismo tipo del perchero, con más las iniciales del dueño sobrepuestas en cifra de madera dentro de un medallón que tiene aspecto de escudo, son ahora los muebles y accesorios *indispensables* que exige una antesala para estar medianamente presentada. Y el programa se cumple en todas las casas de nueva instalación ó de reciente reforma, á medida de las facilidades que dan los

mayores ó menores recursos del que las habita, pues todo se reduce—si abundan—á refinar el lujo de los detalles; y si escasean, á cubrir en la apariencia las deficiencias del fondo, haciendo, por ejemplo, el perchero y el banco de pino pintado de nogal. Pero de una manera ó de otra, el *patrón* no sufre alteraciones, y la vida moderna queda satisfecha de la soberanía que ejerce.

A la derecha ó á la izquierda está el despacho, porque de él no debe prescindirse, siquiera la persona á que se destina no pare en casa un momento, y no lo necesite por tanto para nada. ¿Butacas al lado de la chimenea? No, señor. ¿Chimenea de mármol blanco, negro ó fajeado? ¡Qué antigualla! ¿Mesa de pies de cabra y tres cajones? Calle usted, por Dios. ¿Estantes para los libros revistiendo la pared, sin cierre de cristales, modelo amplio, práctico y barato? Por Dios, no diga usted eso. ¿Sofá ó diván para leer ó conversar cómodamente? Habrá que decir que vive usted muy atrasado. Hoy no puede ponerse un despacho con menos de los siguientes requisitos:

1.° Una mesa-ministro con doble y prolongada fila de cajones. Como aquí la afición de todos es la política, y dentro de la política el sueño dorado es coger un día una cartera, la mesa de despacho tiene que ser forzosamente ministro... para irse acostumbrando.

2.° Una butaquita de forma caprichosa parecida á los reclinatorios de las iglesias, donde colocada una persona en la posición que se emplea para

montar á caballo, lee ó fuma con una comodidad de que no tuvieron idea siquiera los dioses del Olimpo pagano.

3.° Un armazón de tablas forradas de tela para revestir por completo la chimenea.

4.° Un par de librerías de dos cuerpos, con hojas de cristales en el de arriba, muy esbeltas, muy detalladas y muy artísticas, aunque no puedan colocarse en ellas tres docenas de libros.

5.° Una *chaisse-longe* para las horas de aburrimiento de la siesta y del *dolce farniente*.

6.° Dos ó tres sillas, cada cual de forma y estilo diferente.

7.° Un sillón para detrás de la mesa, que sea también raro y caprichoso, aunque no resulte cómodo, porque como este mueble se dedica á las horas de trabajo, y de éstas dejan muy pocas ó ninguna libres, la pereza de la mañana, *la toillette* del mediodía, el Salón de Conferencias, el Casino ó la oficina de la tarde, el café y el teatro de la noche, y el trasnochar de la madrugada, no hay tiempo para apreciar si el asiento resulta duro ó blando.

8.° Un pupitre y un juego de escritorio... de fantasía.

9.° Una alfombra severa, muy severa, cuanto más severa mejor.

10.° Una porción de cuadros, retratos y armas para adornar las paredes.

Y con todo esto queda *despachado*... el despacho.

Si hay señora en la casa, su gabinete debe que-

dar exento de los sofás anticuados y las butacas antiestéticas, y la camilla... que casi huele á hospital, y la estera que cría pronto y arroja más deprisa en cuanto se la pisa fuerte, un polvo insoportable.

En sustitución de todo esto, se colocan dos marquesitas pequeñitas y estrechitas, pero muy airosas, que obligan á las damas que se sientan en ellas á permanecer rígidas como estatuas, y dos sillones microscópicos y una estufa de gas, si no la hay de leña ó cok, y otra alfombra, pero ésta alegre, lo más alegre posible. En la alcoba de ese gabinete, dicho queda que no puede haber cama de hierro ni... de matrimonio, sino una cama camera de nogal ó palo santo, con molduras... y con alguna *cosita* más (á pesar de la limpieza); cama muy baja, á la que no haya que *subir* como se hacía antes, sino simplemente sentarse ó dejarse caer sobre ella; y si el lavabo (por no tener la casa cuarto-tocador, lo cual es muy grave) es de madera con superficie de mármol, ó trípode antiquísimo con inmensa taza de porcelana, hay que sustituirlo inmediatamente con un lavabo mecánico que tenga depósito de agua, grifos niquelados, doble juego de palanganas, espejo de medio cuerpo por lo menos, y faldellines de tapicería ó de cretona, para cubrir la armadura lotal.

El cuarto de dormir del señor ya exige menos requisitos y todo queda reducido á que el lavabo y la cama no se salga de lo que marca el precepto, de lo que Luis Fríginal, que es el tapicero más

económico y de mejor gusto de Madrid, puede indicar al curioso lector.

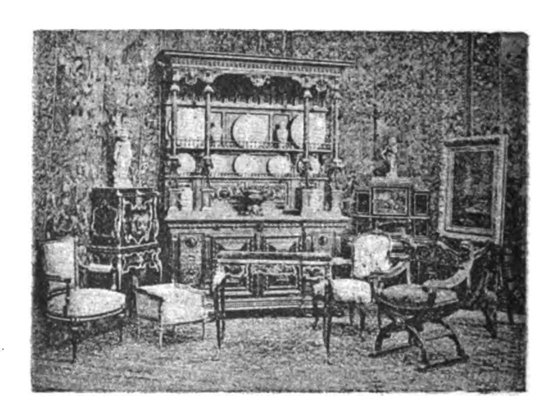
No hay para qué decir que en el gabinete de la señora debe haber el mayor número posible de cuadros con mucho marco y poca tabla ó lienzo, de joyeros, frasquitos, *bibelots* y menudencias, aparte de un *secretaire*, mueble de rigor, mueble indispensable en la habitación de la persona que menos *secretos* debe tener para los de su casa.

¡La sala! Ésta constituye la exigencia mayor. En primer lugar, el empapelado que había en la pared, tiene que desaparecer ó ha desaparecido ya (si los señores llevan algún tiempo en la casa) para poner en su lugar un fondo liso de pintura al óleo, ó al temple (según el arranque del inquilino) que no destruya como los rameados de flores chillonas, que tenía el antiguo papel, la perspectiva de los cuadros.

Las sillerías famosas de *reps* y de damasco, compuestas de sofá, dos sillones y doce sillas, son un arcaísmo que en modo alguno puede tolerarse. ¿Cómo casarlas con los cuadros á la moderna? ¿Cómo aceptar su ridícula forma redonda ó en óvalo, cuando los talleres de construcción encantan la vista y los sentidos con esos modelos estilo Luis XVI, Enrique IV y otra infinidad de populares reyes? Se trae, pues, todo eso nuevo; se suprime del testero principal de la sala el estrado que formaban el sofá, los dos sillones, las dos sillas de mano de rejilla y la alfombra, y se da á la colocación de los muebles una distribución rara y caprichosa.

En el ángulo que forman el balcón y la puerta del gabinete, se pone un diván cubierto con un tapiz (auténtico ó falsificado) ó una manta morellana, y á sus lados dos mecedoras, y encima una rinconera con algún busto de barro cocido, ó con algún quinqué de proporciones descomedidas. En el hueco que forman los dos balcones, un entredós de la mayor vista posible adornado con otro busto ó con jarrones, con cualquier cosa menos con relojes ó fanales, que ya no se estilan por el mundo. En el ángulo opuesto, sobre una alfombrilla de pies, que á primera vista parece cobertor de cama, se coloca una mesa subdivisible en cinco ó seis más pequeñas, que cuando hace falta se reparten por la sala para tomar el thé, y sobre esa mesa, interin no se divide, hacen muy buen efecto unos cuantos retratos de actrices, actores, toreros y hombres políticos, aunque... no estén dedicados. Si hay chimenea, se la llena de *bibelots* y de muñecos y de lámparas, y en su frente ya se sabe que no pueden faltar dos sillas ó dos butacas volantes, completamente diferentes del resto del mobiliario, y una pantalla de cristal grabado ó de tela bordada, ó de lienzo pintado, sobre cuya armadura, que debe ser ligera y elegante, adorna mucho el dejar como tirados al descuído un pañuelo de encaje, una mantilla de blondas, ó un cartel en seda de cualquier corrida de beneficencia. El piano se coloca torcido también en cualquier otro sitio de la sala, y se le cubre con mantones de Manila ó con colchas bordadas en sedas de colores, y lo que res-

ta—que es poco—de la habitación, se ocupa con un *puff* ó asiento circular, con dos almohadones unidos entre sí, que se tiran al suelo al azar, caigan donde caigan, y con uno ó dos biombos, según las dimensiones del cuarto. Todo esto, aparte de alguna estatua con peana y de varios *etageres* que, una vez llenos de objetos de porcelana, completan el decorado de las paredes. Las visitas que entran en la sala tienen que caminar en constante ziz-zag hasta llegar al lado de los asientos, que resultan tan incómodos como las marquesitas del gabinete; no pueden perder de vista los infinitos *escollos* que les rodean por todas partes, pero en cambio cuando se van, dicen en la escalera: «¿Has visto que bien puesta tiene la casa Fulano?»



El comedor es también pieza que da guerra, porque aunque debe ser, y es en algunas casas, la

habitación íntima de la familia, en otras es cuarto de recibo, y aun en las primeras entran á él las amigas de confianza. Patrón antiguo: Una mesa redonda susceptible de aumento merced á tres tableros que se guardaban en la despensa. Sillas de gutapercha negra. Un aparador sencillo, todo de madera. Una vajilla, y manteles blancos como la nieve. Patrón moderno: Una mesa cuadrada, porque en las redondas no se come bien. Sillas de nogal con asiento de rejilla, ó sillas de roble con asiento y respaldo de costosa tapicería. Dos buffetts de dos cuerpos cada uno, con cierre de cristales, mesa de mármol y cajones con aldabillas de bronce. Un trinchero también de roble, mármol y accesorios de bronce. Un par de vajillas, por lo menos, y manteles de fantasía en color, que los blancos aguantan poco tiempo, ó un mantel de hule que es el más generalizado.

Después de la antesala, el gabinete, el despacho, el salón y el comedor, lo demás tiene poco que ver, mejor dicho vale más no verlo. Fuera de esas habitaciones exteriores, de esas habitaciones que se enseñan y que vienen á ser, digámoslo así, la cédula de vecindad... de los vecinos que ocupan el cuarto, todo lo demás que antes era en las casas tan necesario, y estaba tan cuidado y tan limpio como las habitaciones principales, es hoy un verdadero *maremagnum*, un *totum revolotum*, anti-higiénico y anti-estético. La cocina es oscura y pequeña, y allí se lava, se plancha, se peinan las muchachas, y... se guisa. Es pues imposible mantener en

ella una gran limpieza, circunstancia esencial de toda cocina. Los cuartos de criados son verdaderas ratoneras, sin luz, sin aire, sin ventilación, generalmente empapelados, y casi siempre próximos á focos de malos olores, como lo son los retretes. En alguno de ellos, que escasamente tendrá una capacidad de 30 metros cúbicos, que es la necesaria para la respiración natural de una persona, duermen dos ó tres. Por último, el cuarto de desahogo, de costura, ó de *los leones*, como los denominan muchas señoras, es el acabóse de confusión, de amontonamiento de ropas y de focos de infección. Es verdad que de muchos de estos defectos sólo tiene la culpa el arquitecto que dirigió las obras de la casa; pero de todos modos resulta en las casas de la vida moderna contraste muy duro el que ofrecen entre sí las habitaciones exteriores é interiores.

Tal es la casa de alquiler en la vida novísima; pues si la finca es propia, hotel, palacio ó casa de dos pisos, los esplendores y las exigencias entonces se centuplican, si bien las interioridades son más aceptables y más sanas. Bajo este nuevo aspecto, á las habitaciones ya descritas hay que añadir la sala de billar, el fumadero, el cuarto de baño, el *boudoir* de la señora, las habitaciones de recibir que aumentan el consumo de muebles, alfombras, colgaduras, y con ellas las condiciones anti-higiénicas de la casa, pues los tejidos de la tela de los lujosísimos muebles de moda están impregnados de un polvo sutil é impalpable, parte del que sale to-

dos los días al hacer limpieza, y en el cual nadie podría asegurar que no existan escamillas procedentes de viruelas, escarlatina ó pústulas malignas. ¿Quién sabe, en efecto, en qué sitios se confeccionan esas telas, y por quién se confeccionan?

Si la vida moderna pudiera reducirse á los muebles estrictamente necesarios, y éstos fueran de tal naturaleza que pudieran limpiarse fácilmente y no ocultasen gérmenes nocivos; si prescindiera de las colgaduras de los balcones y de los *portières* de las puertas que no son de necesidad para combatir el frío, á quien se vence mejor por otros medios, habría más salubridad, y ya que no la moda, la higiene tendría motivos para regocijarse.

Pero esto es imposible, y la casa, en la vida moderna, acabará por convertirse, como he dicho antes, en bazar, supeditando todo al *qué dirán*, sin acordarse siquiera de que para destruir ese adagio hay otro más egoista si se quiere, pero más cómodo, más económico, y en este punto más moral: *qué se me da á mí.*

---

## Ricardo Zamacois.

Aquella mañana llegó á Madrid un íntimo amigo mío, que faltaba de la corte hacía más de nueve años. Hombre robusto, de carácter alegre y naturaleza vigorosa en la que no hizo mella el clima de Filipinas, se apeaba del tren sin muestra

de cansancio, y me preguntaba al salir de la estación: —«¿Qué funciones hacen esta noche; qué compañías tenéis por aquí? Te advierto que desde hoy empiezo á verlo todo. Tengo hambre de recordar á Madrid.»

—Corriente, le contesté. Empezaremos desde hoy. Esta noche te llevo al teatro Lara. Verás una comedia deliciosa: *El padrón municipal*, y aplaudirás á Ricardo Zamacois; al popular y graciosísimo Zamacois que todas las noches proporciona á los concurrentes á ese teatro horas de regocijada emoción.

—No recuerdo yo bien á ese actor.

—Por fuerza, hombre. Antes de tu viaje lo viste en la Comedia, cuando al lado de Emilio Mario subió el último peldaño de su reputación artística, y fué especialísimo en los papeles de característico, y creó tipos como el de *La mamá política* y los *Dominós verdes*, que nadie como él ha interpretado después.



—Ah, sí... ya lo creo. Nada, lo que te digo, chico; aquel bendito país tiene el privilegio de chiflar á los europeos. Me nombras á Zamacois y te digo que no le recuerdo, cuando precisamente era mi actor favorito, y cuando aún ausente yo de España he seguido su historia y sus éxitos en los periódicos.

Me acuerdo, me acuerdo de todo. Un muchacho simpático, alegre, decidor, inteligente, muy músico y muy artista.

—Como todos sus hermanos. Es esa una familia apreciabilísima. Elisa, irreemplazable en la zarzuela; Eduardo, pintor de notoria fama; Ricardo, uno de los primeros, por no decir el primero de nuestros galanes cómicos.

—¿Y dónde dices que está ahora?

—En Lara; un teatrito cómodo y elegante y mimado por los favores de la fortuna. Allí reina en absoluto, y forma con Balbina Valverde, Sofía Romero, la Matilde Rodríguez y Pepe Rubio, un cuadro de compañía que resulta primoroso cuadro de género... cómico.

—¿De modo que desde que dejó á Mario, no volvió más á su lado?

—Así ha sido. Zamacois se emancipó; quiso buscar más horizonte en que esplayar sus condiciones; se contagió, en una palabra, del deseo de ser primer actor. Es verdad que él podía serlo por derecho propio y hasta vitaliciamente. Su campaña en Eslava fué poco aprovechable, pues las exigencias del público que asiste á ese teatro y que ya tendrás ocasión de apreciar, le hicieron perder parte de su finura y distinción, aunque no del todo, pues hasta en los extravíos artísticos de Zamacois ha habido siempre delicadeza y buen gusto. En ese teatro tuvo también sus *creaciones*, y en el género lírico cosechó tantos aplausos como en el dramático, porque aunque con voz escasa y no de

las mejores condiciones, su exquisito gusto, su afinación, su sentimiento, su gracia apicarada y su intención sabrosísima, le permitieron cantar á gusto de sus oyentes y aun conmoverlos más de una vez profundamente.

—He leído que hizo hace poco una excursión por América.

—En efecto: y excursión colmada de gloria y provecho. Allí se ha dejado una popularidad tan grande como la que entre nosotros disfruta, y simpatías generales.

—Se comprende. Allí, como aquí, el público inteligente no puede dejar de hacer justicia á su singular gracejo, á su dominio de los efectos, á sus incomparables facultades imitativas.

—¡Pues si vieras lo que ha ganado en esto! Antes ya recordarás lo bien que imitaba á Tamberlik, cuando cantaba, con su misma voz, en el juguete lírico *Mesa revuelta* aquella copla que decía:

*El que bebe del pozo del Santo*
*Canta luego como un querubín.*
*A eso dicen que debe su gloria*
*El insigne tenor Tamberlik.*

—Ya lo creo.

—Pues hoy, cuando imita á Calvo y á Vico, si cierras los ojos, crees realmente escuchar á los famosos dramaturgos; y cuando la toma con el Regatero y con Frascuelo, por mucho que los abras, no acertarás á distinguir si tienes delante á Zamacois ó á esos toreros. Su talento es tan dúctil y tan flexible como su naturaleza, por eso lo mismo

está bien de frac que vestido de corto; lo mismo convence y regocija representando á un viejo caricaturesco que á un gomoso ridículo. Es una verdadera notabilidad.

Al llegar á la fonda interrumpimos la conversación. No salimos durante el día porque aquella jornada de diciembre fué por extremo inclemente, y ya entrada la noche, tomamos un carruaje que nos llevase al teatro de Lara. Larga carrera en verdad, pues comenzaba al final del barrio de Salamanca.

Mi amigo acobardado por el frío glacial que se dejaba sentir y temiendo las consecuencias de una brusca aclimatación, subió los cristales de las portezuelas, y la emprendió con un veguero, que es según los médicos, preservativo excelente contra los peligros de las atmósferas que el hielo pone casi irrespirables.

—Pues señor—me dijo apenas el carruaje comenzó á rodar—créeme que tengo verdaderas ganas de ver á Zamacois. ¿Se casó, no es verdad?

—Se casó muy enamorado, y es muy dichoso, según dicen.

—¿Y de salud, cómo anda?

—No tan fuerte ni tan sano como estaba hace algún tiempo. El exceso de trabajo le ha quebrantado la naturaleza, y le ha hecho además contraer una hemoptisis, que le produce malos ratos; pero el cuidado de su familia, los consejos de los médicos, y sobre todo su idiosincrasia especialísima y su carácter siempre alegre y jovial, le van remo-

zando poco á poco. Es un hombre feliz, querido en su casa, solicitado de las empresas, mimado por el público. Es un hombre de corazón al mismo tiempo, y vamos, que hay actor para rato. No tiene disgustos, y aunque los tuviera, creo yo que de pena no ha de morirse nunca, porque la tristeza no encaja en su temperamento.

—En cuanto á eso poco á poco; no afirmes tan en absoluto. Precisamente conservo en la memoria un hecho ocurrido en Manila poco tiempo antes de mi salida, que me ha demostrado á las claras, la facilidad con que puede morirse de pena, un hombre gracioso, un actor cómico acostumbrado y obligado á hacer reir diariamente. Se llamaba... no me acuerdo, pero tanto monta. Era un actor muy parecido por sus condiciones á Zamacois. Sin igualarle, poseía como éste en artística amalgama, la gracia afrancesada y la gracia castizamente española y genuinamente popular. Una noche en que como tú ahora, llevaba yo á un amigo al teatro, me acerco á tomar las localidades, y el encargado de venderlas me dice: «Advierto á usted que no trabaja... nada, no doy con el nombre.» Se había cambiado el espectáculo con un cartelillo supletorio, y esta circunstancia, unida á la de no tomar parte en la fiesta el gracioso favorito, nos hizo desistir de la idea de pasar la velada en el teatro. ¿Qué había ocurrido? Según los periódicos, el actor en cuestión desapareció del teatro la noche antes sin previo aviso, y lesionando los intereses de la empresa. Esto resultaba casi una ejecutoria de in-

formalidad reprobable. Pero no era eso. La noche anterior á la de su eclipse, al volver á su casa, terminada la función, el pobre actor había recibido en mitad del pecho, algo así como un golpe de maza, que le dejara anonadado. Su mujer había huído en compañía de un escritor, á quien el actor había estrenado en distintas ocasiones varias obras teatrales, poniendo en su ejecución especialísimo cuidado. La esposa infiel se escapó llevándose todos los recursos pecuniarios que en la casa existian, todas las economías que el esposo obtuviera excitando carcajadas. La sorpresa fué horrible, la impresión dolorosísima. A su vez el actor cómico, prorrumpió en una carcajada por todo extremo dramática, carcajada ruidosa y estridente, la carcajada de un loco al fin.

Al escuchar esta relación, al ver á la luz de los faroles, que de tiempo en tiempo iluminaba el interior del carruaje, la fisonomía exaltada de mi amigo, medio oscurecida por la espesa nube del humo de los cigarros, me pareció sentir el escalofrío nervioso que suele acometernos al presenciar una desgracia.

—¿Y qué pasó?—le pregunté.

—No se volvió á ver en ninguna parte al desgraciado artista. Algún tiempo después se supo que estaba gravemente enfermo en Barcelona, para donde salió días después de la catástrofe de su honor. Allí se volvió loco, ingresó en un manicomio, y se murió por último de pena y de tristeza. El actor *cómico* se había despedido del público repre-

sentando entre bastidores una espantosa tragedia.

Confieso que la historia me conmovió. Iba á prolongar el interrogatorio, cuando la berlina entró en un espléndido foco de luz eléctrica. Estábamos




á la puerta del Teatro-Lara. En el cuadro de anuncios, cubriendo el título de la comedia *El Padrón*

*Municipal*, se destacaba un cartelito blanco, escrito á mano, en el que se leía:

*Por indisposición repentina del primer actor, D. Ricardo Zamacois, se representará en lugar de tal obra, la titulada...* etc.

—Zamacois se ha puesto malo, dije á mi amigo. Sin embargo, entraremos para que veas el teatro.

—No, déjalo, ya volveremos cuando él trabaje; mi deseo de esta noche era ver á Zamacois.

Acerquéme, no obstante, al despacho de billetes, y pregunté: ¿Qué tiene Zamacois?

—No se sabe. Hoy no se ha presentado en el teatro, y sus compañeros, no dando importancia á la ausencia, no han ido á informarse, y tampoco saben nada.

La semejanza de este incidente con el que mi amigo acababa de contarme, me produjo una sensación dolorosa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Desde aquella noche han pasado dos meses. Zamacois no ha vuelto á salir á la escena. La causa de su enfermedad y de su locura, todos la sabéis. La inexperada y triste noticia de su fallecimiento ha sido también universal y sinceramente sentida por todos.

—¡Pobre Zamacois!

## El Centenario de Bazán.

No hay mal ni bien que *cien* años dure. Por eso, con cuatro meses escasos, hemos tenido bastante en Madrid para iniciar la idea del *Centenario* de ese hombre ilustre, escoger los medios de celebrarlo con la mayor brillantez, surgir los inconvenientes, discutirlos y... desistir por último, de llevar á cabo el pensamiento.

¿Qué ha quedado en definitiva del proyecto en cuestión? Un rum-rum estrepitoso en los círculos políticos, una amenaza de interpelaciones en las Cámaras, una Junta general que se ha congregado en sesión infinidad de veces, un caluroso testimonio de gratitud á la Reina Regente por el cariño y el entusiasmo con que se había asociado á la idea de la commemoración, un voto de gracias al señor Ministro de Marina, basado en idénticos considerandos; una censura justa al Sr. Ministro de la Guerra, autor principal de las principales é insuperables dificultades que han desbaratado todos los programas, dando de pasada á nuestro bizarro ejército una ejecutoria de *fragilidad*, una suscripción cuantiosa, con cuyos fondos se levantará una estatua que perpetúe la memoria del insigne marino; una solemne función en la iglesia del Buen Suceso, un concierto en Jovellanos, y un homenaje de honrosa admiración tributado *intimamente* al

Marqués de Santa Cruz (ya que impedimentos de *rúbrica* se han opuesto á las manifestaciones externas), por todos los buenos españoles amantes de las gloriosas tradiciones de su patria.

En la interesante exposición de arte retrospectivo, celebrada por los años de 1881 en la Platería de Martínez, cuando el centenario de Calderón, recuerdo haber visto la espada de D. Álvaro de Bazán, colocada en una urna junto á las llaves de la plaza de Túnez entregada al capitán español, por los africanos vencidos en un verdadero poema de gloria nacional. ¡Qué mucho que se guarde joya de tanto precio en urna de cristal! ¡Qué extraño que le rindan culto los descendientes del héroe! ¡Dónde nada más natural que el deseo (base de la idea del Centenario) de trasladar á Madrid primero y al panteón de marinos célebres después, los restos del grande hombre! ¡Dónde nada más inverosímil que discutir honores y regatear ceremonias á quien rindió ocho islas, dos



ciudades, veinticinco villas, treinta y seis castillos fuertes, venció á ocho capitanes generales, dos mestres de campo y sesenta señores y caballeros principales; hizo prisioneros en diferentes combates 4.735 soldados y marineros franceses, 4.753 ingleses, 780 portugueses, 6.450 turcos y moros, apresando además 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, y dando, por último, libertad á más de 1.654 cautivos españoles!

¡Cuánto se ha escrito, y cuánto podría escribirse todavía, al contemplar esa espada que esgrimió una idea de conquista, y mantuvo imponente la tradición del honor español; ese acero venerando, que es blasón y reliquia y timbre del honor inmaculado!

Al verla de nuevo la mañana del 9 de este mes ocupando el puesto de preferencia sobre el hermoso túmulo del Buen Suceso, junto al modelo del galeón *San Martín*, rodeada de coronas, banderas, yelmos y rodelas, he creído presenciar los episodios de la gloriosa jornada llevada á cabo el día de la bienaventurada Santa Ana, 26 de julio de 1582, y he sentido removerse en mis entrañas y subirme á la garganta, un grito de admiración, un viva estrepitoso al Capitán general del mar Océano, al valeroso conquistador, á quien Cervantes llamó rayo de la guerra, padre de los soldados, y venturoso y jamás vencido capitán.

La fiesta del Buen Suceso, ha sido original y solemne en alto grado.

Pero ya que esta vez no ha podido realizarse todo lo que se pensó, ya que un poco de frío y un exceso de precaución, respecto á la salud de los soldados de la guarnición de Madrid, han sido causa de que no se hayan tributado á D. Álvaro de Bazán los primeros honores de la milicia, ya que no hemos llegado á conmemorar el *tercer* centenario del conquistador de las *Terceras*, pidamos al menos que se celebre el *cuarto* cuando llegue su oportunidad, ó que antes, cuanto antes, mejor dicho, se busque forma y ocasión para que esas cenizas célebres hagan por Madrid el tránsito esta vez frustrado, y que todos esperan para tributarles respetuoso testimonio de veneración.

---

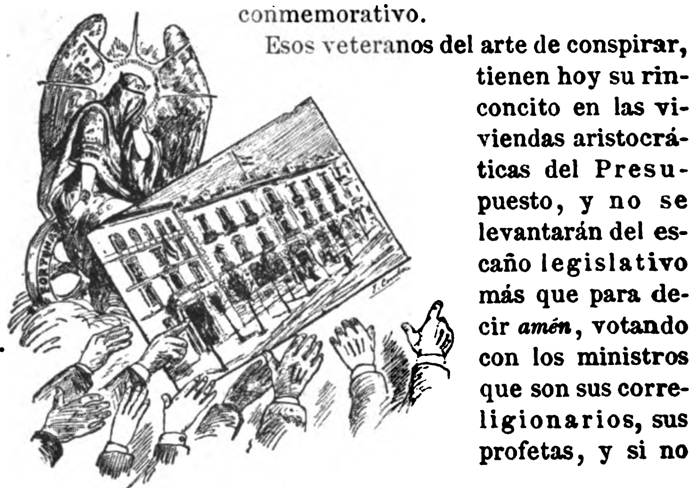
## La política.

La política en el mes de Febrero tiene algo de *gourmet*, porque viene después de Pascuas á hacernos saber que en Navidad se hartó de pavos, y en Enero de tortas y de capones. Bebió mucho caldo de reglamento y mucho champagne *frappé* en los festines de Lúculo, que cualquier mortal bien atrapaceado se permite dar en esos días, y ha llegado al salón de Conferencias con gabán de pieles ó impermeable para hacer ver á los ministros que no han salido aún de los horrores de la digestión, es decir, que vive aletargada y que se pasea con un puro

en la boca de los que sobraron en las mesas electorales, y que no pide la palabra para interpelar, porque tiene ideas beatíficas, humanitarias y ministeriales desde que el estómago se apipó de lo lindo de emparedados, y la cabeza de villancicos.

El perro busca la sombra en Febrero, dice el refrán.

De la política trashumante, que acaba en punta, podríamos decir que duerme en ese mes la mona y no se atreve ni aún con las reformas militares de Cassola, que tienen el privilegio de excitar la bilis á los que no la tuvieron nunca, á los linfáticos procedentes del antiguo trágala progresista, á los héroes de las barricadas circunstanciales, condecoradas con el laurel de la patria, con casacas de la milicia, y el morrión histórico conmemorativo.




Esos veteranos del arte de conspirar, tienen hoy su rinconcito en las viviendas aristocráticas del Presupuesto, y no se levantarán del escaño legislativo más que para decir *amén*, votando con los ministros que son sus correligionarios, sus profetas, y si no

fuera por el temor que tengo de hacer un ripio, diria que son también sus progenitores... en sentido figurado, se entiende.

Dicen que el astuto Sagasta se columpia plácidamente en las hamacas del Paraiso musulmán. Así será, cuando los dioses menores del Olimpo de la fusión lo proclaman en tono airado. En cuanto á mí, diré que sin haber asistido D. Práxedes á la sala de armas del Zuavo ni á la de Adelardo Sanz, que sabe tirar en regla, da *paradas* magistrales en *cuarta* y *sexta*, hace buenos *ligamentos* y *froissés* deliciosos, toma *contrarias* perfectamente, está muy ducho en las *oposiciones* y se tiende á fondo con energía cuando el peligro de alguna asonante ó disonante le busca quimera en el Santuario (?) de las Leyes.

Cánovas parece un *Deus ex machina* en vacaciones; un Júpiter que no tiene prisa en volver á su trono de rayos, porque, esperando sin impaciencias, sirve patrióticamente á su ideal político de siempre, concentrado ahora en el rey niño y en su augusta madre.

El coro de posibilistas, zorrillistas, pactistas, comunistas y socialistas, dinamiteros y nihilistas, hace el juego limpio de la maquinaria constitucional, volviéndose unas veces á la derecha y otras á la *izquierda*, pero en honor de la verdad hay que decir que sin descomponer el cuadro con alborotos, y es que aquí, en la tierra de Bernardo el Carpio, primero somos españoles y después partidarios de cartel.

Con este aspecto comedido y bucólico que conserva la Cámara de Diputados, y también la de Senadores, después de las cenas íntimas y de los banquetes regionales, la política fusionista de actualidad cabildea poco y no se emperejila para seducir incautos porque no lo necesita. Ya saben los padres conscriptos que si no descarrilan con alguna bronca flamenca, ni se insurreccionan, han de llegar independientes ó adictos al Soto de las Migas canas... municipales, donde les aguarda el agasajo nacional compuesto de gazpacho, pavos reales con trufas, perdices en salmiz y un manantial de vino añejo de la Mancha, que no se agota jamás.

Este es un fin como cualquiera otro; un ideal político, que yo, enemigo de la *idem* acepto sin inventario, porque es tranquilo, inofensivo, caballeresco y nacional.

Cuando Ducazcal anda á vueltas con la preparación de su candidatura, y si lo eligen aceptará, crean ustedes que es porque no contradice sus aspiraciones á la inmortalidad, ni le aparta de su camino de empresario único de teatros en Madrid y sus arrabales.

---

## La ópera «Carmen».

*Carmen* se presentó en Madrid armando un escándalo de *primísimo cartello*.

Dos empresarios, ciegamente prendados de sus bellezas, se disputaron su posesión; la autoridad

intervino en el asunto, los periódicos escribieron largos artículos é innumerables sueltos, y por último, la indomable gitana poetizada por Bizet, subió primero al escenario de la Zarzuela, y después —pasados cuatro meses—al del Real.

No voy á hablar de la ejecución alcanzada en uno ni en otro coliseo, sino á consignar mis impresiones particulares acerca de los primores de esa partitura que he escuchado con verdadero arrobamiento cuantas veces me ha sido posible.



Para mí, *Carmen* es una joya musical. No discuto si satisface las exigencias de la verdadera ópera seria, puesto que su autor empieza por llamarla *cómica*; no entro en los distingos alambicados de que han alardeado algunos críticos; no sostengo que tal ó cual canto español tenga poco ó ningún estilo castizo; pero siempre que en mi presencia se hable de esa ópera, siempre que me pregunten mi opinión, sostendré por encima de cuantas haya oído, la que he formado por convencimiento propio, la que se basa en la impresión que á mí me causa, y diré: perfecta ó imperfecta, española ó francesa, original ó plagiada, *Carmen* es una joya musical.

Del poema no hablo porque no quiero entrar en ese terreno. Sin embargo, para escrito por un francés, convengamos en que no hay exceso de rutina en la apreciación de las costumbres; convengamos en que resulta por lo menos bien delineado algún tipo genérico de nuestra raza, y que en el fondo de la acción palpita un drama interesante, y que en toda ella hay entonación vigorosa y pinceladas de la pintura de género y cierto dejo de nuestro sabor patrio y un delicado aroma popular.

¡Pero la música! Bizet no se llevaría á Francia, cuando terminó su viaje por España, todo el ritmo, el compás, la melodía, la tonalidad *sui generis* y los efectos especiales de nuestra animada música; pero que en el alma del artista quedaron grabados de modo indeleble mil recuerdos agradables é infinidad de sensaciones poéticas; que conservó en la cámara oscura del pensamienso vigorosos clichés de nuestro cielo, de nuestras mujeres, de nuestras flores, de las rondallas aragonesas, de los cantos populares de Andalucía, de las músicas militares, de las zambras de gitanos, de las serenatas amorosas y de los duos sin música que aún se entonan en varios pueblos al pie de la reja de la novia, esas noches azules de brillantes estrellas y blanca luna, no puede dudarse después de escuchar en *Carmen* aquella brillante sucesión de números musicales á cual más inspirados, más melancólicos y más elegantemente poéticos.

Se comprende, por tanto, que en el extranjero la partitura de Bizet haga furor y llegue como ha

llegado en Londres á la 300 representación. Todas esas gentes del lado allá de los Pirineos, todos los extranjeros para quienes constituye sorpresa deleitable el sol de nuestra tierra, y emoción sin límites ver un puñado de flores medio ocultas entre los rizos de la cabeza de una andaluza, se vuelven locos (si se me permite la expresión) con la *Carmen* de Bizet, en la que realmente adivinan á España los que no la conocen, y la recuerdan con placer en la dulce vaguedad de sus cantos, los que ya la han visitado.

Es que—dicen algunos—lo que en esos países gusta y se aplaude de la *Carmen*, aquí no puede resultar tan aceptable. Y yo pregunto: ¿Por qué? ¿Vamos á fijarnos sólo para juzgar esa obra, en si el torero Escamillo se mueve, habla ó viste con propiedad, y en si los jefes de aquellos soldados son ó no verdaderos oficiales de nuestro ejército? ¿Que no es esa la cuestión? Pues fuera de ella, por lo que á la música se refiere, no hay por qué no aceptar aquí lo que en el extranjero se celebra tanto; no hay para qué discutirlo siquiera, que esa música de la *Carmen*, ora alegre y juguetona, ora perfectamente dramática, siempre tierna y apasionada, siempre conmovedora y poética es también siempre española, lo mismo ejecutada en Madrid que cantada en *Covent-Garden*.

Lo que hay es que gana con la *trasplantación*, como ganan los vinos de Andalucía, que por eso tienen en París devotos á centenares, y en Inglaterra casi compiten con la cerveza que es allí el

*peleón* nacional. Lo que hay es que para los extranjeros, para los hombres del Norte sobre todo, acostumbrados á vivir entre nieblas y fríos, bajo un cielo siempre triste, siempre sombrío y enlutado, sin una línea que altere la monotonía de aquel horizonte gris que se apoya en las pizarras de los edificios, sin disfrutar casi nunca de las bellezas que encierra un rayo de sol, sin aspirar los efluvios aromáticos que esparcen en España á todas horas los incensarios de flores, las decoraciones, los trajes, el argumento y los tipos de la *Carmen* se agigantan á sus ojos y les hacen pensar en emociones desconocidas, que la partitura eleva al grado del entusiasmo y del aplauso que ensordece.

Nosotros somos más fríos con relación á las cosas y á las bellezas que usufructuamos á diario. Exigimos mucho, analizamos más, y tenemos sobre todo la pícara manía de creer que un compositor francés no puede escribir dos compases siquiera de música española, al paso que á los nuestros les reconocemos incondicionalmente dotes para escribirla francesa, alemana, rusa... ¡qué sé yo!

En definitiva, la *Carmen* de Bizet se ha estrenado en España con la misma frialdad con que fué acogida en Francia la noche de su primera audición; frialdad que según dicen costó la vida á su autor.

Pero á semejanza de lo que allí ocurrió, la reacción se opera también entre nosotros y á las reservas de Jovellanos sustituyen ya los éxitos y los llenos del Real.

El duo de José y Micaela, el coro de fumadoras, la habanera de la gitana, el hermoso duo de ésta con el soldado, que prepara el final del primer acto; la zambra gitana, el duo de amor, el quinteto (verdadera filigrana) en el segundo; el terceto de las cartas, página musical de lamentos desgarradores y tonos altamente dramáticos, y el final del tercer acto; el animadísimo y bullicioso preludio del cuarto y el duo que pone fin á la ópera; eso, y el coro de los pitos y el de los bandidos, todo lo escucho yo con la misma atención que al orador más asombroso cuando pronuncia uno de esos discursos en que arrebatado en alas de la fantasía se eleva á las regiones de lo infinito, de lo misterioso, de lo divino; á la región del genio que para él no es la *región de los iguales* porque no tiene, ni ha tenido, ni tendrá igual quizá su oratoria sublime que arrastra en pos de sí la soñadora fantasía, el corazón, el alma, y hace estallar en aplausos á sus mayores enemigos, momentos antes empeñados en aniquilarle. Ya ves tú, lector, si lo escucharé con gusto.

Y digo *escucharé* porque en música no basta oir, es necesario escuchar. Si no se hace más que lo primero, tanto da oir un cuarteto de Hayden, como una schotis. Escuchando la música, siguiendo la hilación de cada nota y de cada frase de la combinación, como se sigue la hilación de las palabras, de las frases y de los periodos de un discurso, es como únicamente se siente y percibe la emoción estética y la sensación musical.

Que ésta no es igual para todos (y no se eche esto á inmodestia por mi parte ¡líbreme Dios!) es un hecho demostrado, como lo es el de que no tiene la misma intensidad para los oyentes de un mismo trozo ó fragmento, que puede agradar á unos y desagradar á otros, á quienes dejar hoy indiferentes para conmoverles mañana. Las formas, los matices de sensación son muy variables, y de esta variedad son únicos responsables los organismos, pues no pudiendo realizarse el efecto de la música sino por medio del sonido, y no obrando el sonido en nuestra alma sino por medio de un órgano de relación que es el oído, como los organismos son muy diferentes entre sí, diferentes han de ser por fuerza las sensaciones. Por esto precisamente aquellos de quienes se dice que *tienen buen oído*, son quizá los que menos *oyen* la música; pero en cambio son los que mejor la *escuchan* y la aprecian.

Tengan, pues, franqueza los detractores de *Carmen*, para confesar que no les gusta por alguna de estas causas, no porque la obra no valga; fíjense antes de hablar los que murmuran, en aquellos primores, en aquellas novedades y atrevimientos de instrumentación que aquilatan doblemente el mérito de las inspiradas melodías; no repitan, por Dios, la frase que en algún corrillo he oído pronunciar, de que esa obra es *una zarzuela pasable;* vengan á mi lado los maestros Arrieta, Bretón, Chapí, Brull y los Sres. Peña y Goñi, Esteban Gómez y tantos otros devotos de Bizet; aplauda-

mos á Mancinelli que ha dirigido la partitura con verdadero cariño, sin olvidar á Jerónimo Jiménez, que sacó de los elementos de la orquesta de Jovellanos gran partido, y juntos todos digamos lo que el sargento José dice á la hermosa gitana en el duo del acto segundo:

*Carmen, io t'amo.*

---

TIPOS CONOCIDOS

## Las que van de Tiendas.

El misterio de lo desconocido fué siempre la atracción mágica del femenino eterno (no siempre se ha de decir del *eterno femenino).*

Las Evas adoradas del gentilismo, y las Venus católicas de la emancipación de la epístola, pecaron por igual de curiosas y se dejaron arrastrar por la tendencia vagamunda del espíritu que no se identifica siempre con la vida ascética del ayuno cuaresmal, ni con los ocios regalados, ni con esas derivaciones convencionales que imponen á la vez el decoro y los usos de la tradición doméstica.

*«Desde la princesa altiva*
*á la que pesca en ruín barca;»*

desde el manto de armiño flordelisado al zagalejo corto de bayeta, todas las hembras de la creación,

absolutamente todas, se han bañado alegres en el lago de las verdes riberas, y se han asomado al foso de los leones para asistir al *hossanna* de la pasión, escrito en el libro de horas de las huries redimidas, y leer de corrido capítulos de esa otra novela sentimental, nunca terminada, del corazón inexplorable de nuestras hermanas en el amor y en Jesucristo.

¡Ir de tiendas! Esto equivale á una promesa de emociones reservadas, á una esperanza de goces íntimos, á un triunfo de las sorpresas divinas que guarda la vida exterior á las mujeres honestas que van á misa temprano, y se aburren y se hastían contemplando solas las paredes de su gabinete. Ir de tiendas es hacer una escapatoria, no siempre lícita, por las calles y las plazas de Madrid, que nunca anduvieron solas la niña recogida, ni la doncella púber, ni la casada sin permiso del marido. Es abrir la jaula de oro y volar como la alondra, para volver regocijadas con paquetes de telas nuevas y con algo más que no se dice; por ejemplo, con el requiebro encendido que la echaron en la acera al admirar sus encantos. La mujer que pisa con seguridad con pasos medrosos, y obtiene sobre el terreno el plebiscito de la adoración consagrada en requiebros dulces, vuelve á casa anhelante, transfigurada, satisfecha de su hermosura y de su porte, y se anima á volver provista de nuevos hechizos para que la inciensen, la bendigan, la adoren y le den el premio de honor, no sólo los hombres de calidad, sino también los del pueblo.

—Bendita sea la grasia é Dios y la mare que te dió esos imanes.

Esto suele decirla el pueblo que la ve pasar tocando apenas el suelo con sus pies menudos. Esto, en estilo más fino, la dicen el gomoso y el *flaneur* de profesión, cuando luce su garbo y su elegancia de buen tono en las apreturas y zig-zags de la Carrera.

Pues si se trata de una gran señora joven y bella, de esas que dormitan en el Real y pasean abstraídas en *landeau* su lujo de corte y su hermosura, de esas que subliman las displicencias del ideal y se dejan arrebatar por los nervios, y hasta hacen como que se mueren de anemia y de hastío, porque nadie atina con sus deseos ni las comprende; si una de estas diosas atenienses se echa á la calle con poca ropa, imitando seducciones de taconeo, bajo las sombras paradisiacas de los pinos de la calle de Alcalá, cuando en estos hermosos días de junio despliegan aromas los jardines de Riera y del Ministerio de la Guerra; si andando así, de picardeo, de aquí para allá, luciendo la esbeltez del talle próvido, da de pronto con un grupo de hombres galantes, aficionados á lo bueno, y la confunden equivocando su calidad, y la toman por una modista graciosa de las más tentadoras, entonces el orgullo de la mujer bonita, el esplendor del linaje, las magias todas de la sangre azul se consideran satisfechas, porque en ese mundo artificioso de las elegancias desabridas y de los encantos con diploma, la modista agraciada, decidora y flexible, se

aparece á la mente como el ideal picante de la belleza soñada, como arquetipo de la fascinación y del atractivo que llena la vida del hombre, del deleite que enloquece y algunas veces mata.

Con tales alicientes psicológicos, ¿no han de tener atractivo las tiendas? Preguntad á la mujer de mundo, á la dama de sociedad, á la gran señora no jubilada, á la que salió ayer del colegio, á la esposa casta, á la madre fecunda, á la burguesa y á la hija del pueblo en los múltiples oficios á que ésta se dedica, y os dirán que el ir de tiendas es para ellas algo mejor que ir al teatro y á los bailes, porque se distraen más, se dejan ver de cerca,



se mueven por higiene, y se las mima, se las adula y se les dan los géneros poco menos que de balde[1], gracias á la fascinación que ejercen sobre los inocentes horteras.

Las compradoras que tienen el espíritu del regateo elevado á la categoría de vicio orgánico, se vuelven locas de contento cada vez que, habiéndolas pedido *cincuenta* pesetas, verbi gratia, por un lote de trapos, se lo dan en *veinticinco*. No conocen las incautas que los horteras no son tontos, como ellas suponen, ni que al verlas entrar en la tienda, con la lengua desatada se disparan en pedir lo justo para perder al dar, y éstos dan siempre ganando el dinero á las hábiles, singularmente á las que regatean.

Salir de su casa á pie, sin polvos adherentes ni otros emplastos que hacen brotar cejas y pestañas á las que de ellas carecen; arrebozarse en una mantilla de blonda, imán de hechizos, y vestirse con falda de seda, de satén ó de percal, ondulante, sencilla, de corte airoso; calzado de conquista, es decir, de estuche, del que se usa cuando se va á picos pardos, y andar por las aceras con paso firme, menudito, al compás de los arpegios que brotan del corazón anheloso bajo la batuta de los deseos que no se han satisfecho y se quieren satisfacer, y de las ilusiones que tardan en realizarse; avivar la cadencia rítmica de un cuerpo seductor que antes estaba dormido y ahora revive á proporción que siente las mordeduras dulces de las miradas que se clavan como centellas en su talle y semblante; reinar en la calle como se reina en los salones, en la calle con el contoneo bizarro, y en los salones con el lujo deslumbrador, es alcanzar la doble realeza de la mujer compuesta y de la hem-

bra sin aderezar; es obtener la manzana de oro de las Hespérides á puro de seducciones; es atraer á los hombres, rendirlos y esclavizarlos, no con el esplendor de la cuna, ni con el prestigio del nombre, ni con la riqueza heredada, sino con los encantos personales, con la fuerza incontrastable de los hechizos, con la sal propia que reune en sí misma la mujer noble ó plebeya, joven ó jamona, que tiene absoluta necesidad de... salir de tiendas para enseñarse á todos los que van á verla.

Después que han hecho sus compras, da gozo mirarlas por esas calles de Dios con los paquetes en el brazo doblados ó extendidos con coquetería (por lo cual siguen pareciéndose á las modistas), la falda levantada en pliegues, si hay barro, y si no le hay, con las alas y arrastraderas tendidas, y una estela de perfumes y burbujas que trastorna á los mirones más redomados.

Conozco á una dama callejera—si el adjetivo no la ofende—que ha hecho conquistas á centenares, arrebolando pabellones de seda sobre su busto escultural, y enseñando su palmito de rosa al ir y venir de unas tiendas á otras. En casa de Escolar la conocen y la aman, y la permiten que revuelva de arriba abajo los estantes. No se ofenden si después de esto se marcha sin comprar, porque su presencia hace oficios de propaganda y la tienda gana *parroquianos*, viéndola á ella, tan linda, sentada en silla de rejilla examinar pelotones de telas. Es verdad que la aludida paga con sonrisas las atenciones que le dispensan, y á lo mejor lleva en su compa-

ñía á otras damas, menos prácticas, que compran de largo y pagan al contado. En esto del pago al contado hay bastantes y dolorosas excepciones, y aun recuerdo que en cierta tienda muy favorecida, escuché en una ocasión este diálogo entre la parroquiana y el dueño:



—Vengo sofocadísima, Fulano. Desde ayer me ha mandado usted á casa diez veces la cuenta. Usted ya me conoce y me extraña...

—Pues por eso lo hago, señora, porque... la conozco á usted.

De las que van á tiendas en coche no quiero hablar, porque constituyen una excepción exótica, sin poesía ni interés. Preciso es reconocerlo: hay que descender del pedestal, apearse del milord, echarse á pie por las aceras, escurrirse entre los grupos y dar y recibir encontrones para que el tipo de la española, singularmente de la madrileña que va de tiendas, reuna todos los atractivos, todos los embelesos que encuentra en esas *giras* la mujer y aplauden á rabiar los hombres.

La que va de tiendas por costumbre no es precisamente una buscona avara de céntimos, maestra en hacer economías, es un espíritu recto educado en el buen gusto que necesita para vestir co-

rrectamente de moda, escoger por si misma las telas y las confecciones. Elige siempre lo mejor, y lo paga (ó no) sin regatear, porque el regateo es incompatible con sus inclinaciones de esplendidez y sus hábitos de mujer elegante. El regateo se queda en el cajón para las que van de incógnito á las tiendas á pelearse con los comerciantes por un real más ó menos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El día que desaparezca, por ley ó por costumbre, ese tipo seductor de la mujer bonita que va de tiendas, los desocupados de las aceras de las calles centrales, que pasan las mañanas husmeando y esperando la ocasión de dar el asalto al reducto de unas faldas revoltosas, tendrán que variar el escenario y morirse de tedio porque les faltará la luz que ilumina los sentidos. Faltarán entonces las estrellas refulgentes y no habrá panoramas en las calles de Madrid.

Pidamos á los tenderos galantes que inventen atractivos, á fin de que los apreciables *amateurs* de la Puerta del Sol, la Carrera, ex-Sevilla y Alcalá, no se vean jamás privados del placer de contemplar á su tipo predilecto, á su ilusión querida, á la mujer de distinción ú ordinaria, que va de tiendas en las mañanas de todo el año, aunque llueva ó nieve, mientras haya espectadores que la esperen en las esquinas.

## Mesa revuelta.

*Conciertos de... invierno.—Dos estrenos: El suicidio de Werther, y La mujer de César.—El discurso de Castelar.—Bailes y beneficios. La tienda de Bach.—Fin de mes.*

### CONCIERTOS DE... INVIERNO

Ya no son de primavera.

Esta retrasa más cada año su llegada, y la Sociedad de Conciertos, para no luchar en las últimas sesiones con la competencia irresistible (dispénseme Ferreras) de las corridas de toros, ha anticipado esta vez las reuniones inaugurando sus tareas en pleno invierno: el último domingo de Enero.

Nos acostumbraremos á esta innovación, pero de momento, no resulta la perspectiva del Circo de Rivas tan agradable y risueña.

No hay en la sala la misma luz; faltan los rayos solares quebrándose en las ventanas y envolviendo á los espectadores en reflejos azules, encarnados y *lilas;* faltan hasta ahora las apreturas del *paseo* tan clásicas en esas fiestas como la música que ejecutan los profesores; faltan en las butacas y en los palcos los atractivos poderosos de las vaporosas *toilletes* femeninas de primavera, y flores en los ojales de las levitas, y falta por último el ambiente del buen tiempo que ahora vicia el gas de los caloríferos. Por fuera el cielo está oscuro, los ár-

boles desnudos, el suelo enfangado; no hay tantos coches á la puerta, ni fila de peones en las aceras.

Pero todos estos tonos sombríos que convierten la alegre acuarela de los conciertos, en lienzo esbozado al carbón, desaparecerán en cuanto Marzo coja la caja de colores y entone la composición con los tonos vivos de otras temporadas, ó en cuanto el eminente Planté, hoy detenido en Francia por los temporales, haga su primera aparición en la plataforma de honor adosada al escenario de ese teatro.

Mientras tanto, la orquesta está cosechando grandes triunfos, y el maestro Bretón, manifestándose una vez más como el primero de nuestros directores de orquesta, y también como compositor inspiradísimo en el bello *scherzo extractado de un trio* que acaba de estrenar.

En definitiva, los novísimos conciertos de invierno resultan buen elemento de calefacción, por el *calor* del entusiasmo que provocan en los espectadores.



DOS ESTRENOS

Y dos éxitos justamente alcanzados. Teatros que los han presenciado, Princesa y Comedia; obras que los han merecido, *El suicidio de Werther* y *La mujer de César;* autores afortunados, D. Joaquín Dicenta y D. Carlos Coello; como si dijéra-

mos, un veterano y un recluta en las rudas campañas del proscenio.

*El suicidio de Werther* es un drama realista de gran interés, en el que su autor se revela como poeta de fogosa imaginación y de gigantescos vuelos. *La mujer de César* es una comedia culta, del corte y con los detalles de la alta comedia, semejante en el *modo de hacer* con el de Ayala, y avalorada con pinceladas del artista que por un momento prescinde del teatro para considerar el escenario como escaparate sobre el que exhibe un cuadro.

Joaquin Dicenta no ha tenido tiempo de apreciar prácticamente lo doloroso que es para un autor novicio la peregrinación cruenta de su primera obra. Entregado el manuscrito al eminente literato D. Manuel Tamayo, pronto le dió éste lectura, y satisfecho de ella, patrocinó la obra y la recomendó á los Sres. Calvo y Vico, quienes antes la hubieran estrenado á no impedirlo compromisos anteriormente adquiridos.

Carlos Coello que tiene la puerta abierta hace tiempo en todos los teatros, planeó y escribió su comedia con verdadero *amore*, y le ha resultado obra de feliz augurio para la buena dramática, pues como decía muy bien el ilustre crítico don Manuel Cañete, desde *Consuelo* no se han estrenado aquí obras de tan bella forma literaria como *La mujer de César*.

No se ha discutido á Dicenta, porque su drama, por ser primera producción escénica no podía des-

pertar *aún* la voracidad insaciable de los criticones y de los descontentadizos, y además porque á un autor que empieza su carrera *suicidándose*... no se le debe censurar.

En cambio se ha discutido mucho á Coello, literato ilustrado y autor de irreprochable buen gusto, cuando precisamente su última producción debe aplaudirse sin reservas en la platea y sin murmuraciones en los pasillos, porque implica, si no un adelanto, un renacimiento de la verdadera comedia de costumbres.

Y después de aplaudir á Dicenta, abrazar á Coello y felicitar á Rafael Calvo, á Mata y Sánchez de León, intérpretes afortunadísimos de las dos afortunadas obras, no me queda espacio para decir más acerca de ellas.

***

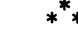
## EL DISCURSO DE CASTELAR

Castelar ha obtenido en el Congreso, con su último discurso, el triunfo más grande y más entusiasta de su larga carrera parlamentaria. Colocado actualmente el insigne tribuno en una situación política por extremo embarazosa y difícil, habia gran curiosidad por oirle y grandes dudas acerca de su éxito. Sin embargo, Castelar ha quedado vencedor, no ha comprometido nada y se ha hecho aplaudir, abrazar y aun besar, no sólo por sus admiradores, sino por sus enemigos.

La elocuencia de Castelar se impone; su palabra

es un verdadero canto lleno de pasión y de dulzura.

Si alguna vez vuelve á imperar la democracia y él la representa, podrá decirse con verdadera razón que la *voz del pueblo es la voz de Dios*... si sale de la garganta de Castelar.



BAILES Y BENEFICIOS

Como ocurre todos los años por esta época, Madrid ha repartido las noches entre los bailes públicos y de convite, y los beneficios de los actores predilectos.

De estos últimos se han verificado el de la inteligente y graciosísima Matilde Rodríguez, el de doña Carmen Ruiz, primera tiple de Price, el de la *diva* Joseffina Pasqua, el de la Sra. Górriz, el de Lucía Pastor, el del popular Mariano Fernández, el de Mata, el de Guerra, el de Berges, el de Calvo, el de Federico Tamayo, y no sé si algunos más.

Beneficio de actor implica regalo de amigo; las tiendas se trasladan á los *camarines* de los teatros, y los comerciantes aplauden desde el sagrado de sus trastiendas á los artistas que les proporcionan tanto *beneficio*.

De los bailes, como siempre, el más suntuoso el de los Duques de Fernán-Núñez, que es todos los años una soberbia fiesta señorial y caballeresca, de tal modo aplaudida y elegante, que sólo admite

superioridad en las de Palacio. Notables también el de la Embajada de Austria, en el cual no faltó quien hiciera la observación de que algunas damas parecía que se habían puesto de acuerdo para rendir culto al Danubio Azul, pues azules eran los colores dominantes de sus trajes; el del fotógrafo D. Fernando Debas, el de los Marqueses de Molins y el bullicioso y animadísimo del Círculo de la Unión Mercantil.



Se ha bailado, pues, con verdadero furor en los salones elegantes y en los teatros; se ha bailado todas las noches; siete noches de la semana, siete bailes. Todo esto sin contar los de máscaras, que van en progresión alarmante, y en los que se permiten desahogos y escenas que dicen muy poco en pro de nuestra cultura. Los *ambigús* se desocupan para llenar las camas de la enfermería; la alfombra del salón sirve á última hora de lecho á los que, á consecuencia del desorden, necesitan un anticipo en el reposo que les esperaba en casa.

Es lástima que no se eviten estos espectáculos, porque después de todo los bailes de máscaras tienen, ó mejor dicho tenían, siempre algo agradable, que consiste en esa franqueza del corazón, en esas

expansiones de sentimientos que permite la careta, en esos encuentros tan casuales y á veces tan felices, en esos recuerdos de toda la vida del año que allí se evocan con ocasión de las bromas, y, sobre todo, en esa facilidad que prestan á las mujeres de ingenio y de agudeza para manifestarnos de cuánto serían capaces, si la sociedad no les impusiese todo el año el deber de ser reservadas y frias.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

***

LA TIENDA DE BACH

Entre las inauguraciones de los últimos días ha habido una notable: la de la nueva tienda del señor Bach en la calle de Alcalá. No puede imaginarse mayor novedad ni gusto más delicado en los detalles de la ornamentación.



Por la riqueza de los objetos puede ser esa tienda museo artístico, por la abundancia y variedad bazar de Oriente, y si se mira despacio, no será extraño que parezca taller viendo algunos de sus atributos en

el rincón más apartado, pues ya se sabe que Bach es un pintor de mérito que ha obtenido varios premios.

La tienda no resulta almacén revuelto, sino todo lo contrario. Los escaparates deslumbran de día y de noche, y hacen un efecto que sólo se adivina leyendo descripciones de las *Mil y una noches*.

Los hijos del trabajo que, como el Sr. Bach, emplean su dinero y su talento en elevar el comercio de tiendas á las esferas del arte merecen un aplauso de sus contemporáneos y que la sociedad les preste decidido apoyo.



FIN DE MES

El Carnaval muy deslucido en el Prado y en Recoletos. Figura saliente. Un inglés..... vestido de corto y montado á la andaluza. ¡Puede pedirse mayor excentricidad ni atrevimiento mayor!

Ha muerto D. Tomás Santero, ilustre médico, que deja en la Facultad una vacante de difícil reposición.

Y basta, que ha transcurrido el día 28 y Marzo me espera detrás de la mesa.

# MARZO

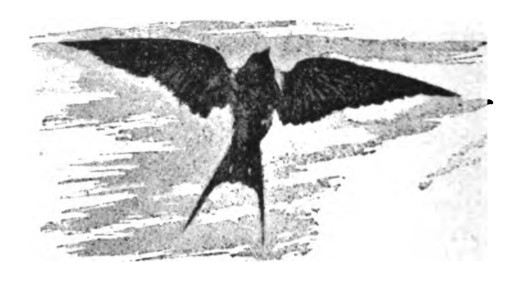


## Las golondrinas.

Muy cerca de Madrid tengo yo, á semejanza de Alfonso Kar, un cacho de jardín en que hay de todo: flores, frutas, hortalizas, corral, gallinero, noria, estufa mirando al Sur, y vides con verdes pámpanos encaradas al poniente. De todo una ligera muestra para gloria del ideal campestre; de casi todo un ejemplar para recreo de mis sentidos que gozan de un modo infinito al sentir las auras tibias, embalsamadas, llenas de luz, que perfuman el ambiente en el estío.

Pero no es de mi jardín de lo que voy á ocuparme, sino de mis huéspedes constantes las golondrinas; las hechiceras aves amigas de los niños que todos los años vienen en grupos tumultuosos á posesionarse por asalto de mi casa á cambio de

difundir en ella la alegría del amor y las bendiciones del cielo. Por eso, y porque en el día triste del Calvario acompañaron al Redentor y probaron á arrancarle de la frente las espinas de la humillante corona, se ama á las golondrinas y se les da cariñoso albergue, y se las defiende de las inclemencias del tiempo, cuando, como ocurre este año, las estaciones andan trastornadas. Las pobres morirían



heladas con las inverosimilitudes de nuestro clima meridional, si no encontrasen abrigo en las cuadras, en las solanas y en las cocinas de las casas de campo. Yo las he recogido muchas veces casi yertas, del suelo, y las he puesto en derredor del fuego manso del hogar, hasta que desentumecidos los delicados miembros, han vuelto á volar piando alegres cual si agradecieran cantando el bien recibido en la mansión de socorro.

Este año, á la hora menos pensada, en una tarde de Marzo sentí movimiento de alas y pitorreos en el cobertizo de la noria, que es á la vez estufa y palomar. Me acerqué y vi una pareja de golon-

drinas que saludaba con gorjeos la casa solariega, la cámara nupcial, la cuna y el nido donde vió la luz y aprendió á volar para seguir á sus padres en las expediciones invernales. ¡Qué alegría; qué saludos tan retozones; qué locura en el aleteo suave, acompasado y armónico, y en el chillido penetrante de una lengua misteriosa, de un volapuk indescifrable que, sin embargo, forma nuestro encanto como la lengua del ruiseñor y de la alondra real, en las mañanas de primavera y en los crepúsculos del estío.

Algazara tan bulliciosa y regocijada que hizo prorrumpir en arrullos á las palomas y en píos á los pichones implumes, estaba explicada porque la pareja recién venida había nacido allí, en el cobertizo, en el primer nido de la derecha, al alcance de mi mano que evitó que pereciesen al poco de nacer.

Y fué el caso que en una mañanita del pasado mes de Julio, considerando sin duda las golondrinas padres á sus polluelos en disposición de volar ya por esos cielos, los excitaron á hacerlo con aleteos tan apresurados y expresivos que al fin la cría se atrevió á dejar el nido y medio cabalgando sobre sus padres salió al jardín y voló como pudo de árbol en árbol tan torpemente que varias veces dió en tierra con sus cuerpecillos, exponiéndose á morir desgarrada en una rama. Yo, que me disponía á venir á Madrid, como todos los días, apercibido del hecho interpuse mi autoridad de amo de casa, reñí á los imprudentes padres, devolví al nido

los polluelos y como recuerdo del hecho y en conmemoración de escena tan interesante, colgué al cuello del más gallardo de los pajaritos un diminuto cascabel de plata.

Al aproximarse el otoño volaron sin despedirse, dejando la casita vacía y triste. Habían emprendido su viaje internacional de todos los años. ¿Volverán?—me pregunté. Sí; volverán en cuanto el sol adquiera fuerza, porque en tierra de infieles respetan también al ave santa de nuestras tradiciones místicas; volverán las peregrinas á sus hogares á cantar con mágico estilo; volverán para enseñar á hablar á nuestros hijos y picotear migajas de pan en sus propias manos y adormirlos con el blando susurro de sus alas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya han vuelto. ¡Qué bendición de Dios! Ya no está triste el nido; ya no está mudo el cobertizo; las golondrinas lo ocupan todo, lo animan todo y lo embellecen todo. Se disponen á la generación, nos convidan á visitarlas, y nos abren de par en par las puertas de sus salones para que las demos la bienvenida.

Por si no fuera bastante atractivo el embeleso de sus cantos, nos enseñan su traje de plumas negras, su escapulario blanco como el armiño, su pico gallardo, su contorno aéreo, y sobre el cuello, á manera de condecoración celeste, una hebra de seda encarnada de la cual pende, como el Toisón de Oro, un cascabel de plata.

Es mi golondrina, mi querida protegida, mi pre-

ocupación poética de algunas horas y mi delicia de todos los días.

¡Bien venida seas, ave bendita, ave agradecida! Aquí estamos todos para darte calor y vida: los pájaros libres con sus trinos, las aves de corral con sus cacareos, los niños con todo lo que poseen, los ancianos con sus bendiciones y yo con el amor de la casa, que es vuestro palacio de verano, vuestro recuerdo en el invierno, vuestra mansión de recreo, vuestra cámara nupcial, vuestro nido y á veces vuestro sepulcro.

---

## José Mata.

Algunos años llevaba yo sin ver á Pepe Mata, cuando le encontré al medio día de uno del último verano en el café de la Marina de San Sebastián.

De los cumplimientos de rúbrica, pasamos á conversar acerca de su última campaña artística en Barcelona con la Compañía Tubau-Palencia, después á resucitar recuerdos de la época—ya lejana—en que nos conocimos en la Ciudad Condal, y, por último, cuando habíamos charlado por los codos de todo lo que se puede hablar con un hombre tan ilustrado como Mata, el diálogo vino á recaer sobre sus proyectos para el próximo invierno.

—¿Es verdad que le tendremos á usted este año en la Comedia?

—Sí, señor. Mario me ha hecho proposiciones ventajosas, usted sabe que yo quiero mucho al público de Madrid; he corrido ya por las provincias tanto como el más movilizado de nuestros gobernadores civiles, y, francamente, mejor que dejarme arrastrar por la corriente que hace tiempo se ha apoderado de nosotros y nos hace cometer la locura de ser primeros actores, directores y aun empresarios de compañías endeblísimas, prefiero volver á Madrid al lado de un maestro como Mario, y encargarme de los papeles que él disponga, y figurar en el cartel de la compañía, no en el puesto que por clasificación me corresponda, sino en el que designe el riguroso orden alfabético.



Confieso que me produjo muy buen efecto oir á Mata expresarse en estos términos. Esa verdadera epidemia de primeros actores que aniquila y desbarata de año en año los cuadros de compañías, no es seguramente la causa que menos contribuye al retraimiento de nuestros autores cómicos y dramáticos y á la molicie perezosa de esos y todos los demás. Porque la cosa no tiene vuelta de hoja. ¿Estamos por ventura tan sobrados de buenos acto-

res que aquel que sobresalga un poco puede desde luego elevarse á jefe absoluto? ¡Qué locura! Él brillará en todas partes porque tiene luz propia, pero ¿á quién ha de escoger para llevar á su lado en la penosa peregrinación del arte? El primer resultado práctico de tan temeraria empresa es un destierro ilimitado de Madrid. Ahí están si no como ejemplos vivos, María Tubau, Cepillo, Alfredo Maza, Julián Romea, Ruiz de Arana, Leopoldo Valentín, Burón y tantos otros; ahí están también Rosell, la Pepa Hijosa y los mismos Julio Ruiz, Riquelme y Luján, que después de estar un poquito de tiempo en teatros serios, han preferido sepultarse en los de hora con tal de ganar la codiciada patente de primer actor y director y mayor provecho, aunque menos honra. ¡Singular manera en verdad de entender el arte!

Lo mismo ocurre con los toreros, y vamos, que esto de que cuatro palmadas legítimamente ganadas en la suerte de banderillas, traigan inmediatamente la *alternativa* prematura que se lleva al diestro á provincias el primer año, y lo entierra después en el montón anónimo, es en verdad cosa muy triste. En la plaza como en el teatro, tendrá el público que escatimar en lo futuro sus aplausos á aquellos actores ó á aquellos toreros que más le convenzan, para tener de este modo seguridad de que volverán á deleitarle en la próxima temporada.

Por esto digo, la manera de pensar de José Mata, expresada de modo tan ingénuo en aquella amena entrevista del Café de la Marina, me

llenó de satisfacción, y no pude menos de decirle:

—Bien, D. José; así es como deben pensar los buenos actores. No dude usted que el público sabrá recompensarle su desinterés y su modestia.

Mata se preparó ese verano en San Sebastián, de un modo brillante para las *oposiciones* del *curso* de Madrid. A función diaria salió en aquella jornada; á obra distinta cada noche; y trabajando así, dió la vuelta al repertorió, distinguiéndose mucho en la interpretación de las comedias de costumbres, singularmente en la *Escuela de las coquetas*, donde, haciendo el papel de Rompelanzas, demuestra que sabe de qué *pie cojea*, y en *Divorciémonos*, que ejecutó con seductor matiz de distinción, con sorprendente naturalidad, y con un lujo de detalles á cual de mejor ley.

José Mata empezó su carrera artística rindiendo culto al drama, al melodrama y aun á la tragedia. ¿Se equivocó al elegir tal escuela para desenvolver sus facultades? La contestación es difícil. Mata ha demostrado para ese género grandes aptitudes, ha servido de modelo en *La carcajada* y *La muerte civil;* y ahora mismo, hace muy pocos días, la noche de su beneficio en el teatro de la Comedia, el público le ha aplaudido con entusiasmo en el ingrato papel del Carlos de *Mala raza*, que ha desempeñado á maravilla, y eso que el drama en cuestión es de los más deficientes de Echegaray, y que el recuerdo del insigne actor que lo estrenó recientemente, estaba fresco en la memoria del público.

Pero al mismo tiempo que reconozco y admiro

en Mata dotes y circunstancias de dramaturgo, confieso que me agrada mucho más verle en la comedia de costumbres y en la alta comedia, especialmente en esta última, que participa de los caracteres de la comedia y del drama, que encierra en deliciosa amalgama lo patético unido á lo poético, la nota cómica hermanada con la triste, la verdadera naturalidad de la vida real con el convencionalismo —nunca exagerado—del proscenio, y que por estas condiciones *sui generis*, ofrece al actor ancho campo en que exhibir la ductilidad de su temperamento artístico, poniendo al alcance de su mano, aunque envuelto en grandes dificultades, el resorte misterioso con que excitar todas las fibras del sentimiento.

En este género, Mata sobresale mucho, y se hace aplaudir con entusiasmo. Tiene para las escenas cómicas un donaire muy culto y un perfecto gracejo que no sufre intermitencias, que no exagera los tonos ni carga de color los efectos; para las serias y graves, una tonalidad de voz muy adecuada y unos ademanes por extremo convincentes; para las exclusivamente dramáticas, gran dominio de la escena y gran conocimiento del público, lo que le permite apreciar, sin equivocarse, hasta dónde debe llegar, y una expresión y unos gestos, que, en ocasiones, dicen y conmueven más que un parlamento agudo, ó una tirada de versos. Ahi está en corroboración de lo que digo, la comedia *Ferreol*, que ha constituído para José Mata uno de sus éxitos más legítimos.

Resulta, pues, á mi juicio, mejor actor de comedia que de drama, y esto debe lisonjearle y no ofenderle, sobre todo si piensa como yo que mejor que el drama epiléptico en que el artista se convierte en auscultador del público, y casi juzga por la mayor ó menor velocidad de la respiración del auditorio el efecto que produce, sirve la comedia humana, la comedia del corte y forma de las que escribieron Ayala y Tamayo en España, y escribe Sardou en Francia, para probar el fuste de un actor, para elevarle al pináculo de la gloria, ó sumirle en las profundidades del olvido.

Mata domina en este género todos los tonos, desde el más humorístico, hasta el más patético, y á veces, en esas producciones declaradamente cómicas, como *El sombrero de copa* y el mismo *Divorciémonos*, me ha traído á la memoria por su manera de decir, por su dicción premeditadamente entrecortada, por su *sans-façon* artístico y sus movimientos en escena y su naturalidad, el recuerdo grato de aquel otro ilustre actor, de gloriosa y galante memoria, encarnación viva de la sociedad elegante de nuestros días: el inolvidable Manuel Catalina.

Actor estudioso, actor modesto, actor inspirado, José Mata al hacer esta temporada su *reprisse* ante el público de la Corte, se ha granjeado bien pronto las simpatías y los aplausos de todos, y no es de esperar que vuelva á abandonarnos.

Y cuenta lector, que nunca peor ocasión que la de este año para juzgar del mérito de Mata, pues

ha recibido en su alma en el transcurso de pocos meses, profundas heridas, de esas que sólo el tiempo y la resignación cristiana pueden curar, pero para las que resultan completamente inútiles los consuelos de la amistad. Si éstos bastasen, José Mata se hubiera repuesto pronto, pues los ha recibido á centenares.

¡Dos muertos queridos! Su mujer primero, después su hijo. ¿Pueden imaginarse dolores más grandes para lacerar el alma de un esposo cariñoso y de un padre amantísimo? Porque hay que tener en cuenta que José Mata ha sido siempre un hombre de familia, un hombre esclavo de sus hijos, trabajador y económico, para quien no ha habido más goces en la vida, que los de su hogar y los del palco escénico que le daba nombre, fama y medios de aumentar y consolidar los primeros. Ha sobrellevado con una admirable resignación las amarguras diarias que le ha proporcionado la terrible dolencia de su esposa, y cuando á raíz de aquel desastre, vino á aumentar sus dolores la muerte del hijo varón, Mata, convencido de que el retirarse á su casa, no ya nueve, sino dos ó un solo día, ocasionaba un conflicto á su amigo Mario, le sacrificó el corazón, no obstante la resistencia de Emilio, y continuó representando, tragándose el dolor y sin que nadie apercibiese en él frialdad ni desfallecimientos.

Nunca he visto á Mata más *actor*, que en esos tristes días.

Para terminar: Pepe Mata ha sido (no sé si hoy

continúa con el vicio) poeta de sana inspiración. Hace algunos años, escribió en el album de un amigo mío una quintilla quizá algo pesimista pero muy linda:

*En esta vida insensata,*
*ni dinero ni laurel,*
*que es natura tan ingrata,*
*que vivirá este papel*
*más que yo,*
*José de Mata.*

---

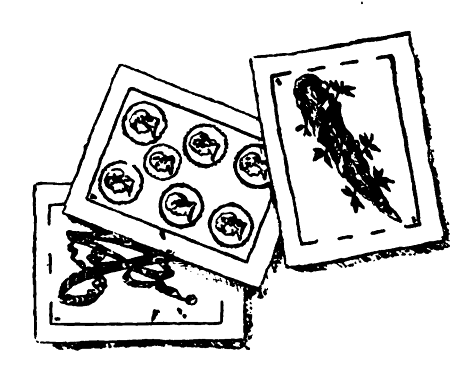
## El último tresillo y las primeras violetas.

### I

Las damas que observan con exactitud las reglas del buen tono, no cierran nunca sus salones sin invitar antes en debida forma para la última cena, para el último cotillón y para el último tresillo. No se da á la sociedad elegante con la puerta en las narices, ni en España es de buen gusto apagar las luces, ni volver la espalda para despedirse á la francesa.

El último tresillo se ha jugado este año en el salón de la Condesa de Casa Sedano, por cierto con gran concurrencia de las damas que figuran en las crónicas madrileñas. Por este motivo no las nombro aquí una por una como se hace en las revistas de comisario, porque las lectoras se saben de me-

moria la lista y porque me parece un exceso que debe aburrir á las interesadas, eso de verse en berlina todos los días con pretexto de que van á misa y pasean en coche, y concurren al teatro, y asisten de vestido alto ó de baile con escote, á todos



los que se dan, grandes y pequeños, en palacios, hoteles y casas particulares.

Dispensen pues las consabidas beldades si no las paso revista de *aspecto* (á ellas que tan *bueno* lo tienen) antes de que tomen el camino de Sevilla, de Barcelona y de Francia. Ya sé que anticiparán los viajes con motivo de la Exposición Universal, y que se irán muy orondas y muy satisfechas porque se libran del eclipse del verano en el Retiro; que volverán cuando se hastíen, y que se reunirán de nuevo en los comedores aristocráticos á charlar y yantar, en esos *luncheons* nutridos, que los cronistas laureados han hecho célebres.

Cuando llegue el momento psicológico, es posible que yo también caiga en la tentación de afilar el lápiz para dibujar como Dios me dé á entender los bosquejos nocturnos de la orgía fina, haciendo una nómina de hermosuras más larga que la de Leporello... y más interesante que la lista grande.

Pero hoy no es oportuno. Se acaban las *puestas* perdiendo algunos por tímidos ó atrevidos el juego que venían practicando durante el año, y ya sólo se piensa en las puestas de sol, presenciadas desde la Gran Vía de Barcelona ó desde las playas cantábricas, y el último *estuche* del último tresillo da la señal para que se cierren á su vez *los* que guardan las preciadas joyas que tanto han centelleado durante el invierno.

¿Qué les queda que hacer en Madrid á sus lindas poseedoras después de haber comido la última trufa del último banquete, de haber asistido á la última noche del Real, y de haber ganado ó perdido el último tresillo?

## II

*¡A dos cuartos ramitos de violetas!...*

¿Por qué las violetas de los jardines bíblicos y de los cármenes sagrados, de las praderas de trébol y margaritas, esconden su corola bajo las hojas vivas de su tallo y respiran adentro á fin de que los habitantes de este planeta no nos apercibamos de su existencia por el perfume que exhalan?

¿Por qué la violeta blanca de San Remo, la doble de Parma y la sencilla de nuestros parques, es tan codiciada de las deidades de los salones?

¿Por qué un ramito sencillo de violetas, ilustrado con la firma de Alfonso Kar, cuesta en París en esta estación 20 francos, y nunca menos de 5?

¿Por qué las riberas del Genil y del Darro son á menudo visitadas en las postrimerías del invierno por hatos de cabras y piaras de vacas que andan al rebusco pausadamente, olfateando el aire con verdadero deleite?

¿Por qué las palomas blancas, símbolo tierno del amor casto y de las aspiraciones celestes, se lanzan á las violetas en cuanto perciben el aroma siempre nuevo de la flor, y la arrullan, y la pican codiciosas, y arrancan el tallo para gozarla mejor?



Porque la violeta es la flor delicada, hija del sol de invierno, que viene primero que ninguna otra á cantar el himno de la resurrección de la naturaleza; la primera que embarga nuestros sentidos con su aroma penetrante; la que da á la mujer amada, objeto de nuestro culto, atractivos irresistibles de inocencia y pudor; la que santifica el amor y adormece la ira; la que nos lleva por sendas encantadoras á los altares del himeneo, fija la vista en el infinito y el

corazón en el Evangelio; la que es símbolo de virginidad; la única que, procediendo del cielo, trae en sus pistilos algo oculto de la divinidad y en su aroma misterioso el secreto del Paraíso, secreto que nunca desciframos, porque el perfume de esa flor desaparece en cuanto llegamos á olerla.

¿Qué viene á enseñarnos la violeta? ¿Qué viene á decirnos con sus brisas de primavera, su aspecto delicado y su aroma, como ninguno soñador y perceptible?

Viene á decirnos al oido que más allá del éter azul del firmamento hay una pradera esmaltada de violetas, cuyos pétalos reciben directamente del Creador el hálito divino que parece voz del Espíritu y acento del alma inmortal.

Por eso cuando bajan á la tierra las violetas, las almas puras las bendicen y se asimilan á ellas; las impuras tienen mucho que hacer para no marchitarlas con su aliento; por eso están en todas partes, en los palacios y en las bohardillas, dando luz á la vida; por eso coronan las frentes honradas con la castidad de los ángeles; por eso llenan de alegría la morada pobre, pero limpia y decente de las vírgenes del pueblo, para cuyos tocados y floreros se venden todos los años las violetas á las puertas de las iglesias, con este cantar:

—¡A dos cuartos ramitos de violetas!

## El pianista Planté.

Él solo ha reconcentrado por entero la atención del público y de la prensa de Madrid, durante el actual mes de Marzo.

Sus conciertos en el Circo de Rivas y en el Salón Romero han revestido la solemnidad de los verdaderos acontecimientos artísticos. ¡Qué entradas y qué entusiasmo!

De Liszt se cuenta que estando un día en casa de Rossini se sumió en la contemplación de las espaldas de la señora de X, que se había presentado en traje de baile. Ella, que notó lo intenso de la mirada del gran pianista, le dijo alarmada:

—¡Caballero Liszt...!

—Señora—contestó el artista sin alarmarse—estaba mirando si teníais alas.

Oyendo á Planté dan ganas de subir al tablado, colocarse á su espalda, mirar con fijeza aquellas manos que parecen movidas por una corriente eléctrica, y si él, extrañando el procedimiento, preguntase: ¿qué hace usted? contestarle rápidamente para no perder detalle: —Estaba mirando si toca usted... solo.

Planté es un hombre extraordinario por todos conceptos; artista eminente, cumplido caballero, esposo irreprochable y padre de cinco hermosas criaturas, que son los verdaderos *sostenidos* de su

pentágrama íntimo, como que ellas son las que sostienen la risa en sus labios, la alegría en su corazón, la fe en sus empresas, el deseo de sus éxitos, el encanto de su existencia, en una palabra.

Bajo un continente frío, su mirada conserva la vivacidad y la fuerza de la juventud; su boca está siempre contraida por una ligera sonrisa; su frente es espaciosa, como para indicar que debajo de ella se ocultan muchas y grandes ideas que es imposible contener en reducido espacio, y sus cabellos, peinados hacia atrás, ya blancos, pero abundantes, dan al conjunto de su cabeza cierta semejanza con la de las buenas *Cabezas de estudio*.



Todas las empresas se lo disputan, todos los públicos le aplauden, en todas partes encuentra glorias y triunfos, y, sin embargo, Planté prescinde muchas veces de producir esos éxitos, y todo su afán es correr á Mont-de-Marsan, donde están su mujer y sus hijos. Mont-de-Marsan, dice Peña y Goñi en un precioso artículo dedicado al eminente pianista, es el oasis de Planté, y allí vuelve siempre con creciente ansiedad á trocar por el dulce calor de la familia la vida nómada del concertista.

Colmado de honores y condecoraciones por muchos soberanos, apenas si se acuerda de los cintajos con que otro que no fuera él, llevaría engalanado el frac á todas horas.

Todo lo que humanamente puede expresar el arte de los sonidos, todo lo que jamás se ha soñado que podría decir un instrumento, es lo que Planté hace *decir* al piano. Acentos, ora vigorosos y enérgicos, ora plácidos y tranquilos, alegres y juguetones unas veces, y otras elegiacos y tristes. Ejecución prodigiosa y rayana en lo imposible, mecanismo asombroso, fuerza colosal, sin esfuerzo aparente ni contorsiones grotescas, sentimiento exquisito y gusto irreprochable, son las condiciones que distinguen al gran *virtuosi* al ejecutar cualquiera de las dificultosas obras que constituyen su inmenso repertorio.

Planté aborda con igual facilidad é interpreta con igual maestría la música delicada, clásica, finísima de Chopin, que la romántica y tumultuosa de Liszt ó la revolucionaria de Wagner; tan fácil es para él la *Tarantelle* de Gosstchalk, llena de espinosas dificultades, invencibles para casi todos los pianistas, como una melancólica romanza de Mendelsshon. ¡Qué manera de comprender hasta en los menores detalles el carácter especial de cada uno de los distintos géneros de música que interpreta! ¡Qué limpieza en la ejecución, y qué sobrenatural conocimiento del valor de cada nota y de cada frase! Los inteligentes, al escuchar á Planté, aprecian con entusiasmo las bellezas de tan perfecto

modo reveladas; los que no estamos por completo dentro de los secretos del arte, aplaudimos con asombro la sin igual maestría del gran artista. El piano en manos de Planté no es un instrumento rebelde; llora, ríe, canta, gime y lanza enérgicos acentos á voluntad del genio que lo domina. El eminente artista ha venido á hacer que el piano sea imposible cuando él se marche.

Planté hace alarde de todas sus privilegiadas cualidades, lo mismo al ejecutar su primer número del programa que cuando lleva tocadas cinco ó seis más de las que se anuncian. La emoción musical no disminuye con las repeticiones. Los mismos pases de octavas rápidas como el viento, los mismos saltos sorprendentes en varios intervalos, los velocísimos y brillantes arpegios, las intrincadas sucesiones cromáticas, las imitaciones de estilo frecuentemente fugado; y cuenta que en esta lucha de refinado mecanismo, compiten con frecuencia ambas manos, de modo que la izquierda pocas veces le va en zaga á la derecha. ¡Parece increible que aquellas muñecas no se rompan, que aquellos dedos no lleguen á perder su increíble elasticidad!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Planté ha tocado ya, además de en el Circo de Rivas y el Salón Romero, en Palacio y en la Embajada francesa.

El concierto de despedida con la orquesta que dirige el maestro Bretón, llega á su término. El público está medio descoyuntado á fuerza de aplaudir, y el artista que así acaba de galvanizar á sus

oyentes, sale por centésima vez á dar las gracias. Se oye un grito formidable:

—¡La Tarantela!

Planté vuelve á sentarse al piano, y suena de nuevo esa inspiradísima composición de una brillantez comparable sólo á su encantadora delicadeza.

El momento es solemne. Silencioso el público, atentos y conmovidos los profesores de la orquesta, bañado el salón con ese vago tinte dorado que forman las lucecillas temblorosas de los mecheros de gas, y la luz aun viva, pero que se oscurece lentamente, de la tarde que entra en el crepúsculo. Planté da rienda suelta á su fogoso brio, despliega toda la energía de su genio comunicando á su ejecución una bravura é ímpetu sorprendentes, á veces vertiginosa, desprendiéndose de vez en cuando de entre los torbellinos de notas que arranca del teclado medio, algún bibrante sonido salido de las tiples, como la chispa eléctrica sale de entre la densa y tremebunda tempestad.

La Tarantela acaba. Entonces se presencia en el teatro una ovación delirante. Planté ha recibido muchas, pero seguramente ninguna tan ardiente, tan espontánea, tan... española como esta. Todo el concurso se pone en pie para aclamarle, todas las manos se juntan para aplaudir, todos los pañuelos agitados en el aire con movimientos febriles parecen unirse en un deseo unánime, y decir al pianista: ¡Vuelve pronto!

Después yo no sé lo que pasó en el cuarto de

descanso; aquello fué una locura. Sólo recuerdo que Planté ofreció volver á Madrid y que salió al día siguiente para su país.

Cuando al cabo de correr muchas leguas adivinase á lo lejos la silueta de Mont-de-Marsan á donde arribaría, como siempre deprisa, de fijo que exclamó, lanzando un suspiro de satisfacción:

*¡Al fin llegué!*

---

## La vida moderna.

### LA MESA

Los *yantares* de los Reyes de España tienen fama en el mundo por lo mucho bueno que se devoraba en ellos, y por lo bien que estaban aderezados los guisos. Se comía ensanchando puntos á la correa del cinturón *(ad recalcandum)* y no se sabe de ningún caballero que falleciera de hartazgo.

No todos los yantares eran finos, á gusto de los gastrónomos ó *gourmets*. Las comidas eran siempre abundantes pero muchas veces groseras. Los convidados se atracaban, mas no se regalaban, puesto que les empapuzaban con mucha carne cocida ó asada, mucha tortilla de patatas y arroz.

En una comida de 62 cubiertos, como por ejemplo, las que se dieron en casa del Conde de Salinas

al Almirante inglés en 1605, sirvieron dos criados del Rey, de librea y gorra, y veinticuatro mozos ordinarios. La comida se compuso de ¡260! platos grandes de cocina, entre los cuales los hubo de ojos de vaca, gallinas y pichones, ternera asada, cabritos, perdices, capones, *olla podrida*, pierna de carnero, jigote, arroz con leche y una tan considerable porción de aperitivos y postres que exigieron un par de horas sólo para el desfile alrededor de la mesa. Pero recuerdo que este asunto de los yantares antiguos lo ha tratado con erudición suma y con una elegancia literaria, nunca bien ponderada, el eximio escritor, doctor Thebussem, en el libro titulado *La mesa moderna*, y yo no debo invadir ese comedor sagrado del arte culinario español tan brillantemente descrito por el cocinero de S. M.

En las mesas de nuestros personajes á la moda, no se sirve ya el cocido nacional por considerarlo ordinario, aunque no haya dejado de ser higiénico, restaurador y suculento. ¡Qué se diría de una dama castellana, con sombrero inflamable, aunque procedente de la tierra del pan, que presentase en su mesa garbanzos de Fuente Sauco, carnero de Aragón, legumbres y frutas de Tudela, jamón de Trevelez y vaca gallega, artículos todos muy superiores á lo mejor que se conoce en la redondez de la tierra? Pues le dirían á tal señora que era una *provinciana* imposible de civilizar, que la sopa de pan ó de arroz es un verdadero bodrio al lado del *potaje á la brique* ó del *Torcle Soup*, y sobre todo

puesta en fila con el cosmopolita *consomme*, hecho con agua turbia, huevos descarnados y pellejos de aves manoseadas.

Donde quiera que hay vergüenza nacional existe cocina propia. Por eso no falta jamás en los festines ingleses el *roast beef*, en los alemanes el *Saner-krant*, en los italianos la *Polenta* y en los rusos el *Caviar*. ¿Por qué el manjar indígena de las ricas-hembras, tan agradable á los paladares españoles, ha de ser rechazado de las mesas de ceremonia y sustituido por esa colección de comistrajos insípidos é indigestos, cuando no mal sanos, que envueltos en manteca rancia, rociada de pimienta, se sirven *al codo* por criados enguantados, almidonados y encopetados?



Un inglés ha dicho que del cocido español se pueden hacer *quince* platos sabrosos y alimenticios; es decir, toda una comida. ¿Por qué, pues, poseyendo un arsenal de manjares tan interesantes é irreemplazables hemos de ser feudatarios del exótico *menú* donde campean descaradamente los *cannelones* á la Richelieu, las *mauvietes* en *croustade*, el *Rissoto* á la Regencia y los *profiterolles* al *chocolate*? Esto no tiene sentido común ni nada que lo justifique.

Antes de inventarse el gran estilo en las comidas íntimas de la burguesía, y en los banquetes de *espectáculo* de la aristocracia, cuando no se conocía el

*pan de Viena*, y las mesas puestas con sencillez y limpieza no necesitaban parterres de flores, ni manteles calados, se comía honestamente y se bebían vinos de la tierra, secos y dulces, algunos de antigüedad respetable, sin que para acreditarlos hubiera que traerlos á la mesa encamados en lechos de mimbres, con colgadura festoneada de telarañas y costra ribeteada de polvo ó de barro ennegrecido, para mayor autenticidad del *crou*, que hoy en la vida moderna, se adquiere á costa de oro.

Entonces salían á la mesa las perdices íntegras, los capones sin perder la cresta, las chochas con el pico, y las codornices sin dejarse la piel en los laboratorios de disección culinaria, que dirigen en los grandes comedores unos *monsieures* de manos sucias y cara abotagada por excesos en el beber el *bon vino*... de nuestras bodegas. Los pavos cebados con nueces para mayor regalo del paladar, venían humeando al comedor. El relleno era condimentado casi siempre por la señora de la casa para mayor garantía de los convidados, pues es sabido que en estos casos, se les da fácilmente, como suele decirse, gato por liebre; patatas, por ejemplo, por trufas, y piltrafas de tocino, por jamón. El pavo se llevaba con solemnidad al amo de la casa, apercibido para el caso con cuchillo y trinchante, y en el acto empezaba la faena de la distribución con inteligencia y destreza. El anfitrión, cortaba lonjas de pechuga, que iba poniendo en una fuente, y los convidados, atentos á la maniobra, celebraban la habilidad del señor para esto de descuarti-

10

zar un pavo, asado en el horno de la casa, cuando no lo era en el de *Botin*, sin salpicarse la pechera, ni manchar los vuelos de las mangas de las señoras más próximas. La señora de la derecha (entonces se colocaba el dueño del festín entre las señoras de experto diente), solía dar con el codo al director, diciéndole:

—¡Hombre, qué bien asado está! Guárdeme usted un filete de las entretelas.

—Se guardará.

—A mí, deme usted los menudillos, y un poco de relleno, decía la de la izquierda.

—Los tendrá usted.

Y para animar el *intermedio*, los caballeros se despepitaban en obsequiar á las señoras con aceitunas ó pastelillos, y las servían en persona el vino y las agasajaban cortesmente, poniendo á su lado todo lo más substancial y vistoso que hallaban á mano, amén de la conversación, que á veces hacía olvidar la comida.

Los convidados se retiraban satisfechos. El dueño de la casa respiraba orgulloso, y decía á cada plato: ¿Qué tal?

Una comida así, tan *casta é pura*, sin menú ni patillas, ni tacto de codos y pies que no siempre se desenredan ahora en la Vicaría, juzgada por los *Maîtres d'Hôtel* de los figones de la Galia y por los

edecanes de comedor apicarados, que ahora usan frac de guardarropía, y que alguna vez, vendiéndose como Judas, ofician de *celestinos* en la distribución de los puestos, sería un horror gastronómico, una cursilería fenomenal, una ordinariez de ricachones incultos, un atentado técnico contra el arte de comer *al codo*, con menú litografiado á dos tintas ó ilustrado á la acuarela por pintores de fama, en espléndida *salle à manger*, servidos por *garçons* que gradúan á su antojo los gustos y el apetito de los comensales al hacerles plato, y que calzan todos guante blanco, sin que por eso dejen de oler á tabaco de pipa, y en ocasiones á la cuadra en la que alguno ejerce durante el día de... mozo de caballos.

Cuando se trinchaba de oficio en la mesa, los convidados sabían lo que comían. Hoy no pueden saberlo, y guárdese ninguno de mostrar instinto de rebelarse ó de preguntar, siquiera sea en voz baja, al que le sirve, porque el anatema del buen tono caería fulminante sobre su cabeza y lo aniquilaría como á un bellaco, como á un ignorante, como á un mamarracho.

Se perdieron las galgas de los zapatos de las esculturas femeninas, ha desaparecido la donosa mantilla, embeleso de *touristes*, y no se ha perdido el contorno ni el contoneo, porque ambos son obra de Dios, y no extravagancias de la moda. Si llega á perderse, como amenaza, el clásico cocido á la madrileña ó á la andaluza, no habrá quedado á nuestra raza ni siquiera el recuerdo de su

pasada existencia culinaria, porque todo, todo será en nuestras casas francés: ropas, utensilios, muebles, manjares, vinos, refrescos, pastelería, confitería, y hasta el modo de hablar y de... señalar.

¡Por piedad, señores de la vida moderna! Dejemos algo á la patria, aunque sólo sea unas sopas de ajo y unos huevos (no artificiales) pasados por agua.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Desde el cuarto en que escribo oigo sonar una campana. Van á comer en el hotel que está á dos pasos de mi balcón. Conozco la señal. Es un *hotel* y avisan como en las *fondas*.

Descorro los visillos. En el salón del piso bajo hay mucha gente. Noche de banquete. De pronto veo surgir en el marco de una puerta, la silueta negra y blanca del jefe del comedor, que pronuncia la frase sacramental:

—*Madame est servie*, en vez de la anticuada: La sopa está en la mesa.

¡Cómo progresamos!



## Semana Santa.

*(Acuarelas pequeñas).*

### LA PALMA

Ya está bendita.

Hace un momento recibió la consagración en el templo, formando fila con otras muchas como ella amarillas y como ella vistosamente adornadas.

Como van las niñas de un colegio vestidas de blanco y coronadas de azahar á recibir la primera comunión, así han ído hoy en grupos las palmas, emperejiladas con cintas y lazos, á recibir la bendición del sacerdote.

El espectáculo es sublime y conmovedor. Las palmas forman una verdadera techumbre de hojas movibles, que improvisan en el templo un segundo techo de tonos más vivos y más alegres que los del natural, bajo el que se agrupan los fieles y se inician los niños en los santos misterios de la Semana Mayor.

Antes de que la tarde camine á declinar, las palmas se asomarán á los balcones de todas las casas en que habitan personas cristianas, y desde hoy serán reliquia y amuleto y salvaguardia del hogar contra las tempestades y contra las epidemias. Por eso se une íntimamente á los hierros del balcón y en él permanecerá cuidadosamente atendida hasta que otra palma joven la releve en su tarea el año

próximo, cuando ella esté ya vieja y decrépita, hasta el punto de que habrá que removerla con cariño para que sus tallos enfermos no se tronchen, y sus hojas secas no se deshagan entre las manos y caigan á la calle convertidas en polvo.

Lástima que los rigores incomprensibles de la primavera actual hayan quitado esplendores al poético Domingo de Ramos, y hayan hecho llegar á las puertas de las iglesias el romero cubierto de nieve, el olivo con sus hojas de plata arrugadisimas, y las palmas no erguidas y arrogantes, sino mojadas por la lluvia y con su punta vibrante inclinada hacia el suelo por el peso de la humedad.

Fernanflor llamó á las palmas *líneas de oro*. No hay en verdad otras que se presten tanto como esas para *leer entre ellas* algo de lo que nunca debemos olvidar.

***

## CARRACAS

Las campanas han enmudecido, y la religión llama á los fieles con el repiqueteo monotono y tenebroso de la carraca. Es un sonido áspero y penetrante el que produce ese instrumento de madera, y su desesperante chirrido llena de tristeza el alma acostumbrada al alegre volteo de las campanas, que *hablan* con sus lenguas de hierro.

Cuando llegue la hora de las tinieblas, su estrépito será ensordecedor, y, como siempre, resultará irreverente. ¿No podrían cambiarse en este punto

las prácticas religiosas? ¿No sería más piadoso romper, con referencia á las carracas, la tradición que nos manda convertir la iglesia, donde acaban de conmovernos patéticas escenas, en reproducción alborotada de los jolgorios de la Noche-Buena?



Lo digo porque la carraca no cumple ya su misión de atributo y se convierte casi en arma de combate que esgrimen, no las manos inocentes de los niños, sino las manos pecadoras de grandullones y grandullonas, que buscan en las tinieblas... lo mismo que suelen encontrar á la luz del día: escándalo y diversión.

Ya no se hacen carracas pequeñas; ya no nos contentamos con ponerles espejos y cromos; ya se construyen en forma de guitarra y van aumentando su tamaño de un modo alarmante. No tardarán en dejar la iglesia para salir al teatro, y día llegará, si así continuamos, en que los excéntricos de los circos ecuestres que han agotado ya el repertorio de los instrumentos musicales, apelen á la carraca armónica, á la carraca de distintos sonidos para debutar con esa atracción, y entonces las carracas habrán perdido por completo el último resto de su verdadero carácter.

***

## LAS VELAS DEL MONUMENTO

¡Buena época para las cererías!

Desde que en el ángulo del mostrador se puso el frasquito con bermellón, y el pincel de cerdas finas, la puerta no está un momento en quietud y el desfile de parroquianos devotos es interminable.

El frasco de pintura y el pincel, responden á un sentimiento en extremo piadoso. La devoción del monumento cumpliría con enviar las velas á las iglesias sin más requisitos, pero entonces al recoger los *cabos*, no volverían á casa los que se mandaron, sino otros cualquiera cogidos al azar del montón de cera que se forma desde el sábado de Gloria en los templos.

Y no es esto lo que se necesita. Lo interesante, lo tradicional, es que de las mismas velas que se compraron para alumbrar al Santísimo, vuelvan á casa los extremos, fragmentos, cabos ó como quieran llamarse. Estos pedazos de vela avalorados á los ojos de la imaginación cristiana, por la circunstancia de haber ardido ante el Sagrario, son durante el año, como la palma, un amuleto de eficacia reconocida, singularmente contra los peligros de esos días de verano oscuros y sofocantes, en que no hay aire respirable en la atmósfera, y la electricidad se amontona en los nubarrones negros, y estalla al fin la hórrida tormenta erizada de relámpagos y rayos.

Por eso todas las velas del monumento se marcan estos días con el nombre completo ó sólo las iniciales del que las manda al altar; nombre ó iniciales que los cereros escriben en la superficie tersa de los cirios con el pincel mojado en tinta roja ó en encendido bermellón.

Hace ya dos años que los compradores tienen que limitar el máximum de su regalo, á velas de á libra, estrechas y delgaditas, pues desde la siniestra catástrofe ocurrida en la iglesia de San Luis en 1886, se ha prohibido en las cererías la venta de velas de más calibre, y ni por excepción se admite en las iglesias ninguna que exceda las proporciones exigidas para la debida seguridad.

A centenares están ya hacinadas en las sacristías de los templos, y en breve empezarán á arder unas tras otras, todas hasta la mitad próximamente, para ir pasando después á los cajones de las arquillas, donde formando curioso y espléndido listín de la devoción de las familias madrileñas, esperarán á que vayan á recogerlas.

Para entonces ya habrán cumplido las velas su mística misión *velando* el simulado sepulcro del Redentor.

¡Benditas sean las velas del monumento!

***

## LA MANTILLA

Miércoles Santo.

Nuestras elegantes y las que no lo son, piensan por un momento en el mañana... porque mañana es Jueves Santo y hay que salir con mantilla, que de no ser así, maldito si se ocuparían de pensar en semejante cosa.

Hoy se remueve el fondo del arca, ó se registra el armario, y la mantilla que allí ha dormido el sueño del olvido durante 364 de los 365 días que tiene el año, despierta al fin alborozada por ver que *aún* se acuerdan de ella, y se da á luz con su envoltijo de papel de seda y su penetrante olor á alcanfor.

Mañana saldrá por esas calles sirviendo de airoso marco á las pálidas caras de las madrileñas, y de tiesto bellísimo á las flores que todas sin excepción se prenderán sobre ella. Mañana serán verdaderamente españolas las mujeres de nuestra tierra, y si cuando vayan á correr las estaciones, les entra curiosidad de mirarse al pasar en el cristal de cualquier escaparate, podrán convencerse de lo mucho que completa y realza su belleza ese *trapo* indígena, y de lo mal que se quieren á sí mismas desterrándolo voluntariamente para seguir las modas exóticas de los sombreros y gorras extranjeras.

Mañana triunfará por unas horas la mantilla, y recorrerá Madrid sembrando el tránsito de tenta-

ciones que no debiera poner en juego en el día clásico del recogimiento y la oración.

Pero la pobre no tiene la culpa y hace bien en aprovechar lo poquito que la dan.

Para eso el sábado volverá al abandono, y el Domingo de Pascua, cuando las mujeres del pueblo vayan á la Plaza levantando torbellinos de sal, con el zarandeo de sus pañolones de espumilla, ella se estará penando como alma del purgatorio en las oscuridades de un cajón, mientras su tontísima dueña se dirija al circo taurino para presenciar la fiesta favorita del pueblo del Dos de Mayo, abrumada la cabeza bajo el peso de un monumental chambergo afrancesado.

***

## LA CARA DE DIOS

Fiesta tradicional del Viernes Santo que debiera suprimirse ó por lo menos corregirse, porque no es posible autorizar que á las puertas de la ermita en que se venera, no una reliquia auténtica, sino una copia bastante endeble de la verdadera Santa Faz, se entregue el pueblo á escenas y algaradas de todo género.



El lienzo no será auténtico, como digo, pero el jolgorio es de los más legítimos, y el efecto que

produce de los más tristes, porque sino resulta el cuadro impío, le falta muy poco para serlo.

Allí se congregan hombres de pelo en pecho y mujeres de rompe y rasga; allí hay pañolones de Manila, allí hay requiebros, borracheras y blasfemias; allí se baila sin guitarra, es verdad, pero se baila, y se comen bollos de carne y mantecadas, y salen á relucir las navajas, y de todo da idea el conjunto, menos de que aquello sea una fiesta piadosa, una romería de devotos, ni un público alarde de devoción.

Y cuando á la caída de la tarde salen hombres y mujeres, íntimamente enlazados, y se extienden por Madrid, llevando ellas en el pecho prominente, y ellos en las gorras ó en las cintas de los sombreros *Caras de Dios* de papel, crean ustedes que el espectáculo hasta resulta impropio de un pueblo culto.



## LOS COCHES

*¡Cuantum mutatus ab illo!*

Ya no es completo el eclipse de los carruajes durante las horas del Jueves y Viernes Santo, ni tan estrecha la prohibición que para que circulasen existió hasta hace algunos años. Se reconoció primero la imposibilidad de encerrar en las cocheras á los coches de correos; después á los de los médicos; más adelante á los de aquellas personas que tenían que ponerse en viaje; y por último, se transigió un año conque los tranvías hicieran una parte de su recorrido ordinario, y se ha autorizado después que, desde las siete de la tarde, transiten esos vehículos como en los demás días del año.

Se sostiene polémica en la prensa contra los periódicos ultramontanos, que dicen que la costumbre de que no circulen carruajes en tales días es antiquísima; se afirma, en oposición á ese aserto, que la prohibición data de los tiempos de Carlos III, y que el acuerdo fué medida de policía y no práctica fundada en la piedad de nuestro pueblo.

Yo no discuto la cuestión. Me dicen que la vida moderna de las capitales más católicas, Roma inclusive, no prescinde de coche en los días más grandes de la Semana Mayor, y lo creo y lo comprendo; pero francamente, débase á nuestro arraigado espíritu de rutina, atribúyase á lo que se

quiera, me hace mal efecto ver el tranvía cargado de gente, silbando y metiendo ruido en esa noche triste y callada del Viernes Santo, que hemos aprendido desde niños á considerar como la más dulce, la más poética, la más respetable y transcendental del año.

Me acuerdo de la época en que nuestro Gobierno de la República levantó la prohibición, dando por resultado la medida, el que no se viera en las calles *ni un solo* carruaje de ninguna clase.

Y pienso para mis adentros que no es sentar plaza de mogigato, ni ostentar ejecutoria de mestizo, el decir que los coches sobran en las calles de Madrid y de España, mientras la Iglesia celebra estos misterios; què el público suele silbar á los que se exhiben trotando largo; y que la molestia de ir á pie dos días, no es de tanta importancia que merezca discutirse en los periódicos. La discusión estaría en su lugar, en todo caso, en las cocheras.

Con el tiempo nos acostumbraremos. Quizá la moda cortesana, que cada año nos proporciona sorpresas á cual más originales, ponga en uso cualquier Semana Santa el de las literas, ó el empleo de coches á la calesera, para que el contraste del silencio antiguo con el bullicio futuro, sea más acentuado; pero mientras tanto la perspectiva tradicional de una calle de nuestro país con las aceras cubiertas de gentes que van y vienen á las Iglesias, se altera de plano con la presencia de un coche propio ó de alquiler. Sólo hay uno que no nos sorprende: el de los muertos. Ese va al cemente-

rio, y como dijo Narciso Serra de modo que nadie ha dicho:

*... el hombre pára allí,*
*cuando mejor va pensando.*

***

## LA PASIONARIA

Es el símbolo vivo de la Semana Santa; es una bella flor que crece y se cultiva en nuestos jardines, pero que no ha dicho todavía á los botánicos la palabra de su santo enigma.

Nació en el misterio y en él vive respetada, porque en sus hojas y en sus tallos cilíndricos se encuentran reunidos todos los instrumentos de la Pasión de Jesucristo.

Esa flor, que en las regiones rurales sirve de catecismo á los niños, existió seguramente antes del sacrificio del Calvario. Es, pues, una flor poética la flor de la Pasión, que vino á anunciar al mundo el rescate humano después del pecado cometido en los jardines del Edén. Así discurre el corazón movido por una piadosa creencia, que, sin embargo, no alcanzará la gravedad de un artículo de fe.

En las viviendas rústicas de nuestros campos, donde el excepticismo no ha entrado todavía, la pasionaria azul es venerada como una reliquia vegetal caída del cielo. Los muros exteriores se tapizan con ellas, y sirve de libro á las madres para enseñar á sus hijos la historia sublime del Gólgota.

Hay algo de conmovedor seguramente en esas lecciones dadas bajo los emparrados de pasionarias. Los niños hacen preguntas, que las madres contestan, y ellos, que están siempre dispuestos á entrar á saco en las flores, tocan con religioso respeto la que les habla de los sufrimientos del Calvario en un lenguaje tan claro y perceptible.

***

## MÚSICA RELIGIOSA

Si es cierto, como yo creo, que en el alma humana hay algo de impersonal, de infinito y divino, á ese algo, á esa región del alma debe dirigirse y se dirige la música.

Por eso la religión se apodera de ella y se sirve de sus notas, de sus sonidos, de sus acordes, desde el más simple hasta el más complicado, para sus solemnes manifestaciones, y admite desde el canto ambrosiano, sencillo y severo, hasta la *Messa* de Verdi, adornada de todos los modernos adelantos musicales, de todas las combinaciones conque en nuestros días se ha engalanado el arte.

—¡Dichoso aquel—me decía un romero erudito del último jubileo—que en el Vaticano, durante las grandes solemnidades del culto, ha podido escuchar las melodías de Leo y de Pergolesse, las sublimidades de Hayden, el *Miserere* de Alegri y la misa de Palestina! Al oir esas notas el alma sube

al cielo por escalones invisibles y misteriosos, formados de todos los sentimientos naturales y universales que arrancan de lo más profundo de la naturaleza humana un suspiro en que se contiene la aspiración á lo infinito.

---

## TIPOS CONOCIDOS

### Las que se quedan en casa.

Eso de quedarse en casa, dicho así á voz de esquela ó de tarjeta, parece una invectiva sangrienta contra las señoras que viven en la calle. Y, sin embargo, no es pulla, ni invectiva, ni siquiera murmuración. Es un medio como otro cualquiera de participar á la sociedad y á los amigos que la señora de *** se queda en casa para recibirlos, que los espera sentada para agasajarlos, para aderezar el plato de una conversación ambigua y sabrosa, y, según á quien ó á quienes, para deletrear con él ó con ellas las conjugaciones activas y pasivas del verbo *amo*, *amas*, *amare*.

Inventó la moda de quedarse en casa una tarde á la semana, y dos en los días lánguidos de la Cuaresma, una parisién de artificio, quiero decir, reconstruída al sér que nunca tuvo, por los líquidos lácteos, las cremas y los polvos de juventud. Corría la cuitada el peligro de diluirse á la temperatura

normal de un salón del buen tono, y en lugar de exponer sus encantos ficticios á la espléndida luz de las bujías de gas, prefirió quedarse en su gabinete, dispuesto *ad hoc* por un confeccionador de crepúsculos y auroras *ad usum femeninum.* Resultó el ensayo una perspectiva de colores y de tintas, graduados sobre el foco inverosímil de la dueña del *logis*, que á más de cuatro produjo antojos de perpetuidad por medio de la restauración química, similar del embalsamamiento egipcio.



Fué la tal parisién una cursi rechupada, creación de los modistos, que en su juventud presidió con uniforme de gala algunas cenas de la gente elegante, y que al verse entre dos luces, es decir, en vísperas de dar el salto de Leucades, discurrió un medio de conservarse como Ninon de Lenclos en las cimas del ideal, y... se quedó en casa.

Muchas damas de la *fashion* imitaron el procedimiento de la maga, y no hubo desde entonces Duquesa joven, ni Marquesa vieja, ni pergamino nobilísimo enrollado dentro de faldas de tisú ó de lana, que no se quedase también en casa para solaz económico de los adoradores de profesión, y de las

vírgenes locas que miran al cielo para meditar, y á lo que pasa en la calle para remedarlo.

Quedarse en casa es ponerse al acecho, es como tomar un turno de conquista en la esgrima del galanteo, es enseñarse á los devotos sin remilgos, morder la manzana en confianza, presidir sin tribuna ni campanilla una charla frívola, desbordada, sin sentido, como la que ellas y ellos improvisan de *omni re scibile*, cada vez que se juntan para narrar, en estilo acaramelado, las murmuraciones que corren por ahí, lo que se dice de los salones por allá, lo que se cuenta de ciertas jóvenes virtuosas que rompen de improviso el lazo conyugal para hacerse libre-cultistas en amor y en religión. Es hacerse con un trono sin las amarguras de la corona, es tener cortesanas sin lista civil, academia literaria sin sabios de cartel, baile de mentirigillas, *buffet* en epigrama, apetito trasnochado, y por remate una caricatura de salón, especie de muestrario arqueológico donde se presentan en desorden muebles, trajes, figurines, vestidos, joyas, el devocionario de concha y el cuadro de honor donde campea el escudo nobiliario de la familia con muchos cuarteles (como que el padre político sirvió en distintas armas), escarabajos y madroños. Quedarse en casa es abrir escuela de buen gusto, obtener diplomas en galantería é interesar á la prensa con las crónicas del pequeño salón, tanto como se interesa con los relatos de los grandes; es presentarse en traje alto á recibir el homenaje que se tributa á los *escotes degollados*.

Pero en este punto las damas que *se quedan*, suelen equivocarse, porque el traje alto, encubridor de malicias femeninas y antifaz de huesos amarillos, no ha recibido ni recibirá nunca un culto natural tan extenso ni apasionado, como el que se tributa al escote de reglamento, moldeado sobre líneas geométricas y perspectivas tentadoras, á menos de que la dama en cuestión tenga escondido entre pliegues un busto mórbido, lleno, sin arrugas, de esos que buscan los pintores para revelarnos en el caballete las hermosuras cálidas del paganismo.



En este caso vence la que se viste de alto, porque es un enigma delicioso para los conocedores, porque deja adivinar lo que no permite ver, y el recato funciona en tal caso de aguijón, que obliga á saludar con reverencias humildes á la bella Diana de los salones, á la Juno hechicera del tocador, al busto griego de las artes olímpicas que se aplaudirá siempre, ínterin el mundo exista y el hombre no haya perdido la tendencia instintiva que tiene á enamorarse de sí mismo, en la costilla metafórica que le arrancaron del costillar.

Las que se quedan como Cachupín para dar sesiones de *moros* en instrumentos de aire con voces resquebrajadas por el uso inmoderado del canto, y toman chocolate de los R. P. Benedictinos con

molletes calientes y agua del Lozoya, estas señoras (sin *filtrar* como el agua) no saben quedarse en casa; por el contrario, se salen del interior al estrado, y mariposean por grupos en torno de la camilla. Hacen en *tutti crescendo* la sátira peregrina é inculta, la más zurda y montaraz que puede idearse de las *quedas* aristocráticas, y de las recepciones-asaltos de buena educación (ya muy generalizados) y acaban por estallar de risa, burlándose los unos de los otros. Ellas de sus presentes y pretéritos en nómina de aspirantes; ellos de las que echan bigote y pierden los dientes antes de llegar á futuras matronas.

La escena particular de este modo descrita, resulta abigarrada y cursi, con adornos de talco y colgaduras de relumbrón; una escena de petimetres al uso burlesco de D. Ramón de la Cruz; un cuadro de género bufo hecho con brocha gorda; una parodia de figurón, y una ridiculez en suma que silban á hurtadillas los propios actores y concurrentes á las *soirées*, de las que se quedan en casa en ratonera de alquiler de poco fuste.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Hay un reverso interesante del tipo, que quisiera consignar en letras de oro.

Este es el de la señora de su casa, madre solícita de sus hijos, que *se queda* de día y de noche sin tarjeta ni circulares, vestida con traje limpio y honesto, en *negligé* de familia, y que vigila el hogar y la despensa, el aseo del domicilio, el descanso del esposo y la salud de sus Benjamines.

Esta señora se queda siempre en casa, porque vive siempre en ella, porque es la reina del hogar y el ángel defensor de la familia. En su nido abrigado, que tiene siempre como tacita de plata, no entran los extraños, en razón á que el aire de fuera marchita las flores del espíritu que se consagra á la religión del amor puro sin artificios, del amor legal sin esplendores, del que viene del cielo en el sacramento del matrimonio para ventura de los contrayentes.

Estas guardadoras de la dicha conyugal, no tienen nada que ver con esas otras mujeres andariegas de la felicidad errante, con esas aves de paso que no hacen nido sólido en ninguna parte, y que suelen quedarse en casa *oficialmente* porque tienen el corazón muerto y los sentidos alterados.



---

## Mesa revuelta.

### ¿QUIÉN ES ELLA?

Lo ha dicho *Kasabal* en *El Campo*, y de su dicho resulta que hay en Madrid una Duquesa muy famosa, muy metida en carnes y... en *carnets*, por

cuanto tiene legajos de billetes de Banco, y en éste cuenta corriente y saldos líquidos en libros talonarios. Muy opulenta y económica; muy rica en dehesas, cortijos y contornos. La primera que figura en el Catastro á la cabeza del registro civil de hipotecas. La segunda que hace ostentación de hemisferios elípticos, curvas magistrales, y no digo la primera, porque ésta es una excepción que conserva su peana y su peso, y no deja el cetro de los globos ambulantes por nadie, ni aun siquiera por la viuda canónica del Creso de la montaña, de esa viuda infranqueable que tiene fama de oblícua, de ese torso amarillo como el pergamino y los encajes de Flandes, de esa belleza indiana, cuya diadema de brillantes y zafiros oculta arrugas y canas, de esa matrona occidental que deslíe en vino del Rhin los pagarés melancólicos de sus amigos.

Esa Duquesa maravillosa que pisa alfombras con zapatillas bordadas de oro, y es citada todos los días en las efemérides del mundo á la moda, y elevada al rango de diosa en las crónicas de la *Crème;* ese prodigio curvilíneo de materia grasa y nervios en *deshabillé*, por no decir en motín, acaba de ganar un pleito de los *setenta* ó más que tiene en los juzgados en vías de tramitación y esperando sentencia.

Una dama rica, vividora y pleitista no deja de ser un ente incomprensible, porque si pleitea, como otras juegan á la lotería, por el ansia de ganar, sabe demasiado su tesoro que las *costas* rodean y clavetean el capital y acaban por apropiárselo, y que

los números mejores de la clave se quedan siempre en el bombo con y sin el sistema novísimo de irradiación.

Deseo á esa interesante señora más suerte que la que tuvo uno de los héroes de Walter-Scoot, pleitista *enragé* de toda la vida, quien al morir pobre, arruinado por las actuaciones, ni aún tuvo el consuelo de repetir su epígrafe favorito y sacramental de «Pedro Plebes contra Pleitares», porque se quedó mudo antes.

*Asmodeo*, *Kasabal* y *Monte-Cristo* son tres cronistas meritísimos que han hecho necesarias sus *notas*, cuyos reflejos interesantes pasarán á la posteridad inundando de luz las cimas y los recodos de la historia moderna.

No pretendo hacerles responsables de este apunte, que viene á mis cuartillas como llovido del cielo; pero escribiéndolo me he acordado de los párrafos brillantes que trazan sus plumas expertas, y para el hecho de mi cuento el resultado de la exposición viene á ser lo mismo.



LA BASÍLICA DE ATOCHA

El histórico templo de las gloriosas banderas, que es á la vez iglesia y panteón, va á derribarse porque amenaza ruina, y se hace indispensable que la piqueta le ayude á caer antes de que él se caiga solo y sepulte entre sus escombros la imagen de la

Virgen ante quien se han prosternado tantos Reyes, los haces de banderas desparramados por la nave y hacinados en los almacenes, y los restos venerados de los generales Duques de Bailén y Zaragoza, Marqués del Duero y el infortunado Prim, los héroes de tres guerras y de dos generaciones.

Es de sentir que se derrumbe templo de tantos y tan gloriosos recuerdos, pero si todos los tesoros allí encerrados habían de ser sacados un día en carros, revueltos con cascote, más vale que previsoramente se recojan, que cariñosamente se clasifiquen y ordenen, y que patrióticamente se lleven á otro lugar ó se les erija nuevo asilo en que brillen con más decoro.

Esto último parece ser lo acordado por S. M. la Reina, quien ha manifestado su deseo de que la erección del nuevo templo se haga en el menor tiempo posible y en el mismo sitio que ocupa el actual, que es para ella arsenal de recuerdos dichosos, como que en él se casó y á él fué en un día de relativo consuelo en sus amarguras, á poner bajo el amparo de la Santa Imagen de la Virgen de Atocha, el hijo adorado de sus entrañas.

La noticia de la demolición del famoso templo ha dado lugar á muchas conversaciones, á comentarios apasionados y á conceptos equivocados. La prensa ha hablado extensamente del asunto, y por si todo esto no fuera bastante, el Sr. Celleruelo ha llevado la cuestión al Congreso en forma de pregunta precursora de una interpelación. La In-

tendencia de Palacio se ha visto obligada á intervenir, y lo ha hecho por cierto de un modo tan discreto como conveniente, en una notable carta que D. Fermín Abella ha dirigido á *El Imparcial* y han reproducido otros periódicos. En ella se consignan las razones de derecho que asisten á la Real Casa para acordar lo que proyecta con general aplauso de Madrid, y los propósitos que S. M. abriga respecto á la reconstrucción.

¿Es piadoso pensar, conociéndose como se conocen los sentimientos religiosos de la Regente, que trate de economizar sumas para levantar un templo, cuando acaba de gastarlas en otros edificios de menos importancia? ¿Se puede cercenar á la augusta señora, el entusiasmo por nuestros antepasados ilustres, cuando su influencia y su dinero acuden los primeros á honrar la memoria de los que representan nuestras glorias nacionales? ¿No acaba de dar reciente ejemplo de lo que digo, en los funerales de D. Alvaro Bazán?

Véase, pues, lo intempestivo de estas algaradas, y los que oigan describir con toques artificiosos y pinceladas de brocha gorda el cuadro de una *traslación provisional* de restos ilustres, recuerden lo que ocurrió con aquella famosísima de varones célebres que se llevaron á San Francisco en tiempo de la República, y allí se abandonaron en húmedas y oscuras bóvedas, hasta que las provincias de donde procedían los insignes muertos fueron viniendo á buscarlos para evitar que sus restos desaparecieran.

Por fortuna Madrid, que es devotísimo de la popular Virgen de Atocha, aprueba incondicionalmente la resolución de S. M., y en el coro de elogios no suenan estas desafinaciones.

***

## BANQUETES... CHIC

Abro el manual del perfecto *souperchic* y leo: «1888, Febrero, Marzo. Terminados que sean los bailes de Carnaval, empezarán las comidas de cuaresma.»

El precepto se ha cumplido *ad pedem literæ*, y en todas partes. De vigilia ó de carne, se ha comido á dos carrillos, en la época clásica de la... abstinencia.

En el capítulo de *La Mesa* de la *Vida Moderna* hubiera encajado como anillo al dedo, en forma de *post scriptum*, una lista de los banquetes más distinguidos del mundo visible; pero había escrito muchas cuartillas y preferí dejar el apunte para este lugar. Han roto la marcha los diplomáticos—según consigna *La Epoca* en un *sustancioso* artículo dedicado á estas comidas—y se han banqueteado espléndidamente en casa de los Embajadores de Francia, de Alemania y de Inglaterra.

Ha entrado después en turno la aristocracia representada por los Duques de Alba, los Condes de Villagonzalo, los Marqueses de Roncali, la Duquesa viuda de Bailén y la Duquesa de Medinaceli, y

en todos estos comedores artísticos que ofrecen mágico aspecto se han sobrellevado estos días con admirable *resignación* las privaciones de las vigilias, lo mismo que en los de los Marqueses de la Puente y Sotomayor, los Condes de Heredia-Spínola, los Marqueses de Sierra Bullones, los Duques de Fernán-Núñez, la Condesa de Pino Hermoso y la Duquesa de la Torre.

De estos anfitriones, aquellos que eligen los *viernes* como *días de moda* para las comidas de Cuaresma, realizan casi el milagro del pan y los peces, pues los escasos y monotonos elementos gastronómicos de que se dispone en tales días, hacen resaltar más el ingenio del cocinero y la esplendidez de los amos de la casa, para quienes llegan facturados expresamente en *gran velocidad* los pescados que se cotizan á más precio en los mercados.

No se ha pasado, pues, del todo mal este tiempo de penitencia, y ahora lo que hace falta es desear á todos y á todas una digestión feliz.



MUERTOS ILUSTRES

Como la primavera no quiere venir este año, el invierno se aprovecha de la ocasión para aumentar el catálogo triste de sus víctimas.

Mr. Wehil, antiguo representante de la casa Roschilt; el Marqués de Riscal, hombre de primorosa ilustración y vasta iniciativa; doña Carmen

Pasarón, esposa del director de *La Iberia;* don Eduardo Alonso Colmenares, insigne jurisconsulto, actualmente Presidente del Tribunal Supremo; el doctor Martínez Molina; el popular tenor don Manuel Sanz, que hizo célebre *El postillón de la Rioja.*

Estos, y no sé si alguno más, son los muertos que registra en sus páginas negras la crónica necrológica de los últimos días, sin contar con el fallecimiento del Emperador Guillermo, que ha tenido en Madrid gran resonancia y ha dado ocasión para poner de nuevo sobre el tapete, la tan debatida cuestión de la tolerancia de cultos.

***

## LOS SERMONES Y «EL GLOBO»

El popular periódico *El Globo*, único que se publica en Madrid la mañana del Viernes Santo, ha continuado este año su original, útil y piadosa tarea de escribir párrafos críticos de los sermones que se pronuncian en los templos. Fué de ver la oposición que alguien hizo al periódico el primer año de semejante campaña y los anatemas que cayeron sobre la cabeza de sus redactores.

Hoy las cosas han cambiado; el público arrebata con afán de las manos de los vendedores los ejemplares, y lee con fruición las chispeantes y siempre respetuosas reseñas. *El Globo* está en todas partes estos días y se ve en todas las manos, hasta en las

de algunas señoras que no tienen escrúpulo en llevarlo al lado del rosario y del devocionario.



EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO

POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

Como consecuencia de este éxito indiscutible, los predicadores se esmeran más, estudian más y hablan mejor. La labor del periódico es ruda, pero puede vanagloriarse de haber contribuído en lo posible á regenerar la cátedra del Espíritu Santo, y á desterrar de ella con los malos oradores la impunidad (si se me permite la frase) que antes, cuando nadie se ocupaba de criticar á los predicadores, como se critica á los actores, á los diputados, á los ateneistas, á todos los que hablan en público, ocultaba y hacía buenos los más inverosímiles sermones.

El sistema ha hecho escuela, y hay ya algunos periódicos de segundo y tercer orden que quieren imitar á *El Globo*.

Justo es decir que en esta tarea religiosa, el dia-

rio de la calle de San Agustín tiene una originalidad, un estilo propio y *sui generis* difícil de ser imitado.

En el cuadro de honor que con las reseñas de *El Globo* puede formarse de los sermones de la Semana Santa de 1888, sólo deben figurar los Padres Rizzo, Muriel, D. Ramón Sarmiento, D. Agustín Nieto, D. Bernardo Manzano y... nadie más.

¡Cinco únicamente! *El Globo* debe continuar con más brío su tarea civilizadora, porque esa cifra indica que aún falta mucho que hacer.

Realmente, para el *capital* religioso de Madrid es un mezquino interés el de 5 por... 100. Y más habiendo pasado de ciento los sermones.

***

PARA CONCLUIR....

Las compañías de invierno se han despedido ya del público, y la temporada termina con un éxito ruidoso alcanzado en el Circo de Price por la zarzuela de Zapata, Marqués y Catalá, *La campana milagrosa*, que en primer lugar ha realizado el *milagro* de agradar al público especialísimo que concurre á ese coliseo, y en segundo, merecer la sanción de la crítica y proporcionar á la empresa unas entradas monumentales. La obra en cuestión es de las más endebles del laureado poeta aragonés, pero está bien entendida, y, aunque con intermitencias, brilla en ella la imaginación fogosa y la excelente

versificación de Marcos Zapata. La partitura es muy linda. El preludio que Marqués ha escrito para el acto tercero es una verdadera pieza de concierto. Y elogio con esto debidamente su mérito.

Cuando los teatros vuelvan á abrirse, sólo Lara y Eslava conservarán sus formaciones de invierno.

A la Zarzuela viene Tomba, á la Comedia Novelli y á Price la turba dislocada de *ecuyèrs*, gimnastas y clowns.

Para que Marzo termine también de una manera original, se ha registrado la novedad de aplicar el sufragio universal á la composición del programa del último concierto que ha de dar en Rivas la Sociedad que dirige Bretón.

El acto de la votación ha resultado por extremo curioso.

¡Y también han asistido señoras!



ABRIL.—MAYO.—JUNIO.

# ABRIL



## Los reos.

Llega el turno á la efeméride triste de Abril, á la ejecución de los criminales de la Guindalera, que no quisiera nombrar, ni mencionar siquiera, porque esta crónica de asesinos en el patíbulo y de verdugos con diploma de 33 reos agarrotados ya por su mano, pertenece á las actas del crimen y á los romances de ciego, pero no á este libro, que aspira á ser repertorio de los hechos y sucedidos que se pueden decir sin excitar los nervios de las damas, ni la impresionabilidad de los estómagos delicados.

Por tanto, he de limitarme á dar cuenta del suceso lúgubre, sin detalles ni pormenores, sólo para que conste como efeméride del mes de Abril, y queden para otro la angustia de la celda, el horror de la capilla y las palpitaciones del cadalso.

El crimen de la Guindalera fué un acto tan repugnante y monstruoso que á todos causó horror desde el principio, y no conmovió á la opinión el desenlace.

No fué el crimen de la Guindalera inspirado por ninguno de esos grandes arrebatos de la pasión que, como los celos, llegan hasta la locura y el suicidio.

Este se preparó con frialdad en los antros del vicio, en las miserias más bajas del adulterio, en la procacidad de dos asesinos desalmados y de una mujer salvaje.

El asesinato por amor seguido de suicidio inspira simpatías á todo el mundo, pero la muerte dada á traición y al acecho para quitar obstáculos que impiden villanos procederes y criminales antojos, es una cobardía repugnante, impropia de seres humanos, que á nadie puede interesar más que á los filántropos empedernidos que cubren por sistema á todos los bandidos con el manto impermeable de su caridad oficial, de puro fría, cruel.

Por eso los reos de la Guindalera han subido al cadalso—levantado por primera vez en el patio de la Cárcel-Modelo—sin que les acompañase en canciones la poesía trágica de los patíbulos, ni la tierna conmiseración que embarga el ánimo de los espectadores, cuando se trata de un héroe de empresas atrevidas, de un revolucionario impenitente, de un ladrón sensible y generoso ó de un asesino romántico.

Los reos de la Guindalera, que por desgracia no

tenían ninguna de esas brillantes atracciones de los personajes perversos de las novelas por entregas, hubieron de encontrarse casi solos en la capilla y en el cadalso, acompañados únicamente por algunos hermanos de la Paz y Caridad, entre los que estuvo el simpático Ducazcal (para que no le falte ningún timbre de Proteo), y de los sacerdotes encargados de auxiliar á los sentenciados á muerte.

El público de las ejecuciones, los vecinos todos de la Guindalera y de los barrios bajos, no han podido esta vez exparcirse por los merenderos y cafetines del Campo de Guardias, ni echar el aguardiente brindando por el *maleta* que se había dejado pescar por los corchetes de la justicia. El gobernador—con buen acuerdo por cierto—ha prohibido la feria del garrote y el campanilleo por las calles pidiendo «por el alma de los reos que van á ajusticiar.»

Sin embargo, el tumulto de los emocionistas de ambos sexos diz que inundó los alrededores de la cárcel, y que á la hora de la ejecución—las ocho de la mañana—se parecían aquellos ribazos á la Pradera del Canal en el entierro de la sardina, y á la Pradera de San Isidro cuando la invasión de los *idem* dejan en seco el Manzanares. Todos querían ver hacer la mueca á la Francisca Pozuelo y á sus cónyuges en el crimen Camarasa y Cantalejo.

Pero quien ha sufrido un verdadero martirio en esta jornada ha sido la Reina Regente, á quien los

filántropos de oficio no han dejado vivir en los últimos días, pidiéndole gracia con tenacidad implacable. Esta augusta señora, que sólo tiene en su corazón bondad y ternura para todo el mundo, apeló una y otra vez á sus Ministros pidiéndoles con verdadero empeño clemencia para los reos, á quienes quería salvar á toda costa de la muerte, pues para eso la ley de Dios le habia reservado la hermosa prerrogativa del indulto.

El jefe del Gobierno y el Sr. Alonso Martínez, afectados por la situación moral de la Reina, pero sujetos al mismo tiempo por el deber á la inflexible razón de la justicia humana, hicieron cuanto fué posible para tranquilizar á S. M., llevando á su corazón el convencimiento íntimo de la imposibilidad del indulto, pues de concederlo «sería necesario abolir de derecho la pena de muerte.» Tan odioso y repugnante parecía á todos el asesinato cometido á traición por los reos de la Guindalera.

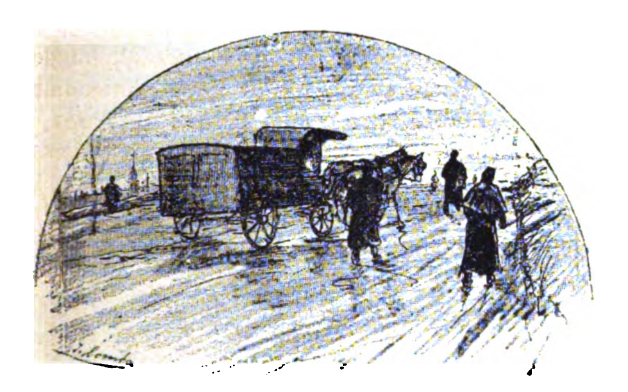
Así ha pasado S. M. la noche del 11 de Abril por culpa de los filántropos del crimen. ¿Por qué ellos que tanta piedad afectaban sentir por los consabidos reos no tuvieron poca ni mucha por la Reina Cristina, la más sensible y generosa de las madres?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

«A las cinco de la tarde—dice un periódico—los cofrades de la Paz y Caridad, presididos por su Hermano Mayor el Sr. Barón de Ortega, procedieron á bajar del patíbulo los cadáveres de los reos

para amortajarlos con el hábito de San Francisco, hecho lo cual fueron colocados los cuerpos en un



furgón y conducidos procesionalmente al cementerio del Este.»

A las seis de la tarde la justicia protectora de los hombres enterraba en la misma fosa común, al crimen y á los criminales de la Guindalera.

¡Dios los haya perdonado!

---

## Soirée fashionable.

Con sólo ver este epigrafe, ya supondrán ustedes que me refiero á las veladas aristocráticas del Circo de Price.

Es martes y el Circo acaba de abrir sus puertas. No es mal observatorio la galería alta del coliseo

en cuestión, que hace dos años fué el sitio favorito de cita de las damas más elegantes del Olimpo madrileño y que hoy—pasada la excentricidad de aquel verano—ha recobrado su habitual aspecto de soledad, pues sólo la ocupan la orquesta distraída y dormilona y los artistas de la *troupe*, que hacen desde aquella altura oficio de alabarderos, dando la señal de los aplausos y aplaudiendo solos en más de una ocasión.

Hoy es la primera soirée de moda de la temporada. Programa escogido, á decir del director W. Parhis. Catorce números. Precios altos; esto es,



en armonía con el público que viene esta noche al Circo.

A las nueve apenas si hay nadie todavía en el *paseo*, y la grada ofrece á la vista más claros que asientos tiene; es decir, que no hay un alma. La falta de entrada tiene una explicación sencillísima.

Cuando Mr. Price primero y el Sr. Parhis después, explotaron solos el espectáculo en Madrid en el famoso Circo del Paseo de Recoletos, y en el barracón improvisado en los solares del Conde de Polentino, la gente se entraba á cientos por las puertas y pagaba de buen grado la tradicional peseta, y no se paraba á distinguir de días de moda ni nada que se le pareciese. Pero los tiempos cambiaron. Entonces el tranvía del Barrio de Salamanca cobraba un real á cada viajero, y después tuvo que ir rebajando las tarifas para resistir y conllevar la competencia de los ómnibus y sobre todo de los Riperts. Entonces el Circo de Price tenía la exclusiva de los caballitos y de los clowns, y después el novísimo Circo Hipodromo de Verano, le ha salido al encuentro para hacerle legalmente una competencia más fuerte y de mejores condiciones que la que los Riperts hicieron á los tranvías. Buenos artistas, constante variedad y precios económicos en el Hipodromo. Artistas de dudoso mérito, monotonía soporífera en los programas, precios elevados en Price. La solución del problema no podía ofrecer dudas. El público se olvidó de la tradición y trasladóse con armas y bagajes al nuevo coliseo, que le ofrece más fresco, más alicientes y menos desembolso. Entonces M. Parhis, persuadido de que los *sucesos inmensos* no resultaban ya para pagados á peseta, quiso ponerse á la altura de las circunstancias, pero falto de la resolución necesaria para hacer una rebaja permanente de precios, apeló al recurso de celebrar dos ó tres días á la semana unas

*fiestas populares* á dos reales entrada, conservando la tarifa antigua para los días de moda. Por esto en los días *fashionables* falta en el Circo el verdadero público de estos espectáculos, que espera á los días populares, y quedan reducidas las funciones á fiesta aristocrática, muy animada en palcos y sillas, pero muy fría y muy sosa en las demás localidades.

Este año M. Parhis sigue el sistema que apuntado queda, pero mucho me he de equivocar si antes de un mes no tiene que fijar á diario los precios económicos.

A las nueve y media, cuando ya se han ejecutado varios ejercicios, empiezan á llegar las sacerdotisas y los sacerdotisos de la moda, los esclavos del buen tono. Vienen tarde porque han paseado, no á la hora sana é higiénica de la tarde, sino á la oscura y nebulosa del anochecer, y porque han comido despacio. Después de todo les alabo el gusto, porque se han evitado con la tardanza el ver un intermedio fúnebre que ejecutan los clowns Borghettis, cuatro hombrones que están siempre serios como si acabasen de recibir una mala noticia, y hacen un trabajo que, anunciado como *cómico*, resulta pavorosamente triste. ¡Estos artistas están contratados por toda la temporada! Verdad es que si no tienen gracia, ni agilidad, ni limpieza en sus trabajos acrobáticos, en cambio hacen interminable el ejercicio de los sombreros, que tiene un encanto y una novedad... que espantan. Tampoco han presenciado la lección de equitación de una

amazona, la Srta. Vidal, que en los manejos de alta escuela, en el paso en extensión, galope de dos pistas, piafes, etc., está tan diestra como cualquier discípulo aventajado. ¡Ah! viene contratada por cuatro meses.

En las sillas hay un verdadero colmo de *souper-chics* adoptando posturas á cual más académicas, y en ellas como en los palcos, superabundan los fracs, las gardenias y los abrigos de esclavina.

El ruido de las conversaciones casi sobresale del que produce la orquesta; nadie mira á la pista; los gemelos hacen esgrima de coqueteos lícitos, y los *amateurs* del paseo tiran paralelas y rectas hacia ciertos desnudos estéticos que se muestran erguidos sobre las sillas de los palcos.

Al poco rato el local está perfumado, no por el aroma cursi de los programas que *in illo tempore* repartía la empresa, sino por el olor fino, aristocrático, enervador que se evapora de elegantes pañuelos, de artísticas cabezas y de brillantes flores.

El Casino, la Peña, la Farmacia, el Ayuntamiento, apenas si encuentran sitio para colocar sus lucidas representaciones en los estrechos palcos; los *flaneurs* de las aceras y de los salones, los que nunca tienen asiento conocido, bullen en todas direcciones; las sillas se apoyan en las sillas, las espaldas de alguna beldad, en el hombro de cualquier gomoso; los diálogos entre los espectadores de los palcos son deleitosísimos, sobre todo si el amor, en medio de aquella barahunda y de aquellas apreturas, se permite expansiones de visualidad y de voz

que pasan desapercibidas para todos, menos para los que desde el *observatorio* de marras estudiamos el brillo de los astros, la rotación de los planetas, las aproximaciones de los satélites y las apariciones (no son frecuentes) de algún *cometa*, que amenaza chocar, pero no choca, con la inmensidad de cuerpos esparcidos por el espacio... gris, del Circo. Para que nada falte en la ilusión astronómica, la luz eléctrica hace las veces de luna, y en las caras de las mujeres hay buen surtido de estrellas y de luceros, que quitan la vista y los sentidos al observador, que no tiene la precaución de poner cuando hace falta, en el telescopio un cristalito ahumado.

A las diez y media la sala está *au grand complet*. Se llega al descanso de veinte minutos, y entonces empieza la peregrinación del visiteo á domicilio, porque en realidad, cada palco y cada grupo de sillas puede considerarse como el domicilio de esa sociedad trashumante, que no para en casa ni un momento, y para quien vale tanto como el gabinete confortable del hogar doméstico, la butaca de un teatro, una berlina Binder, ó un vagón del ferrocarril. En todas partes encuentra cortesanos, y en todas partes se puede, como en casa, armar corro, celebrar tertulia y hablar y murmurar.



Las conversaciones son muy *interesantes*. Un jo-

ven atildado y perfumado, embutido en camisa tan almidonada que no le permite mover el cuello, entra en un palco y dice á las señoras que lo ocupan:

—Vaya... vaya... Vienen ustedes á ver los gatitos.

—Sí, señor.

—¿Y el conde?

—Bueno.

—¿Y el marqués?

—Malo.

—¿Pero, de cuidado?

—¡Ah! no; ya ve usted, cuando yo estoy aquí...

—Vaya... vaya... conque á ver los gatitos.

—¿Y usted?

—Bien, gracias.

—No; digo que si viene usted también á ver los gatos.

—Sí, señora.

—Dicen que son muy monos.

—Eso dicen.

—La duquesa de *** los ha visto en París el año último, y ha venido encantada.

—¿De los gatos?

—No, señor; de los ratones.

—Qué gusto tan raro. Pero ya se ve, ella es tan rara, porque mire usted que la duquesa es rara; tan extravagante, tan... tan...

Pausa.

—Vaya... vaya... conque...

—Sí, señor; á ver los gatitos.

Y la conversación está á punto de terminar en este palco con un maullido.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En los demás, los diálogos suelen ser tan insustanciales como éste, y desde el paseo (porque en el intermedio resulta éste mejor observatorio) se escuchan tantas tonterías de buen tono, que, la verdad, se pasa el rato agradabilísimamente. Unos hablan del tiempo, otros de trajes, los más esgrimen la tijera con singular descaro, éste le pregunta á una señora si su marido está todavía de caza, aquél secretea más de lo justo con su *bis á bis;* en fin, el conjunto resulta una bendición de Dios.

¿Y la función? Ah, sí; la función sigue su curso, y Cerra se hace aplaudir por los espectadores *antifashionables*, y á las doce, ó poco más, el mundo elegante que ha hecho estación ese rato en el Circo de Price, se esconde en sus carruajes y se marcha á continuar su frívola carrera impresionista.

---

## La Reprisse de Shara Bernard.

La aparición de Shara Bernard en la escena del teatro Real, con su *troupe* errante, no ha sido este año un suceso de *estime*, como dicen los franceses.

El público madrileño conocía á esa *arpista (seu quod idem est), artista* hace siete años, y no tenía curiosidad de volver á ver de qué modo una indi-

vidua de la especie humana, puede ir perdiendo carnes hasta quedarse en los huesos y funcionar sólo con la armadura.

Pasear la escena un esqueleto de mujer vestida de reina Abysinia ó malabar, hacer ruido en las choquezuelas al moverse, y emitir, no se sabe si por la boca ó por las cavidades de los ojos, un ruido de voz semejante al que producen los ventrílocuos ó los teléfonos por contrata, es asistir á un espectáculo clínico, medio anatómico, que no ofrece interés gradual trágico ni dramático. Lo más que podrá resultar del todo, es un chiste semejante al que se atribuye á Dumas (padre) en el momento de contemplar un retrato de Shara Bernard, en compañía de un *bull-dog*.



—Can—le dice al perro—¿qué vas á hacer con ese hueso?...

Declaro que no entiendo una palabra del *argot sui generis* que usa en escena la Bernard; que el sonido de su voz llega á mí como un eco tenue; que los vocablos salen de su órgano á medio for mar, rapados de letras, y que al esparcirse fuera del criadero se deslíen, por decirlo así, en cascada

inarmónica cuya espuma apenas llega á los espectadores.

Esto produce la ilusión sombría del espectro que representa comedias, y son pocos los valientes que van por gusto á ese espectáculo de cámara oscura ó de espiritismo trascendental.

Esta vez ha venido doña Shara lanzando rayos y centellas contra los caballeros españoles que no han permitido holgar gratis en Talavera de la Reina á su mesnada de artistas apócrifos. Doña Shara gritaba desde el Salón de honor, pidiendo bayonetas, y sus hijos los peregrinos del arte, se rebelaban contra los empleados de la línea, porque habiendo sonado la hora de marchar el tren, no querían que éste saliese sin haber trasegado la copa de despedida.

Conste que el salón en que ha hecho el viaje Shara Bernard ha sido un obsequio galante, y que el fantasma de los Nivelunghen y el esqueleto técnico de los anfiteatros anatómicos había entrado en reposo y digería pacíficamente en aquel entonces la comida de Talavera.

Hay que reconocer que no es grande la discreción de una dama de teatro, ó sea de una histriona andariega, semejante á las del *Bu lu-lu* de nuestros antiguos, que llega á Madrid llamando *fripones* y *voleures* y otras cosas más á los españoles de hogaño.

Ni los huesos vestidos de púrpura, ni los nervios, aunque fueran de pantera de Java, debieran permitirse tanto exceso. Y luego se extrañan los acto-

res franceses de que el teatro Real no se haya venido abajo al estruendo de los aplausos.

¡Pues no faltaba otra cosa!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Yo no dibujo ni fotografío en este *improntu* á Shara Bernard. Para hacer algo de esto necesitaría un libro como el que ha escrito María Colombier con el título de *Shara Barnum.*

Los lectores que deseen tener noticias de la belleza plástica de esa *diva* sin pantorrillas, de sus aventuras y atrevimientos, de su ingenio fecundo, de su *chic* ultra parisién y de su maña para revolucionar las *toilletes* femeninas, de su original elegancia, de sus gustos fanáticos por las *redondeces* siempre fugitivas para ella; el que quiera conocer de todo esto que lea las Memorias de la Barnum, y en ellas encontrará retratada á lo vivo á nuestra heroína.

A la inmensa mayoría del público que ha asistido á las funciones de Shara Bernard en el regio coliseo le ha pasado lo que á mí, de no *enterarme* bien de lo que en escena se dice, porque no basta conocer el francés, ni hablarlo, ni escribirlo, para entender la fabla de esa directora y de sus educandos, que no hablan el idioma francés puro, sino, como antes he dicho, un *argot* incomprensible, un parisién que no está al alcance

de todas las inteligencias, sobre todo para espetado á velocidad de exprés, en una sala tan amplia y tan dada á *evaporaciones* armónicas como la del Real.

Sin embargo, después de seis noches de reservas, ha habido dos en que el hielo se ha roto y el público ha aplaudido á la actriz francesa.

Y al salir del teatro en esas dos noches, hablando alguien del éxito alcanzado, y de las condiciones de la dramaturga, decían:

—Ha estado admirable, inspiradísima. En el primer acto aquel traje de color salmón con golpes de oro (como si dijéramos, salmón á la mayonesa) es elegantísimo; en el segundo resulta de gran efecto la bata de peluche azul; el vestido blanco de crespón de china bordado en oro que saca en la situación culminante del acto tercero, persuade á los más incrédulos; y en el cuarto todo lo que se diga es poco para elogiar aquel otro traje de baile con sobrefalda de satín brochado y falda de tul con hilos de plata.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## El redondel y la barrera.

*(Diálogo taurino).*

La noche está terminando y ya clarea en las alturas la luz de la mañana. El que amanece es domingo, día de fiesta y de toros. La inauguración de la temporada no ha podido verificarse en la fecha clásica del Domingo de Pascua de Resurrección, por causa de la lluvia, y tendrá efecto esta tarde. Me ha tentado la curiosidad por ir á presenciar el encierro de los toros, y cuando voy á retirarme, me asomo un momento á la Plaza para ver qué aspecto tiene á la luz melancólica de la mañana. En el silencio de la madrugada me parece escuchar una voz lejana y opaca que platica con otra que llega más clara al oído. Saltando por la grada, bajo al callejón, y me entero de que el redondel y la barrera se entretienen en charlar y discutir acerca de la temporada que va á comenzar. El diálogo lo sostienen los extremos de los pilarotes de la barrera, que tienen más de dos metros metidos en el suelo, y la tierra del redondel que forma éste, y que está en íntimo contacto con aquéllos. La escena resulta fantástica y original.

—Buenos días, amiga barrera.

—Felices, señor redondel.

—¿Empezaremos esta tarde, ó lloverá como el otro día?

—Me parece que hoy podrá inaugurarse la temporada.

—Si vieras que pocas ilusiones tengo este año.

—Lo mismo digo.

—Dicen que el abono ha sido escaso. Ayer estuvo aquí el empresario, y se lamentaba de un modo...

—No me enteré ¿Qué decía?

—Que han ingresado 20.000 duros menos que otros años; que no sabe cómo arreglar las combinaciones de las cuadrillas; que *Cara-ancha* no ha querido entenderse con él; que el *Gallo* y *Frascuelo* y aun el *Espartero*, han hecho lo mismo; en fin, que tiene el hombre un lío, y que no encuentra quien se lo compre.

—Pues, hija, yo creo que él se tiene la culpa. Estas cosas se arreglan con tiempo, antes de que los toreros de fama se llenen de contratas y no puedan firmar la de Madrid; y sobre todo se tratan estos asuntos con diplomacia, con habilidad, sin herir susceptibilidades, con mucha vista y... mucha mano izquierda, en una palabra. ¿Quiénes son en definitiva los diestros contratados?

—*Lagartijo*, *Hermosilla* y *Guerrita*, *Lagartija* y Valentín.

—¿Y nadie más?

—Nadie más.

—¡Valiente combinación!

—Valiente sí resulta, porque todos esos espadas tienen acreditado su corazón; pero, ¿te parece á ti que la Plaza de Madrid está servida como debe con un maestro, un principiante, y tres toreros del montón?

—¿Cómo del montón?

—Sí, hombre; digo esto recordando lo que oí contar una tarde á un aficionado antiguo que tiene abono en el tendido número 1. Ha venido á consultarme—decía—un empresario novel, que ha tomado en arriendo la Plaza de ***, acerca de los matadores que debía contratar. Mi contestación ha sido sencilla. Vea usted—le he dicho—de llevar á Rafael, á Salvador, á Luis ó á *Cara*. Cualquiera de éstos llena el primer puesto, y le hace á usted cartel. Para el segundo lugar mete usted la mano en el montón de los demás innumerables matadores; coja usted uno, tira de él, lo saca á flote y lo anuncia. No se fije usted en cuál ha salido. Cualquiera sirve. Todos son iguales para el objeto. Con que, francamente, ¿crees tú que la combinación que te he dicho basta para esta Plaza?



—En realidad la encuentro floja. *Lagartijo*... bueno; es el número uno de los toreros serios elegantes, finos, de inte-

ligencia y de recursos. Le falta decisión en muchos casos, y se echa fuera de un modo lamentable. Si le da por estar mal nos vamos á divertir. Ahora, si quiere trabajar, ya sabemos que se le puede ver. *Lagartijo* resulta, pues, buen contrato, porque siempre hace falta en la Plaza de Madrid.



¡Pero los demás! *Hermosilla* tiene mucha vergüenza torera, muchos deseos, pero es poco afortunado, frío, soso, y al lado del toreo artístico de *Lagartijo*, el suyo va á resultar imposible. Será la cabeza de turco de la temporada. *Guerrita*...

—Mira, de *Guerrita* todo lo que puedas decir, me lo figuro. Un muchacho temerario, valiente y además valiente, y, por último... valiente.

—Ni más ni menos. Su alternativa ha sido prematura. Le falta aplomarse, le falta torear en serio, le falta herir bien y arrancarse corto, y no volver la cara, como le hemos visto hacer aquí en las últimas novilladas, y como he oído decir que ha hecho

en la Habana; le falta aprender mucho y distinguir el valor, de la locura, el arte, de la barbaridad. En Cuba ha tenido tres cogidas, una de ellas gravísima, y varios revolcones. Al lado de Rafael se recrece; separado de él, como no le guardan la consideración de echarle toros pequeños, nos ha de dar más de un disgusto, ya porque lo enganchen, ya porque no sepa cómo arreglarse para darles muerte. Es necesario que pierda los detalles de clown, la afición á las monadas insustanciales y apayasadas que hoy tiene, para tomar el verdadero aspecto de matador de alternativa. En fin, que no espero de él grandes milagros.



—Estoy conforme; pero, en cambio, ya verás cómo anima las corridas con su actividad incansable.

—Esa actividad incansable acabará por *cansar* á los aficionados. Ya sé que estará en todas partes; que danzará y bullirá y correrá; que saltará por encima de los caballos muertos, y dará pataditas y bofetadas á los toros, y hará los quites corriendo de lado, en esa forma especial

que silban en Mazzantini y... aplauden al Guerra; pero éste es un toreo de oropel que fatiga, pues no deja que los toros se refresquen ni se aligeren, los acosa, los marea; se considera solo en la Plaza, y todos los que toreen á su lado harán mal papel. Vale más un quite *aguantando* de Salvador, que todos esos jugueteos, que en definitiva nunca se ejercitan con toros de respeto ni en momentos de peligro, sino con *monas* y sin necesidad. Así y todo, no te negaré que tendrá alguna tarde buena, y que aun en las de desgracia le aplaudirán, porque el chico tiene muchas simpatías, y porque las corridas de toros no son ya sombra de lo que fueron hace algunos años. Hoy todo anda tastornado; el público que asiste á los teatros de hora, sólo aplaude las insulsísimas obras flamencas; el de la Plaza se entusiasma más con un desplante que con un trasteo serio y de castigo. ¿No has visto bostezar en los tendidos á muchos espectadores antes de llegar al tercer toro? ¿No los has visto entretenerse en hacer volar un sombrero viejo? Creo que dentro de poco las corridas de toros se-



rán también por horas, y los toreros favoritos los que toreen menos y se adornen más.

—Muy severo estás.

—Nada de eso. Me limito á lamentar ese afán que tienen de hacerse matadores, diestros que lógicamente no debían serlo aún en mucho tiempo. De los otros dos espadas de la combinación nada te digo. *Lagartija* es un muchacho modesto y pundonoroso, que no descompondrá el cuadro de las corridas en que tome parte. Valentin... ya sabes, guapo él, y con la levadura de su maestro *Frascuelo*. Buen capote, una muleta floja y grandes estocadas.



—Veremos cómo se presentan las cosas. Yo pienso afirmarme bien, porque preveo que los matadores de 1888 van á tomar muchas veces el olivo.

—Yo estoy más tranquilo, y no temo que me manchen de sangre humana, sobre todo si no viene el *Espartero*, que es el 60—Alcalá—60 de la tauromaquia contemporánea.

El diálogo terminó al salir el sol. Por la tarde se celebró la primera corrida, y realmente los pronósticos de la barrera y del redondel, se confirmaron en gran parte.

## El actor Novelli.

Es antiguo conocido de nuestro público que ya le había colmado de aplausos, cuando alistado en las filas de notables compañías italianas, como actor cómico, había representado en Madrid, causando gran regocijo en los espectadores. Ahora ha venido como general en jefe de una *troupe* que, sin ser un asombro de bondad artística, resulta muy aceptable. Los actores que acompañan al señor Novelli, son como esas figuras secundarias que en los grandes cuadros sirven para realzar los efectos, para entonar las perspectivas, y para que resalte más y mejor la figura principal, la que aparece en primer término, la que absorbe todo el color y toda la luz, todo el cariño y todo el arte del pintor. Figuras bien vestidas y bien movidas, completan y aún matizan con gusto, con discreción y delicadeza, todos los cuadros escénicos, y sin rebasar ninguna la línea de sus *diferentes términos*, dejan á la de Novelli descollar sobre todas ellas, sin disputárle un aplauso, ni empañarle el efecto de conjunto de una situación culminante.

El actor Novelli es un manojo de nervios coronados por espléndida y enmarañada cabellera. Pesa muy pocos kilos y, sin embargo, es un actor... de peso. Su cara afilada y puntiaguda, es de lo más movible y animado que darse puede. No recuerdo

haber visto nunca fisonomía más contorsionista, si se me permite la frase, más expresiva ni parlanchina. Tiene en sus infinitos gestos la viveza vertiginosa del mono, y pasa con admirable naturalidad y rapidez portentosa, de los signos de la



alegría á los del dolor. Por eso Novelli, en escena, *dice* tanto con la cara como con la boca. La expresión habitual de esa fisonomía especialísima, es un aspecto de plácida satisfacción manifestada por una ligera contracción del labio superior, y por un brillo ó chisporroteo en el mirar, que involuntariamente hace creer que Novelli piensa siempre en cosas agradables y risueñas.

Su aparición en el teatro de la Comedia, no ha sido un éxito, dicho sea en deshonor de este pú-

blico ahito de chulaperías cómico-líricas, que está ya á punto de no apreciar el verdadero arte. Poca entrada en la primera representación, menos en la segunda, y en ambas indiferencia glacial.

El reputado crítico teatral D. Pedro Bofill, entusiasta de Novelli, no contento con aconsejar á éste que cuanto antes pusiera en escena las obras importantísimas que figuran en el repertorio, decía en una revista de *La Epoca:*

«Es necesario que el Sr. Novelli haga un esfuerzo para llevar gente á ese teatro, que si está brillante y hermoso cuando se ven ocupadas todas las localidades, inspira tristeza y tedio las noches en que como ayer, se halla poco concurrido.»

Bofill aconsejaba lo práctico sin hacer prejuicios temerarios como han hecho otros periódicos, como ha hecho también cierta parte del público, que ha llegado á dudar del mérito de Novelli.

La campaña primaveral de la Comedia ha estado á punto de sufrir un fracaso. En alguna reunión elegante se ha cometido el sacrilegio de decir:

—¿Has visto á Novelli?

—Sí, y no... vale.

Pero por fortuna, la variación constante de cartel, el desfile de obras á cual más difíciles y de géneros más encontrados, ha puesto de relieve el talento indiscutible del eminente actor italiano, y al fin, dicho sea también en honor de este público impresionable como pocos, la reacción ha sido tan unánime y tan verdadera, que el abono ha cubierto todas las localidades de preferencia, y las

entradas diarias lo han sido siempre con colmo.

Roto por completo el hielo, antes de mediar el mes actual, Ermete Novelli se ha complacido en acumular triunfo sobre triunfo, y las ovaciones las ha conquistado por igual en el drama, en la comedia de costumbres, en la comedia política, en el juguete cómico, en el *vaudeville* y en los monólogos que ha representado deliciosamente.

Su afabilidad característica, su ilustración nada común y su amor y respeto á nuestra España, le han captado bien pronto universales simpatías, y su cuarto es actualmente el punto favorito de reunión de todos los que en Madrid cultivan las letras. Resulta aquel saloncito pintoresco parnasillo, en el que se hace á diario un verdadero derroche de ingenio y de agudezas. Para todos los contertulios tiene Novelli una palabra cariñosa y una atención delicada, y todos salen de allí complacidísimos. Novelli, no hay que dudarlo, es español por dentro, aunque italiano por fuera. Sólo así se explica el entusiasmo que en él despiertan todas nuestras cosas, desde las más serias y gloriosas, á las más frívolas é insustanciales.

Hace pocas noches, Novelli ha representado dos obras de las que el público madrileño conserva deleitosísimos recuerdos: *La morte civile* y *Il deputado di Bombignac*. En la primera, Salvini, Rossi y Antonio Vico, interpretaron el papel de protagonista de modo admirable. En la segunda, Emilio Mario, aun no hace un año solazó grandemente al auditorio.

Sin embargo de luchar con el peligro de comparaciones tan arriesgadas, Novelli ha logrado sorprender al público en ambas obras; tal es la maestría, el arte y el talento que ha desplegado. El intérprete chistosísimo de las más difíciles producciones cómicas, se pone en *La morte civile* á la altura de los primeros trágicos, y los espectadores llegan á sentirse anonadados—no es exageración—especialmente en la escena de la muerte tan pasmosamente fingida.

Novelli ha representado después *Durand y Durand*, *La gerla di Papa Martin*, *Y Mariti*, *Bebé*, *A Santa Lucia*, *La familia Barilotti*, *Rabagás* y otra infinidad de obras, demostrando en todas lo flexible y dúctil de su talento, y el gran conocimiento y dominio que tiene de la escena.

De sus monólogos no hay que hablar. Todos terminan con un *coro* de alabanzas. No puede pedirse más gracia ni más naturalidad. En el de «Un señor que come en la fonda» que es un cuadrito sin palabras, Novelli llega á lo inverosímil de la mímica chispeante y convincente.

La famosa obra *Rabagás* ha sido un éxito exclusivo para el admirable actor. Ni por el asunto, ni por las situaciones, ni aun por el diálogo, fijaría seguramente esta obra la atención de nuestro público, representada por otro actor. Novelli hace en ella una verdadera creación exuberante de intención de gracejo y de realismo de buen gusto.

Dicen que ya no se irá la compañía que dirige al terminar el abono; que se abrirá otro, que se

estrenará la luz eléctrica, y que se pondrá en escena, arreglada al italiano, la popular comedia de Vital Aza, *El sombrero de copa.*

Mucho celebraré que todas estas noticias se confirmen en bien del arte, y siquiera para que al regresar Novelli á su país lleve de nuestro público un recuerdo agradable.

Y si como también se murmura entre los bastidores del teatro de la Comedia, Ermete Novelli se hace español y se alista en alguna de nuestras compañías, entonces estaremos de plácemes y enhorabuena, pues no todos los dias se registra en la historia del decaido teatro español una página tan brillante, como la que Ermete Novelli escribiría al redactar lo que podríamos llamar su *partida de bautismo.*

---

## El festival infantil.

Cuando oí hablar del proyecto de una manifestación escolar en el Hipódromo, realizada por los niños de ambos sexos de las escuelas de Madrid, me asusté pensando en las molestias que iban á sufrir las criaturas, y á la vez temí por el éxito del festival que bien pudiera haberse convertido en fracaso.

No ha sido así por fortuna de los niños y de los autores. El Ayuntamiento ha realizado su proyecto con gloria y honor, y el pueblo de Madrid está

todavía maravillado de la concurrencia que ha asistido á la fiesta, y que seguramente no ha bajado de 150.000 almas. Ni en el Hipódromo, ni en sus alrededores, ni en los paseos que lo circundan, ni en las colinas que lo dominan; en ninguna parte cabía un alfiler, como suele decirse, y fué difícil dar vía libre á los niños, cuando en apretado haz, por cuartas de compañía, desfilaron delante del Rey, otro niño como ellos, cantando himnos y pasa-calles, y abatiendo los númerosos estandartes y guiones que llevaban los *leaders* de las escuelas.



El espectáculo ha sido conmovedor (la infancia siempre interesa y conmueve), y millares de niños, poseídos de su papel, han aclamado al Rey y le han dado una fiesta infantil. Su Majestad D. Alfonso XIII ha acogido el homenaje dando saltos de alegría y empujones á la nodriza, porque no le permitía bajar, siquiera fuese rodando, á confundirse con sus súbditos y coger un estandarte y tremolarlo, y enseñarlo, y ser tanto como los pequeños favorecidos por sus maestros con ese honor.

Toda la familia Real ha presenciado la fiesta con verdadero placer, por lo mucho que han satisfecho

á los tiernos vástagos los cantares en coro, y por lo que significa para el porvenir de la Monarquía ese tierno homenaje de los párvulos á su Rey niño, inocente como ellos, y como ellos adorado.

Viendo la Reina Regente el garbo y desenfado de uno de los rapaces, le preguntó:

—Y tú, ¿qué quieres ser?

—Yo, ministro de la Guerra.

No estaba allí el general Cassola, pero le dieron traslado á los efectos consiguientes.

Los niños se apiparon (no todos) de empanadas de ternera, confites y naranjas. Cantaron la despedida á los Reyes, y en seguida desfilaron por el camino más corto á sus respectivos cuarteles.

El desfile resultó animadísimo. Los niños iban formados de dos en dos con un lazo de distintivo en el brazo izquierdo y una medalla en el pecho. Delante figuraba el estandarte del colegio. A los colegios de niños precedían los de niñas, también con estandarte, algunos de los cuales llamaron mucho la atención, en especial el correspondiente á la escuela superior de niñas número 14.

El día ha estado muy cortés y no ha permitido al sol que esgrimiera sobre la muchedumbre sus rayos de fuego. No ha habido camillas ni ambulancias, porque estos españoles recién nacidos tienen la sangre animosa de sus padres, y la soberbia de raza no les permite declararse vencidos por nada ni por nadie. Así es que los angelitos han andado algunos kilómetros con verdadera decisión, y han estado todo el día de pie sin pedir auxilio á

colegios de niños precedían los de niñas, también con estandarte, algunos de los cuales llamaron mucho la atención, en especial el correspondiente á la escuela superior de niñas número 14.

El día ha estado muy cortés y no ha permitido al sol que esgrimiera sobre la muchedumbre sus rayos de fuego. No ha habido camillas ni ambulancias, porque estos españoles recién nacidos tienen la sangre animosa de sus padres, y la soberbia de raza no les permite declararse vencidos por nada ni por nadie. Así es que los angelitos han andado algunos kilómetros con verdadera decisión, y han estado todo el día de pie sin pedir auxilio á sus madres. Otros no probaron bocado por razón de escamoteos de algunos grandullones, y sin embargo, no se quejaron ni pudo nadie conocer que tuvieran hambre.

El festival escolar ha sido una solemnidad sin ejemplo en Madrid; un éxito para muchos inesperado.

Felicito á los autores de la manifestación, y les pido que se repita, en igual forma ó en otra que resulte tan espléndida, natural y expansiva como la que acaba de celebrarse, y hará efeméride interesante en la historia de la villa y corte.

Sólo de una cosa deben cuidar.

De que se hagan... más empanadas.

---



## La vida moderna.

### LA INSTITUTRIZ

(INS-TE-TOO-TORE)

Esta exposición viscorne de sílabas guturales que va en el segundo epígrafe, no es precisamente un alarde de erudición políglota, sino más bien un lamento íntimo, un alarido á estilo africano, *alá-alí*, en recuerdo del suceso que embarga hoy el ánimo de las gentes del Mediodía, del hecho protervo de haberse roto los moldes de la educación española... á la francesa, para sustituirlos con otros ingleses más adecuados, al decir de los *gentlement*, al aire que priva en las manifestaciones caldeadas del espíritu castellano del lado acá del Canal de la Mancha.

Lo leí en un periódico y no lo quise creer. Me pareció imposible el enlace del clavel con la amapola, y más imposible todavía el del vino de Jerez con la cerveza amarga, el del trigo candeal dorado por el sol de España con la patata linfática, cocida ó asada, de las regiones hiperbóreas. No creí que las *Prudent Women* (mujeres prudentes) que descienden del Cid Campeador y de las ricas hembras de los castillos roqueros, someterían sus hijas á la especulación almidonada y filantrópica de unos *educadores* yertos que vician el espíritu con la insensibilidad de su alma, y ahogan en flor, por

considerarlas *ordinarias*, las expansiones geniales, sencillas y tiernas que causa el clima en este país enemigo de las nieblas, del *splen* y de las turcas normales. Me pareció una excentricidad de la gente cansada, una deformidad sugerida por el hastío, un colmo de aberraciones fastidiosas, y hasta un pecado mortal, porque, después de todo, esas miss cenceñas y rojizas, esas ladíes flatulentas, sin gracia ni sal, comulgan en otros altares que nosotros, ó por mejor decir, no comulgan en ninguno, porque los protestantes no admiten para su salvación el pán eucarístico de la Hostia consagrada, que es vida espiritual de los católicos.

No oyen misa ni se confiesan; ¿qué van á enseñar, pues, á las vírgenes núbiles de la región de las flores, á las que hacen á la Virgen confidente de sus amores y esperan la dicha de su protección? ¿Qué pueden enseñar á niñas que leen de corrido en el libro del alma y aprenden por instinto en sus renglones, y la Iglesia sanciona después con sus dogmas, que el matrimonio no es un pacto de retro, ni un contrato bilateral de carácter jurídico, *estricti juris*, sino la alianza y compenetración expansiva y apasionada de dos corazones que se buscan en la tierra para los fines humanos de realizar la dicha por parejas de *dos* en *uno*, y cumplir con amor la misión celeste de crecer y multiplicar?

No se ha meditado bastante la trascendencia moral de esa reforma, que va á llenar nuestros hogares de institutrices vaporosas del género cursi inglés y de dómines serios con borla de instructores.

La pérfida Albión, como se decía en tiempo de Olózaga, realizará de ese modo su bello ideal de imponer la industria, las costumbres y las Biblias á los hidalgos rancios de la inculta *Spain*, que no tienen modales finos por falta de limpieza nativa. *(Not tó be lady like)*.

Investigando en los altos círculos donde se reunen las damas ociosas de esta encantadora sociedad madrileña, hemos llegado á saber que la promovedora del sistema de educación inglés ha sido una Condesa *gazpachofaga*, altiva, displicente y caprichosa, quien después de apiparse de berros con guindilla y de catar otros comistrajos aderezados según el modo de la gente de bronce, tuvo antojos de *rosbeackt* y de *bisteff*, de pudines con pasas de Corinto y de tapiocas con mostaza de Ceylán, y tras de la cocina inglesa amó los trajes británicos, y sobre todo se enamoró de la tiesura espetada de las inglesas, que no pierden jamás la impasibilidad marmórea del continente, ni se conmueven, ni cambian de tono cuando hablan de regocijos ó intentan llorar en los pésames.

Esa gravedad rígida del cuerpo, esa voz sin modulaciones que suena en el aparato vocal á eco lejano de teléfono, sedujo á la aburrida y hermosa castellana hasta el punto de pensar que, si sus hijas dejaban el aire de la tierra y el sabor acre de la estirpe por el aire y el sabor majestuoso de las *miss* y las *ladys* de *Regent-Parck*, serían modelos acabados de buen gusto, de seriedad aristocrática y de buen tono, que, por más que se haga, no se

aprende en estos terruños de los garbanzos y de los melocotones.

Así lo creyó la dama soberana de su casa *(The lady the hoüse)*, y se dedicó á conseguir que sus hijas, aunque de pronto pudieran parecer grullas, fueran las *Lady Lowe*, damas de los pensamientos de los donceles que cabalgan á la inglesa, con botines de dril blanco, sobre yeguas espátulas desechadas de las caballerizas británicas, muy superiores, sin embargo, á juicio de ellos, á los Caleros, Zapatas, Miuras, Alcañices, Manjones y otras tantas que cultivan entre nosotros la raza airosa y gallarda de los hermosos y arrogantes caballos españoles.

El ejemplo de esa excéntrica madrileña cundió en la sociedad, y hoy la educación á la inglesa, que ha suprimido la cordialidad meridional ingenua y bulliciosa de nuestras encantadoras jóvenes, es considerada como el prototipo de la distinción, de la elegancia y hasta de... la hermosura, al uso, como la gastan las Venus desmanteladas de la soberbia Albión.

Los primeros rollos de pergamino amarillo, con cara y porte de institutrices, que nos envió la ciudad del Támesis, fueron recibidos con extremos de urbanidad no acostumbrados, con atenciones prolijas y respetos casi sagrados. Entraron las susodichas preceptoras con las caras muy serias, con el cuerpo derecho cual sarmiento sin nudos, con la cabeza erguida y echada atrás, como las de las cotorras cuando van á picar, hablando para adentro

con palabras apenas articuladas, sin ritmo, ni sonido, ni vibración, y pisando de plano perpendicularmente como los palmipedos, con las puntas de los pies, como si no tuvieran talón ni tacón, ni calcañales, ni taconeo. Hicieron media docena de reverencias aprendidas en el espejo; llamaron *milord* al señor, *milady* á la señora y *ladys* á las niñas, quienes por cierto estaban acongojadas pensando que aquellas visiones frías iban á ser sus maestras y compañeras de todas las horas, y cuando se hubieron cambiado las salutaciones á lo inglés y á lo madrileño, las preceptoras se retiraron á sus respectivos cuartos, á preparar sus redes, contando con la huéspeda, porque esto sí que lo saben hacer mejor que las sencillas profesoras superiores y normales del magisterio español.



La ocupación formal de estas doncellas trashumantes del Septentrión consiste en llevar ropa limpia con coquetería evangélica, equivalente al más dulce abandono suntuario. No tienen pliegues ni ondulaciones en el vestido; no saben lo que es la curva magistral de un busto griego ó español, que para el arte es lo mismo; no ríen porque no es decente; no lloran porque no pueden, porque no

tienen nada en el altar bendito del pensamiento; no se conmueven, ni se alegran, ni se ruborizan. Sus rostros, inmóviles y fríos, no aciertan á interpretar la expresión del sentimiento, ni el fervor de la ternura del alma, ni la nerviosidad de las pasiones que anima y exalta el espléndido sol del Mediodía. Se acercan á sus educandas y las enseñan la reverencia de los fantoches, las hacen ponerse muy serias y cuidan de que la cordialidad genial, la espontaneidad hermosa del carácter franco de nuestras vírgenes nacionales no se deje ver en el rostro, ni en la vòz, ni en los ademanes. ¡Qué horror si se vieran esas cosas! En seguida sacan de la bolsa una Gramática inglesa y empieza la lección de gimnasia gutural, con acompañamiento de bostezos, porque esto sí que es inevitable. Pensar que una niña española, casta y pura, llena de vida, en el fulgor honesto de su impresionabilidad, se ha de someter á la disección moral y material del bisturí británico para tornarse, si es hermosa, en *aparato* de mujer antipática, repulsiva, desfigurada, y si es fea, para hacerse espantable como el monstruo del Apocalipsis, descarnado, cortante y penetrante como un espadín; eso sí que, con todo el poder de los cañones ingleses, con toda la magia clandestina de las Biblias protestantes, con todo el prestigio superior de la graciosa y honradísima soberana del Reino Unido y de la India, no lo han de conseguir jamás los librecambistas de la escuela de Manchester, los pastores displicentes de un culto helado como las brisas del Spizgbert, ni

mucho menos las Evas macilentas, inmadurables, del Paraíso perdido que se dedican por cálculo al oficio lucrativo de institutrices.

Me falta un punto de vista, que voy á exponer rápidamente, aunque sólo sea en hipótesis. En medio del puritanismo casi feroz con que la institutriz inglesa desempeña en los hogares decentes su alta misión de aya, casi verdadera madre, recuerda alguna vez en sus soliloquios que ha nacido mujer, y que, si se acicalara un poco, podría tener seducciones y encantos. Siente entonces la nostalgia del matrimonio, como áqui se usa, indisoluble, y si milord es viudo, joven ó viejo, le tiende la red y le caza. Hay que ver en la faena de la conquista á una de esas meridionales disfrazadas del Norte. ¡Cuánta pasión, cuánto fuego, cuánto delirio derrochan en la pista del sér amado! Cesó la frialdad cadavérica en el tono y los modales, se atropellan las conveniencias, y si la presa inocente resiste, entonces lady Saffo hace como que toma veneno y se presenta á la víctima con las bascas de la agonía, aprendidas en la muerte de la *Traviata*, y él, padre de unas hermosas niñas dignas de ser amadas y casadas al uso español, se entrega á la Corina del



Támesis, á la araña voraz de su destino, que le entristece y le mata.

No digo que sea esta la regla psicológica y moral, pero sí diré que hay algunos casos como éste que debieran ser enseñanza de Mamelucos, sobre todo desde que el *Pall Mall Gazette* se ha dedicado en Londres á fustigarlos como objeto de verdadera explotación.

Dios quiere que España sea para los españoles, y quiere también que los padres eduquen á sus hijos sin entregarlos al cariño mercenario de personas extrañas.

Abajo, pues, esas educaciones extranjeras que matan al nacer el amor filial y el paterno, y viva la educación á la española, que es todo amor, y cariño, y previsiones solícitas, y cuidados innarrables, y que es además, en definitiva, mucho más sólida y fundamental que todas las otras.

---

## El pinar de las de Gómez.

Este pinar no se arrienda ni se vende, porque está destinado por la edilidad á usos urbanos, y sirve para dar mayor lustre á la calle de Alcalá, que en lo antiguo fué olivar y madriguera de osos, y hoy es la vía más grandiosa de la corte de las Españas. Siendo todo esto el pinar, ¿por qué se ha adjudicado por juro de heredad y sin subasta á las

de Gómez? ¿Por qué se llama así, metafóricamente, «El pinar de las de Gómez»?

El hecho requiere una explicación que voy á dar con permiso de las señoras propietarias del coto.

Vivían estas señoras de Gómez muy tranquilas, subiendo y bajando todos los días las aceras de la Carrera de San Jerónimo, á la vera del arrecife por donde hay más caballeros desocupados y en disponibilidad, cuando una de las susodichas Gómez, niña traspapelada en los autos de la Vicaría, donde se adjudican para *in æternum* los novios reglamentarios á pedir de boca, propuso trasladar el campo de maniobras al paseo de los Brigadieres, así llamado, el de la acera del sol en la calle de Alcalá.

Allí se juntaban bastantes señorones provectos de la clase militar, con sus achaques laureados, á pedir al sol rayos benéficos, y una joven ó jamona que quisiera alegrar el cuartel, digo, el alojamiento de los caballeros reumáticos de la orden de San Fernando. Era por lo que se ve más fácil la colocación de las aburridas en la acera de las Calatravas, que en la de la Carrera de San Jerónimo, y se trasladaron á aquella con armas y bagajes, á tiempo que el Municipio hacía arrasar las acacias de ambos lados de la calle de Alcalá para sustituirlas con pinos de la casta borde, que no da frutos.

El pueblo de Madrid, siempre ocurrente, que vió las guerrillas exploradoras de la kábila de Gó-

mez pasear de arriba abajo, echando líneas y clavando jalones, cual suele hacerse al marcar un



coto redondo de mayorazgo, cambió el nombre de paseo de los Brigadieres por el de Pinar de las de Gómez, y así es conocido hoy entre los tenorios embalsamados y los arqueólogos de hongo y chaquet. Pero lo triste del caso es que la individua promovedora de la mudanza del paseo, no ha pescado todavía los entorchados de brigadiera ni siquiera las estrellas de alférez, y esto tiene algo escamado al *club women* de señoras callejeras.

Vamos á ver ahora quiénes son las de Gómez.

Desde que habito en Madrid las conozco. Tuvieron las más valientes palco en el Real por suscripción, y aunque llevaron diferentes reclamos para ver si conseguían hacer entrar en la red manga las

pecheras blancas en forma de corazón de los pollos enamoradizos, y las levitas negras abotonadas con la roseta emblemática de la legión de honor, se pasó la temporada sin novedad, y las de Gómez, muy miradas con gemelos de campo, y muy cuchicheadas, se retiraron de la trinchera con el personal intacto; es decir, que no dejaron ninguna doncella de la asociación cogida en los grillos de himeneo.

Después salió una pieza cómica con el título de *Los martes de las de Gómez*, y el público fué á Lara á ver á esas señoritas, esperando que esta vez caerían los novios por parejas en la liga del amor, y que por lo menos se informaría á los espectadores de las conquistas que hace el gremio cuando trabaja solo y por su cuenta. Pero nada; la pieza resultó sosa, y las de Gómez casi arañaron á la Valverde porque las quiso poner en ridículo, haciendo reir al público á costa de ellas.

Después, cuando vino la moda de los teatros caseros, las de Gómez tuvieron uno muy frecuentado, con salón para conciertos y sala para bailar. La orquesta de guitarras del Sr. Mas, hizo prodigios de rasgueo acompañando las *fiorituras* de una prima *altra* en perpetuo ajuste con gallos, quiero decir, que nunca acababa de ajustarse ni de cantar afinada. La escena oyó de boca de las más aristocráticas, entre las más conocidas de las de Gómez, las diatribas violentas, los apóstrofes más personales contra ese bello mundo de damas ricas y blasonadas que se ríen detrás del abanico ó del *bouquet*,

en las. propias barbas de las consabidas actrices y cantatrices, y hasta de sí mismas.

La sala de baile ya fué otra cosa. A ella acudieron interpoladas todas las clases sociales de cuarenta años para abajo. Se bailó sin licencia del bastonero el repertorio completo de las intimidades coreográficas que nos ha enviado Cuba en sus habaneras, y Mabille en sus cancanes.

Se durmieron rostro en rostro abrazadas incultamente las parejas de las habaneras, al ritmo de una cadencia pegajosa; en las polkas austriacas hubo abrazos temerarios; en las *quadrilles* francesas, sobonerías del indecoroso estilo que va cayendo, y en el cotillón final lo que ustedes gusten imaginarse de desenvuelto y nocivo. A pesar de todo este despilfarro de ardides, llegó el verano y las de Gómez vieron con horror que ni las racionistas, ni las partes de por medio, ni las actrices principales, ni las segundas, ni las cuartas, ni las comparsas, habían dado siquiera un ejemplar á la santa coyunda del matrimonio religioso y civil. Esto realmente es desconsolador y da motivo para que las de Gómez taconeen recio por el pinar de Alcalá, y aun para que pisoteen adrede los ojos de gallo de los mancebos distraidos que las ven venir y no las reciben con finura (quizá por esto: porque *las ven venir*) como ellas desearían.

El origen etnográfico de esa raza ambulante y entrometida que constituye el grupo de las de Gómez, no se ha estudiado lo bastante en las aulas, y eso que de las aulas sale el único contingente

que las... *entretiene*. Dicen unos que vienen de los godos, otros que de los árabes, otros de los zulús, y otros de las arrebañaduras de la caldera mitológica, donde se fundieron las egipcias con las almeas, los moños lucientes de las sevillanas, con la espumilla ondulada de las Vistillas; el taco nacional de rechupete, con el zarandeo de las ninfas que campean soberanas alrededor de un gazpacho en el soto del Vivero.



Las de Gómez son unas mujeres híbridas, un compuesto de varias razas, una formación de varios deterioros, que á la luz del sol y con auxilio de los emplastos que usan para charolar el *coram vobis*, se asemejan á figurines calcados en la primera edición de establecimientos de medio pelo.

El estado mayor de las de Gómez se compone de una brigada de mamás á medio uso, es decir, que todavía no se han dado de baja, y llevan las tocas, las que son viudas, con mucha pulcritud. Las hay generalas, brigadieras, alguna ex ministra, varias pensionistas del Monte-Pío y de la Casa Real, y en el centro sólido de la brigada, otras señoras de buen ver, aunque de pocos cuartos, como que de noche acuden al asalto de la tostada doble. Estas señoras del centro son el gran recurso de las de Gómez, porque les sirven para engatusar á ni-

ñas casaderas del género cursi, cursilino y cursilón, y hacerlas trabajar de exploradoras en los ataques que dan desde el Pinar á los tirios y troyanos que se meten en fuego.

Estas señoras de Gómez usan el vestuario de la última reforma internacional, con los toques, perfiles y añadiduras que ellas inventan para distinguirse, y de cierto que no se dejarán vencer por las currutacas de la buena sociedad, pues para eso tienen pico, uñas, faralares estrepitosos y un desenfado de reinas de los paseos de la corte, que no es común en las señoras ni en las señoritas que viven fuera del medio ambiente de las de Gómez.

Las jóvenes hechas ó á medio hacer de esa asociación, merecen párrafo aparte. Casi todas son descoloridas por falta de nutrición; casi todas tienen el sentimiento de la novela por entregas, y son dadas á fabricar castillos en el aire. Su ideal es un joven con muchos cuartos para gastarlos rápidamente en amor y compaña, pero si el joven tarda en venir, admiten el caballero más feo de España, con tal que tenga patrimonio, y lo mismo si no lo tiene. Son muy atildadas en el vestir los trapitos de moda, y muy redichas en el hablar. Su empeño principal consiste en que las consideren y confundan con las señoritas del buen tono. Son muy amables, muy dispuestas, muy amigas del chiste que produce emociones y levanta ronchas. Son por último cursis á nativitate, por esencia y potencia, por afición y por instinto, cursis de índole contagiosa que viven y mueren buscan-

do en la tierra el equilibrio de sus anhelos hacia la realidad de la vida del gran mundo, nunca alcanzada en el viaje por aquello de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda».

Las de Gómez forman capítulo especial de mujeres virtuosas y andariegas. Tienen un pinar en la calle de Alcalá que no da piñas, pero da sombra, y dará calor en el verano con tanto fuego canicular como llevan en sus ojos las susodichas damas y damiselas que conocemos por *las de Gómez*.

---

## Mesa revuelta.

### NO HAY PRIMAVERA

Está acabándose Abril y la primavera no ha hecho su entrada oficial. Llueve cuando no nieva; crujen los tejados de las casas á impulsos del vendaval, y si éste se pone de mal humor, lo cual sucede á menudo, arranca de cuajo los árboles, derriba las chimeneas de hierro y hace volar las vallas de los solares entre horrísonos bramidos de un gusto el más detestable. ¡Qué invierno y qué primavera!

Han muerto los pájaros á centenares; no han podido nacer las lilas, hermosura y regocijo del mes de Abril, porque el hielo las ha decapitado; las gardenias mueren de inanición, sin fragancia,

porque las ahoga el aura enfermiza de esos hospitales de convalecientes que se llaman estufas; las francesillas, los tulipanes y las anémonas no se atreven á mostrar sus tesoros porque al alzarse encuentran la tierra helada ó convertida en barro.

¿Qué pasará en las regiones siderales? ¿Por qué el invierno no se habrá recogido á sus cuarteles de *idem?* ¿Por qué la primavera, que es la sonrisa del cielo, ha de verse fustigada, atropellada y destrozada por los gnomos infernales del Septentrión, que envueltos en nieve vienen á matar el azahar de los naranjos, la flor delicada de los almendros y los botones del rosal?

La tierra ha debido sufrir alguna dislocación trascendental; ha debido desviarse de su curso reglamentario y meterse donde no la llaman, en las regiones de los hielos perpetuos, y al sentir el frío glacial, la cara del Mediodía que nosotros habitamos ha dado saltos de trampolín desde la Siberia á Cádiz, y por último ha tenido que rendirse ante los aludes formidables de las nieves.

Esta situación es insostenible. ¿Quién ha visto á los donceles con gabán de pieles en Abril? ¿Quién ha visto á las niñas casaderas arrollarse al cuello el gato de nutria, cuando ya las rosas de Mayo llaman á las puertas de todos? Repito que esto es una aberración del planeta que ha perdido sin duda los sentidos corporales en la marcha alocada que sigue por los términos de otros planetas, y que al presente no tiene poder ni fuerzas para librarse de las consecuencias y deja que nos helemos en Abril.

Lo único bueno de estos días malos, ha sido un ingenioso y chispeante artículo que el popular escritor Mariano de Cavia ha publicado en *El Liberal*, hablando de la transformación de las estaciones. Tiene muchísima gracia, y casi ha hecho entrar en calor á los lectores, á fuerza de reir.

* * *

## LA GRAN VIA... CHAPURREADA

La compañía de Tomba acaba de chapurrear en español esa afortunada revista. El público ha pasado un buen rato, y se ha divertido mucho.

Realmente Milzzi, Marchetti y Poggi están deliciosos en los papeles de *Ratas*, y Tossi, un barítono serio, resulta con mucha gracia para desempeñar el papel del *Caballero de idem*.

Después de esto, yo no sé qué transformaciones ó arreglos nuevos podrá tener la *Gran Vía*. Ya se ha representado con cambio de sexos en el día de Inocentes; ya han salido varias de sus escenas á la pista de los Circos ecuestres. Sólo falta verla en la Plaza de Toros, donde algunos toreros no resultarían mal con el traje, la andadura y las maneras de los Ratas.

En una palabra: la *Gran Vía* está y estará en todas partes menos donde más falta hace: en el plano de Madrid.



## ANTONIO RIQUELME

¡Pobre Antonio!

Ha muerto pobre, achacoso, y aún era joven y debía haber sido rico.



Excelente actor y gran amigo; hombre de gran jovialidad, y de grandes arranques al mismo tiempo, deja en la escena un vacío difícil de llenar.

La animación de su semblante, expresaba una alegría que en ocasiones estaba muy lejos de sentir.

Su retrato, ya que no estos renglones desaliñados, bastará — y ese es mi deseo — para que no le olviden los que hojeen este libro.

***

## GATOS Y PALOMAS

El Circo de Price se ha abierto este año con pocas novedades. Desde que su propietario y director cultiva el género serio de los elefantes educados como los clowns, y el de los lobos del Ural, reunidos por un catalán de bríos, descuida otros espectáculos recreativos que fueron siempre del agrado del público, y cuya falta puede lesionar los intereses de la Empresa. No siempre ha de en-

contrar perros amaestrados, no siempre han de venir cotorras y catatúas á columpiarse en velocípedo. El reino animal irracional presentable (de cuya categoría suprimo al cerdo) se acaba pronto, y después... ¿qué hará después Mister Parhis?

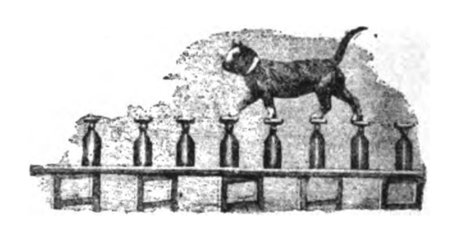
Este año ha tocado la vez á los gatos, y ha venido un domador italiano, M. Bonetti, con cara y ademanes felinos, que exhibe todos los días su colección de tigres, domesticados hasta el extremo increíble de que paseando juntos por una cuerda, gatos, ratas, ratones y canarios, los primeros pasan por encima de los demás sin molestarlos ni demostrar siquiera con sus gestos el gusto con que se los comerían. Parecen gatos atrofiados, degenerados, cloroformizados, hipnotizados, sin instinto natural de raza, pues ven pasar indiferentes un ratón y volar un pájaro como si volara una mosca.

Llegan á más todavía. Para demostrar su continencia y sus virtudes ascéticas, pasan la cuerda con un ratón vivo en la boca y otro ratón vivo también sobre el cuello; recorren sobre corchos una línea de botellas, saltan sobre aros incendiados de latón, y tre-



pan *como gatos* á la cúspide de altas perchas, desde las cuales bajan de espaldas con admirable agilidad.

El poema de la gatomaquia no fué más que un esbozo comparado con éste, porque lo que es hablar en cultò, cualquier gato bien educado lo hace á gusto del poeta; pero tener en la boca un ratón y no comérselo, eso sí que parece milagro. Contesten las gatitas de Madrid, ninguna de las cuales ha faltado á las representaciones gatunas, y digan si les parece cosa propia del gato cazador lo que hacen los felinos de M. Bonetti. Yo creo que los tiene magnetizados con el fulgor de sus ojos de Leopardo; yo creo que los gatos del Circo se consideran vasallos del domador, (que es para ellos un gatazo de tomo y lomo) y en cuanto éste eriza sus bigotes reales y enseña las uñas y el látigo, la colección desfallece y se presta humilde á vivir en



paz en compañia de los ratones y de los pájaros cantores.

¿Saben ustedes lo que decia la otra noche una de las gatitas más finas de Madrid? Pues decía que esos gatos no tenian de tales más que la piel; que no era posible abandonar la presa una vez cogida, pues para eso concedió Dios á las gatas de buena sangre uñas de acero y lomo de serpiente; para

eso salieron del Paraíso con la orden precisa de *engatusar* y enmaridar á los galanes enamorados de las últimas crías.

Lo cierto es que el espectáculo resulta muy propio para Madrid, que es un pueblo de *gatos* y de *ratas*; que con M. Bonetti y sus discípulos, ha conseguido por ahora Mister Parhis *llevar el gato al agua* en sus competencias con el Hipodromo de verano; y que el domador italiano ha *puesto el cascabel* á todos sus gatos, con la facilidad mayor del mundo.

Hay otra colección de palomas domesticadas, que lo hacen todo menos repasar la ropa del domador. Estas palomas, que son por cierto muy lindas, están dirigidas por una Venus negra, quiero decir, por una mujer que lleva todo el busto *enguantado* de negro. Pero las palomas en competencia con las gatas no tienen éxito, y esto debiera haberlo pensado Mister Parhis antes de haberlas presentado juntas en la misma sesión.

***

## DEFINICIONES

El amor es una llama partida en dos,
Que crece hasta... juntarse.

—

Las sevillanas tienen mucha fama, aun en forma de... *aceitunas*.

***

## LAS ULTIMAS NOTAS

Son por desgracia bien tristes.

Ha muerto víctima de rápida enfermedad el elegante escritor D. Carlos Coello.

Y ha pasado también á mejor vida, el Intendente de la Real Casa D. Fermín Abella.

El libro necrológico de 1888 va á tener en fin de año un volumen espantable.

# MAYO





## El mes de María en Monserrat.

Mayo es el amor de la tierra perfumado por el cielo; es el amor hermoso purificado por la religión.

La Iglesia lo celebra con una fiesta que dura treinta días, durante los cuales, los altares de la Virgen se cubren de flores, la capilla sacra canta himnos inspirados, los fieles entonan plegarias fervientes y entre nubes de incienso y suspiros anhelantes, se rinde homenaje santo á la Madre de Dios.



En Madrid esta fiesta de las flores á María se celebra casi clandestinamente, porque son pocos los templos que rinden ese culto, y no muchas las personas que á él acuden.

Para ver como se festeja á la mártir del Gólgota en el mes áureo de su invocación, es preciso ir á Monserrat, cosa que este año hará una gran parte de los vecinos de Madrid, razón por la cual no sobran en las páginas de la vida de la corte, los apuntes que voy á trasladar al papel. Es preciso, repito, ir á Monserrat y trepar por aquellas rocas volcánicas hasta la Basílica, que envuelta en nubes, ha levantado la fe y consagrado el amor. Es necesario subir á la montaña de abruptos peñascales á la hora del crepúsculo vespertino, y entrar asombrado en aquel templo, cuyas torres rasgan con sus veletas las brumas de la tarde. Es necesario verse allí de rodillas ante el altar de la Inmaculada *Moreneta*, oyendo la salve que la comunidad de monjes entona al unísono todos los sábados. Para sentir el consuelo de la oración en la soledad interna del pensamiento, es preciso visitar aquella iglesia, que no parece fabricada por manos de hombres, sino conducida de risco en risco para asentarla en la cúspide de los picos rocosos; y cuando estemos dentro, postrados ante el camarín, con una fe y un respeto antes desconocidos ó no sentidos, preciso es oir aquella capilla afinadísima de niños que parecen ángeles, cantar el rosario y la letanía con acompañamiento de instrumentos de cuerda. Y si algún pájaro de los muchos que se abrigan en los árboles de la montaña, se acerca al templo

piando, y canta después con trinos alborozados las glorias de la Virgen, entonces la realidad del mundo desaparece y se cree uno trasportado á las florestas inmortales del Paraiso.

Porque es preciso saber que la tradición de Monserrat, consignada en el Cancionero del presbítero D. Juan Martí, da por existente en el bosque de la montaña una capilla de pájaros cantores, uno para cada día del mes de Mayo, encargados por Dios de saludar á la Virgen y de llevarle en sus alas el rumor de los campos, y en su pico las flores de más puro aroma. Esto creen aquellos naturales, y en realidad hay que respetar sus creencias, porque se fundan en hechos que causan por lo menos admiración.

Ejemplo:

El *verderón* es un pájaro muy bonito, que vive en la montaña de Monserrat para dar gloria á María. Es emblema de la fe. Se remonta á los espacios más puros, y allí, cerca del camarín de la Virgen, se extasía cantándole endechas el día 1.° de Mayo. Es el despertador de la montaña.

El *tordo azul* es uno de los cortesanos más fieles de la Virgen, emblema del amor de Dios, canta graciosos gorgeos desde la cima del campanario, que es su lugar predilecto.

El *mirlo*. Apenas las campanas de Monserrat anuncian la venida del sol al alcázar de María, y antes de que los niños de coro entonen en el interior del templo el ave matutina, viene el mirlo con sus gallardas formas y su plumaje negro á dar



la albada á la Reina del cielo, como si repitiese aquella frase hechicera de los cantares santos: *negra soy, pero hermosa.*

El *tordo roquero,* conocido por el tordo músico, es la única ave de la capilla cantora que no abandona el sagrado del monte durante los rigores del invierno, el único que queda junto al altar de la Virgen para que no le falten las alabanzas diarias de las aves parleras.

La *cogujada*, ó alondra moñuda, anuncia antes que otras aves, con su canto vigoroso de notas prolongadas, la llegada de la primavera, y canta durante el mes de Mayo los más tiernos arrullos á la dulce cogujada del templo, que permitió á su hijo santo morir por nosotros.

La *tórtola* arrulla por la noche cuando las demás aves callan.

El *jilguero*, de bello plumaje, de voz suave y finura de instinto, canta desde Marzo para acostumbrarse al *coro* del mes de María.

El *ruiseñor.* Cuando este hermoso pájaro—el Gayarre de la escolanía alada de Monserrat—ostenta las galas de su voz ante el trono excelso de María, los ecos repiten exactamente sus ecos y extasían el alma, porque su armonía, y sus cadencias y el ritmo apasionado y severo de sus acentos son la mejor alabanza que puede dedicarse en el desierto, á la Reina de las montañas.

La *golondrina* hace nido dentro del templo, casi á los pies de la Virgen. Viene todos los años de las cimas veneradas del Calvario á traer á la Vir-

gen de Monserrat, el aura en átomos de aquel monte deicida, donde la crueldad de un pueblo vertió sangre del hijo de Dios.

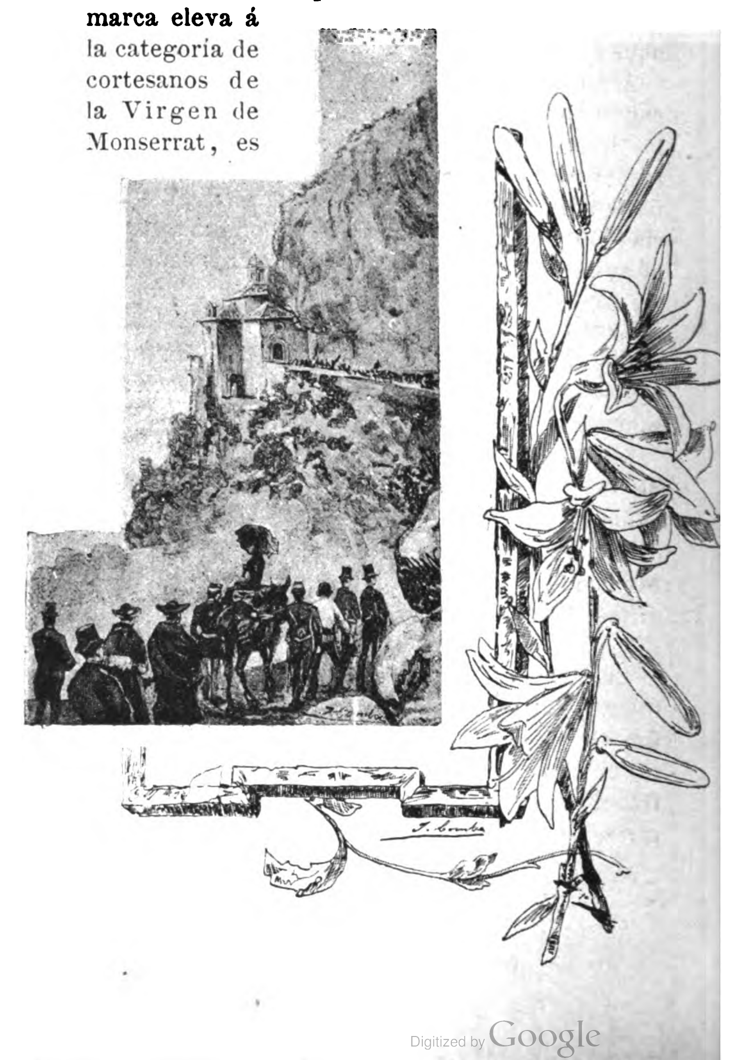
Completan el cuadro de esa admirable *troupe* de cantores, la urraca, el gayo, el estornino, el petirrojo (éste habita en el átrio de Monserrat), la abubilla, la perdiz, el cuclillo, el martín pescador, el cola rojo, la codorniz, el reyezuelo, el vencejo, el pardillo, el pinzón y la paloma.

Todos los pájaros citados y otros que acuden de todas partes al festival del mes de Mayo, dirigido por los tenores y las tiples más renombradas; toda esta muchedumbre filarmónica de seres delicados, que se reune en las cúspides de Monserrat á entonar sus cantatas por mañana y tarde; toda esta escolanía aérea más interesante y melódica que la que canta dentro del templo bajo la dirección de un maestro, es el coro divino ensayado por Dios, que el cielo dedicó en el mes de las flores á la Reina indiscutible de la sagrada montaña, á la Virgen que adoran y ensalzan los habitantes aguerridos de aquellos contornos, para quienes no hay en la tierra ni en el cielo otra hermosura más grande, más cariñosa y buena, que su querida *Moreneta*, la Virgen madre y señora de Monserrat.

Los *touristes* de la Exposición de Barcelona; los vecinos de la villa y corte que durante este mes se trasladan á Barcelona y sus cercanías; los acompañantes de S. M. la Reina Regente, tendrán ocasión de apreciar si no es exacto todo lo que digo.

No quisiera, sin embargo, haber excitado el ape-

tito insano de los cazadores de perdices al hablar de aves y pájaros. Si alguno amartillase la escopeta, relamiéndose los labios, le recordaría que ese enjambre volador que la tradición oral de la comarca eleva á la categoría de cortesanos de la Virgen de Monserrat, es



la maravilla de aquella región plutónica; el encanto de los viajeros que por devoción van á pasar el mes de Mayo en la hospedería bien cuidada del convento, y la sublime atracción religiosa que ejerce en el ánimo conturbado aquella Basílica solitaria.

Abajo, pues, las escopetas, y á cantar con los pájaros y las flores los himnos del amor hermoso, aumentando así el coro de los niños cuando entonan las jaculatorias del mes de Mayo, junto al altar más severo, más imponente y grandioso que se conoce, por estar edificado tan alto como ninguno de los que existen en las regiones próximas y lejanas del mundo católico.

La fiesta á la Virgen en el mes de Mayo, es una expresión delicadísima del alma, que como he dicho, sólo puede comprenderse y sentirse en el Monasterio de Monserrat, que sirve de verdadera antesala al cielo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En Madrid no hay pájaros cantores más que en los *asilos* de la Plaza de Santa Ana; no hay montañas ciclópeas, ni bosques encantados, ni basílicas en comunicación directa con las nubes, ni torres iluminadas por la luz sideral, ni praderas con fulgores de la claridad que vierte la blanca luna.

No hay silencio reverente en las iglesias ni aislamiento místico, pues lo turba la ola humana de fieles, siempre en aumento y de prisa. No hay altares privilegiados, especiales para celebrar los cultos del mes de María; pero entre la flojedad de una devoción que empezó con estusiasmos católicos, hay coros de señoritas, hijas de María, que cantan, fervorosas y afinadas, tiernos goces y jaculatorias á la divina protectora de las doncellas católicas que esperan la redención.

Esto es lo que hay en Madrid, en las pocas iglesias parroquiales donde se celebra la fiesta de Mayo. Por eso he preferido hablar á mis lectores del Monasterio de Monserrat, donde existe verdadero culto divino, para que gocen las delicias íntimas que aquí no se pueden disfrutar completas, aunque se forme empeño en imaginarlas.

Faltan costumbres y faltan recursos.

---

## Velocipedistas.

Todas las mañanas, lo mismo en invierno que en verano, en primavera que en otoño, los individuos que forman la novísima y flamante Sociedad de Velocipedistas de Madrid, más algunos aficionados ajenos á esa agrupación, se reunen con armas y bagajes, es decir, con velocípedo y merienda, en el amplio paseo circular que rodea la Estufa

del Parque, y se entregan dos ó tres horas al estudio de esa *carrera*, que de algún tiempo á esta parte ha recabado lugar de preferencia entre las que constituyen la facultad del *sport*.

¡Y vaya si tienen fe, y entusiasmo y constancia los velocipedistas de Madrid! Los jokeys de las carreras de caballos suelen mostrarse en público y hacer pruebas en el Hipodromo, un mes ó mes y medio antes de la fecha marcada para las reuniones. Concluyen éstas, y no vuelven á aparecer por ninguna parte. Los que podríamos llamar también jokeys de las carreras de velocípedos, no se contentan con tan escaso aprendizaje, ni con ensayo tan limitado, y así, si los *exámenes* tienen lugar, por ejemplo, en Mayo y en Octubre, durante los meses restantes del año no dejan de montar un solo día, no pierden la *clase* una sola mañana, y por si esto no es aún bastante, invaden las calles y los paseos, y emplean el velocípedo de noche, hasta para ir al teatro; y si no suben las escaleras de sus domicilios respectivos, no es seguramente porque les falten deseos de hacerlo, sino porque el aparato en cuestión no se adapta á los escalones, ni cabe en los ascensores.

Es una monomanía como otra cualquiera la que en Madrid se ha desarrollado por los velocípedos, y conste que al escribir lo que antecede, no es mi ánimo molestar á los distinguidos jóvenes aficionados ¡guárdeme Dios! Sólo quiero decir que es ya demasiada la afición, y extremada la invasión de vías públicas, porque, aparte de lo fácil que

resulta un atropello, todo lo airosa y elegante que aparece la silueta del velocipedista vestido *ad hoc* en la pista del Velodromo, es desairada y rara cuando se apercibe en la calle ó en un paseo, con americana y pantalón largo.



Por lo demás, ¿qué duda cabe que se pasan las horas en apacible esparcimiento, sentándose por las mañanas en los bancos del paseo del Retiro, en que los velocipedistas hacen sus pruebas? Allí hay sombra agradable, espléndido panorama en que espaciar la vista, y un puesto de agua con su aguadora correspondiente, por cierto esbelta y gentil, que es la piedra de toque de todos los carreristas, y... distingamos, que no lo digo con segunda intención, ni mucho menos, sino porque en los intervalos de reposo, cuando la garganta se ha secado por el exceso de velocidad, ó el frío ha llegado á entumecer los brazos y las piernas, á ella acuden todos en demanda de un vasito de agua con aguardiente, ó de una copa de cognac.

La vendedora hace negocio, debe hacerlo por lo menos en mayor escala que sus compañeras de Madrid, pues cuando éstas no han pensado siquiera en salir de casa, ya hace rato que tiene ella

abierto el puesto. Lo malo es que en el invierno, las mañanas son muy crudas en el ángulo en que éste está enclavado, y que el acceso al Retiro tampoco es en ese tiempo muy agradable que digamos; pero para eso queda el recurso de no abrirlo cuando el cielo amanece muy cerrado, siquiera la clausura no sea del agrado de los velocipedistas, que por lo que observo cuando paso por allí, casi todas las mañanas, se han acostumbrado mucho á tener entre carrera y carrera, un sabroso ratito de amena plática con la muchacha en cuestión.

Así se desliza el curso tranquilamente. Los alumnos asisten á la cátedra con un trajecillo adecuado á la faena, los más con calzón y media oscura, que da frío sólo de verlos, sobre todo cuando medio sentados en un banco y medio abrazados al velocipedo, con un gabán sobre los hombros y un pañuelo en la mano, descansan de la carrera. Llega Mayo y entonces se verifican las públicas, que se repiten en Octubre.

Las carreras de este año, que podían haber sido muy lucidas, porque es justo reconocer que las mejoras introducidas en el Velodromo de la calle de Alfonso XII acusan en quien las haya ideado y dirigido, inteligencia y buen gusto, se han deslucido por causa del tiempo, que ha aguado un día la fiesta, y la ha hecho en otro insoportable por el exceso de calor. Pero de todos modos no ha faltado concurrencia, no se han regateado los aplausos, y los velocipedistas han demostrado de un modo pal-

mario sus adelantos y su pericia. Lo malo que hay en la Sociedad de Velocipedistas es el ejemplo. En ella figuran jóvenes, cuyos nombres siento no recordar, que si salieran al tablado de un Circo, seguro estoy que habrían de cosechar aplausos á granel; en ella figuran sobre todo los hermanos Periquet, que son dos verdaderas notabilidades.

Ellos y los otros manejan el velocípedo á su antojo, corren, giran, se desvían, se inclinan atrás, adelante con admirable soltura y natural elegancia, y despiertan en el ánimo de muchas personas el deseo de dedicarse también á la carrera del velocípedo.

Y esto es lo grave. Es decir, lo grave no es esto precisamente, porque la tendencia á los ejercicios físicos, por desgracia, descuidados entre nosotros hasta un extremo pernicioso, la encuentro yo muy natural y digna de elogio, sobre todo en Madrid, donde como en todas las grandes poblaciones está muy desarrollada la *anemia*. Lo grave es que los primerizos en las lides del velocípedo, salgan también á los sitios públicos, á hacer ostentación de su impericia, porque este ejercicio, si como tal se toma, debe hacerse en lugar reservado donde no exciten la hilaridad de los transeuntes, como la excita á sabiendas el alumno de picadero que se lanza á salir á la calle cuando apenas sabe tenerse medianamente á caballo. Y no digo nada de lo que

aumenta esa gravedad, si el velocipedista aficionado, es ya hombre provecto ó metido en carnes,



como muchos de los que se cruzan con nosotros en la calle.

Lo sensible además es que este género de *sport* esté llamada como algunos opinan, y como yo mismo creo al ver el aumento progresivo de *biciclistas* y *triciclistas*, y la disminución constante de jinetes, á destronar la equitación. En este punto si que no transijo, y en mi sentir, ni bajo el punto de vista higiénico, ni bajo el punto de vista cómodo y estético y agradable, puede compararse una cosa con otra. Podrá objetarse que se corre más en velocípedo que á caballo, pero esta razón no basta para justificar el olvido en que vamos dejando á los caballos, para reemplazarlos con los velocípedos.

Lo que hay en esto, como en todo, es una cuestión de moda y de rutina; lo que hay es que hasta

en esto corremos ciegamente á extranjerizarnos.

Por lo demás digan francamente las personas de buen gusto si hay comparación posible entre la figura gallarda de un jinete que cabalga en airoso caballo, y la del velocipedista, que, aun siendo pollo adolescente, parece anciano octogenario, cargado de años y de achaques, al verlo encorbado y retorcido para poder dar impulso al vehículo.



¡Cómo comparar tampoco el mérito de los que llegan á descollar en uno ú otro género de sport!

¡Cómo comparar los riesgos que hay que vencer, las dificultades que hay que superar, las satisfacciones que se experimentan al dominar unos y otros, la distracción constante que para el verdadero aficionado produce el montar á caballo, con los riesgos, las dificultades y los éxitos del velocipedismo!

No, no hay término de comparación. Primero el caballo, después el velocipedo; primero la tradición española, castiza, auténtica y poética, llena de gloriosas tradiciones, de amorosas leyendas y de gratísimos recuerdos; después la importación extranjera sosa é insípida, en la que todo es cuestión de rutina y equilibrio.

Y como las dos cosas son perfectamente compatibles cuando las exageraciones impremeditadas no levantan una y derrumban otra, vaya un aplau-

so á la Sociedad de Velocipedistas por sus triunfos de esta primavera, y un ruego á los nostálgicos del velocípedo, para que no olviden la equitación, ejercicio más difícil, más varonil, y sobre todo más español que ese otro.




---

## ¿En dónde está el idilio?

*(Con ocasión de una merienda, y de la romería de San Isidro.)*

Desde que la merienda nacional ha puesto en moda el *garden party* de extrangis; mejor dicho, desde que los aficionados al campo y á la *Villegiatura* se empeñaron en buscar el *Idilio* entre los rústicos lugareños y las lugareñas zafias, la cultura de los salones, con buen acierto, ha dirigido sus pesquisas para establecer el término medio del idilio poético, en un parque ó jardín, con mujeres finas, bien habladas (Dianas), y hombres de botín blanco y terno entero (Apolos), de los que están

cansados de recorrer las selvas con escopeta al hombro sin encontrar un conejo, y de los que duermen alrededor de las mesas de tresillo requebrando á mujeres embalsamadas.

Se reconstruyó el gazpacho y fué servido en comedor aristocrático, con vajilla de porcelana, cristalería de Sajonia y cubiertos de plata. Las señoras se presentaron con trajes de fantasía de color de adelfa y sabor á Égloga, según un buen decir. Pero no señor; á lo que olían era á opoponax, á violeta doble, de la que embotellada en pequeños frascos esmerilados se vende en las perfumerías de moda, como la de Romero y Vicente, con el nombre de *Brisas de San Remo.*

A lo que olían es á picardeo académico redomado, muy contrario al amor ingénuo que forma la base poética del idilio campestre.



Se importó el *garden party* creyendo que su nombre inglés quitaría al pepino y á la lechuga de la ensalada popular, el sabor de la tierruca como dijo el otro, es decir, como dijo D. José de Pereda, escritor meritísimo, ante cuya celebridad me quito el sombrero. El jardín de Minerva se adornó como en las fiestas del rey sol del Olimpo cortesano; las

damas apuraron el refinamiento de la moda en vestidos y tocados, y los hombres acudían en *negligé* de estudio bosquejado por los maestros sastres, pretendiendo que de la elegancia lucida entre gardenias, claveles, y albahacas, surgiese el Idilio griego con acompañamiento de ninfas y pastores, y lo que resultó fué una *soirée dansant* de buen tono... al aire libre, con igual esplendor y magnificencia que las que se usan en las fiestas nocturnas de los palacios: un Idilio de trufas, de champagne frappé y de gasas multicolores.

¿Dónde está pues el Idilio literario? ¿Está en los campos sembrados de trigo ó en las colinas pobladas de viñas; en los valles donde pastan los rebaños, en los arroyos cristalinos, en las selvas, en los cármenes, en las frondas y en las umbrías, ó en los abrojos entre jaras, encinas y robledales? No; ese Idilio es el de los almendrucos, el de los aldeanos torpes y sucios. No es ese el Idilio fino, verde y dulce como la yerba de los prados hermosos. Y si no está en los campos solitarios, ¿dónde podrá el hombre encontrarle?

Pues seguramente en su imaginación, que es lo que el hombre ama más después de su propia imagen; la imaginación que reproduce la vista del campo y con ella el idillo; que en el aficionado al lujo inspira ideas sencillas, en el hombre honrado el sueño de la paz y la inocencia, en el amante de la soledad la belleza natural, ingenua y casta, y en todos el contraste que es necesario á la vida humana. Tan grande es la necesidad de cerrar los

ojos á lo que se ve, y prescindir de la realidad monotona de todos los días.

El idilio es la expresión más depurada de los sentimientos que acaricia nuestra mente.

Es su concepto de ternura, su inspiración melancólica hacia el ideal de la vida inmortal. Si los poetas han querido desarrollar en el campo estos sentimientos delicados, es sin duda porque entre los afectos honrados del alma y los sitios agradables y bellos de contemplar, hay cierta conformidad y compenetración de atmósferas que gusta mucho á los discípulos de las musas.

El idilio ha nacido de esta conformidad instintiva de lugares amenos y de sentimientos puros, no del estudio académico, ni de la descripción de la vida de los campos, rara vez confortable. El Idilio es imagen iluminada de lo que soñamos, no de lo que vemos, y con esto diz que tiene lo bastante para mostrarse digno de la verdad humana, de esa verdad que necesita el poema de los campos para mover delicadamente las fibras del corazón.

El Idilio ha tenido siempre por base el amor, que es de todos nuestros sentimientos el más querido, porque es el único sentimiento (repárese que no digo instinto) que puede recobrar su pureza primitiva con un solo acto de voluntad, del mismo modo que puede perderla. Es á la vez la más inocente y la más corruptible de las pasiones del alma; la que tiene fuerzas suficientes para librarse de los contagios del vicio, y susceptibilidad probada para la inoculación de todas las enfermedades.

No hay en la tierra alma viciosa, á la cual el amor no pueda dar por breves momentos el *simulacro* de un candor inesperado, ni existe alma honrada que no pueda pervertirse por abuso de sensibilidad. El amor anda unas veces camino del Edén, otras corre camino del infierno. Tiene algo de ángel y demonio; mejor dicho, tiene el espíritu complejo del hombre, que es rey absoluto de la tierra, y gobierna con los principios que él ha convertido en leyes.

Precisamente esa facilidad para las emociones buenas y malas, esa sustitución de vicios y virtudes, es lo que hace del amor natural el sentimiento más dramático y romancesco, y el encanto más delicioso del Idilio imaginativo.

En ciertos períodos históricos, la literatura dramática y la poesía pastoril han representado y cantado con deleite las escenas del amor libertino y del amor apasionado, mas pronto el idilio decente ha recordado el amor ingénuo que es el sueño de la juventud, el remordimiento de la vejez, el castigo eterno de las generaciones degradadas que abusaron de los instintos de la animalidad primitiva. Junto á la fría inocencia, el vicio refinado; el campo al lado del tocador.

Así fué el idilio naturalista del siglo XVIII. Así viene á ser el de nuestros días; como aquél simbólico, excitante y provocador de curiosidades, no siempre lícitas, y de amores paganos al estilo griego, con coronas de mirtos y de pámpanos.

Mientras la historia se recrea con el furor y las

monstruosidades de las pasiones humanas, y la sangre corre á torrentes en las guerras civiles ó bajo el hacha del verdugo, la poesía bucólica canta los atractivos de la paz, la inocencia de los campos, y de las ubres ópimas, sale la leche, que, mezclada con la miel hiblea, corre abundante en los arroyos del idilio. El modelo de este pequeño poema está en el alma y en la imaginación, donde existe la necesidad de encontrar en alguna parte la inocencia y la sencillez prehistóricas, siendo de tal modo natural al hombre esta inclinación psicológica, que no hay alma por pervertida que esté, que no palpite al calor de los sentimientos nobles.

Por más que vivamos en un mundo frívolo, casi libertino, por más que haya quien no crea en el amor y se ría cuando se habla del honor de las mujeres y de la virtud de las doncellas, el rayo del amor divino brota al fin del idilio, y un eco del alma, una voz interna que parte del rincón más oculto del pensamiento, nos manda rendirnos al poder de una mirada casta de la virgen de nuestros ensueños, y nos rendimos, sintiendo haber sido incrédulos y crueles, más por vanidad que por convencimiento.

Nadie es refractario al idilio, ni los viciosos de la buena sociedad, ni los malvados de las cárceles, ni las cortesanas á despecho de su venalidad, ni los estragados en el mundo de los placeres. Todos tienen una vena oculta de amor sincero que, cuando menos se piensa, suelta viva y radiante tesoros de sentimiento, lágrimas de pudor y rubores de

castidad. No hay salón perfumado de esencias, ni tabuco apestado de aguardiente, ni tocador mercenario, donde el idilio campestre, bajo el poder del amor ingénuo, no penetre de improviso y se haga dueño de los corazones. Yo sé que esto dura poco, que es como una luz fugitiva que alumbra la oscuridad, como un rayo pasajero que penetra en la caverna y la ilumina. ¡Qué importa! Siempre se habrá logrado que el libertino y la cortesana amando *de veras* un día, unas horas, se hayan librado de las mordeduras venenosas del hastío y recobrado, si no el candor, la emoción de sus años juveniles.

Aunque no fuera más que un instante, habría que ensalzar al idilio que tales efectos causa, porque sería un instante de gracia y salvación. Instante supremo en que la entretenida se vuelve modesta, reservada y decente, mujer en fin, como recuerda haberlo sido cuando niña, cuando tenía madre y familia y hogar, todos esos tesoros que abandonó blasfemando de ellos, pero cuya imagen viene ahora de repente á clavarse en su alma para purificarla.

El idilio literario tiene en la época presente, intérpretes mejores que lo fueron los muy aplaudidos de nuestro siglo de oro. Bajando por ejemplo del real de Manzanares, por ambas orillas del río *caudaloso*, los poetas de nuestros días han visto *serranillas* pulcras y hermosas á las que han dedicado madrigales de corte virgiliano. Han topado caminando rio abajo por la Pradera del Corregidor, con

la picante costurera de las casas de confección que va los domingos á bailar con *sus* novios, y que amando las flores, no tiene más que las que cultiva en su ventana. También han dedicado á esta Venus traviesa de las aceras de Madrid, cantares delicados, y al llegar á la chula, que forma rancho



más abajo, por cerca de los desmontes de San Isidro, el trovador del idilio nacional de circunstancias, se vuelve á Madrid por la puente segoviana, y en lugar de una *serranilla* semejante á las que cantó el Marqués de Santillana con aplauso de su siglo, escribe una sátira que levanta roncha, trunca el molde del idilio, y protesta de la aberración que ha refundido á la gallarda manola, en la chula procaz.

El idilio con pañolón de Manila, vociferando dicharachos, bebiendo copas en las ventas, y reman-

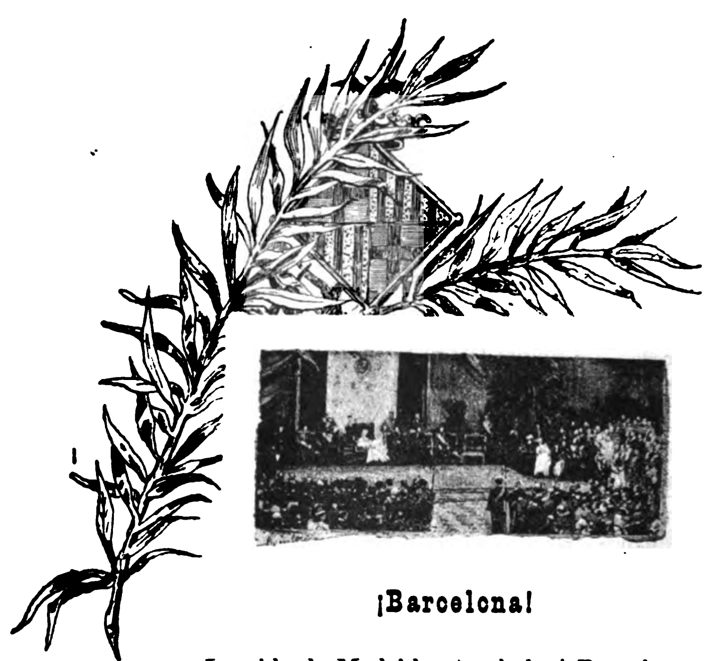
gando el vestido para enseñar pies bien calzados hartos de zapatear y mover el polvo en los portales de las casas de vecindad, en el arroyo, y en los merenderos, ese idilio protuberante de obscenidades y licencias no es de este siglo ni lo será de los futuros.

El plácido Tormes tuvo á Meléndez Valdés que cantó deleitosamente la gloria del Zurguen y sus zagalas.

El sediento Manzanares con vihuelas y bandurrias, con *rediles* de puntapié llenos de frasquetes donde el vino mana de pellejos conturbados por la pez y hasta por el alquitrán; ese río de los epigramas literarios, y esas mujeres manducables de rompe y rasga, que gipean, sólo pueden tener un cantor propio, indígena, amaestrado á golpes de vara en los ventorrillos: á Perico el ciego.

Y Perico el ciego, nunca supo hacer idilios.





## ¡Barcelona!

La vida de Madrid se traslada á Barcelona.

La Exposición constituye una novedad poderosa, una atracción de grado máximo, y esto unido al viaje de S. M. la Reina, ha reducido en grandes proporciones la población de Madrid, para aumentar la de Barcelona.

Realmente la gran ciudad de los Berengueres, es digna del primer lugar entre todas las de España por su riqueza, extensión, comercio, industria y cultura. Realmente en esta época de su notable

Exposición, parece Barcelona, como dice muy bien el ingenioso y popular escritor Fernández Bremón, la «capital de España», pues todo lo que es necesario al prestigio y á la importancia, todos los elementos de superioridad, de prioridad, y de esplendor parecen haberse dado allí cita. Representaciones y productos de todos los países; escuadras de todas las naciones; representantes de la prensa; hombres políticos, y por último, la Corte. Todo está allí reunido; todo vive durante estos días en Barcelona, dándola sin duda alguna aspecto y consideración de capital de España.

Yo he caído también en la tentación de ir á esa hermosa ciudad, pero no caeré en la de intentar aquí hacer crónica, ni rápida reseña siquiera de la Exposición. Cuando este libro se publique el certamen estará ya cerrado, descrito hasta la saciedad y olvidado de puro sabido por la mitad de los vecinos de Madrid que han ido á visitarlo.

Cumplo, pues, solo con mi deber de consignar en estas páginas un recuerdo á la ciudad trabajadora por excelencia, y basta y sobra para lo que á mí me es dado hacer.

Magnífico y sorprendente es el gran cuadro que presenta la fértil y risueña campiña de Barcelona. Multitud de casas de campo del mejor gusto, poblaciones considerables, terreno esmeradamente cultivado, fábricas de vapor, todo hace agradable el ingreso en la ciudad, en la antigua reina de Cataluña, que, opulenta, bella y majestuosa, se presenta á los ojos del viajero bañada por las pacíficas

olas del Mediterráneo, y protegida por el formidable *Monjuich*.

Aún conservaba el oido el rumor de las melancólicas plegarias que los aragoneses elevaron al cielo para que concediera á los Reyes un viaje feliz, cuando escuchamos las entusiastas aclamaciones de los barceloneses, y la acción de gracias que dirigian los catalanes á la Virgen de Monserrat, porque les permitía ver llegar á sus playas á la augusta Reina María Cristina. El bronco estampido del cañón estremecia el continente de la Monarquia con su atronadora voz; las Islas Baleares, preciosos ramilletes de flores que conservan su primitiva lozanía por estar eternamente sumergidas en el agua, enviaban á Barcelona su cariñosa felicitación fraternal en las transparentes olas; el movimiento de las fábricas, la animación de los talleres, el bullicio de las tiendas, la agitación de los mercados, todo había enmudecido desde que Monjuich, centinela avanzado, había gritado anunciando á la Reina; millares de personas llenaron las calles, las plazas, los balcones, las terrazas, los tablados y las tribunas de la carrera; el Besós y el Llobregat entraban turbulentamente en el Mediterráneo como si quisieran presenciar el gran suceso que dejaba desiertas sus floridas riberas, abandonados sus fértiles campos, y solitarias sus alegres torres; las altas y oscuras chimeneas de las fábricas que forman en los alrededores de la ciudad un bosque de palmeras negras, y algo así como alfabeto tangible de inmensas mayúsculas en el que se lee «aquí se trabaja»,

no arrojaban bocanadas de humo; callaban los telares, dormían las máquinas y toda la vida de aquella comarca industrial y laboriosa se había concentrado en el corazón de la ciudad para saludar con una sola voz á la Reina, y ceñir á sus sienes con una sola voluntad y un solo esfuerzo coronas de mirto y de laurel.

Algo así ha sido la entrada de la Reina Regente en Barcelona al ir á inaugurar la Exposición, y digo algo así, porque es de todo punto imposible que los detalles de aquel gran lienzo puedan resaltar en la miniatura de estas cuartillas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Después... después aún es más inútil el intentar siquiera descripciones. La inauguración solemne de la grandiosa exposición; la perspectiva sorprendente del nuevo parque en que está instalada, recinto perfumado, jardín encantado cuyos límites no se encuentran, porque con la reciente demolición de los cuarteles se escapan hasta el mar; la variedad de instalaciones; la repetición de fiestas, todo eso constituye un conjunto tal de maravillas y de sorpresas, que en la imaginación fatigada por tan repetido esfuerzo de visualidad, sólo queda una imagen confusa, nombres y fechas en blanco, rayas informes del album del artista, que sólo en sus manos pueden producir grandes creaciones, y sólo á su vista representan los magníficos panoramas que quiso reproducir con ellas.

Si durante mi breve estancia en Barcelona, cuando al llegar la noche en vez de acostarme y cerrar

los ojos para seguir contemplando las luces, los objetos, los pabellones, los palacios, el campo de fuego y la atmósfera azulada en que habían resplandecido tantas hermosuras y brillado tantos adornos, hubiera cogido la pluma para apuntar las impresiones del día, la tarea hubiese sido muy sencilla. Pero no lo hice así; todas aquellas magnificencias, todas aquellas fiestas me parecieron cortas, quise aumentar su duración soñando con ellas, y ahora... cualquiera pone en orden ideas é impresiones.



Todo gira en confuso torbellino; la poética Rambla de las flores, el vistoso é incomparable panorama de las escuadras ancladas en el puerto; el estampido de los cuatro mil cañonazos disparados diariamente; el Liceo, el salón Arnús, la silueta del gran Hotel In-

ternacional que parece que ha brotado de las entrañas de la tierra al contacto de una varita mágica, tan rápida ha sido su construcción; la Universidad literaria, el Casino Mercantil, el Palacio de la Industria, el de Bellas Artes, el arco de triunfo, el Restaurant de Miramar, el Invernáculo, la galería de máquinas, el puente de honor, la escalera central, la fiesta marítima, la retreta militar, la expedición á Monserrat; todo se amontona y se oscurece en la mente en términos tales que no deja lugar á distinguir.

Lo que sí queda claro y perceptible es el recuerdo agradabilísimo del honrado pueblo catalán, de las elevadas cualidades que le distinguen, que con ocasión de su notabilísimo Certamen juzgo que habrán apreciado de una vez, á fondo, todas las gentes que de él tenían idea poco satisfactoria, y habían incurrido en grandes errores de apreciación. Barcelona es un pueblo altivo y generoso, de exquisita sensibilidad y apasionados arranques. Simpatizó con el joven Monarca de esta querida tierra española, cuando le vió casi niño empuñar el cetro de los Alfonsos y los Jaimes, para ennoblecerlo con su valor y su talento, y desde entonces fué el Rey digno de los catalanes que vencieron en Oriente al grito de *desperta ferro*. Fué la esperanza de la Industria y el orgullo de las Artes; la invocación de un pueblo trabajador y sobrio que fía á la virtud y á la constancia todos sus éxitos. Por eso ha acogido á la viuda y á los hijos del amado Rey de un modo tan cariñoso y unánime,

tan expansivo y apasionado, como no hay ejemplo en la historia y probablemente no lo habrá en la plenitud de los siglos.

Porque hay que recordar que ese pueblo que se ha enloquecido ante la madre, de amor, y aclamó á la Reina viuda en hermoso tumulto, llorando y victoreando á la vez, es el mismo pueblo que tuvo aliento para mostrarse ofendido por una falta de cortesía de los palaciegos de Felipe II, cuando este rey visitó á la ciudad Condal por primera vez.

En aquella ocasión no hubo barricadas, ni fuego de mosquetería, pero el pueblo se encerró en sus casas dejando á la ciudad á oscuras, por cuanto á voz de pregón fueron apagadas las luminarias. El poderoso Monarca se hizo cargo de los motivos y dispuso enmendar el yerro. Entonces el pueblo barcelonés, satisfecho de su orgullo, obsequió al soberano con flámulas y gallardetes, salvas de artillería, bailes y vivas, que allí no es poco conseguir.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ignoro qué porvenir estará reservado á Barcelona. Como pueblo animoso y emprendedor, necesita de la protección para asegurar los capitales que invierte en realizar adelantos. ¿Hasta dónde se aprecian esos sacrificios en el interior de la Península? Éste podría ser el problema de la envidia resuelto por la pereza, si los Gobiernos no protegen á ese hermoso pueblo que trabaja con fe por la gloria de España. Si tal sucediera, mereceríamos morir de vergüenza en la soledad de un eterno abandono, en los horrores inconfesables de la vagancia,

sin iniciativa y sin pan, como viven muriendo las bugardas de salvajes en las estepas abrasadas por el sol, ó explotadas á falta de hombres por las fieras, que son los verdaderos industriales de esos países en que no hay gobierno, ni poder, ni instinto de conservación, ni el espíritu divino del trabajo que purifica el alma humana.

Pero no, semejante catástrofe no sucederá. Barcelona tiene en sí misma condiciones vitales que la permiten distinguirse. Es una ciudad de Europa más bien que de España, y vivirá grande y rica mientras la actividad varonil de los antiguos pueblos guerreros, no deje que se pierda en el ocio su espíritu emprendedor, osado é incontrastable.

Vivirá Barcelona con su área maravillosa que recuerda la de Babilonia, con sus boulevares más amplios que los de París, con sus palacios de mármol por casas, con sus fábricas sorprendentes, con ese enjambre de chimeneas de ladrillo que parecen taladrar las nubes, con el humo denso del carbón que es aliento saludable de sus pulmones, con el bullicio animado de las calles, con la movilidad incesante del puerto, con sus noches de Levante tibias y amorosas en que la luna compite con la luz eléctrica y la eclipsa, con los casinos lujosos y los teatros de primer orden; con las flores primaverales de la Rambla, siempre convertida en jardín, y con esas maravillas ciclópeas, inverosímiles, de la Exposición Universal, en que las artes, el buen gusto, la riqueza y el amor á la patria han realizado los mayores prodigios.

Si en el reloj de los tiempos sonase una hora fatal para Barcelona, éste pueblo noble, lleno de ideales, antes de morir de miseria arrastrando por las calles harapos de su grandeza, no lo dudéis, pediría al mar que baña sus pies y deleita su vista, una ola inmensa, colosal, que, cubriendo sus portentos, la sepultase en el fondo desconocido del Mediterráneo como fué sepultada la Atlántida.



## Las horchaterías.

Con las áuras de Mayo, este año alborotadas y remojadas, han venido las horchaterías de origen valenciano.

En casi todos los portales ó tiendas donde hubo esteras de cordelillo ó de pleita durante el invierno, hay ahora garrapiñeras de horchata de chufas, que se sirve helada, con barquillos, en mesitas de pino pintadas de almagra, ó en veladores de mármol, y por mano de unas guapas chicas con delantal blan-

co, frescas, sonrosadas y amables, valencianas ó no, que se despepitan por dar gusto á los parroquianos.

Estas horchateras aseadas y serviciales, sin el genial desparpajo de las castañeras ambulantes, ni de las freseras de los portales de Santa Cruz, son la nota saliente y peligrosa de las chuferías de refresco barato, donde el tubérculo virginal, reducido á polvo, se bebe á pasto por los aficionados entre los cuales tengo el honor de contarme.



En lo antiguo se hacían chufas y se echaban chufas, lo cual equivalía á burlarse, escarnecer y mofarse, y á echar plantas y bravatas.

Los valencianos, dados al cultivo del arroz y de los tomates, hallaron la tuberosidad á manera de nudo del tamaño de un garbanzo pequeño, de figura aovada, que se cría en la raíz de una especie de juncia, rojizo por fuera, blanco por dentro y de sabor dulce. Al verlo tan gallardo y apetitoso como el torrado y el cacahuet, se lo comieron crudo, mas después lo pensaron mejor y fabricaron la hor-

chata, que es supremo deleites de moros y cristianos, asi de los que viven en la huerta apilados como las naranjas, como de los que habitan en los pueblos; asi de las beldades tostadas por el sol de Levante, como de las que se vuelven amarillas y bermejas comiendo al raso pimientos crudos y sandías por madurar.

Descubierta y apreciada la chufa en todo su valor, se inventó la chufería, primero instalada en bodegones de puntapié, más tarde en salas apócrifas con cortinas de cotón, espejos dorados y cuadros de las Cruzadas, representando á Matilde y á Malek-Adel.

Hoy se ha hecho de las horchaterías una especie de botillerias arcáicas, tan primitivas é incómodas, como lo fué la de Pombo en tiempos de Costillares y de las manolas de rompe y rasga.

Es decir, que tienen actualmente estos *bebederos* de agua de chufas, un poco de café y otro poco de taberna decente. En ellas se bebe mucho y nadie se emborracha; se hace corro en torno de un velador desmantelado, y se fuman tagarninas del estanco.

Por unos cuantos céntimos sin propina, á menos que el parroquiano se enternezca contemplando los ojos árabes de la horchatera, realiza un ciudadano achicharrado de Madrid el prodigio de apiparse de agua de *chiflis*, á la luz rutilante del petróleo, y... con moscas.

Pero para estas últimas hay unos mosqueros de papel de estraza, que usan las horchateras con

mucha gracia, y con ellos azotan á veces el rostro de los parroquianos que se hacen los remolones por no dar propina.

Este año he observado con pena, porque á mí, aunque parezca pesado en esta eterna lamentación española, me duele mucho cada costumbre que se abandona y cada tradición que va á envolverse en las espesas brumas del Támesis y del Sena; este año, repito, he visto que las horchaterías valencianas están cayendo en desuso, que las mesas están vacías, que la horchata se deshiela en las garrapiñeras por falta de consumo, que las horchateras dedican todo el tiempo á hacer labor ó á leer novelas, que no entra nadie, en una palabra, en esos establecimientos, porque las tiendas de los refrescos ingleses están de moda y dan al traste con todos esos sitios ambulantes ó fijos de bebidas.

En cambio he leído con placer, que en dos ó tres casas aristocráticas se ha obsequiado estas noches á los tertulianos, no con helados de Viena ni quesitos de Lhardy, sino con abultados vasos de fresca y limpia horchata de chufas. Esas señoras, españolas de raza, merecen un voto de gracias, pues ya era tiempo de que la horchata saliera de las calles para subir á los salones elegantes, y sobre todo ahora, en que como digo, los madrileños van olvidando el camino de esas tiendecillas, que hasta hace poco eran estación favorita de parada en las correrías hechas por las calles abrasadas de Madrid, á las horas de sol.

No creo, sin embargo, que la tradición de las horchaterías caiga por completo en desuso, siquiera porque durante los rigores caniculares, cuando caminamos por la corte con el sombrero en la mano y el chaleco desabrochado; cuando los adoquines despiden chispas, y no se encuentra al paso alma viviente, y las tiendas todas de las calles, con las puertas cerradas y las cortinas echadas, ofrecen un aspecto triste y monotono, rompe un punto esa monotonía y alegra los ojos, y resulta muy agradable de ver, la silueta de la linda muchacha valenciana que se asoma un instante á la puerta de la horchatería para cambiar el agua en que se remojan las chufas, y vuelve á esconderse en seguida haciendo sonar con estrépito las almidonadas enaguas, y dejando en el trocito de aire que ha removido con su cuerpo, un ambiente menos tibio, y embalsamado con el perfume de las flores que lleva en la cabeza.

---

## La vida moderna.

### LOS CARRUAJES

Ha llegado por fin la mejor época para lucirlos, y la vida moderna no descuida hacerlo con la mayor ostentación posible.

Durante los fríos del invierno, la *misse en scène* del paseo de coches del Retiro y de la Castellana, ha tenido pocos atractivos, y se ha resentido cons-

tantemente de la monotonía de las berlinas y los *landeaux* cerrados, excepción hecha de algunos atrevimientos *descubiertos*, que han paseado á la intemperie sus catarros crónicos envueltos en pieles ó en mantas inglesas del mayor coste, prefiriendo estas componendas, en definitiva estériles para los fines del abrigo, á la solución práctica y natural del problema, que se reduce á no exhibirse en coche descubierto. Esto, unido á que muchas y repetidas tardes, no ha podido siquiera salirse á paseo por lo desapacible del tiempo, ha mantenido encerrados en las cocheras á casi todos los carruajes de lujo de Madrid.

Ahora ha llegado el momento anhelado de tomar la revancha, y ¡vaya si la cosa se hace en regla!

Ya casi no sale un carruaje cerrado. Se dice entre los elegantes, que *van en berlina* (en el mal sentido de la palabra), aquellos que emplean ese vehículo, y naturalmente por no exponerse á la murmuración, apenas si se ve algunas de éstas en el pintoresco rebullicio verde, encarnado, azul y amarillo de los carruajes que dan vueltas en apiñadas filas por los paseos antes citados.

De los talleres de construcción del extranjero, y de los que en Madrid les hacen brillante competencia, tales como los de Lamarca, Enrique Vázquez y Zacarías, han salido modelos de última novedad y de gran atracción, y se ha dado á los coches antiguos, ó á los simplemente usados, un recorrido general de pintura y barniz, que presta aspecto de nuevos á verdaderos cascajos.

Los carruajes que la vida moderna emplea como más necesarios y elegantes, ya que no como más cómodos, son los siguientes: *Bogue*, coche de dos ruedas, con capota, susceptible de enganchar á limonera y á tronco, con enganche en este último caso, muy parecido al que antiguamente se llamaba de *Violín*. Se diferencia este enganche del común, —y esto lo tiene muy en cuenta el buen tono



—en que se emplea en vez de *Sillín* estrecho, uno ancho, de la forma de las silletas que llevan las mulas de los carros, con un balancín de acero bruñido sobre dichas silletas. Los cejaderos han de ser precisamente de cadena bruñida, y la lanza, en su parte media, necesita llevar un juego de ocho ó nueve ballestas que coinciden con el balancín de los caballos. Sin todos estos requisitos, ¿creen ustedes posible siquiera trasladarse en coche de un punto á otro?

*Milord.* Carruaje de cuatro ruedas, exactamente igual al llamado *sociable*. Dos asientos, capota y

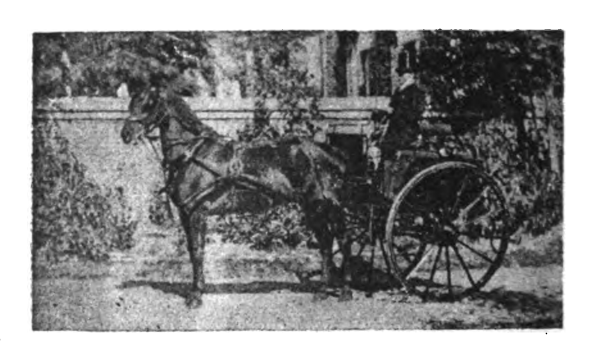
pescante. El modelo más *chic*, es el de corte redondo, salva-barros corrido, é inmensos faroles. Este es el coche favorito de las señoras elegantes, y de las señoras que podríamos llamar (ya que se trata de carruajes...) de *Casa de Lázaro*. Realmente el busto luce más en el *milord* que en el *landeaux*, que tiene aspecto de bañera, y en el que á no cuidar de poner almohadones de mano, sobre



los naturales del carruaje, apenas si se ven de una señora más que los hombros y la cabeza. En cambio en el milord todo se ve y todo se admira, desde la punta del pie á la pluma del sombrero. Si hace frío, el milord da pretexto para enseñar las mantas de paño con escudo de plata, ó los cobertores de piel, y si el calor aprieta, la perspectiva de la falda caprichosa y tentadoramente plegada, que apenas cubre los tobillos, y deja ver el zapato y la media, y... adivinar lo que no se ve, no puede ser de más éxito, y merece inequívocas muestras de

aprobación. Tanto es así, que los hombres saludan mirando siempre *abajo*, y la cosa después de todo no deja de ser correcta, porque así parece que aun sin hablar dicen: estoy á los pies de usted, aunque en este momento la traducción natural de esa actitud, sería decir: estoy á lo que importa.

*Duque*. Es igual al anterior, salvo tener cuatro



asientos y un cubre-pies, que á voluntad tapa los asientos del vidrio, y más longitud de caja.

*Estech*. Carruaje para cuatro caballos, de forma semejante á una silla de postas. La caja es la de una berlina de cuatro asientos. El pescante es muy alto, y en él se colocan los dueños para no desmentir su posición elevada, y para mirar por encima del hombro, y de la cabeza, y... del sombrero á todos los transeuntes. Tiene además tres banquetas sobre el tejadillo trasero. El cochero y el lacayo van en el interior, cómodamente tumbados, y riéndose de los señores que les llevan á paseo tan

agradablemente. Este es un coche de última, superior al *Mail-Coach*, y se emplea para días de campo y de carreras, y para todos aquellos en que se quiere llamar la atención.

Aparte de estos carruajes, se usan también los landeaux, las carretelas á *media Dumont*, los faetones, las *charretes* y *alguna* vez la berlina, siempre que sea de corte redondo y con acústico de goma



para llamar al cochero, pues el corte cuadrado y el llamador de cordón, sólo se ven ya en las paradas de carruajes de alquiler.

Con todos estos vehículos queda presentable una cochera al uso de la vida moderna, se entiende con el aditamento de un coche de domar, para que los cocheros, —aunque no tengan ocasión de desbravar ningún potro, — aparenten hacerlo, saliendo por las mañanas á pasear los caballos por la Castellana, á la vera de los domadores de Veragua, Alcañices, Laguna, Portugalete, Labordete, Santa

Marta, Mompo y Valmediano, que no faltan un solo día á ese paseo, donde hacen público alarde de su inteligencia, y ostentación de los adelantos que obtienen de sus *discípulos*.

Los caballos para estar en armonía con las exigencias de la moda, han de ser precisamente ingleses, alemanes y rusos, pudiendo figurar también para ciertos y determinados usos los Poney y Roster. La vida moderna demostrando en esto pésimo gusto, casi ha desterrado el ganado español, el más noble, airoso y elegante que se conoce. Y digo casi, porque afortunadamente hay todavía algunas casas que se complacen en tener en sus cuadras caballos españoles, con preferencia á los extranjeros. Hacen muy bien. Los caballos jerezanos de Zapata y Guerrero; los de Aranjuez, del Conde de Guaqui; los hondos y encapotados de Alcañices, ganadería en cuyo origen hay el dato curioso de haberse formado, entre otros caballos, con uno regalado por el Virey de Egipto al Emperador Napoleón III; los veragueños del Duque de ese título; los Miuras, Parlades y Perales, son animales hermosísimos de raza castiza, de gracia refinada en sus movimientos, de *aires*, como se dice en términos técnicos, asombrosos, y de una inteligencia superior á todo elogio. Esto, á parte de que si al comprar un tron-



co lo que se pretende es gastar mucho dinero, y poder llenarse la boca delante de los amigos al decir el coste aunque el bolsillo se quede exhausto, no hay necesidad de acudir á las cuadras del extranjero, pues en estas españolas ya los hay de más de 2.000 duros, y si no que le pregunten al simpático tratante Enrique Arias, que es en Madrid el representante ó agente favorito de los ganaderos andaluces.

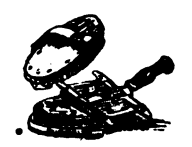
En los guadarneses de las caballerizas modernas, tiene que haber forzosamente verdaderos montones de arreos para poder elegir y desechar con facilidad, alguna guarnición jerezana que sólo se conserva en ellos como recuerdo de nuestros pasados *instintos* españoles; guarniciones de tronco á la inglesa para el enganche de las berlinas, milords, duques, etc., compuestas de collarón, sillín, caidas, manoplillos de hebilla, gamarras, tirantes, bridón, frontaleras, cucardas de metal, de seda ó de flores, muserola recta ó de adorno, engallador y cejaderos de cuero ó de cadena; guarniciones de limonera compuestas de las mismas piezas, más el porta-varas; guarniciones para el enganche del *stech*, casi iguales á las de tronco á la inglesa, con la sola diferencia de que las *guías* van unidas á los collerones con una cadena, y que el sitio en que se ponen los tirantes se llama volea y puede ser á la inglesa (estas diferencias son *esencialísimas)* en cuyo caso consta de dos balancines pequeños y uno grande, ó á la francesa, con lo que la volea solo consta de un palo torneado con cuatro rebajos

para los tirantes, y cuatro francaletes que abrochan en un botón de hierro; guarniciones... qué se yo, de todas las clases y formas y representando todas una fortuna.

Por último, el reglamento *chic* de las caballerizas de lujo, verdaderamente finas, aristocráticas y montadas al nivel de lo que la vida moderna exije á los que tienen carruajes, dispone que se coloquen en las plazas de los caballos *camas* de esteras que lleven los colores de la casa; que los zócalos de la cuadra estén pintados de un solo color, de cualquiera de los que hay en las esteras; que en el centro de la caballeriza, sobre las losas del piso, se pongan las armas de la casa, también en colores, para lo cual se calcan diariamente con arenilla teñida de limpiar bocados; que adosados á la pared haya unos cajones de madera en forma de leñera para guardar de día las mantas de noche, y de noche las blasonadas de día; que las cabezadas sean de ante blanco y hebilla dorada, los piquetes del mismo metal ó de acero bruñido; que como adorno de los muros se cuelguen en ellos las herradas ó cubos en que bebe el ganado, y las regaderas con que se limpian los coches, unas y otros perfectamente pintados y con las iniciales ó escudo de la casa;



que los caballos tengan vendas y capuchas, y... nada más, porque realmente pedir más fuera gollería.



---

## Las avispas.

Aunque parecen hermanas de las abejas, no lo son, puesto que forman, con los gorriones piratas, una sociedad de socorros mútuos para robarlas la miel y la cera, y en definitiva, para matarlas.

Una avispa desalmada, picó en la mano á Virgilio, cuando el perínclito poeta estaba describiendo el modo cómo las *antófilas* (amigas de las flores) recorren volando nuestros bosques, jardines y praderas, y extraen el polen de las perfumadas corolas y con él fabrican la miel hiblea del monte Hymeto, la de los abejares de Atenas. Otra avispa picó en las narices á la abadesa del convento de las Huelgas, cierto día en que la buena madre explicaba á las monjas el prodigio de San Ambrosio[1], sobre cuyos labios diz que se posaban las abejas mientras dormía en la

cuna, para hacer que sus palabras fueran más dulces. Otra picó á Napoleón en la barba, porque tenía abejas de oro en sus muebles, y lo mismo sucedió al Papa Urbano VII, por no excusarse de enaltecer la utilidad de las *antófilas*.

De todo lo cual resulta, que lo mismo las avispas ordinarias de color amarillo con fajas negras y aguijón venenoso, que las de clase distinguida como el avispón y la avispa bermeja, son enemigas juradas de las sencillas abejas, cuyos enjambres entran á saco, y las persiguen con furor, y cuyas larvas no permiten que lleguen á crisálidas.

Cuando la avispa bandolera ha recogido su botín de miel, se va en busca del macho, vuela con él en paseo amatorio á las regiones del éter, y allí es fecundada próvidamente para uno ó dos años, con la rara circunstancia de que la avispa macho, el varón, cual si dijéramos, muere al regresar de su viaje aéreo, sin duda porque la hembra, en sus deliquios conyugales, paga con un rejonazo limpio las caricias del galán.

Ustedes dirán: ¿Y á qué viene esta excursión por los colmenares de los cyclades de Aristeo, de los de Palencia y la Alcarria, que pasan por tener, sobre todo los últimos, la miel más dulce que se conoce en las cinco partes del mundo? Pues esto viene á propósito de unas hermosas avispas de tiros largos, que no se parecen á sus homónimas más que en la esbeltez, la flexibilidad, la movilidad y la dulzura melosa, y de las cuales avispas tengo que decir cuatro palabras, en vindicación

de las pobrecitas, pues no es justo que por haberlas comparado á las *avispas* bermejas un cronista de buen tono, se crea que son como ellas envidiosas, desalmadas, espadachines, piratas, enemigas del género humano, quiero decir, de sus congéneres las vírgenes belicosas sin casar, que no dejan de pedir y picar hasta que el cura de la parroquia bendice el éter, donde, como las avispas legítimas, pueden colocar el tálamo cerca de los dioses paganos.

Estas avispas civilizadas y humanas, aunque con aguijón perforante, son de estructura gallarda, muy ceñidas al ovillo; garbosas cuando mueven los remos; flexibles cuando sacuden las alas y vuelan arremolinadas en derredor de la esfinge; dulces si no pican; melífluas y cariñosas siempre, aunque su miel no sea tan fina como la de las abejas de Atenas; vehementes por las gotas de sangre de la culebra paradisíaca que llevan en las venas; medrosas, irritables, fulminantes, llorosas y juguetonas, por el fósforo que se desprende de su cuerpo, de la misma calidad que el que alumbra el lomo de las gatas de Madrid. Estas mosquitas muertas del candor infantil, estas pollas graciosas, verdaderas crisálidas de la raza blanca, están dispuestas desde niñas á la multiplicación del Evangelio, en compañía de un doncel animoso que las provea de cintas y de trapos y las deje vivir en el medio ambiente—como ahora se dice—del mundo elegante, de los placeres selectos; estas gatitas de cola arrufada y uñas de acero, que lloran y suspiran la ba-

lada del rey de Thule, no dejan de ofrecer materia escogida para un estudio moral, psicológico, que yo entrego desde luego á otras inteligencias para que lo completen. A mí no me place ahondar más estas investigaciones idiosincráticas del avispero.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La escena que voy á describir tiene lugar en una pradera esmaltada de trébol y margaritas. Acaba de celebrarse en el oratorio la boda de la



hija mayor de la casa, y sus hermanas, y las amigas del colegio, y las que van de bureo, y las que asisten para ver cómo se hacen esas cosas, todas con el botón de azahar, simbólico de la desposada, en el pecho, saltan, juegan á los aros, al columpio, á la comba, al volante, y triscan en arrebatado

remolino, como un verdadero enjambre de señoritas de la clase de avispas. Lucen todas finos talles de bisturí, cuerpos inverecundos á medio desarrollar, bustos imperfectos de pollas núbiles, y eso que en el grupo hay hadas refulgentes de 18 abriles, impregnadas ya del aura amorosa de los cármenes celestiales. En este momento juegan y no sueñan. El fuego de los ojos no incendia el bosque ni la atmósfera, porque en su gasa transparente no se columbra ningún doncel en actitud pensativa. El ideal codiciado no está allí, y las Driadas de la floresta pueden entregarse sin reservas al placer de saltar desgreñadas, como saltan las cabras y las perdices, porque no hay nadie que pueda registrarles los tobillos, ni admirar las flexiones de su cuerpo cuando se entregan alocadas al baile de las bacantes. Entonces gritan, cantan y se ríen hasta desgañitarse, y acaban por caer desplomadas de fatiga sobre el lecho perfumado y blando del *gazon*.

En este instante llego yo á caballo á felicitar al dueño de la casa y me encanto de ver juntos en admirable desorden tantos ángeles fugados del Paraiso, un plantel tan escogido de señoras... futuras, tantos amores definitivos á punto de nacer, tantas crisálidas inocentes, tantos talles de avispa y tanto espiritu regocijado tocando el cielo del ideal con sus manos de marfil.

Aquellas niñas precoces no son ya madres respetadas porque no han sabido clavar á tiempo la flecha en el blanco sensible de los que las miran

con ternura. Han sido coquetas. En este momento son reinas constitucionales de la pradera, como lo son las mariposas y las abejas, como los gusanos de luz; mas para serlo del mundo, buscan y no



aciertan el modo de contonearse firmes y castas sobre el terreno misterioso que conduce á la dicha por la vía franca y hermosa del himeneo.

Admirando aquel bello idilio propio de la Arcadia feliz de los pastores, quise darme el papel de Nemoros y las dije:

—No se asusten ustedes, y siga la fiesta, que yo ofrezco reservar un cuadro ilustrado en el libro de algún amigo para que se vean ustedes de cuerpo entero.

Que sí, que no, que zahorí, que qué se me dá á mí, chillaron y vocearon en todos los tonos del diapasón, armando una zambra cual sólo se ve en las colmenas de avispas, el día que por casualidad se mete en ellas un abejorro.

El alboroto no cesaba, y ví con temor que las vírgenes de la pradera, con las uñas en ristre, empezaban á trazar por grupos compactos un movimiento envolvente contra mi humildísima persona, y estuve para pedir socorro, porque si llegan á asaltarme, de seguro que hubiese sido despedazado en trizas á picotazos y arañazos. Pero por fortuna mía, el dueño de aquella jaula de hermosísimas fieras llegó oportunamente y contuvo con un gesto á las ninfas beligerantes.

—Haya paz—las dijo.—Quedamos en que saldrán ustedes en grupo, sin designar á ninguna por su nombre. Estoy cierto de que la curiosidad y la propaganda han de traer los novios á centenares, para que puedan ustedes escoger á su gusto.

Y con esto nos retiramos tranquilamente á la casa, en el momento en que empezaba el jardín á iluminarse á la veneciana para un baile campestre, ellas... con ellas, porque no había en el hotel más hombres que el novio (ya marido), su padre, dos señores octogenarios, el cura, el jardinero y yo. Y ellas pasaban de treinta, en estado de merecer.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El cuadro que ofrecí á las avispas del parque de ***, no merece por su mérito los honores de la publicación, mas como lo ofrecido es deuda entre

caballeros y avispas, yo la cumplo del modo mejor que puedo con estos borrones. Y ustedes perdonarán las faltas.

Respetando ahora á Virgilio, declaro que no me gusta la miel que dan las abejas, pero me agrada menos la que producen las avispas bermejas, porque esta última amarga como la retama, dicho sea sin alusión y sin intento de molestar al delicioso coro de serafines de mi cuadro campestre, que ya no gira en torbellino alocado, sino que reza contrito en el templo, y aguarda recogido en casa, sin impaciencias deshonestas, la hora suprema en la vida de las doncellas, de la llegada del viajero soñado:

¡El novio!

## Mesa revuelta.

### LOS POBRES DE OFICIO

Es sábado y sin embargo no llueve.

Por la calle de Alcalá, acera de la derecha, sube haciendo eses una pareja de mendigos. El, lleva una gorra de nutria sin visera, una blusa llena de girones, un pantalón con media pernera, y además es tuerto, y por remate ¡lleva atada á la cintura una plancha de madera, cuyo empleo no se adivina. Ella, es un pingo liado en un vestido de lana que *ha podido* ser nuevo; no tiene zapatos y cubre la cabeza con un pañuelo de yerbas que, sin duda, fué amarillo.

Da el brazo al individuo de la blusa, de quien parece ser lazarillo. Señas particulares: bigotes muy pronunciados; una cicatriz en la mejilla izquierda. Por debajo de la blusa asoma el mástil de una guitarra rota. Los dos hablan andando.



—¡Tunante! Que nos vayamos á paseo.

—¡No me hables! Si no fuera porque tengo que hacer el ciego, ya le hubiera yo dicho al otro que no se ha quitado la gorra para echarnos á la acera.

—Vamos á aquella casa que no tiene tiendas.

La pareja se aproxima, y la mujer, mostrando á su asociado, que tiene cuidado de cerrar el ojo, dice al portero: «Buen señor, mi pobre marido está ciego, déjenos entrar en el patio y Dios se lo pagará»

—Gracias, buen señor, murmura á su vez el falso ciego haciendo coro.

Y en voz baja añade:

—Restrégate los ojos y llora.

Ella lo hace así y el portero los deja entrar.

En seguida el hombre vuelve la plancha que lleva sobre el pecho y el misterio se explica. Es un cuadro de historia y de familia á la vez. Abusos de rojo bermellón representan un gran incendio. Tintas grises aplastadas, quieren simular una roca.

Algunas manchas negras tienen el aire de representar un hombre. Debajo dice en letras mayúsculas:

*Compadeced la desgracia del pobre ciego, vítima de la catástrofe. Una limosna por Dios.*

Mientras su conjunto ha exhibido el museo portátil, la señora saca un pretexto de instrumento de cuerdas y se pone á rascarlo con furor. El ciego dice en voz baja:

—No se asoma nadie; vamos á ver si cantando...

Y entona una salmodia.

—Nada; ni un perro chico. Sáltese usted los ojos para ablandar á estas rocas. ¡Oh, el arte!

La mujer gimoteando.

—Señores... el pobrecito ciego. ¿Tienes hambre?

—Ya lo creo... con dos cuartos de ensalada para desayuno de dos personas...

—A este pobre que se quedó ciego de *nacimiento* en la catástrofe de...

—Calla, mujer, no te humilles. Guarda la guitarra, y al salir no saludes al portero.

—Como si tuviera yo necesidad de que tú me lo *arbirtieras*.

Al salir de la casa, entran en un establecimiento de coches de lujo, y les dan un perro grande.

—¿Lo ves? dice el ciego; las gentes que trabajan, son las únicas que tienen compasión de las *que no hacemos nada*.

***

## UNA BODA

Lugar de la acción, un lindísimo gabinete de la casa número 6 de la calle de Claudio Coello. Se trata de una boda elegante, de personas distinguidas; de una boda que se celebra en casa y que no va á la iglesia, para no alardear ostentaciones ni despertar curiosidades. En el gabinete hay un altar, en el que las manos de la desposada, y las de sus amigas íntimas, han formado artística peana de flores á la imagen de la Virgen de Lourdes, ocupando en esta gratísima tarea algunas horas del día. Al hacerse de noche, las luces del altar se encienden, y brilla y reluce el conjunto como un ascua de fuego. Un poco después da principio la ceremonia. La novia se presenta vestida de blanco y adornada únicamente con perlas y ramos de azahar. El novio, luce uniforme de Maestrante de Sevilla. El sacerdote que lee la epístola de San Pablo, es el respetable párroco de San Jerónimo. El cuadro resulta poético y conmovedor, sobre todo cuando, una vez terminada la ceremonia, un bullicioso grupo de lindas muchachas, que desde la puerta de la capilla en miniatura, la habían presenciado con religioso recogimiento, rodean á los recién casados, y la despojan de las flores de azahar, que, como es fama, constituyen para las solteras talismán el más poderoso para que sus plegarias á Santa Rita de Casia surtan pronto y buen resultado.

La alegría resplandece en todos los semblantes. Los invitados á la fiesta se esparcen por las habitaciones de la amplia y señorial morada, y los modernos esposos y sus respectivas familias, reciben por doquier calurosas felicitaciones. Más tarde, se congregan todos en torno de la brillante mesa en que se sirve un espléndido *lunch*, y al día siguiente, los novios se van á pasar la luna de miel, no al extranjero, sinò á una hermosa finca, *El Encín*, premiada en algún concurso de agricultura, y propiedad del padre de la desposada, el Excmo. señor D. Federico Luque de Velázquez, persona afable. cortés, y caballero pundonoroso.

Ya es hora de decir que la recién casada es Rita Luque, la graciosa actriz del Teatro Ventura: y el afortunado esposo D. Luis Alvarez de Estrada.



UN NUEVO CLUB

Está instalado ya é inaugurado, en la calle de Alcalá, casa del Sr. Benítez de Lugo. Tendrá un supremo matiz de distinción.

Todo el mobiliario, mantelerías, vajillas, cuadros, aparatos de alumbrado, etc., etc., se ha traído directamente de Inglaterra, y se ha pagado al contado para no tener que ocuparse ni preocuparse más de aquellos... ingleses.

Hay en el local un *restaurant*, bien servido, para

uso de los señores socios, y de algunos amigos de esos que no comen nunca en casa.

En el reglamento se consigna de una manera clara y terminante, la prohibición de jugar á nada que no pueda ser visto sin alarmas ni reparos, por el Juzgado de instrucción y la autoridad gubernativa.

Lo que hace falta es que esta cláusula se cumpla y que no se haya incluído en el Reglamento por el gusto de faltar á ella, porque esto de hacer en España todo lo que se prohibe, es enfermedad arraigada entre nosotros.

El verano pasado, cuando la autoridad tomó cartas en el asunto del juego del Casino de San Sebastián, es decir, cuando tomó y recogió las cartas que allí se empleaban, y se cerraron las salas, fuí yo una tarde á enseñar el edificio á unas señoras. Lo habíamos recorrido todo y al llegar á cierta galería de la nave de la izquierda, nos dijo el guía vacilando y á medias palabras:

—Aquí no se puede entrar.

—¿Por qué?

—Porque como han prohibido el juego...

—¡Ah!... vamos; están jugando.

—Sí... señor.

En el nuevo Club se ha limitado el número de socios fundadores, no por disposición expresa de la Junta Directiva, sino por consecuencia refleja de las elevadísimas cuotas que se han fijado: 1.000 pesetas de entrada y 25 duros al mes.

Puede, pues, esa asociación hacer *pendant* de título con el *Veloz-Club*, llamándose *Caro-Club*.

Los fundadores hasta ahora son: Alba, Fernán-Núñez, Tamames, Sierra-Bullones, Guadalmina, Santurce, Villagonzalo, Benalua, Crescente y Estrada.

El decorado del local es un colmo de sencillez y de elegancia.

Que dure muchos años.



EL DUQUE DE FRÍAS

A la una y cuarto de la madrugada del dia 20, ha fallecido el ilustre Gobernador civil de Madrid,



Excmo. Sr. D. José Bernardino Liborio Fernández de Velasco, dando así ocasión para llenar otra página dolorosa en la necrología interminable de 1888.

El Duque era persona por todos conceptos digna de aprecio y respeto: caballero á la antigua, activo y servicial, que en el desempeño de su último cargo público, deja gratísimos recuerdos de celo, inteligencia y energía.

Para reemplazarle interinamente se ha nombrado al Secretario del Gobierno civil, Sr. Jimeno de Lerma, que no se ha separado un momento del cadáver del Duque de Frías. Jimeno de Lerma haría, por sus condiciones especiales, su pundonor, honradez y su práctica del servicio, un excelente Gobernador de Madrid.

Por lo cual dicho queda que... no lo elegirán definitivamente.

***

TEATROS, TOROS, PLANTAS Y FLORES

El Circo del Príncipe Alfonso se inaugurará antes de terminar este mes, con alumbrado eléctrico. Ya era tiempo. Lara y Eslava se cerrarán también antes del 31.

Frascuelo ha sufrido en Barcelona una cogida, que probablemente le imposibilitará torear en todo lo que resta de temporada, pues ha recibido una herida grave y profunda en el antebrazo derecho.

Mientras tanto, Lagartijo ha explicado en Ma-

drid un brillante curso de tauromaquia, en la corrida del día 2.

Debiendo ser esos toreros dos soles en el ocaso, está resultando este año: Salvador, un sol que muere y Rafael, un sol que nace.

La Exposición de horticultura, instalada como el año último, en el perímetro de la Montaña Rusa del Retiro, está concurridísima y tiene más interés que otras veces, pues las instalaciones son más numerosas y de ejemplares más notables que en anteriores concursos.

¡Flores, pájaros y música! Este es el adecuado cortejo de honor que se necesita y está en carácter, para despedir en debida forma al hermoso mes de Mayo.

# JUNIO



## Contigo pan y cebolla.

El amor es una bestia feroz que se adormece y no se doma. Se puede engañar el corazón y entretener el hambre con miga de pan tierno, pero si el amor se despierta en una alma *morena*, cual si dijéramos, y tiene hambre de sensaciones nerviosas, no hay más remedio que darle una alma *rubia*, para que se cebe en ella y la devore, por aquello de que la fuerza ama la debilidad, é otro sí porque los hombres buscamos en el amor á la mujer, y las mujeres sólo buscan y aman en el hombre al amor.

Por eso las mujeres viven queriendo hasta morir ó hasta consolarse, y en el último cuarto de hora se coronan alguna vez con las flores pálidas del sacrificio, sin haber abusado gravemente del espíritu dominador que la serpiente ha puesto en sus venas. Por eso es creencia firme en la huma-

nidad que lo que las mujeres aman más en el hombre no es su belleza varonil, sino las heridas que le causan, los dolores que le hacen sentir, por lo mismo que no siempre pueden herir á mansalva, sin lastimarse á sí mismas.

Si se objeta que en este modo de discurrir hay más vanidad mujeriega que amor, yo sostengo que tal es el modo de ser de las mujeres sensibles, educadas para ejercitar la magia de sus hechizos por el lado humano y no por el divino, mediante á que por aquel lado es por donde viene la bestia diciendo con la Escritura: la *carne* es de tu *carne*, los *huesos* de tus *huesos*.

Cuando el alma entona la cavatina de la pasión con variaciones, el amor aplaude en la sonata la música del Infinito; la mujer reviste entonces contornos de diosa pagana, y se hace adorar de los hombres sin limitación de afectos. Pero al concluir el *número*, viene el silencio y no suele quedar del concierto amoroso más que el instrumento, el cuerpo enardecido y los labios abrasados. La fiera duda entre morder y escapar, y entre tanto surge la teoría del amor buscando asiento entre brocados y gasas, y el hastío, poniendo su garra férrea sobre el artificio escultural de las bellezas á la moderna, con polvos y postizos.

Todo lo que llevo dicho, no es más que el introito de un sucedido, que pide su lugar en mis crónicas, á falta de otros más salientes del monotono mes de Junio, y voy á dárselo.

Antes de la invención del teléfono y de la luz

eléctrica, y sobre todo después de haberse ésta subdividido y canalizado por las calles de la villa, era el amor para las muchachas de todas las clases un fin bien calculado y entendido. No había trasgresiones románticas, ni reconocimientos maravillosos de almas que se encuentran de improviso en la tierra, y se aman incontinenti. La fiebre venía más tarde, ó se curaba con medicinas caseras.

Lo que la antigüedad explicaba por el invencible ascendiente de Venus, y los poetas por el misterio de no sé qué predestinación amorosa del origen divino, no influía poco ni mucho en la conducta de las niñas casaderas, que buscaban en el matrimonio el regalo y la comodidad de la vida. Amaban por *orden alfabético*, mezclando la devoción con los diálogos amatorios, y llegaban á la cúspide del tálamo nupcial, preocupadas únicamente del *trouseaux*, de los regalos y del caudal del novio.

No aseguraré que sea esto mismo lo que ocurre de ordinario hoy en día, porque desde luego conozco á más de cuatro *repentistas* de amor de la escuela metafísica sentimental, que ha venido á colocarse en lugar de la Mitología, al lado de la pasión, para autorizarla, para amarla, mas no para molestarla con escrúpulos, ni para sujetarla á reglas especiales.

Ejemplo de ese amor repentino, irresistible, que sentían las mujeres de la antigüedad, alejadas de los hombres por las costumbres del *gyneceo*, es el que noches pasadas ha dado ocasión á los *reporters* para escribir sueltos de sensación.

Una dama blanca (porque lleva vestido blanco) pasea en el Buen Retiro (recién inaugurado) en noche plácida (ni frío ni calor) á la luz del gas (no hay allí luz eléctrica). De pronto ve á un oficial de húsares y se enamora de él instantáneamente, antes de que el alférez se haya apercibido de la enfermedad que aflige á la hermosa desconocida. Cuando se apercibe, y la saluda, y la da la mano, se siente también mortalmente herido y convienen ambos en huir juntos á los bosques vírgenes de la América Central, á trinar como los pájaros el himno eterno del amor.



Es toda una novela del género palpitante, que necesitaría un cuadro especial, porque, en efecto, al siguiente día se fugaron los amantes con los vestidos puestos y sin una peseta. La policía se puso en el acto en movimiento. La familia de la púdica beldad expidió telegramas á las cuatro partes del mundo. El marido (porque se trata de una joven recién casada), juró matar á los fugitivos, con arreglo á la ley de partida, y el público no se conmovió demasiado, porque está ahito de esta clase de espectáculos.

Quince días después del escándalo, un periódico de la mañana publicó el siguiente suelto: «¿Se acuerdan nuestros lectores de aquella pareja de

mirlos que se fugó de Madrid ó por lo menos desapareció de la escena, ella de las reuniones de buen tono, y él del Casino militar? Pues el celoso inspector de vigilancia del distrito de Buenavista, acaba de encontrar á los prófugos en un piso cuarto de la calle de los Leones, en el estado más deplorable, porque ella no puede moverse de debilidad, y á él le sucede lo mismo. Quisieron los susodichos amantes representar la comedia de Gorostiza *Contigo pan y cebolla*, y no encontraron pan, ni siquiera cebollas, y hubieran muerto de seguro de inanición, si la portera de la casa no denuncia á los *Succis* de la guardilla, diciendo que no comían ni bebían, ni tenían quien les sirviera. La familia de la interfecta ha hecho de tripas corazón, y se la ha llevado á casa para curarla con caldos de gallina y duchas, el galán ha sido tratado como desertor, y en cuanto al marido, nada podemos decir, porque se ha encerrado en el silencio más grande, meditando tal vez el modo de quitarse la corona radial, sin comprometerse mucho. A la portera le han dado una buena propina, por haber salvado á dos jóvenes inocentes.»



. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Que de quién se trata?

Habiendo corrido su nombre *reservadamente* por

todos los Círculos y Sociedades de Madrid, no parece que deba ser yo el llamado á romper... la reserva.



## Un semanario popular.

(2, HORTALEZA, 2)

En esa calle y en ese número está hace años establecida la Farmacia del doctor Simón, una de las más acreditadas de la corte; pero como en Madrid las casas son muy amplias y tienen muchos cuartos (generalmente *más* que los inquilinos que las ocupan), no tiene nada que ver la farmacia de la planta baja, con la Redacción y Administración de un periódico satírico, un semanario popular, instalado en el entresuelo de la propia casa, núm. 2, de la calle de Hortaleza.

El periódico en cuestión es *La Avispa*, insecto

literario, ilustrado, que se diferencia del natural ó zoológico en una porción de cosas. Este, según el *Diccionario*, es un insecto de seis á ocho líneas de largo, de *cuatro alas* de color *amarillo*, con fajas negras, y el cual tiene en la extremidad posterior del cuerpo un aguijón que pica introduciendo un humor acre, que causa escozor é inflamación. Vive en sociedad y fabrica panales con sus compañeras.

El otro, es decir, el insecto de la calle de Hortaleza, tiene muchísimas más *líneas* de largo: como que se compone de cuatro páginas de apretada lectura. Las alas yo no las he contado, pero muchas deben ser cuando ha subido en tan poco tiempo á tan gran altura, en el favor del público. El color es *blanco*, como que el papel en que se imprime es de clase superior. El aguijón quizá resulte más punzante y acerado que el de su homónimo, pero aunque pica bien, no introduce como aquél humor acre, sino un *buen* humor, una alegría que casi no deja tiempo á notar el escozor. No vive en sociedad, pero si de la sociedad que agota rápidamente tiradas numerosísimas. Tampoco fabrica panales, pero da pan á muchos operarios, á quienes paga su trabajo con exquisita religiosidad.

Los redactores de *La Avispa*, son todos, como es natural y lógico, muy vivos, muy despiertos, muy agudos, muy *avispados* en una palabra y muy ingeniosos. Pero la especialidad del periódico, lo que podríamos llamar su marca de fábrica, es la parte artística, los dibujos, á los que presta una atención y da un interés sorprendente.

Para conseguir este fin, tiene un considerable número de dibujantes, entre ellos, Melitón González, Hilario Sánchez, Potoski, *Mecachis*, Cilla, Moya, Jiménez y Santos, con lo que las caricaturas, todas de estilo suelto ligero y muy original, ofrecen variación constante de factura y de asuntos.




*La Avispa* combate desde su fundación con singular gracejo y terrible encarnizamiento, el flamenquismo y la chulapería. Sólo por esta consideración merece el aplauso y la ayuda de las gentes ilustradas y de los ciudadanos honrados. Ha declarado también guerra á la tauromaquia, por ser éste un elemento favorable al desarrollo del flamenquismo con todas sus deplorables consecuencias, y el mérito de su trabajo se elogia lo bastante con decir, que combatiendo la fiesta nacio-

nal, tan arraigada en España, no sólo no se ha visto lanzada al panteón del olvido, no sólo no se ha formado el vacío á su alrededor, sino que el público devora con fruición los artículos, y mira riendo á mandíbula batiente las caricaturas dedicadas á conseguir su difícil propósito. Ponerse de frente á las corrientes del gusto y de la opinión, y en vez de quedar envuelto en el torbellino, salir á flote y aumentar suscriptores y hacer que éstos esperen con impaciencia el reparto de los números, y que el público los compre en la calle con espontaneidad, es decir, sin necesidad de que los vendedores se los metan por los ojos, es empresa más difícil de lo que parece, y que sólo puede conseguirse con el tacto, la habilidad y la gracia que *La Avispa* emplea para llevarla á cabo.

El insecto del avispero de la calle de Hortaleza, procura repartir equitativamente sus picaduras entre los que hacen un *oficio* de la política, y todos cuantos buscan la notoriedad, sin méritos suficientes.

En cambio la vida privada le merece grandísimo respeto, y en este terreno, no podrá encontrarse en sus páginas una nota desafinada. Unicamente censura los actos públicos, cuando en ellos hay algo digno de censura.

Si todas sus caricaturas y dibujos de tipos y costumbres, son dignas de mención, las que se refieren á asuntos militares y á revistas de exposiciones, han llegado á revestir el carácter de *especialidades* en este periódico. De las primeras, recuerdo

y recordarán como yo los lectores de Madrid, el *Regimiento de Lupión*, *La consigna del Banco*, *La dirección de gatos y ratones*, *La chillería*, *La poderosa*, y otras muchas, que al lado de una vis cómica de primera fuerza, acreditan el perfecto conocimiento de sus autores, en todo cuanto á las costumbres del ejército se refiere.

En revistas de exposiciones ha publicado:

La de Bellas Artes.

La de Filipinas.

La Marítima de Cádiz.

La Universal de Barcelona.

Todas ellas ingeniosas, llenas de donaire, deliciosamente dibujadas, y tan bien acogidas por el público, que la empresa del periódico, ha llegado á *inventar* exposiciones cuando no ha encontrado ninguna real de que echar mano, y así lo ha verificado, el año pasado sin ir más lejos, con la de *tauromaquia*, de la que hubo de hacerse tirada extraordinaria, á petición de los adversarios que las fiestas de toros tienen en España, porque hay algunos, es indudable, dicho sea para alborozo de Pepe Ferreras.

Los acertijos gráficos bautizados con el nombre de *chilindrinas*, han sido también una novedad presentada por *La Avispa*, así como las reseñas ilustradas de los estrenos de obras teatrales, en alguna de las cuales los dibujantes encargados de la tarea crítica, han llegado á lo inverosímil en punto á sacar parecidos asombrosos de actores y actrices, dibujados con cuatro líneas sencillas y en tamaño

microscópico. Diganlo sinó las revistas de *Carmen* cuando se estrenó en Jovellanos, *Cuba libre*, etcétera, etc.

La mayor parte de los dibujantes y redactores de *La Avispa*, viven dedicados á la ciencia y firman con pseudónimos sus respectivos trabajos, buscando sólo en el periodismo una honesta distracción y no un modo de vivir. ¡Felices ellos! Por eso todos los trabajos resultan más fáciles, más espontáneos que los de aquellos que por su desgracia, no pueden vivir sin trabajar.

Para los efectos legales hay un Director... *Meneses*, digámoslo así, aunque muy activo é inteligente, pero la verdadera dirección la ejerce un antiguo redactor del *Gil Blas*, cuyo nombre no hace falta, ni sería discreto revelar.

Con todos estos elementos *La Avispa* ha llegado á ser en Madrid una necesidad cómico-artístico-literaria, y lo que empezó semanario ilustrado, es hoy, sin consignarlo en la cabecera del periódico, semanario popular, y quizá el más popular de los que aquí se publican.

---

## La tribuna baja en las Niñas de Leganés.

Me llamó la atención días pasados, oyendo misa de once en la capilla de las Niñas de Leganés, ver cuatro ó cinco cabezas de mujer, un si es no es arrebozadas, descollando sobre el antepecho colga-

do de tela de seda muy antigua, por lo menos tanto como la fundación del colegio.

Miré con empeño, y no pude distinguir las facciones de las cuatro desconocidas, por tener todas la cabeza inclinada sobre el libro, con ejemplar devoción.

Mucho me dió que pensar aquella tribuna abierta en el muro del presbiterio del lado de la epístola, sin celosías, ni adornos de esos que por los años de 1630 se acostumbraban á usar en las iglesias de la corte. Y la ocasión de tales pensamientos me vino en mientes, por recordar confusamente una historia de amor desarrollada en la capilla del convento de la Presentación, entre una devota muy joven y muy hermosa que asistía á la tribuna todos los días de misa, y el celebérrimo maestro compositor Joaquín Rossini, cuando éste vino á España en 1830, acompañado del Marqués de las *Marismas* D. Alejandro Aguado, otra celebridad de la Banca y del Sport europeos.



Ambos viajeros se hospedaban entonces en la

calle de la Reina, en la fonda de Gengeis, y los domingos iban juntos á misa á la capilla próxima de las Niñas de Leganés.

Rossini se sentía deslumbrado con los reflejos áureos de su devota desconocida, y ella que sabía á quien tenia delante, apuraba los recursos lícitos de la coquetería mística, para fijarle y atraerle en dulce arrobamiento á la contemplación del ideal sublimado por el éxtasis, que funde las almas en idénticas aspiraciones, y en un común anhelo.

No he apurado la novela de Leganés, pero llegué á entender que Rossini tuvo en la capilla española la inspiración de una de sus mejores óperas, y que habiéndola dedicado á la misteriosa deidad de la tribuna, como se dedican todavía los homenajes paganos á la blanca luna confidente de los corazones amantes, la hermosa devota tuvo talento para leer de corrido en las notas del *Cisne de Pesaro* el lenguaje de la poesía volcánica que con las centellas de sus ojos, supo encender en el alma sensible y enamorada del primer cantor del siglo.



Confiesen ustedes que hay para distraerse con una tribuna que guarda tales recuerdos de amor, y yo, la verdad, me distraje tanto, que por un milagro de fascinación, creí leer en las paredes blanqueadas de la tribuna, á la luz dudosa de una lámpara de aceite que alumbra el interior, todo el

relato que acabo de consignar, hasta cierto punto en descargo de mi conciencia, pues si pequé de distraído no oyendo la misa con devoción, fué por una causa determinante que los tribunales aceptan y los confesores perdonan.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

He vuelto á oir misa en la capilla de las Niñas de Leganés, como católico y no como impresionista, y no he podido evitar que los sucesos de dos siglos y medio se me aparezcan en tumulto encantador dentro de aquella tribuna baja, y que hoy Víctor Hugo (que de mozo oyó misa en esta iglesia), mañana la hermosa Condesa de Jarveo, madre de la célebre Condesa de *Merlín*, que fué escritora y novelista de primer orden, y más tarde el sol del teatro lírico moderno, el semidios Rossini, se me presentan engrandecidos por el misterio, unas veces rezando, y otras... amando.

La tribuna se presta á la devoción, pero también se presta á la *reverie*, al cuchicheo y al... telegrafeo.

¿No valdría más, cerrarla?

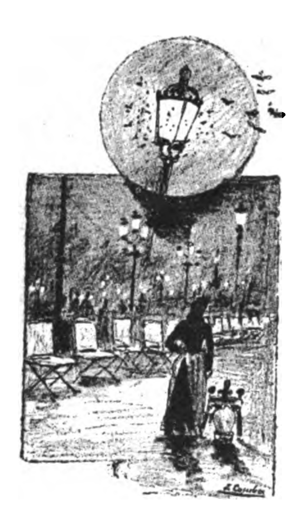
---

## Las sillas del Prado.

La espléndida luz eléctrica instalada en ese hermoso paseo, casi ha dado al traste con la tradicional costumbre de ir á tomar el fresco en las incómodas sillas de hierro.

Antes la luz amarillenta y temblorosa de los faroles de gas, alumbraba escenas de gran animación, pintorescos corros grandes y chicos. Ahora, la luz blanca de los focos eléctricos, dando al paseo tonos de frialdad, sólo alumbra alguno que otro grupo de paseantes, y más que de paseantes de transeuntes, que se dirigen al Circo Hipódromo, ó á las calles situadas más allá de la fuente de Neptuno. ¡Qué espantosa soledad!

Aquella larga fila de luces rodeadas de una nube de polvo; el ir y venir continuo, acompasado, monotono de la multitud; las tertulias que en circulos más ó menos caprichosos y más ó menos misteriosos se establecían al pie de los faroles; los coches que daban vueltas por el arrecife central, paseando sobre mullidos almohadones á notabilidades estenuadas por el calor; los niños que jugaban por todas partes; los adolescentes que echaban flores á las pollitas de diez años; las viejas que dormian en los bancos de piedra; los cochecitos que encerraban entre sus farolillos y campanillas



la mayor ilusión de los niños pequeños... todo eso ha desaparecido del Prado, todo ha sido ahuyentado por la luz eléctrica, enemiga de secretos, delatora de los desperfectos del traje, y muy *avara* para *prestar* belleza, á rostros de mujer ya estropeados y marchitos.

No quedan allí más que los pobres que asaltan á todo bicho viviente, las aguadoras... *matriculadas*, las ambulantes, los barquilleros, y... las sillas.

¡Las sillas del Prado!

¡Qué cosas dirían si pudieran hablar! Hay silla que habrá sufrido el dulce peso de alguna damisela veranos enteros, viéndola siempre acompañada por la mamá, nunca por el marido, porque á pesar de que el Prado fué el predilecto campo de batalla del amor, parece que éste anduvo algo desorientado, sin duda por lo grande que es aquello, y no acertó á conducir ninguna joven á la Vicaría.

Y no se diga que miento, porque sin negar que la regla tenga, como todas, excepciones, yo sé de muchas pollas que han ido al Prado años y años, sin lograr más que muchas frases apasionadas, muchas esperanzas y pocos resultados.

Sin embargo, cuando hablan entre ellas, aun bendicen el Prado y sus sillas, porque allí, junto al *farol* número tantos, tenían entrevistas con el novio, y porque allí es donde había más facilidad, á pesar de lo seco del terreno, de que el pez tragase el anzuelo.

Pero, como en todo lo de la vida, al lado de la poesía, la prosa.

En esas sillas tan queridas, que figuran entre los recuerdos más gratos de muchas mujeres, se cogían también grandes enfermedades, y algunas niñas volvían á casa, especialmente en estas primeras noches de verano, con una esperanza en el alma y un enfriamiento en el cuerpo que les duraba toda la temporada.

Hubo allí á porrillo tercianas y pasmos, y sin embargo allí estuvieron firmes y valerosas las pollitas de Madrid, esperando á que un joven las declarase su amor, en la seguridad de que habían de decir que *sí*.

Hoy volverían con alma y vida á las sillas del Prado, si la luz eléctrica no lo impidiera, y volverían con la misma ilusión, con el mismo deseo, y sobre todo, con la misma predisposición.

No lo pueden remediar. El monosílabo *sí* se les escapa de la boca sin querer,... digo queriendo.

---

## El balance de Junio.

El mes de Junio de 1888 resulta mes completamente huero, para los efectos de la crónica á la manera como yo la practico en estos libros. No ha ocurrido nada digno de especial mención, y sin embargo, ha habido casos y cosas que no deben quedar en el olvido por mi parte, so pena de hacer

de las cuartillas de tal mes, sencilla colección de artículos de costumbres, sin mezcla siquiera de la nota de actualidad.

Para salir del apuro en que la escasez de asuntos me coloca, me decido á tomar nota de algunos, á la ligera.

La fiesta de San Antonio, se ha celebrado entre la gente del pueblo, con la animación, el jolgorio, el alborozo y el jaleo que le son peculiares. Entre la gente aristocrática se ha celebrado también con espléndidas fiestas, entre las que merecen citarse, y se han citado por cierto con exuberancia de detalles, en las revistas de Monte-Cristo, Asmodeo y Mascarilla, la de la señora condesa de Casa-Sedano, la de los marqueses de la Puente y Sotomayor, y la de la duquesa de la Torre. La segunda de ellas, especialmente, ha sido notable por más de un concepto, sobre todo, por estar dedicada en homenaje y honor de su hijo político don Antonio Cánovas del Castillo, el jefe ilustre de los conservadores, un San Antonio de marca, que ha resistido en el campo de la política mayores y más graves *tentaciones*, que el Santo de verdad en la soledad de su retiro.

Los conciertos de Beneficencia en los Jardines del Buen Retiro, están también concurridísimos. Las damas más aristocráticas se reparten el encargo de colocar las entradas, y fuerza es reconocer que tienen para estas lides una habilidad, un golpe de vista, un instinto mercantil y un gancho, que de fijo les envidian muchos empresarios de tea-

tros. Estos conciertos pueden considerarse como el epílogo de las cuestaciones elegantes de la Semana Santa, y como el prólogo de la verdadera dispersión veraniega. Del programa musical de estas fiestas, nadie se ha ocupado, como es de uso y rigor en casos tales, pero se han conseguido entradas de más de mil personas, equivalentes á dos mil pesetas, que habrán llevado mucha alegría, muchos consuelos y muchas comodidades á los asilos, á los hospitales y á las casas donde la pobreza hace verdaderos estragos.

En medio de todas estas expansiones, al lado de las clásicas y popularísimas procesiones de la Minerva, ha surgido, como no podía menos de suceder, una crisis ministerial, esperada hace ya mucho tiempo, no por mejores ó peores condiciones del gabinete, sino porque era absurdo, inverosímil, anormal é insustancial pasar tantos meses con los mismos ministros, que lo venían siendo ya á *perpetuidad*, y habían recorrido, sin tropiezo, las cuatro estaciones del año. Esto no podía continuar así. Aquí necesitamos una crisis cada mes, y si no tanto, que se presenten al menos ordenadamente, pero con la frecuencia necesaria, para que haya ministros de *invierno* y ministros de *verano*, como ocurre entre los toreros. Esta clasificación resulta más peligrosa, por lo que atañe á susceptibilidades, entre los Consejeros de la Corona que entre la gente de pelo trenzado, porque puestos á separar, ¡válgame Dios! adonde podríamos llegar. Quizá de los de verano no quedasen los necesarios para celebrar

un Consejo ó una corrida de *abono*. Ello es que ha habido crisis, pero que la crisis no ha llenado esta vez las exigencias, ni ha saciado la voracidad de los *reporters*, de los socios del Casino, de los bolsistas, ni de los muñidores de alarmas. Han quedado en el nuevo ministerio cinco individuos del anterior, y sólo se han renovado cuatro puestos. Esto realmente no merece los honores de una gacetilla, porque á las crisis para ser de efecto y lucidas, les sucede lo mismo que á los *eclipses*, deben ser *totales* ó no verificarse. En cambio, bajo el punto de vista de la novedad y de las adivinaciones hipnóticas, la reorganización del Gabinete ha tenido mucho interés, puesto que de los cuatro nuevos ministros, sólo el marqués de la Vega de Armijo tenía ya la categoria de tal, y los tres restantes, los señores O'Ryan, Capdepont y Canalejas, son novicios en estas lides, casi desconocidos para los cocheros de casa de Lázaro, vamos, que han tomado ahora la *alternativa*, si bien es justo reconocer que la merecen, porque en especial, D. José Canalejas y Méndez, mi antiguo é ilustrado profesor de Literatura es-



pañola, y D. Trinitario R. Capdepont, tienen aptitudes y condiciones sobradas, para desempeñar á satisfacción las carteras que respectivamente les han sido encomendadas. La causa ocasional de la crisis ha sido la pregonada y comentada cuestión del Santo y seña. Por las *señas* tenían el *Santo* de espaldas los que la hicieron de... gabinete, cuando el mayor honor que merecía era el de... antesala de cuartel.



El catálogo de bodas ha registrado en este mes la de doña Rosa Martínez de Velasco con D. Luis de Arteche; la señorita de Coguen, con el diputado posibilista D. Juan Alvarado; doña Pura Orduña, con D. Joaquín Dicenta.

La verbena de San Pedro se ha celebrado con igual regocijo que la de San Antonio. A propósito del gran apóstol, del santo venerable que guarda las llaves del cielo, he leído en *La Epoca* una curiosa relación, de la cual me permito tomar los siguientes renglones:

«El nombre de Pedro es uno de los más extendidos en la cristiandad. En la historia figuran Pedro el Ermitaño, D. Pedro el Cruel, Pedro el Gran-

de de Rusia, Pedro de Nápoles, Pedro el Venerable, Pedro el Diácono, etc. En literatura Pedro Corneille, Pedro Calderón de la Barca, y Pedro Antonio Alarcón; y además el Pedro Recio de *El alcalde de Zalamea*, *Pedro el Simple*, novela inglesa de Mourgot, y *Pedro y Camila*, lindísimo cuento de Musset. Esto sin olvidar á *Perico* el de los Palotes, á Pedro Grullo y á Perico el ciego.»




Los teatros de verano comienzan con el género de siempre, con obras flamencas, la temporada, y hay en todas ellas un surtido de chulas, ratas y toreros que... da compasión. El Buen Retiro ha habierto también su verja dorada y celebra función de ópera... *atenuada*, como los caldos famosos del Doctor Ferrán, y concierto dos veces á la semana. De éstos se ha encargado la orquesta de la *Unión Artístico-Musical*, muy bien dirigida por el maestro Jiménez, pero hasta ahora ni la ópera ni los conciertos llevan gente, porque la temperatura está siendo más propia de Marzo que de Junio. Ha habido en el teatro del Príncipe Alfonso un estreno que ha alcanzado éxito extraordinario, el *Certamen Nacional*, pero de él me ocuparé en el mes próximo. En Price hay como novedad suprema un oso, que *lo hace* en grande todas las noches.

*Et voila tout.* Fuera de lo que apuntado queda, no recuerdo de Junio nada más.

Y si algo se me olvida, los benévolos lectores querrán dispensármelo.

Mil gracias.

---

## La vida moderna.

### LOS TRAJES

¡Ahí es nada! ¡Los trajes! El colmo de la escentricidad y del absurdo; el capítulo que exige más cuidados y más tildes, á la vida moderna. De los que usan las señoras, la verdad, puedo decir muy poco, porque no entiendo palabra de ellos. Sólo apuntaré que ninguna mujer que se precie de *gomosa*, puede decir que está bien vestida si no cuenta en sus armarios con un par de docenas—y aun me quedo corto—de trajes de casa, de calle, de sociedad, de teatro y de viaje. De joyas, eche usted y no se derrame, ni tema decir cifras exageradas. De sombreros, abrigos y abanicos, coja usted para anotarlos un cuaderno bien nutrido de hojas.



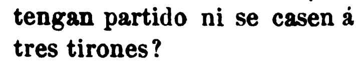
Todo este derroche de telas, encajes, adornos y pedrería, puede disculparse aunque no es necesario ni mucho menos, en las señoras casadas, ma-

dres de familia, etc., pero implantar como lo ha hecho la vida moderna, este mismo lujo, estas mismas costumbres en las muchachas solteras, me parece desatino de lesa educación, sobre todo si como va ya ocurriendo con desconsoladora frecuencia, el ejemplo cunde, y la imitación abarca hasta las señoritas de la clase media, que difícilmente pueden encontrar en la casa de sus padres, recursos para sostener tales despilfarros, y que seguramente no se casarán nunca con maridos que puedan soportar ni autorizar gastos semejantes. Después se habla y se compadece á las que no tienen partido. Pero ¿cómo lo han de tener? Antaño, todo el aliño mujeril consistía en una basquiña menguada de alepín de la Reina, con y sin caireles; en un jubón vaquero ó de pernil; gorra, cofia ó escofieta con lazos honestos; peinado liso, á lo *vergonzosa*, compuesto de dos rizos opulentos y rodete virginal (entonces se usaba pelo propio); un ridículo para meter el pañuelo; una mantilla de laberinto, blanca con encajes, ó negra de grodetur; y media arroba de perdigones en el ruedo de la basquiña, para mantenerla estirada sin descubrir la base al sentarse ó recostarse. Nada de cotillas ni polisones, nada de ballenas, postizos ni rellenos. ¿Para qué esos artificios incongruentes



en un tiempo en que las niñas casaderas, cortaban, cosían y adornaban ellas mismas sus vestidos? En aquel tiempo el paño fino estaba guardado en el arca con tres vueltas de llave. Las señoras madres no permitían á sus pimpollas de veintiseis años que se emperegilaran demasiado, ni que leyeran novelas, ni que asomaran la nariz á las ventanas, ni que tomasen agua bendita de dedos que no fueran conocidos, honestos y corteses. De este modo preparadas para el matrimonio de amor, aguardaron nuestras visabuelas la llegada del santo advenimiento en forma de novio, y se casaron muchas veces sin conocerse, y se amaron al uso de los tiempos con mucha cortesía, religiosidad y respeto. ¿Fueron felices? Creo que sí. La vida sin emociones tiene de bueno que se desliza pausada como el arroyo manso, en el medio ambiente de una soledad tranquila. No hay transportes ni expansiones delirantes, no hay placeres recónditos, pero en cambio tampoco hay ataques de nervios, ni violencias, ni divorcios, ni suicidios.

Los tiempos han variado y ya en los de la vida moderna, no hay clausura para las jóvenes casaderas, ni reglas de abstención. El mundo es grande, dicen, y comprende por igual á las señoras casadas que á las señoritas solteras. En materia de trajes y de perifollos, de lujo inmoderado y de esplendores, son tan despreocupadas las unas como las otras; hablan de todo con libertad de lengua y de espíritu. Campando así por su respeto cual si vivieran emancipadas de la tutela maternal, gas-

tando á diestro y siniestro, derrochando á capricho, haciendo alardes no muy castos de desenfados en la manera de vestir y en las maneras, y discutiendo con charla viva delante de gentes, los problemas más complicados de la vida social, ¿qué puede tener de extraño que las muchachas de nuestros días, las que se visten con *modistos*, no  tengan partido ni se casen á tres tirones?



Porque no es eso todo. En el afán de brillar y deslumbrar á sus amigas, las jóvenes elegantes no sólo visten ricas telas, sino que se presentan como ya he dicho, cubiertas de joyas, como las princesas orientales, como las señoras casadas, y llevan los tocados más costosos y extraños, los sombreros más cubiletes, los abrigos más *distinguidos*... por el precio, las confecciones más aristocráticas de los talleres; y á puro de brillar en los salones y teatros se quedan á oscuras en el silencio de su tocador, porque los novios que no son novillos, y que piensan en el porvenir y se acuerdan de sus recursos, no acuden á esos engaños del trasteo de la educación, y de las costumbres refinadas, ni les agradan esas gatitas modernas que van al matrimonio... las que van, con la imaginación enferma de tanto trasnochar, el cuerpo cansado del bailoteo perpetuo, y el corazón hueco como la bolsa de

un mercader quebrado. Las que entran en la cámara nupcial con látigo y sombrero de copa, podrán ser aplaudidas por el desenfado elegante del *Sport*, pero jamás serán amadas por sus maridos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En cuanto á ellos, no crean ustedes que van en zaga á las mujeres en punto á necesidades, perfiles, retoques y rarezas.

El *trouseaux* de cualquier joven á la moda, ó de cualquier anciano que se estima en algo y no quiere parecerlo, si no es espléndida canastilla de desposada, no le falta gran cosa para serlo.

Un traje de mañana, puro *negligé*, género inglés, corte inglés y gusto inglés, por ejemplo, de rayas, que parecen los rails de un ferrocarril económico, ó de cuadros, dentro de los cuales cabrían con holgura los lienzos de cualquier pintor.

Otro traje de *menos negligé* para el mediodía y para las tardes de toros, ó para aquellas en que yendo á un sitio donde la gente está vestida con esmero, resulte de buen tono la aparición de un terno y un hongo. Este traje como el anterior, ha de ser del corte especialísimo cuyos patrones sólo poseen en Madrid Francisco Muñoz, y Caracuel. Pantalón ancho de muslo y estrecho de pierna, y sobre todo, muy corto, tanto, que apenas cubra los elásticos de la bota, para lucir las de tacón ancho y bajo,

también modelos ingleses. Chaleco muy abierto. Americana sin entallar, de cuello amplio, de manga anchísima, y de solapas kilométricas. Todo lo que no sea esto, no puede ni debe admitirse cuando lo trae el sastre. Para estos *matinées* caprichosos y airosísimos, se usa en invierno hongo café ó marrón que no pase de la coronilla, con sudadero de piel de Rusia, y en verano sombrero redondo de paja, de color, con una cinta de ocho dedos de ancha, de colores vivos, é ilustrada al cromo, si es posible con la *creación* dividida en secciones. La camisa puede ser blanca, pero lo *chic* es llevarla mixta; esto es, la pechera de color y el puño y los cuellos blancos. La corbata, un plastón muy abultado con una *media dolorosa*, es decir, con un alfiler del tamaño de un estoque atravesado en un extremo. Para que todo esto se luzca, es para lo que los chalecos se hacen tan abiertos. También es lícito suprimir el chaleco si el calor es grande, y en este caso el pantalón se sujeta con un cinturón estrechito de cuero, con broche de níquel y dos cadenitas que se meten una en cada bolsillo del pantalón. Por supuesto, en invierno, así se hielen las palabras, la etiqueta del traje de mañana exige no llevar encima abrigo de ninguna clase, y en todo tiempo esa misma eti-



queta, establece la necesidad de que si á ciertas horas de la tarde se usa el traje de americana, se lleve con sombrero de copa, lo cual que es muy curioso de ver; y guantes claros con rayas negras, y un bastón de grueso respetable sin puño y cogido precisamente por la mitad.



La *toillete* de tarde exige el chaquet ó la levita, ambas prendas forradas de seda, y también muy abiertas de escote para que se luzcan bien las corbatas, y muy sueltas de talle. Sobre estas prendas, durante la estación de los fríos, es de rigor llevar un abrigo de color claro, pero indefinible, abierto por los dos costados traseros, exageradamente corto y, por supuesto, también sin entallar, para que el conjunto del torso parezca á cierta distancia algo semejante á un saco. Por supuesto que toda esta holgura y amplitud de las prendas responde principalmente al deseo de disimular en lo posible la *construcción* del cuerpo, que se compone por lo general de unas cuantas libras de carne y un manojo de huesos. Los pantalones propios del chaquet y la levita han de ser muy llamativos, muy *alegres* y de dibujos caprichosos. La bota de charol con chanclo blanco, muy aplastada de empeine, muy chata de tacón y muy larga de pie. La levita, y sobre todo el chaquet, *visten* más—en determinados días—si son de color que negros, y de los colores el de barquillo, y el de café con leche son los que hacen más furor. El ropero, pues, de un

elegante debe tener tres ó cuatro prendas de cada una de estas formas, y pantalones los más posibles, porque el gusto está en la variación, y en la variación el secreto para deslumbrar á las aspirantes á diosas de los teatros y paseos. Si hay aficiones ecuestres, ya se sabe, gabán corto ó chaquet largo, pantalón muy ancho de muslo y con polainas ó leguis abotonados; botas de montar, aunque no llueva ni haya necesidad de usarlas; nada de espuelas, que no hacen falta, aunque digan otra cosa las reglas de la equitación, y por látigo un ligerísimo bastoncito de débil caña que se troncha con sólo dejarlo caer débilmente sobre el cuello del caballo.



Para de noche el frac ó el moderno *smokin*, término medio de la americana y el frac, y para todas las horas los cuellos de las camisas muy altos y muy escotados. También se usan hasta con el traje de etiqueta los cinturones de las dos cadenas, que hacen el efecto de grilletes y que en definitiva parecen indicar que los que los llevan, son esclavos—como lo son de la moda—y están condenados á la *cadena perpetua* de sus excentricidades y exigencias.

Si con todo este *imprescindible* arsenal de trapos

y telas, llegan los muchachos de nuestros días á no tener tampoco *partido*, crean ustedes que no lo extrañaré.



---

TIPOS CONOCIDOS

## Las que se destiñen.

En realidad las hembras que se destiñen, no forman grupo psicológico ni categoría social determinada. Son simplemente hermanas de taller de las hembras que *se pintan*, y juntas andan por esos mundos de Dios, luciendo atractivos químicos, siquiera no sean éstos los que permite la Naturaleza para ejercitar el *agarro* corporal en el hombre, que no usa untos ni líquidos lácteos.

Las que se destiñen... á pesar de sus cuidados,

son unas Evas morenas ó renegridas, de aspiraciones locas, á quienes el agua del bautismo no ha dado tonos de luz, ni las charoló de blanco; son vírgenes ambulantes ó viejas relamidas, prototipos de ficción, que no se dan á partido ni aun al borde del sepulcro. También se ven, por escarnio, niñas con alas de querube, botones de claveles por abrir, frescas y perfumadas, que en lugar de lavarse el rostro con agua clara del Lozoya y enjugárselo con la toalla de lino gallego que pone en evidencia el matiz de la hermosura, prefieren estucarlo con adobos misteriosos, y secarlo con la toalla de Venus, que inventó una bruja para perdición de doncellas.

Estas son unas incautas que se destiñen á la primera bocanada de humo de cigarro, que corra en espiral sobre los carrillos embetunados.

*Si estás una vez con ella*
*la echa el humo del cigarro,*
*verás como se hace barro*
*la cara de esta doncella.*

Dijo esto ya en el siglo último un poeta clásico enemigo de embustes mujeriles, y probó al decirlo que por aquellos días castos de las cornucopias refulgentes en los estrados de honor, y de los tontillos con varillas de acero para chapinear con garbo el costal de los pecados, en aquellos días, repito, ya había mujeres jóvenes y viejas con el achaque de desteñirse á la primera volada de viento, al primer roce de los tirabuzones ó de la mantilla, al

primer ósculo lícito dado ó tomado sin acordarse del revoque.

Se desteñían las abuelitas, formando en los carrillos nubes arrebatadas de sombras plomizas, gasas de color anaranjado, plastones inverecundos de esa materia colorante, barrosa, mezclada ó sin mezclar, que se encuentra en la paleta de todos los pintores. Se desteñían sin saberlo, ni quererlo, en pena de su vanidad, en castigo justo del delito que comete una mujer—si es joven—cuando recurre á la crema de Simón, al ramillete de bodas, á los polvos de la veloutina venenosa, á la calliflore y á los pinceles de los llamados cofres de belleza, verdaderas cajas de Pandora, para enmendar la obra magna de Dios, destruyendo con tales artificios las rosas virginales del semblante de las doncellas.

Si éstas cumplieron la edad, es decir, si consiguieron llegar á madres ante Dios y los hombres, y al pasar el umbral de la juventud se metieron á viejas con pecas belludas en el rostro, arrugas, costurones, bigote y otros alifafes, algo se las pudiera disimular el intento de la restauración con emplastos y filtros; mas como esto equivaldría á cazar con engaño, y las viejas acartonadas ó re-

gordetas deben pensar en su salvación y no en el tinte Rachel que ennegrece las pestañas, ni en la peluca alevosa que tapa las calvas, ni en la armadura de huesos postizos que deforma la boca y deja pasar el aire por los intersticios para que silbe con el silbido de las culebras; como todo esto es una artimaña de falacias pecaminosas y un infundio de malicias, no debemos perdonar tampoco á las jamonas ni á las viejas que se destiñen, porque... manchan.

Todas las bonitas son tontas... cuando se pintan, decía en el púlpito el Padre Garroberea—muy famoso en Zaragoza por los años de 1830—y les enderezaba una filípica burlesca, de tomo y lomo, que desgraciadamente no surtía efecto.

En tiempo de las Cruzadas no se desteñían las damas nobles, porque no se pintaban. El señor iba á la guerra con sus vasallos, y la esposa le veía partir desde la torre del vigía. Después se encerraba en su cámara con libros de devoción y labores del sexo, y esperaba paciente la hora del regreso feliz, mirando á la luna. Todas las mañanas subía un paje y entregaba á la dueña de honor, un ánfora de agua cristalina del arroyo del parque, y con ella se lavaba el rostro y el cuerpo la castellana del castillo feudal, teniendo á veces el sol por tohalla, pues ya se sabe que el sol de Castilla no muerde más que á las cursis que se recatan de él para entregarse al tinte.

Cuando doña Isabel la Católica corría la vega de Granada seguida de una escolta de ricas hembras,

á ninguna le ocurrió pintarse las pestañas para hacer grandes los ojos, ni dar carmín á los labios, ni sombras ténues á las interesantísimas ojeras, ni blanco albayalde á los pómulos, ni tinta china á las canas. Aquellas mujeres varoniles y españolas como la reina santa, eran hermosas al natural. Si se coloreaban era de entusiasmo en el ardor de los combates, y si tenían que ocultarse con la reina en la jornada de la Zubia bajo el laurel de este nombre, que todavía se conserva como recuerdo glorioso, no se inmutaban, ni palidecían, ni se desteñían, porque no se pintaban.

A la Venus negra, no se le ha ocurrido nunca pintarse de blanca. Lo más que ha hecho la pobrecita, es ceñirse corona de blancas magnolias. A la Venus púdica, vestida de *peluche* y de faya, le ocurren todos los días los caprichos más extravagantes, los apetitos más peligrosos. Se pinta, aunque sea fresca y hermosa, por dar antojo á las mundanas con su morbidez marmórea, y se rellena de algodón y de trapos, porque gusta extremadamente de las curvas magistrales. Esta diosa de la ficción estética y de la mentira trascendental, se *destiñe* cuando el amor la sorprende y la hace entrar en su atmósfera tibia de afectos tiernos, pues entonces la pasión la deja ver como Dios la hizo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Comprendo á las futuras diosas del olimpo conyugal, que quieran parecerse á las avispas, y que se aprieten la cintura hasta romper el corsé. Comprendo que en el uso diario de los *paquetes postales*,

levanten ellas el cerviguillo coquetón del anverso, hasta convertirlo en percha mecánica. Comprendo la reducción de los contornos en el aforo marital cuando éste se hace por el sistema *Moorsom*, que descubre todos los espacios, hasta los senos más recónditos de la nave. Comprendo que ésta navegue de través y de bolina, á toda vela, por alcanzar al pirata que lo robó la bandera y huye... pero no comprendo que las muchachas bonitas, que tales prodigios pueden hacer en el mundo, se unten la cara de sebo para tener el gusto de derretirse al calor de la lámpara del salón, donde hacen gala de sus caretas de arlequín.

¡Inapreciabilísimas... tontas! Vosotras, que extraéis el aroma de las flores en la soledad de vuestros gabinetes para hacer cremas á domicilio, y arrancáis la púrpura de las amapolas silvestres y la extendéis sobre la piel nacarada de vuestras frentes y carrillos; vosotras, que soñáis, como las hectarias, con los ojos dormidos, miniados al carbón; vosotras, que os desteñís á la luz del gas, cuando brota el sudor y la escayola se desprende del rostro por capas geológicas de veloutina impalpable; vosotras, que nunca váis de trapillo, que os vestís con todos los refinamientos de la moda, que sois arquetipo del amor divisible, superstición de pollos primeri-

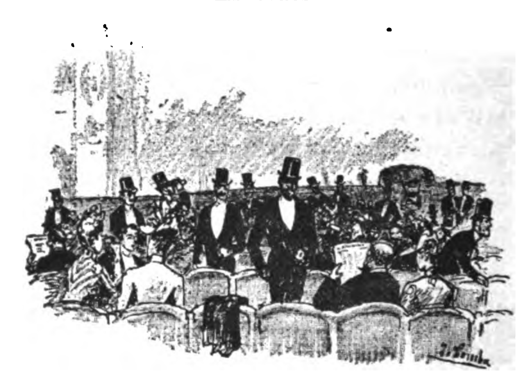


zos, juguetonas como un trino, deliciosas, sensibles, elegantes, románticas por instinto, positivas por reflexión, melancólicas al través de los campos donde impera el ruiseñor con sus amantes trovas y el agua os besa los pies reluciente, siempre murmurante y revoltosa, siempre deleitable á la vista, siempre necesaria al espíritu; vosotras, que tendríais el color quebrado de las huríes si no os diérais mejunges; vosotras, que gobernaríais el mundo con el poder de vuestros ojos de mirada intensa, si no os pintárais párpados y pestañas; vosotras debéis saber antes de desteñiros para *in eternum* que hace pocos días ha muerto envenenada en Viena una célebre actriz por haberse picado en un dedo que estaba cubierto de veloutina. La cirugía operó con rapidez, pero el acetato de plomo había entrado en la circulación de la sangre y la infeliz pintada murió entre convulsiones horribles. Se destiñó para siempre.

Valga el aviso por lo que pueda ocurrir, y creedme, basta con que *os pintéis solas...* para una porción de cosas, como de antaño se dice al hablar de vosotras.

## El Teatro y el Libro.

### El Teatro.



En lo que va de año se han estrenado en los teatros de invierno y de verano de Madrid, nada menos que *ochenta y cuatro* obras dramáticas, cómicas, líricas, bailables y... pateables (algunas), conque calculen ustedes lo que se ha enriquecido la literatura dramática con semejante ingreso.

Los estrenos se han repartido en la siguiente forma:

PRINCESA

*El hijo de carne y el hijo de hierro*, drama de don José Echegaray. *La dona é movile*, juguete cómico que ha entretenido al auditorio por espacio de muchas noches. *El suicidio de Werter*, drama de Joaquín Dicenta.

ZARZUELA

*La bruja* se ha sostenido en el cartel toda la temporada, estrenándose á su terminación *La llama errante*, obra de gran espectáculo, imitada de una novela de Julio Verne por los Sres. Torres Reina y Fernández Shaw, con música de Marqués. La llama se apagó la primera noche, y á duras penas siguió chisporroteando cinco más.

PRICE

Después del desastre estrepitoso de las famosísimas *Calles de Madrid*, no se ha conseguido allí éxito alguno hasta que colgaron del telar *La campana milagrosa*, que ha sonado por espacio de treinta y tantos días sin que el público se cansara de escucharla. La función final de temporada dada á beneficio del insigne Marcos Zapata, en que tomaron parte Calvo y Vico, recitando el primero *El compromiso de Caspe*, y representando el segundo *La capilla de Lanuza*, ha sido un verdadero acontecimiento teatral, y no recuerdo nunca haber visto en teatro alguno entrada semejante, á la que hubo esa noche en Price.

APOLO

*Aguas azotadas*, juguete lírico, por cierto muy gracioso, de Pina Domínguez, Caballero y... Bus-

sato, que aunque no tuvo parte en la letra, ni en la música, separó la mayor en el éxito alcanzado por la obrita. *La noche del* 31, sainete de costumbres municipales. *El mesón del Ciervo*, zarzuela de brocha gorda. La campaña de invierno ha terminado en ese teatro con repetidas derrotas, y el 30 de Marzo inaguró la de primavera la compañía del señor Cereceda, que en las obras de repertorio ha conseguido grandes triunfos, porque algunas de ellas las ha presentado con verdaderas novedades de ejecución, de detalles y de conjunto, pero que en los estrenos ha tenido también mala sombra. *Don Manuel Ruiz*, *Dos cazadores*, *Apunten... fuego* y *Una broma de Carnaval* han pasado como meteoros por aquel escenario, donde sólo ha agarrado la linda zarzuela del ingenioso escritor D. Salvador María Granés titulada *La liga de las mujeres.*

### VARIEDADES

*Los domingueros*, delicioso sainete lírico del popular Constantino Gil, con música de Romea y Valverde, muy aplaudido y muy celebrado. *La boda de la Polonia*, y *Las plagas de Madrid*, revista esta última bastante animada. Al finalizar Enero el teatro desapareció en breves horas pacto de las llamas.

### LARA

*El teniente cura*, de Constantino Gil. En esta obra ha puesto una vez más de relieve las excelentes

dotes que tiene para cultivar el género cómico el actor D. Manuel Díaz. *Mi-mi*, una comedia sencilla y muy discreta de Pepe Estremera. *La moral casera*, *El censo*. *Las del Indostan*, *Manzanilla y dinamita*, *La lavandera*, *Cascarilla*, *Llueven regalos*, *Dos pasos al frente*, *Londón*, *Manzell Nitouche*, *La berlina azul*, *D. Isidoro Pérez*, *El doctor Ventura*, y no recuerdo si alguna más. El éxito de la temporada en este coliseo, el de *Manzell Nitouche*. La empresa ha tenido en cambio mucha desgracia con los primeros actores, pues al eclipse repentino pero previsto de Luján, han sucedido los fallecimientos deplorables de Ricardo Zamacois y Antonio Riquelme.

## COMEDIA

La Compañía Mario ha estrenado desde Enero, *La mujer de César*, preciosa obra del inolvidable Carlos Coello; *El mayordomo*, cuadro dramático muy interesante de D. Valentín Gómez, y *Ferreol*, arreglo al español de la comedia de Sardou. La *troupe* de Novelli, después de verse obligada á prolongar por dos veces la temporada á petición del público y de los abonados, ha estrenado *Il cocodrilo* también de Sardou, que probablemente veremos este invierno vertido ó *derramado* al español.

## ESLAVA

Como refugio predilecto que es de los *reventadores*, ha continuado su tradición de éxitos malogra-

dos. La lista de obras nuevas es larga. *En los pasillos*, *El gran pensamiento*, *Vapor correo*, (víctima por cierto de un naufragio pavoroso), *El alcalde interino*, *Casa editorial*, *Comunicaciones*, *El entreacto*, *Oficios bajos*, *Apuntes del natural*, *Los callejeros*, *Fondos municipales*, *The verde*, *Como tres en un zapato*, *Avisos útiles*, *La nueva Diana*, *A vista de pájaro* (título en armonía con la única manera de ver tranquilamente los espectáculos en ese teatro), *Teléfono* 2.000, *Examen de conciencia*. Algunas de estas obras han conseguido salvarse, y otras como la *Casa editorial* y *El alcalde interino*, han merecido una aprobación franca y espontánea, en especial la segunda, que tiene una linda música del inspirado maestro Brull. La revista de los fecundísimos Perrín y Palacios, *Apuntes del natural*, ha obtenido éxito análogo á los populares *Inútiles*, que han llegado á sumar 200 representaciones. En realidad la Empresa de este coliseo merecía por parte del público más benevolencia, en gracia siquiera á la variedad que impone á los espectáculos, pues desde el 14 de Septiembre último en que abrió el teatro, hasta la fecha, ha estrenado 37 obras, casi todas *juguetes* cómicos. Me parece que habría con ellos para *entretenerse* un rato.

## NOVEDADES

Ha hecho una campaña de corta duración, estrenando en ella una *Fábrica de calzado*, *Santiago y á*... y nada más.

## MARTIN

La empresa que lo explotó desde principio de la temporada cómica, hasta que pasó allí la compañía de Variedades, dió á conocer las obras *Pícara tentación*, *El busto de Rosalía*, *Los sobrinitos*, todas sin pizca de interés. En cambio los actores de Variedades han tenido fortuna con los estrenos. *Los abrazos*, *Dos canarios de café*, *La Estrella del arte*, *Bal masqué*, *Los primos*, *La iluminada* (parodia de *La Bruja*), *El seminarista*, *El Santo del chico*, *León XIII*, *Fábrica de embustes*, *Zaragoza*, *Las provincias*, *Los baturros*. Todas, ó casi todas, han gustado, y desde luego puede asegurarse que quedarán en el repertorio *Dos canarios de café* y *Los baturros*. Esta última, sobre todo, es producción que honra á sus autores los señores Jackson Veyan y Nieto que ha escrito para ella una *música* muy bonita.

## FELIPE

Este año no tiene de Ducazcal más que el nombre, pues el popular empresario lo ha arrendado á los señores Arregui y Rivero, quienes para empezar han tenido un lío por la doble contrata de la señorita Montes. Se han estrenado *Esta casa es muy de usted*, de Liern, director de escena del teatro; *Pepa, Pepe y Pepín* del mismo autor. *De verbena; La Riojana* (casa de comidas), revista política que desde su estreno se pone dos veces cada noche; *La gorra de Gómez* y *Dos inválidos*.

## MARAVILLAS

El popular actor cómico Gabriel Castilla, constituye por sí solo aliciente de sobra para atraer al público, que llena á diario el fresco teatrito. En los estrenos ha habido de todo, y de *Plan de estudios*, *Satanás en la abadía* y *Procedente de empeño*, creo yo que sólo *El milano*, chistosísimo arreglo que Estremera ha hecho para dar ocasión al maestro Brull de escribir una preciosa partitura, pasará á la temporada de invierno.

## RECOLETOS

*Noche de feria*, *El cosechero de Arganda*, *Despacho parroquial* y muchas obras de repertorio y mucha *Tertulia de Mateo*.

## PRÍNCIPE ALFONSO

El hermoso teatro, el más cómodo de los que tiene Madrid para los meses de verano, se ha abierto al fin este año, después de muchos estíos de clausura. Ha tenido desgracia en el primer estreno *Un viaje al Nilo*, pero en cambio el de la opereta *El pájaro Pinto*, ha sido franco, unánime é indiscutible, á causa, principalmente, de la hermosa música del maestro Suppé, perfectamente arreglada por Brull, y el del proyecto cómico-lírico *Certamen nacional*,

promete hacer de oro á la empresa y á los autores, y recordar por su *estabilidad* en los carteles, el famoso de la *Gran Via*.

**El libro.**

Por haberlos visto en los escaparates unos, y por haber llegado otros hasta mi humilde despacho con atentas dedicatorias, recuerdo los siguientes libros publicados en el período de tiempo comprendido de 1.° Enero al 30 de Junio.




*El templo de Flora* (cuadros de la naturaleza), por Ginés Alberola, con pensamientos autógrafos inéditos, de Alarcón, Balaguer, Campoamor, Cánovas del Castillo y Castelar. *Madrid Viejo*, de D. Ricardo Sepúlveda. *Plan de estudios*, ensayo de Miguel M. Barrios. *Los amores de la luna*, pequeño poema del insigne Campoamor, con ilustraciones de Alcázar. El volumen 59 de la colección de *Escritores castellanos*. *Ensayos poéticos*, de R. Cubillo, dedicados á Ortega Munilla y Leopoldo Cano. *Galería de matrimonios*, de Frontaura.

*Psicología del amor*, de González Serrano. *El país del chocolate*, de F. Moreno. *Latigazos* (poemas microscópicos), de F. Navarro Reza, con dibujos de Cilla y Cuchi. *La madre naturaleza* (segunda parte de *Los pazos de Ulloa)*, de Emilia Pardo Bazán. *La Montálvez*, del eminente D. José Pereda. *Los cereales y la crisis agrícola*, de Celedonio Rodrigáñez. *Piratería callejera*, del Doctor Thebusem. *Elogio histórico de D. Alvaro Bazán*, por Ramiro Blanco. *El duelo* (estudio histórico crítico), de José Borras. *El ciego de buena vista* (romancero satírico de tipos y malas costumbres), del popular Eduardo Bustillo. El tomo 2.° de la interesante obra del general Córdova, *Mis memorias íntimas*. *Las madres*, de Carlos Frontaura. *Los frescos de Goya*, obra lujosísima en grabados, de José Galván y Candela, y texto de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. Una nueva edición de los *Cuentos de salón*, de Teodoro Guerrero, ilustrada por Planas. *Países Bajos*, de Adolfo Llanos. *El cuarto poder* (novela de costumbres) de Armando Palacios Valdés. *Sinfonía del año* (poema) del notable escritor D. Salvador Rueda. *Contemporáneos ilustres* (Francisco Silvela) por A. Salcedo y Ruiz. *La mesa moderna* (cuentos sobre el comedor y la cocina) del Doctor Thebusem y un cocinero de S. M. *El vencejo de Burgaleda*, boceto de novela, muy interesante por cierto, del ingenioso escritor Federico Urrecha. *Barcelona tal cual es*, por J. Valero Tornos. *Alegría* (poema), de José Velarde. *Sesenta años en un tomo* (apuntes para la historia política, social, literaria y artística de España), por Francisco Vila.

*Mi última brega* (los rincones de Valladolid), por el inclito José Zorrilla. *Bocetos de Semana Santa*, por Saturnino Calvo. *Perfiles madrileños*, por el Doctor Blas. *Spoliarium* (cuadros sociales), de Joaquín Dicenta, con ilustraciones de Cuchy. *Al fin de la jornada* (poema), de Santiago Iglesias, con prólogo de Núñez de Arce. *¡Pobre España!* (memorias de un coronel Jefe de Zona), por Juan J. Lapoulide. *Mi romería*, de Emilia Pardo Bazán. *El hombre de las tres vacas*, de Pérez Escrich. *Manual del Jurado*, por D. Vicente Romero Girón. *La vida penal en España*, obra muy curiosa, de Rafael Salillas. *Crítica y Filosofía*, de González Serrano. *Rafael Abarca*, novela que no *aprieta* mucho, de García Nieto. *Mis plagios* (tomo IV de los folletos de Leopoldo Alas). *Tentativas literarias*, de Miguel de los Santos Alvarez. *Yo y el plagiario Clarín*, por Luis Bonafox (Aramis). *La regencia juzgada por los republicanos*, estudio de E. Gómez Sigura. *El problema de la emigración*, por Cristóbal Botella, obra premiada por la Academia de Ciencias morales y políticas. *Tauromaquia* (apuntes biográficos), por Luis Carmena y Millán. *El preso*, novela médico social, de López Bago. *Loza ordinaria* (apuntes de la vida cursi) del popular chispeante Manuel Matoses, con dibujos de *Mecachis* y prólogo de Blasco, resultando de todo, que esa loza es... porcelana fina. *Miau*, novela de Pérez Galdós, esperada con ansia y agotada con prisa. *Muestras sin valor* (prosa y verso) de Carlos Cano. *La herencia del diablo*, de García Alemán. *Escaramuzas*, de Emilio Bobadilla (Fray Candil).

*Tipos madrileños*, de Frontaura. *Amar á Dios y no jurar*, tomos 1.° y 2.° de la original colección titulada *El decálogo*, de Martínez Barrionuevo. *La última lucha*, de Alfonso Pérez Nieva. *Aventuras amorosas de un hombre de mundo*, por José Zahonero.

Todo esto sin contar una porción de obras de legislación, comercio, beneficencia, estadística, política, historia, arqueología, paleografía, heráldica, pornografía (de estas muchas), religión, filosofía y moral, teología, derecho, viajes, medicina, ciencias físicas, agricultura é... hipnotismo.

---

## Mesa revuelta.

### FRUTA DEL TIEMPO

Un poco de gramática, ó por mejor decir de analogía.

—Diga usted, niño, ¿qué es horchata?

—Una cosa muy rica que bebo yo todas las tardes.

—¿Pero es nombre ó verbo?

—Es nombre y artículo.

—¿Cómo que es artículo?

—Sí señor, y artículo de primera necesidad en el verano.

—Perfectamente. Pero si es artículo, á qué género pertenece?

—Al masculino y al femenino.

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque la toman los hombres y las mujeres.

—Muy bien; pero yo quisiera una definición más ingeniosa. Vamos á ver, ¿qué es horchata?

—Es el fresco encerrado en un vaso.

—Otra mejor.

—Es el abanico de la sangre.

—No está mal. Veamos ahora, ¿qué es horchatería?

—Es... una garrapiñera rodeada de fuego.

—Esta definición es digna de una revista anónima trascendental. Voy á proponer estas definiciones á la Academia de la lengua. Pero aun necesito otra. ¿Qué es un horchatero, es un hombre?

—No señor; el horchatero es un fuelle.

—¡Bravo, bravo!

***

## LA HUCHA

La última Memoria del Monte de Piedad, es un documento interesante y consolador.

Según él resulta que en el último ejercicio, como en los anteriores, de las 500.000 almas que constituyen la población de Madrid, ha habido cerca de 400.000 *hormiguitas* que han sabido guardar para el invierno y hacer economías.

Un periódico decía meses pasados, que la capital de España es más morigerada de lo que generalmente se cree, y que no están tan en auge la co-

rrupción, las malas costumbres y la holganza. En efecto, leyendo esa Memoria resulta que los madrileños han tenido dinero para todo; para divertirse, para hacer obras de beneficencia, y para ahorrar. Cierto que una parte del vecindario de esta gran población, derrocha y gasta más de lo que tiene, pero la inmensa mayoría observa un régimen de excelentes resultados, y sin privarse en los días señalados, del placer que más les halaga, van llenando la hucha.

El conde Vasili, escribió en uno de sus interesantes libros que el hombre del pueblo de Madrid se considera feliz si tiene una novia, un cigarro, una guitarra y un tendido en la Plaza de Toros. Mucho hay de verdad en esto, pero como la novia se contenta con *flores*, y el cigarro es baratísimo, y la guitarra se compra de lance, y el tendido es de sol, resulta que aún le sobra dinero para su alimentación frugal y para darse una vuelta por el Monte de Piedad, donde va acumulando en pequeñas porciones cantidades que quizá dentro de algunos años le permitan ir á los toros á contrabarrera de sombra, y celebrar su boda con esplendor.

Hoy, entre el inmenso número de imponentes en las Cajas de esa Sociedad, quizá forman la fracción más respetable los artesanos y jornaleros.

Téngase en cuenta lo cara que es la vida en Madrid; las diferentes suscripciones, para todos los fines, que anualmente viene á llamar á las puertas de todas las clases sociales; las enfermedades, que

hacen gastar en médicos y botica cantidades exorbitantes, con relación á los recursos de los enfermos, y se ve claro que existe en Madrid el instinto del ahorro, aunque otra cosa puedan pensar los que ven las calles siempre llenas de gente, y los cafés y teatros rebosando contertulios y abonados.

***

EL OBSERVATORIO

Después de la *aciclonada* cuestión de Noerleshon, muy propia de nuestro carácter, de nuestro temperamento y de nuestras modernas costumbres



antipatrióticas, las tormentas de estos días han vuelto á poner sobre el tapete la cuestión de si el

observatorio de Madrid está bien ó mal montado y si sirve ó no para algo.

Yo creo que es más *observador* que *observatorio*, puesto que si no anuncia nada con anticipación, gusta en cambio de fijarse y analizar los hechos consumados.

Una señora compró un barómetro aneróide. No conocía esos instrumentos y preguntó al chico que se lo trajo de la tienda, lo que había que hacer para entender sus indicaciones. El muchacho, que en su vida mortal había visto un barómetro ni se había encontrado en apuro semejante, contestó sin embargo con la mayor serenidad.

—Es muy sencillo. Ya ve la señora que tiene dos agujas, una dentro del cristal y otra fuera. Pues bien, la de fuera es la que señala las variaciones del tiempo. Que llueve... la pone usted en *lluvia*. Que hace sol... lo corre usted hacia el letrero del *buen tiempo*.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Algo así va resultando nuestro clásico observatorio.




JULIO.—AGOSTO.—SEPTIEMBRE.

# JULIO, AGOSTO Y SEPTIEMBRE

## POTPOURRI VERANIEGO



*(Sol en Leo.)*

### A la estación del Norte.

No hay nada capaz á detener la *fuga*, una vez iniciada. Ni la atracción candente del misterio en que aparece envuelto el horrible crimen de la calle de Fuencarral; ni el atrevimiento de aguas potables que se llama *El Niágara;* ni las delicias de los baños del Manzanares, que proporcionan al bañista arcilla bastante para suprimir por algún tiempo al arenero; ni los espectáculos brillantes y animados del Circo de Rivas, punto predilecto de reunión del público madrileño; ni los conciertos que en el Buen Retiro da la *Unión Artístico-Musical*, con gran aplauso de los aficionados y mucha honra para su

director el maestro Jiménez; ni las funciones de ópera; nada puede contener la emigración desde que amanece el día 1.° de Julio tocando á diana, y en todos los pechos amantes de todos los *amateurs* se siente la misma conmoción, y de todas las gargantas se escapa el mismo grito: ¡A viajar!

Aún no hace muchos días, al ver cómo vertían agua sobre las calles de Madrid las nieves primaverales que traían de lejos con los ciclones la pulmonía exótica, hermana espiritual del catarro de Navacerrada, hubo en el bello sexo alguna *touriste* que creyó que este año se suprimiría por innecesaria la excursión veraniega á las playas de Guipúzcoa y de Ostende. ¡Error trivial de gente que no conoce la atmósfera de Madrid ni los fenómenos de la meteorología nacional! Bastó que una ciudadana hermosa de las que cultivan el traqueteo del ferrocarril guiñase el ojo al sol para que éste saliera de su modorra y se vistiera de rayos incandescentes y recobrara el imperio de sus hogueras, rasgando nubes, deshaciendo vendavales é incendiando rastrojos.

El cielo de los labradores quedó en el acto más azul que el de los poetas endecasílabos, y el astro que hemos dado en llamar rey, porque nos quema la piel *despóticamente*, apuntó sus flechas directamente á los tocadores madrileños,—donde viven entre algodones las diosas repintadas del Real—y un grito felino de angustia, ajustado al diapasón de los grandes terrores, se oyó en todas las casas, produciendo sonería de arrebato; una cosa así co-

mo fuga de vocales, como la explosión más elegante, desordenada y amorosa que ha visto en días caniculares la Montaña del Príncipe Pío, en cuya falda abrupta y en cuyos bajos, tiene *medio* piso propio la Estación del Norte.

Las modistas y *modistos* (que ya los hay en Madrid) prepararon en breves horas los trajes más llamativos, los talleres de confección dieron salida á los sombreros más estultos, á las capotas más extravagantes, á todo ese forraje imitado de flores y frutas secas que ha servido para desfigurar durante el invierno y la primavera las cabezas meridionales más hermosas de la creación.

Cuando el equipaje estuvo listo se metieron en coches de lujo, ó de alquiler, ó en tranvía (según la hora y el estado del bolsillo), y de ese modo se precipitaron á las puertas de la Estación del Norte pidiendo amotinadamente coches y reservados al Sr. de Casas. La campana ó esquilón de San Antonio de la Florida se conmovió también y tocó á vuelo las estrofas de la verbena en regocijo de la visita, y hasta los preciosos frescos de Goya, que representan hermosuras del siglo pasado, parecían descender de las mechinas para saludar y besar á las herederas de sus encantos.

Se necesita ser de amianto para no conmoverse ó combustionarse al aspecto de las madrileñas cuando se presentan de improviso en el andén, achicharradas por el augusto Febo y rendidas por el traqueteo de mundos, cajas, bolsas y bolsines; cuando piden agua, aunque sea del arroyo, y aire,

aunque vaya disfrazado de ciclón, porque, dicho sea entre nosotros, la verdad es que de cuatro á ocho de la tarde la Estación del Norte parece un volcán recién apagado, un macizo de lava hirviente, una estufa á la temperatura moderada de los fuegos artificiales cuando se queman con despilfarro.

Claro es que los empleados viven en ese elemento, como las salamandras, por la fuerza del hábito; pero los viajeros del *confort* á la inglesa y las rubias de ocasión á la española, no pueden respirar en el medio ambiente de la calcinación del asfalto, y echando humo y vapores se arriman á los coches, cuyo interior es una reducción de la gran estufa motriz, y cuyas manecillas y agarradores queman las manos sin licencia de los jefes de la estación, Casas y Rivera, que están en todas partes con los inspectores Roncali, Topete y Pino, asistiendo á los *sofocados* y tranquilizando á los ahogados.

—Esto sólo dura hasta penetrar en la Casa de Campo—les dicen, y aunque el fresco no ha venido todavía se contentan esperándole.

Antes del diluvio otoñal de la última invernada, quiero decir, hace media docena de años, poco más ó menos, el fuego concentrado en esa estación se templaba con vasos de limón y naranja, servidos en bandejas sucias por camareros de pelo crespo, zulús de la sierra, dé los más brutos que vienen de la Alcarria. La gente cerraba los ojos y bebía agua tibia, limpiándose los labios con el pañuelo,

y después pagaba en monedas de plata ó de cobre una tarifa convencional de la clase de ambulantes, que siempre producía admiración. Alguna vez tropezamos con esos agualojanos de clase distinguida y á punto estuvimos de volcarles la merienda; pero la cultura de estaciones no había llegado á más en punto á refrescos, y no había más remedio que conformarse.

Precisamente porque no nos conformamos entonces, hemos visto con gusto y hemos aplaudido la innovación introducida este año en este ramo tan importante del confort higiénico. Consiste la novedad en una instalación de refrescos ingleses sencilla y del mejor gusto, en que predomina la limpieza. Un *Stuard* correctamente vestido atiende á los pedidos (que no son pocos), y dos mozos lo sirven con manos limpias y ropa nueva. Allí se da la *Soda Water* como en los cafés de Londres, sobre almíbar de limón, de pasas de Corinto ó de fresa española, en copas de forma rara, pero bonita. Hasta ahora no se ha ofrecido al público horchata de chufas por considerarla, sin duda, incongruente con los jarabes y



bebidas de extranjis, pero yo aconsejaría á las personas que han tenido la buena idea de la instalación de los refrescos que guarden una garrapiñera de horchata y otra de limón, por si hay alguien que tenga antojo de esos *bebedizos*.

La instalación reviste carácter distinguido y está frecuentada por la *crema* de los viajeros impresionistas que bajan por las tardes á la estación. Eso no obsta para que haya ó deba haber en ella toda clase de refrescos, porque paladares muy finos y muy aristocráticos conozco yo que, después de comer trufas, comen callos y caracoles del *Petit-Fornos*, y mezclan con el Borgoña más superior el atrevido Valdepeñas. La instalación hará fortuna entre los que se van *de veras* y los que son simplemente *abonados* al andén, con tal de que los dueños, demasiado tontos ó demasiado galantes no se dejen sobornar por las personas de aspecto respetable que se dedican á solicitar billetes *de favor* para todos los espectáculos que se dan en Madrid; para todas las inauguraciones de tiendas y cafés; para todas las giras y meriendas campestres, políticas y literarias; para todos los viajes de necesidad ó de recreo, incluyendo en estos últimos los de la luna de miel, pues más de una boda se ha perpetrado entre contrayentes de ilustre cuna, figurando en el presupuesto del *trousseaux* los billetes de ferrocarril á mitad de precio, teniendo que emplear á veces para conseguirlo altísimas influencias.

Hablando de esta verdadera lujuria de merodeo, que constituye uno de los vicios más salientes de

las clases ricas y distinguidas, oí decir hace tiempo que cuando vinieron los igorrotes á poblar un cuartel del Parque de Madrid y se abrió la Exposición de Filipinas á peseta la entrada, pasaron de 2.000 las peticiones de billetes de favor que se recibieron en pocos días en el Ministerio de Ultramar. Las que reciben los Consejos de Administración de los caminos de hierro, exceden de ese número todos los años, y es curioso de ver qué combinaciones se hacen y qué sutilezas se emplean para obtener un billete ó una orden de reservado sin limitación de asientos, ó en el pago de tres, cuatro, cinco, *cinco..., y medio*, todo menos los reglamentarios.

Se cita en los anales el caso de dos señoras muy elegantes, muy ricamente vestidas, con *impertinentes* y rabadillas empingorotadas, que después de obtener con gran empeño billetes de favor de primera clase, volviendo muy apuradas á pedir una orden especial para acomodarse en el *Sliping-car*, pues decían que damas de su porte no podían viajar de cualquier manera, como la gente ordinaria.

Con que mucho ojo con las viajeras sensibles de sonrisa equívoca, y con los galanes de posición, sobre todo con éstos, que suelen ser los que tiran más de los billetes á medio precio, y en caso de abusar, los que se atreverían á pedir gratis, muy cortesmente, una copa de *Soda Water* en los refrescos ingleses.

---

## El Crimen de la calle de Fuencarral.

(NOTAS SUELTAS)

Sí; notas sueltas, apuntes varios, é impresiones rápidas, porque otra cosa no cabe, ni encaja, ni armoniza tratándose de un asunto que ha ocupado por espacio de dos meses las columnas de todos los periódicos, y de un libro que ha de publicarse cuando el lector haya olvidado los incidentes todos del crimen y del sumario.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El crimen de la calle de Fuencarral, por sus circunstancias especiales, ha conmovido hondamente todos los espíritus. Las mujeres nerviosas en particular, se han llenado de terrores, figurándose el trance horrible de aquella desdichada señora, que primero es apuñalada con cuchillo de hoja fina, y después quemada en hoguera por medio del petróleo.



Este género de muerte es de carácter indiano y no se conocía en Madrid. Por eso causa tan terrible efecto en los escribidores de novelas patibularias al uso de Ponsson y Montepin.

La señora Doña Luciana Borcino, no era joven ni bella por cuanto disfrutaba una renta de 10.000 duros anuales, y gastaba poco, aunque le agradaba vestirse con trajes de valor y joyas raras. Dicen que de éstas tenía un buen montón y que todas se han encontrado en los estuches, con el dinero en metálico, en billetes y en acciones de Sociedades. ¿Qué buscaba el asesino astuto al realizar ese crimen? ¿Quería matar para robar? De las primeras averiguaciones no resulta así. ¿Quería vengar desdenes de amor, se inspiraría en los celos que son pasión homicida? La interfecta tenía ya cincuenta años, y como se ha dicho, no era agraciada de rostro ni de cuerpo. Sin embargo, entre sus papeles de negocios dicen que se han hallado cartas de amor. *¿Qui lo sa?*

Figuran en este drama espantoso, una criada llamada Higinia Balaguer, que ha tenido relaciones íntimas con un cojo, dueño de un puesto de agua contiguo á la Cárcel-Modelo, mujer la tal Higinia, que por su firmeza é impenetrabilidad inspira miedo. Un perro que no ladra por estar narcotizado. Una vela de sebo.

La instrucción de la causa se asegura que está en buenas manos, pero lo cierto es que en la instrucción del proceso se camina de sorpresa en sorpresa; que antes de llenar algunos folios, la opinión pública señala como autor del asesinato al hijo de la víctima José Varela, el *Varelita* de los cafés de cante, las tabernas, y las casas matriculadas en la Sección de higiene del Gobierno civil,

que más tarde se prueba de modo incontestable que ese joven disoluto salía de la Cárcel, donde estaba preso, cuantas veces le acomodaba; que después resulta seriamente complicado el Director de esa Cárcel que es *Modelo* de todo... menos de cárceles; y que por último, los periódicos de Madrid tienen que lanzarse sin reserva á una campaña seguida en perjuicio de todas las secciones de sus respectivos diarios, para evitar que ofuscaciones ó tergiversaciones den al traste con el descubrimiento de la verdad, pues realmente en manos del Juzgado instructor, los *hilos conductores* resultan tan ineficaces, como los del teléfono cuando la Central se empeña... en no contestar.

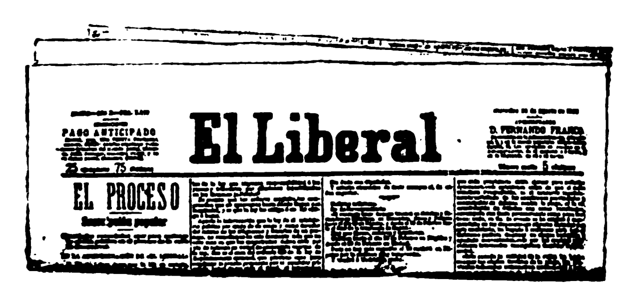
En esta tarea jurídica corresponde de hecho y de derecho la palma, á los periódicos *El Liberal* y *El Resúmen*, que han contribuido no poco al exclarecimiento de algunos hechos, que se han dedicado en cuerpo y alma al trabajo de auxiliar y orientar á la justicia. Si, en definitiva, Varela no resulta complicado en el asesinato, si le condenan solo sus antecedentes, y de éstos se han valido otras personas para echarle el muerto, siempre quedan de manifiesto, con la demostración de sus



salidas de la cárcel, la organización defectuosa de ésta, y el desahogo de algunos funcionarios.

*El Liberal* y *El Resumen* han aumentado por esta campaña, de un modo fabuloso su legítima popularidad. Sus directores, los simpáticos é inteligentes periodistas D. Mariano Araus y D. Adolfo S. de Figueroa, bien merecen el aplauso entusiasta que de todo corazón uno al que les ha tributado el vecindario en masa de Madrid.

¡Dios haga que se descubran los móviles de este asesinato y que se castigue ejemplarmente á los


PAGO ANTICIPADO

El Liberal

EL PROCESO

autores, que no se desperdicie tiempo inútil en las actuaciones, y sobre todo, que no se demore indefinidamente la celebración del juicio oral, que llegue pronto el día del juicio, y que no tengamos que esperar para presenciarlo, al *día del juicio* como se suele decir.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La opinión pública se ha *congestionado* hablando á diario del famoso crimen, y no hay lector benévolo, ni impresionista fulminante que no se haya

forjado una leyenda romántica, y haya aportado su contingente de detalles sangrientos al horno de caldear noticias, que durante el mes de Julio viene funcionando en casas, calles y plazas.

Yo reconozco que los meridionales somos así, que no podemos remediar estos apetitos, y que cuando faltan noticias que entregar á nuestra voracidad, las inventamos, las circulamos y las imponemos. O somos ó no somos iberos de la raza viril que vino por curiosidad á esta tierra á saber cómo pescaban los fenicios, y cómo se recibían los palos que daban los indígenas de toda comarca invadida que se respeta.

El crimen de la calle de Fuencarral, constituye una leyenda terrorífica llamada á producir espanto en las edades futuras. Porque muy bravos y chapados han de ser los impresionistas del porvenir que no se *derrumben*, es decir, que no se caigan de espaldas al leer el extraño proceso que forman los desocupados de los cafés y los mismos periodistas, corriendo de acá para allá, á pie y en coche tras el Juzgado y sus agentes, tras Higinia Balaguer y sus cónyuges... amantes, tras el joven Varela, tan joven y ya tan infeliz; tras su cohorte de ratas y espadistas, y tras la reata de beldades onomatopégicas, que se arañan con maullidos más feroces que los que emplean los gatos monteses.

La narración del espectáculo ha causado síncopes á cien leguas de distancia, y el humo del petróleo se ha dejado sentir hasta en las bugardas de la línea equinoccial. ¡Qué salvajes son los *bár-*

*baros civilizados* de Occidente!, han dicho los hambrientos caribes del extremo Oriente al saber que después de acuchillada, quemada y tostada la señora de Varela, no tuvieron los asesinos el buen gusto de comérsela.

¿Llegará esto á ocurrir algún día? No me atrevería á decir que no. Ya vamos cometiendo crímenes al estilo extranjero, *imitados del francés*, como algunas comedias, y quién sabe si mañana se realizarán á lo caribe.

Por honor de los tribunales, y por mi propio decoro, resisto á la tentación de escribir á mi modo y manera la novela del crimen consabido. No citaré nombres, ni acusaré ni defenderé á nadie, para que los apasionados no rasguen este libro, como rasgaron en cierta noche *La Correspondencia* de arriba abajo; pero sí diré para que quede consignado en estas crónicas, que el crimen de la calle de Fuencarral ha excedido en horrores y en pavorosos misterios á todo cuanto en delitos comunes se conocía, que ha impresionado vivamente, terriblemente, el espíritu recto aunque algo novelero de los madrileños, y que el hecho fatal, formará una triste efeméride en los anales de la ferocidad humana.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

POST SCRIPTUM

El crimen de la calle de Fuencarral, perpetrado por sectarios de la *escuela flamenca*, ha inspirado al

señor Gobernador la necesidad de perseguir á esos librecultistas del vicio, apretándoles hondo el gaznate y las zarpas para que no escandalicen con sus berridos, ni den públicamente asaltos de navaja á los transeuntes. Si el Gobernador lleva á cabo su propósito, no volverán á verse en la calle de Cambroneras riñas de jitanos, como la de hace pocas noches, ocurrida por cierto, entre *cinco* hombres y dos mujeres, resultando todos heridos, menos una de las jitanas, moza de rompe y rasga, que canta peteneras, dice la buenaventura, y se las tiene como esa noche á balazos con sus contrarios. Como á falta de pan, buenas son tortas, esta distinguida prójima, es capaz de ponerse á servir sin cartilla en una casa decente, como la Higinia Balaguer, y cometer un asesinato en la propia persona de su señora, y acusar después á todo bicho viviente.

Si el Gobernador no retrocede, van á pasarlo mal los *cantaores* y *bailaores* de los teatrillos y cafés, singularmente las profetisas de cara aceitunada que andan por las calles vendiendo la magia del amor en la buenaventura. La magia en el amor es la parte más cultivada de esa ciencia negra de los saludadores, porque es la que más produce y la que mejor se paga por la prodigalidad de cierta clase de amantes. La antigüedad creia en la magia. La época presente, un si es no es recelosa, vacila en creer, pero en cuanto el caso aprieta, cree á pies juntillos á la *bohemia* que le dice reconociéndole la mano:

—«Hijo, serás feliz casándote con una princesa. Hija, prepara la ropa que te aguarda un príncipe más guapo que el *mesmo* sol.»



Quitad á la magia el derecho de decir la buenaventura, y habréis quitado á la poesía antigua el encanto de los prodigios, habréis robado á las tiendas donde se permite hacer tertulia, la sorpresa interesante que causa ver entrar á una jitana de color de cobre y aire desenvuelto, vestida de percal de colores chillones, el pelo crespo, los dientes blancos, los ojos como dos moras, las manos con dedos largos y uñas de acero, por supuesto, sin limpiar, que se acerca al más tímido de los concurrentes, y empieza por llamarle hermoso y por decirle que le trae la bolsa de los talismanes y los hechizos, para que las mujeres se mueran por él y le envidien los amigos, y le aplaudan los valientes y los... ratas.

Buen pais para los oráculos, aquel en que abundan los necios y las cuadrillas de jitanos echando las cartas á la luz de la luna y en mitad del arroyo.

Recomiendo al Sr. Aguilera que no ceda en su laudable intención, aunque se le *arranquen hondo* los héroes y heroínas de la taberna, los familiares del Rastro, y las chulas de la Ribera de Curtidores.

Pero mal se compaginan hasta ahora esos propósitos, con la reciente autorización de abrir en el centro de Madrid, en la calle de Alcalá, una chocolatería *flamenca*, con cante y baile, y como es lógico, chocolate que de ordinario se sirve con mojicón y... entre *mojicones*.

Hay que tener entereza, pues el crimen nefando de estos días ha revuelto el fondo cenagoso de cierta parte de la población de Madrid, arrojando á la superficie olores que perjudican al olfato, y cuerpos que dañan á la vista.

---

## Salir de Madrid.

La afición á veranear, convertida en necesidad de carácter apremiante, va tomando un vuelo tan prodigioso, que casi resulta ya inverosímil. Aun no hace muchos años, sólo iban al extranjero los que tenían necesidad de hacerlo así por sus negocios, ó se daban ese placer autorizado por sus abundantes rentas; sólo se acercaban á las orillas del mar los que verdaderamente necesitaban de sus ondas amargas para alivio de enfermedades, y apenas se alejaban á alguno que otro pueblecillo

de las cercanías de Madrid, los que por comodidad ó por achaques no podían ó no querían soportar la atmósfera densa que rodea á la villa y corte durante los meses del estío. Hoy las cosas han variado totalmente. Salir de Madrid no es ya únicamente remedio de los enfermos, vacación de los hombres de negocios, y pasatiempo de los ricos; es, como he dicho, una necesidad que cada cual se crea en particular, y comunica á los demás; es el bello ideal de cuantos aspiran á sentar plaza de personas distinguidas. ¡Viajar! ¿Cómo es posible pasar un verano sin viajar?

Indudablemente hay muchos modos de hacerlo. Y como para los efectos de *quedar bien* con la sociedad, basta que los periódicos den la noticia del viaje, y esta noticia limitada á decir por ejemplo: *Ayer salió por la línea del Norte*, etc., deja abierta al viajero, sin compromiso, la puerta del vagón, para apearse donde guste, muchos de los viajes de verano, muchos de los que á toda costa salen de Madrid, se limitan á llegar á los pueblos vecinos, y para los efectos *externos* de la expedición, el resultado es el mismo que si franqueasen la frontera.



Lo malo es que Pozuelo, Carabanchel, Leganés, Villaviciosa y otros pueblos de estas inmediaciones, maldito si ofrecen á sus moradores veraniegos las delicias campestres que pudieran indemnizarles de las fatigas de la vida de Madrid. Ni esa feraz y deliciosa campiña que rodea otras poblaciones menos importantes y de menos recursos que la nuestra; ni una magnífica posesión; ni una lujosa quinta; ni un paisaje ameno y variado en que vengan á formar artístico contraste el valle y el monte, el bosque y la pradera, los árboles y las flores; nada, en fin, de cuanto en las cercanías de otras poblaciones convida á abandonarlas, sin abandonar por eso el territorio que dominan sus elevadas torres, se encuentra en las de Madrid.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El mar, el agua uniforme y multiforme, salada y espumosa, el charco grande, como dicen algunos, ha llegado á ser en verano un accesorio de primera importancia para la vida de Madrid. Los cronistas de salones y teatros, que tienen el privilegio de inventar epítetos geniales, han dicho siempre que la playa vasca es muy madrileña, y mientras resuelven que el gran Océano sea madrileño también, el mundo cortesano, amedrentado con los chubascos frecuentes de las nubes, que este año se han propuesto alborotar el zodiaco y desbancarle, desfila á paso gimnástico sobre el entarugado betuminoso de la calle del Arenal, y se deja llevar al mar en el ala de la nostalgia que nos aflige y obliga á ser ingratos.

En el fondo, la madre naturaleza no hace más que embrollar las estaciones y dar aliento á los *touristes* de la natación, invitándoles á lanzarse á toda costa en ese Océano inclemente que se traga sin piedad los más hermosos vapores.

Y dicen los terraqueos mal avenidos que vagan por las calles escarneciendo á la moda: —Pero, señor, ¿por qué los hombres y las mujeres de Madrid han de abandonar esta existencia tranquila que les regala la fortuna próbida para correr en el mar peligros de muerte? ¿No es mejor la nostalgia del bienestar y de la ociosidad dichosa, que el tormento de una vida aventurera entre galernas despiadadas y tempestades asoladoras?

Debiera serlo en efecto, pero el mar ejerce á pesar de todo, su influencia en los cerebros acalorados de hoy día, sin duda porque más allá del horizonte sensible de las olas, se eleva siempre la voz dulce de las sirenas.

En tanto que la madrileña de vida elegante comienza á morder en este mes la manzana del cosmopolitismo, y se va á los hoteles de la costa á comer asado ó socarrado el famoso *poulet* francés, los madrileños pobres se quedan aquí para contemplar la perpetua visión de la tierra natal. Por fortuna no sufren demasiado con esta privación de la villegiatura, porque su temperamento, curado al sol que dora las avenas del Manzanares, es poco nostálgico.

Las estaciones se suceden en la bóveda celeste, y los madrileños pobres las ven y las sienten á tra-

vés de las neblinas que forman el gas deletéreo, el polvo venenoso, el humo de las chimeneas, el de los cigarrillos *colilleros*, el vaho de las cuadras de caballos, y el de los establos de vacas. Amoniaco puro, respirado á dosis masivas que la luz no franquea, porque la atmósfera está desnaturalizada.

Los ojos que no han visto más que en esa luz tenue, y no conocen los dominios campestres del dios Pan, venerado en Aranjuez, en la Granja y en el Pardo, tienen una óptica singular que desconoce por completo á la madre naturaleza. Condenados á vagar por las canales de piedra berroqueña, que se llaman calles de Madrid, donde sube y baja como el flujo y reflujo la ola de la actividad humana, no conocen más bellezas estéticas ni otras flores, que las rosas anémicas, espirantes en las cestas de mimbres de las ramilleteras, ni otros horizontes que los bloques de piedra y ladrillo, apilados, ni extensiones mayores que la de los tejados coronados por grupos de chimeneas de hierro. El dios Pan, no se halla vivo ni muerto en estas soledades urbanas del Madrid tórrido y seco, por donde pasean las burras de leche y los perros sin bozal.

El consabido todo Madrid de este querido lugarejo, ha huído ya hacia los mares polares Atlántico y Cantábrico. La fuga de vocales ha resentido, como todos los años á la Corte, pero lo que llamamos la villa de Madrid no ha cambiado de aspecto, porque sigue siendo la ciudad del sol, y es poco sensible á la ausencia de esa oligarquia elegante

que puede afectar á las modistas, á las planchadoras y á las costureras de las grandes casas, á esas artistas de dedal y perifollos que arreglan los vestidos, y combinan sus pliegues, y crean con sus dedos afilados poemas de seda y terciopelo, para la gloria y seducción de los cuerpos femeninos.

Las costureras aman á pesar de eso el estío, y se consuelan con las flores que compran más baratas, con las giras que hacen los domingos á las Ventas y á la Pradera del Corregidor, y con las playas inexploradas del colosal Manzanares, que mana en los breñales del Real.

Madrid se muda de casa todos los años en Julio y Agosto. La ciudad del sol queda entregada á las alegrías dominicales de las afueras, donde la muselina de las modistillas suele achisparse con las impurezas del peleón servido en vasos de vidrio, sobre manteles de hierba, y donde se marean con el jaleo nervioso, epiléptico, serpentino, del fandango regional bailado por ellas á saltos de perdiz, con repique de castañuelas, rasgueado de vihuelas, y palmas alborotadas.

---

## Las aceras de noche.

El sol toca ya al término de su jornada. Va á esconderse detrás de la Casa de Campo, y se despide de nosotros entre la niebla que desde el Manzanares extiende sus blancas alas, y las nubes dora-

das y rojizas que á semejanza de cortinas le rodean en su ocaso. Se acabó el día. Otro grano de la existencia que cae del reloj de la vida. Un momento menos en la inmensidad incomparable del tiempo. Va á llegar la noche para correr un velo sobre el gran cuadro de la miseria humana, mecida ya en llanto ya en alegrías, en lo pasado, en lo futuro, en la realidad y en las ilusiones.

La noche es el sueño universal; es el misterio que encubre los deleites; es una pausa en la carrera del dolor; es la hora del olvido; la muerte en *ensayo* diario, para representarla *á la mayor brevedad*. La noche es una negación, porque durante la ausencia de la luz, el hombre feliz duerme, y descansa el desgraciado; ambos mueren por unas horas, y es que somos mariposas girando eternamente en un círculo uniforme, cuyo centro es la tumba. El día es para ver, la noche para sentir. En ésta, el alma cansada del continuo movimiento en que la hace girar el cuerpo, se concentra en sí misma, recuerda, sueña y goza.

Pero la noche que hoy se está entrando, se presenta muy alegre con su manto estrellado y albos celajes, que como fajas, parece que sostienen el firmamento, y como voy á decir dos palabras acerca del aspecto que de noche presentan las aceras de Madrid, debo dar punto á estas filosofías, que además no valen nada.

Quiero decir, pues, que se han cerrado los salones de la buena sociedad, y se han inaugurado en las calles las tertulias de la *brisca* y el *tute*. Estas

*soirées* son la defensa que los vecinos de Madrid tienen contra las inclemencias del sol.

Después de un día de angustia, cuyas horas se han empleado en buscar—sin encontrarlo—el medio de respirar, de uno de esos días en que el cielo parece un inmenso brasero, y el aire resulta más sofocante que el *Simoun* del desierto, justo es que los habitantes de las tiendas, de los sotabancos y de las porterías, se regodeen con la sombra benéfica de la noche. Pero no por esto debiera consentirse que esos grupos de personas casi en paños menores, intercepten por completo el paso de los transeuntes. Hay en esas tertulias, hombres, mujeres, niños, ancianos, gatos y... hasta pájaros. Todos salen á la calle en cuanto se encienden los faroles, todos abandonan los *nidos* que los arquitectos construyen sin acordarse nunca de que en el verano de Madrid, hay tardes y noches en que el oxígeno desaparece de la atmósfera, para dejar el puesto á toda clase de miasmas y á la niebla que producen el polvo, el riego y la evaporación humana.




Los coches despejan algunas veces estos grupos en que la baraja juega el principal papel, pero

pasa el peligro, y el corro se restablece y los transeuntes tienen que subir y bajar de la acera al arroyo diez ó doce veces en un trayecto de treinta pasos. Esto es sencillamente un abuso, y no se debía consentir.

Ya que el Ayuntamiento se muestra tan aficionado á imponer contribuciones, publique un bando que diga: «Se prohibe *sudar*, y por lo tanto, nadie tomará el *fresco* en las aceras.» Y si no se obedece y continúan las tertulias callejeras, cobre sin piedad impuestos por los *grupos* que pasen de... una persona.

Porque lo cierto es que molestan mucho, que no consiguen, después de todo, sino á medias su objeto de refrescarse, y que han logrado demostrar, gracias á las *eses* que nos obligan á hacer, que no es la línea *recta* la más *corta*.

---

## La casa de la Villa.

Ha hecho estos días su primera genuflexión sin herir á nadie. Ha sido un aviso que da el vetusto edificio á los simpáticos ediles de la Corte de las Españas, para que busquen otro albergue más adecuado á las necesidades profanas de estos tiempos.

La verdad es que desde el día 19 de Agosto de 1619 en que ese edificio barroco, medio feudal, abrió sus puertas á los señores del Concejo, no ha pasado un día sin lamentarse de su destino.

Se quejó primero cuando derribaron la iglesia de San Salvador, en cuya sala capitular celebraba sus sesiones el Ayuntamiento antes de trasladarse á las Casas Consistoriales donde se hospedaron los Presidentes de Castilla, los Corregidores y los Regidores perpetuos. Se quejó más tarde cuando para abrir una calle estrecha y lóbrega en la calle Mayor, dieron en tierra con el convento de monjas



de Constantinopla. Estuvo á punto de desmoronarse y aplastarse, el día en que el Consistorio de ciudadanos madrileños discutió con prolijidad si debía ó no atender una súplica reverente de D. Pedro Calderón de la Barca, en la cual pedía que le pagasen los míseros ducados convenidos por la composición de cierto número de Autos sacramentales que escribió para las fiestas del Corpus. Crujió de rabia patriótica el día en que por influencias extrañas se pensó derribar la torre de los Lujanes, su vecina de enfrente, para que el recuerdo de la pri-

sión de Francisco I no molestase á los franceses. Y estuvo á punto de abrirse en canal como una granada, cuando se dió el primer refresco conmemorativo de la primera corrida de toros.

Verdad es que las veladas, como ahora decimos, se repitieron con prodigalidad suntuosa á cada suceso fausto ó infausto de la villa ó el reino; que las comisiones de festejos afinaron los presupuestos de modo que la mayor parte se invertía en fiestas y regalos; que para civilizar el inculto servicio de las meriendas municipales se hizo comparecer al gran Lhardy, quien despojándose de su severidad helvética, entró con el gorro blanco, cortando, trinchando y despilfarrando.

La casa de la Villa no puede ya con su historia. Ha visto como se resquebrajaba el corral de la Pacheca, morada plácida de deleites de señores prebendados, ha oído decir que la catedral de Sevilla se hunde, que la de Córdoba se estremece, que la de Burgos se agrieta, y que la de Toledo da el quien vive á los fieles, y dice para sus pasillos oscuros y destartaladas bohardillas: «Todo el mundo boca arriba, que yo me acuesto para siempre jamás, sin permiso del Alcalde.»

Dicen que la Municipalidad, llena de rumbo como aquella que regaló el Casino á Doña Bárbara de Braganza, y se gastó millones para obsequiar al Príncipe de Gales, piensa comprar el hermoso hotel de Anglada, para instalar en él, con lujo y ostentación, las dependencias del Ayuntamiento.

Más vale tarde que nunca, dirán algunos, y yo

digo que el grandioso edificio de la Castellana no me parece el más apropósito para Concejo de la Villa de Madrid, ni para Palacio Municipal de la corte de las Españas.

¿Por qué?

Adivínelo el curioso lector.

---

## Las noches del Buen Retiro.

Los Conciertos del Retiro, no han perdido la tradición. Nacieron al calor de dos incendios, el de la canícula y el del amor, y como éste no muere nunca y aquélla se repite todos los años, la aspiración se conforta en los claros de luna, y el ideal pasea de americana por entre los árboles que dibujan senderos, á veces en sombra densa, á veces iluminados por derroches de luz, ó simplemente por reflejos de hilos diminutos, con pretensiones de vía láctea.

El jardín se ha mejorado con plantaciones nuevas, y aun parece que se ha hecho más íntima la soledad de las veredas por donde la luz anda á saltos, cual si sufriese violentas interrupciones, ó se intentara representar con ella una luna errante dentro de un jardín ligero lleno de misterios y atractivos.

La orquesta parece que tartamudea en las profundidades de los bosquecillos, se la oye llegar á

olas en armonías entrecortadas á los senderos perfumados por las flores y consagrados por el amor de esas parejas furtivas que buscan la sombra á fin de escuchar la música fina, incierta y melancólica del concierto que da á las sensaciones del pasado, recuerdos de felicidad y de ternura.

Entre las bellezas *acomodadas* ó no, que concurren este año al Jardín del Buen Retiro, el color blanco domina, es la nota superior de las *toilettes* femeninas. Se diría que por un acuerdo tácito han surgido de la misma temperatura, y á la misma hora las telas más claras y transparentes, cual si el mundo femenino quisiera vestir por la noche de *claridad*, por aquello de que nunca las mujeres son verdaderas hembras más que en la estación ardiente del estío.



Con el cuello al aire y el escote en cuadro ó en triángulo, los brazos casi desnudos, el movimiento de las piernas perceptible, y el seno tembloroso por el vaivén de la respiración, andan ellas frescas y risueñas, muy perfumadas, con el cuerpo ondulante y los ojos vivos, estudiando á las *perversas* que no transigen con el color sutil de carne, y anhelan el blanco puro, el blanco rabioso é implacable, el blanco de pierrot, marmóreo, funambulesco,

grotesco, ilógico, y por complemento... sucio, pues no es con polvos de arroz ni con mejunjes de bruja con lo que una mujer hermosa puede lograr hacerse inmaculada, sin tacha, cual los copos de nieve que se recogen en las umbrías de las selvas vírgenes.

Esta clase de mujeres abonadas á los conciertos, no encuentran nada bastante blanco, bastante *herminio*, bastante níveo, para servir de cureña á la locura de sus cuerpos, pues cuanto más procaces y desenvueltas son estas desdichadas, más procuran adornarse castamente con el atrevido símbolo de la virginidad. Las sedas de los trajes de boda, las gasas flotantes de la primera comunión, el pudor olvidado y la inocencia perdida, todo esto es lo que á la luz del gas, en los vapores de la noche, entre siluetas vulgares y rostros ordinarios, quieren tener y ostentar esas mujeres de yeso.

Cuando no hay concierto, hay función en el escenario del teatro, y en esas noches de ópera, á gran distancia del proscenio, pues lo elegante es formar corros y no tener butaca fija, se ve aparecer en el tablado una mujer también blanca, vestida de color de rosa, que se presenta en escena gesticulando, gargarizando, con una mímica sin intención y unas picardigüelas de guardarropía. Esta mujer no exhibe más que su sexo, y el contoneo del torso, y el taco airado de sus caderas, y la remoción turbulenta de sus faldas. La voz, si la tiene, no la perciben más que los profesores de la orquesta y el maestro Jiménez. Pero sin embargo,

haciéndose ella la ilusión de que todos la oyen, se coloca resuelta junto á las candilejas influída por la pasión, en un cuadro de follaje empapado de luz, entre árboles históricos de un verde ácido convertidos en complemento de la decoración del teatro, y canta con una voz ácida también, que corre como el vitriolo por entre la multitud, y llega como eco lejano á las parejas que cuchichean en los senderos ó en el paseo circular, el himno eterno del primer amor, ó del último, que de todo hay, y al oir esa voz, se destemplan y dejan de soñar los amartelados, porque el entusiasmo formidable de la *claque* y de algunos devotos, el estupor admirativo de los espectadores pacíficos, y el rebullicio que se arma—especialmente al terminar el acto—en todos los recodos dentro del círculo de luz polvorosa de los mecheros, les asustan y ponen en dispersión para que nunca se diga por los moralistas, que las flores marchitas, los nervios en rosarios de huesos, los ojos demasiado brillantes y los codos demasiado puntiagudos, se meten en la espesura del Retiro para agostar las flores naturales de los macizos del mejor y más socorrido jardín de Madrid.

Lástima que este verano, los bruscos cambios de temperatura le obliguen á no abrir su verja dorada, más que una noche sí... y tres no.

## En Agosto...

*(Sol en Virgo.)*

*En Agosto frío en rostro.* Así dice un refrán castellano, y yo añado que no es llano ni verdadero el concepto del refrán. Es más bien uno de esos infinitos equívocos, acertijos ó proverbios populares, que la sabiduría de nuestros antepasados legó á nuestra perspicacia, así á manera de alcorán ó reglamento interior doméstico, para que los admiremos y respetemos. Yo aceptó desde luego cuanto hay que acatar en el precepto de ese decálogo irónico que escribe también á la inversa, *en Febrero busca la sombra el perro*, por más que llueva ó nieve, pero no renuncio por eso á la glosa honesta del refrán, puesto que es mi derecho fisiológico, autonómico sinalagmático y personal, porque es además el ideal de la meteorología casera, y el tropo sublime de una cartilla canicular, desacreditada entre los astronómos pedestres, y entre los infelices que andan por las calles de Madrid, el día de San Lorenzo, por ejemplo, y se derriten á mediados de Agosto, por los días de la Vigen de la Asunción.

Es fama que la parrilla donde feneció el santo mártir de la fe, asado y retostado como... (no lo debo decir) un día 10 de Agosto de no recuerdo que año, se puso á la temperatura del rojo blanco,

no tanto por las llamas que caldeaban el hierro, cuanto por una corriente de aire fino, colado, que penetró por una ventana orientada al Sur. ¡Si estaría bravo el airecito, que casi obró milagros de centella! Ignoro si por entonces se conocía ya el refrán de marras, pero desde luego afirmo que el bendito San Lorenzo hubiera protestado de la heregía atmosférica, y que los mismos verdugos, desnudos como los pintan por causa del calor, hubieran pedido el refrán para tostarlo en la parrilla y convertirlo en carbón.

Eso de que en Agosto se siente frío en el rostro sólo puede admitirse como una broma atrevida de los zaragozanos prehistóricos, ó como un grito prematuro de ¡tierra! en el naufragio de la canícula meridional.

En Madrid no había por entonces mangas de riegos, ni casas de cuatro pisos con entresuelo, ni barrenderos oficiales, ni aguaduchos, ni aguadores, ni persianas de corredera, ni horchata de chufas, ni ninguno de esos mil artificios frigoríficos que han inventado la civilización y el *confort* moderno, para regalo de la humanidad. Las gentes se encerraban á la malicia en sus casas, y en ellas se cocían, porque si se echaban á la calle se asfixiaban con el polvo y se derretían al sol. ¡Qué mucho que al verlo en Agosto salir más tarde y ponerse más temprano, dijeran regocijados los higienis-



tas de antaño, abriendo de par en par los balcones: «Sí, es verdad; en Agosto frío en rostro.»

No, señor. En Agosto no hay frío ni cosa que se le parezca. Lo que hay es un calor destilado y compenetrado, que embebiéndose en las casas y alojándose en ellas, quema en la sombra con igual intensidad que al aire libre y algunas veces más, pues sucede que el termómetro del óptico Aramburo, de ese apreciable artista tan simpático y cuidadoso, que lleva la cotización oficial, el alza y baja del calor día por día, marca en Agosto mayor graduación dentro de la tienda que fuera de ella. Es decir, que sin encontrar al aire libre el frío en rostro, las gentes reconocen que se queman en sus viviendas más pronto y más por completo que se quemaban en Julio. *¡Frío en rostro!* Ese dicho vulgar es un sarcasmo impío del verano qne no se marcha en Agosto, y de los veraneantes ricos, que no vuelven hasta que el sol de Octubre se pone los anteojos para ver los estragos que durante sus arrebatos, ha causado en el indefenso y zarandeado planeta que tenemos la honra de habitar.

Acabo de hablar de los veraneantes, y voy á descubrir con la mayor reserva y sin ofender á nadie, quiénes son los que más han contribuído para elevar á la categoria de axioma indiscutible el repetido refrán.

Los caballeros que para salir de veraneo á tomar aguas hubieron de empeñar la capa y otras baratijas de enumeración imposible, y los que para volver antes del período reglamentario tienen que

dejar el reloj en prenda y dar sablazos de plano á los amigos y conocidos; estos caballeros anónimos, capaces de habérselas con el mismísimo sol, como se las han con los fondistas y patronas, son los que dicen y proclaman—con los que no salen de la Corte—que en Agosto hace frío, que en Agosto se puede respirar, y se respira tanto, que hay necesidad de abrigarse, lo cual, leído entre líneas, quiere decir lo siguiente: «Señores, nuestra bolsa



está tan triste y desabrigada, que tenemos que volver á Madrid á espigar los últimos calores, y como sería de mal tono confesar nuestros aprietos, y es de pésimo efecto regresar antes que los *sporment* de la Zurriola ó del *Manicomio* flotante de Biarritz den la señal, nosotros invocamos y nos acogemos al refrán tan popular del mes de Agosto, y añadimos que la brisa del mar disminuye en ese mes, que la arena de la playa quema y se pone sosita; en una palabra, que aquello resulta muy cursilón y hay que dejarlo por fuerza por amor al arte.»

El discurso no deja de hacer efecto entre los que se quedan por allá, y así, los que regresan con aire apresurado, pueden presentarse y se presentan en el Parque y en el Retiro con el consabido estribillo en la boca:

—Sí, señor; hemos vuelto, porque ya sabe usted... en Agosto frío en rostro.

—Sí—dicen para su abanico los héroes de la

jornada que no se fueron—ya verás lo que te espera.

Y con esto queda demostrado que los primeros fugitivos de las playas vascas y de los establecimientos balnearios, son los que dan tono, voz y fama al refrán hipotético de que en Agosto hace frío, cuando menos para el rostro.

---

## El teatro de moda.

(LA CAMPAÑA DEL PRÍNCIPE ALFONSO)

La temporada teatral de verano, ya muy adelantada, no ha sido muy socorrida que digamos para los teatros de Recoletos y Felipe, menos mala para Maravillas, muy buena para el popularísimo Circo Hipodromo, fatal para el de Price y espléndidamente afortunada para el Príncipe Alfonso. Éste ha sido en Madrid, durante el verano de 1888, el teatro favorito, el teatro de los grandes éxitos, el teatro de moda, en una palabra. Desde las jornadas estivales en que el inolvidable Arderius, estrenó en aquel escenario modelo los grandes espectáculos de *La vuelta al mundo*, *Los sobrinos del Capitán Grant*, etc., no se recuerda campaña más igual en entradones, más sostenida en la asistencia de público distinguido, que la que está realizando ahora el lindo coliseo del Paseo de Recoletos, que

es sin disputa el único teatro decente y acondicionado con que cuenta la capital de España, para solaz del público durante el verano.

Aquello es una bendición de Dios. Los artistas no tienen palabras para elogiar las condiciones de esplendidez, actividad y cariño del empresario; éste se encuentra como el pez en el agua con los referidos actores; la orquesta está formada de inteligentes músicos; el maestro Nieto la dirige con la habilidad que le caracteriza; la luz eléctrica luce sin interrupciones; y el público, que desde el mes de Junio en que se abrió el teatro se ha acostumbrado á visitarlo, no deja una noche vacías las localidades de la amplísima sala.

Si el entusiasmo artístico, y el empuje que vence todos los obstáculos, y el desinterés que no entra á regatear los compromisos adquiridos, merecen algún premio, merecido lo tiene el simpático empresario del teatro de moda, don Nicolás Noriega, que por cierto lo ha sido casi á la fuerza, pues precisamente en sus repetidas excursiones por saloncillos y escenarios, á los que le llevaban sus aficiones lite-



rarias, aumentadas por el constante trato con gente de letras, compadecía siempre de corazón á los empresarios, excepción hecha de Arderíus, al cual admiraba, y del que conserva infinitos recuerdos de cariño y simpatía.

Hablando de esto, me decía Noriega una de las primeras noches de la temporada del Príncipe Alfonso:

«Mire usted, lo que más aplaudí siempre en Arderíus, fué su talento para conocer la metamorfosis social y política, que lo mismo en el teatro, reflejo siempre de las costumbres, que en la sociedad toda, ha sufrido nuestro país desde 1868 á la fecha. Hoy, que por circunstancias fortuitas debuto yo en la carrera de empresario, procuraré tomarle por modelo, ínterin el cambio de género y de condiciones del teatro me lo permitan.»

De Nicolás Noriega, puede decirse como de los actores que se estrenan, que promete, y como, ó mucho me equivoco, ó ha de compartir pronto con Ducazcal la soberanía de las empresas serias de Madrid, no está demás quede aquí consignado, el modo y manera cómo se ha verificado su aparición en el teatro. El que conozca á Noriega, y le haya oído expresarse siempre en sentido oposicionista á los negocios teatrales, y le vea ahora metido en uno de ellos, quizá en uno de los más difíciles, no acertará á explicarse la transformación. La cosa pasó de esta manera:

En diciembre de 1887 era Noriega uno de los más asiduos concurrentes al saloncillo de Variedades,

con cuyos empresarios señores Arregui y Rivero, le ligaban vínculos de íntima amistad. Una noche, no sé si de Noriega ó de alguno de esos señores, partió la iniciativa de formar una sociedad para arrendar el teatro del Principe Alfonso, y llevar á él la misma compañía que funcionaba en Variedades, reforzada con otros elementos; hacer espectáculo por secciones, y abaratar mucho los precios. Como, en definitiva, la idea tenía por base no el lucro, sino realizar un pasatiempo de verano, Noriega propuso que á la sociedad concurriesen además los maestros Nieto y Rubio, proposición que fué en el acto aceptada, quedando desde luego constituída en esa forma la empresa del teatro. Noriega se encargó del arrendamiento del local, y de introducir en él cuantas mejoras considerase precisas, entre ellas la instalación de la luz eléctrica. La sociedad designó á Noriega para estos trabajos, aprovechando las relaciones que tenía con el representante del propietario del antiguo Circo de Rivas. Se acordó, por último, que en vez de escritura social, se llevase un libro de actas en que constasen todos los acuerdos de la sociedad, de la que también fué nombrado Noriega secretario y casi gerente...

Todo marchaba viento en popa, pero... pasados ya algunos meses y próximo el día de inaugurar las tareas, Noriega supo que sus compañeros habían firmado contrato de arriendo del teatro Felipe, sin contar para ello con él, ni con el maestro Nieto. Después hubo en este asunto un lío feno-

menal, del cual resultó Noriega como único arrendatario del Príncipe Alfonso (pues él solo había firmado la escritura) y como único responsable de varios contratos de artistas. Los actores de Variedades se escusaron de venir á Rivas; el lío no pudo deshacerse, y por último los empresarios de Felipe solucionaron la cosa, cediendo á Noriega todos sus derechos, los artistas contratados y otra porción de *obligaciones* á cual más *agradables*, que le colocaron en situación comprometidísima. Por fortuna el maestro Nieto, deseoso de poner de relieve la razón que asistía á Noriega, se le ofreció incondicionalmente como director, y en cinco días con la base de Lucía y Juana Pastor, Navarrete y el barítono Ripoll, formó la modesta compañía que tan lucida campaña está haciendo en ese coliseo.

Así ha sido empresario Nicolás Noriega, por un exceso de pundonor y de amor propio, no extraños por cierto en persona tan seria como él. Antes de verse envuelto en semejante compromiso, Noriega ha sido labrador, comerciante, militar, marino, empleado, *casi* banquero y medio literato.

Para demostrar á los actores su gratitud, Noriega los llevará este invierno á Jovellanos.

—¿Saldré tan airoso en esa campaña como en ésta?—me preguntaba la otra noche.

—Cuente usted con ello. Es usted un hombre espléndido para estos negocios, no le duelen prendas (léanse *trajes*) ni decoraciones, sabe usted aventurar el dinero en honor del arte y del gusto del público, se ha hecho usted popular en estos

meses, y además tiene usted mucha suerte; todos los negocios que ha emprendido le han salido bien, y no se olvide usted que hace algunos años, cobró de la lotería nacional el premio mayor de un millón de pesos.

—Es verdad, pero recuerde usted también que por haber dado parte del billete á muchos amigos, sólo me tocaron á mí 8.000 duros.

—Lo sé, pero lo mismo le ha ocurrido á Cassola recientemente, con la diferencia de que él no ha logrado por eso plantear las reformas militares, y usted está reformando brillantemente la manera de ser y funcionar de los teatros de hora.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El cartel del Príncipe Alfonso, tiene la *inamovilidad* que para sí desearan los empresarios de los demás teatros veraniegos. Con cuatro ó seis obras de repertorio, de las cuales sólo *Los baturros*, va sumando 36 representaciones, y los estrenos de *Certamen nacional*, *La cruz blanca* y *Escuela modelo*, va pasándose la temporada.

*Certamen nacional* es una revista muy

animada que viene á aumentar la legítima popularidad de los Sres. Perrín y Palacios, autores afortu-





nadísimos del pasado invierno y del actual verano, que cuando se queden *Inútiles*, tendrán ya bien forrado el riñón, pues cobran *trimestres* que parecen... años naturales, y *Don dinero* ha aprendido hace tiempo el camino de su casa. *El 7 de Julio* ya llevaba *Certamen nacional* muchas representaciones, y cuando llegue Diciembre continuará en el cartel, es decir... *me lo figuro yo*, porque la obra tiene más fondo, y más miga, y más gracia, que la famosa *Gran vía*, y aunque en la prensa no ha habido tanto *Chin-chin* como con esa obra, ésta atrae tanto público como ella. Verdad es, que el parlamento

de los chulos, el terceto ya famoso de las armas, y el tango popularísimo del *cafe*, éste sobre todo, que la inimitable Lucía Pastor dice con tanto do-



naire, merecen aplausos espontáneos. En la obra hay verdaderos *Apuntes del natural*, tomados con fina observación y buen gusto, y *él*, que actualmente domina en el público está perfectamente entendido por los autores, *Solteros entre paréntesis*, quiero decir entre bastidores, que así hacen *Tarjetas al minuto* como obras al segundo, pues realmente su fecundidad sorprende. Los *Muevles* flamantes que se estrenaron en esa obra, están ya *husados* por el continuo trajín de dos representaciones diarias. *¡Quien fuera ella!* mejor dicho, quién fuera ellos, que tienen en su catálogo de obras *Una señora en un tris*,

pero que no han tenido *así* en noche de estreno, ningún éxito. Verdad es que con su *Monomanía musical*, eligen y se acompañan siempre de los mejores músicos que concurren al *Club de los feos*. Haciendo competencia á *El Zaragozano*, Perrín y Palacios profetizan que si llegan á ver el *Madrid en el año 2.000*, alguna de sus producciones figurarán cuatro veces en el cartel de cada función.



*Certamen nacional*, considerado bajo el punto de vista musical, es obra llena de gracia y de espontaneidad, que viene á cimentar la reputación del aplaudido maestro D. Manuel Nieto, que tiene en su biografía —seguramente desconocida para la mayoría de mis lectores—detalles muy curiosos. Nació en Reus, y cuando apenas contaba ocho años, su padre, que á la sazón era músico del regimiento de África, le hizo ingresar en dicho cuerpo con carácter de contratado libre, para desempeñar la plaza de flautín con el sueldo de 3 reales diarios. Continuó en el regimiento una buena porción de años, y con sus compañeros de banda recorrió Gerona, Puigcerdá, Olot, Barcelona, Valencia, Granada y Sevilla, en cuyo punto abandonó el regimiento y se fué á Córdoba, al café de San Fernan-

do como pianista. En el teatro de esa ciudad, hizo su primer ensayo con una zarzuela en tres actos (el hombre no se anduvo en chiquitas) titulada *La toma de Tetuán*, que el público toleró tres no-



ches gracias al entusiasmo patriótico que despertaba el título, y á... los 15 años y medio del autor. Poco tiempo después se contrató como flauta en una compañía *mixta*, de zarzuela y ópera italiana, recorriendo varias poblaciones. Un año más tarde, en Badajoz, se incorporó de nuevo á su antiguo

regimiento como primer clarinete, con sus correspondientes 5 realitos. Terminada ya definitivamente su carrera militar, se estableció en esa capital en clase de profesor de piano, hasta Agosto de 1863 que se trasladó á Valladolid ajustado de primer flauta del teatro de Calderón. Como se ve, el maestro Nieto ha tenido predilección por la flauta, instrumento que ciertamente no ha *sonado* en sus manos *por casualidad.*



Poco tiempo después de esta fecha se hizo director, y su primer empresario lo fué D. Leonardo Pastor. En Valladolid, á pesar de su doble y larga carrera militar, fué declarado recluta disponible con el núm. 96, suerte que tuvo que redimir á metálico (8.000 reales), cuya cantidad pudo reunir y abonar gracias á sus muchas y buenas relaciones. El año 1869 vino por primera vez á Madrid, donde, sin interrupción puede decirse, ha sido director de los teatros Rossini, Príncipe Alfonso, Real, Recreo, Alhambra, Eslava, Zarzuela, Jardines y Apolo. Desde la popular zar-

zuela de Granés *C. de L.* hasta el *Certamen nacional*, ha escrito Nieto y estrenado más de *cien* obras.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al gran *succes* del *Certamen* hay que añadir, para dejar completa la crónica de la campaña veraniega del Príncipe Alfonso, el éxito de *La cruz blanca*.

A ésta la conocíamos ya en Madrid en clase de *cerveza* distinguida, pero hay que reconocer que si aquélla resulta perfectamente aromatizada con lúpulo, boj, casia, etc., es mejor, más *doble* y más concentrada la que se saborea en ese teatro, procedente de la fabrica Perrín, Palacios, Brull, Bussato y compañía. *La cruz blanca* está siendo tan



apreciada como una *gran cruz*, y desde luego resulta más ligera que la *Cruz del matrimonio*. La empre-

sa exclama llena de júbilo: *¡Adelante con La Cruz!* En cuanto á los autores no han llevado mucho tiempo la *cruz... á cuestas*, pues escribirla, leerla y ensayarla ha sido cuestión de un momento. El público no ha encontrado motivo para *hacerse cruces*, pero la zarzuela le ha parecido muy bien, y prueba de ello es que la escucha con singular complacencia *desde la cruz á la fecha.*

La música es notable. Las ovaciones que cada uno de los números proporcionan al maestro Brull, son de las que legítimamente dan derecho á un autor para mostrarse orgulloso.

No es fácil manejar con más tino las masas corales é instrumentales; no cabe más acierto en el *modo de hacer*, ni más ingenio para conseguir que se hermanen sin violencia, toda la severidad y rigorismo de los clásicos del pentágrama, con el gracejo, la intención y la ligereza que exige hoy el público, acostumbrado á salir del teatro cantando de memoria la música. Partitura original, elegante, vigorosa y revestida de un matiz de distinción poco común en los tiempos que corren, la de esa linda zarzuela debe registrarse con letras de oro en la historia de nuestro decaído género lírico nacional.



Y vean ustedes lo que son las cosas; el título de esta obra es á la vez el nombre de la goleta que

naufraga á la vista del público al empezar la representación. Puede decirse, por tanto, que la obra *se va á pique* en el primer cuadro, y, sin embargo, es de aquellas á quienes *no las parte un rayo*, aunque también cae uno auténtico en ese cuadro primero, en la escena de la tempestad, que resulta de una verdad y de un realismo asombroso, gracias al talento de los pintores y á la habilidad del electricista D. José Vidal y Rico, que es una especialidad para esta clase de trabajos. Él y los pintores ofician de *Zolas* en esa escena.

Para ellos, para la empresa, para los autores, para el aplaudido y activo primer actor Sr. Navarrete (que me parece heredero directo de Arderius), para todos, en fin, será esa *Cruz blanca* una verdadera *cruz laureada*, ganada en buena lid en la honrosa y popular campaña del teatro del Príncipe Alfonso.

---

San Sebastian 28 Agosto 1886.

Sor. D. Enrique Sepúlveda

Querido amigo: Héme aquí perplejo para dar cumplimiento á lo que me pide, yo que en tantos y tantos viages he escrito y dibujado para la Ilustracion Española y americana arrastrado por el torbellino de la actualidad que el público aguardaba con avidez. ¿Pero qué novedades quiere V. que encuentre en este hermoso San Sebastian del que tanto partido ha sacado en sus artículos de estas playas?
He citado la playa y á ello me agarro con el ansia que nuestras hermosas madrileñas, lo hacen á las cuerdas colocadas en en ella, para hacerle una acuarela

de la conocida familia de M...., encanto de la alta Sociedad Madrileña.

Ya le diré á V. quienes son, por mas que mucho me temo que los van á conocer, así como al joven Luis de L..., prototipo de la elegancia clásica veraniega: Sombrero paja con cinta ancha, de Ponsol, americana y pantalon rayado, de Rodriguez el sastre del Boulevard, calcetines oscuros, zapatos de lona y goma, camisa color, cuello blanco, cinturon vistoso y baston novedad.

Las bañeras siguen cantando y trinando este año. Ahí le envio el croquis de Marichu y Josepa Antoni que cuando está alta la marea he podido dibujar desde la muralla del-

paseo de la Concha. al mismo tiempo que tomaba el aspecto que presentaba dicho paseo.

¡Ah! Los _celadorias_, como le llaman por aquí los chicos, han suprimido aquel casco que tanto gusto dió las temporadas pasadas y que les daba un aspecto tan británico, ahora han querido sin duda mantener el equilibrio Europeo y usan unos Képis altos y pantalones de dril que les dá todo el aspecto de los _sergent de ville_ parisien. Misterios de estos simpáticos Ediles, que cuando no empuñan _la pajita_ y se ponen el tricornio para los actos solemnes, se ocupan tan solo del bienestar de la Colonia veraniega.

¡Y bien tranquilos que hemos estado este año!
Solo en el Casino el activo Mr. Rejaunier se ha multiplicado organizando cotillones y zarandolas que han resultado muy lucidas; ha habido Conciertos notables de Francis Planté y la Martinez, Verger y Valero. Sesiones de hipnotismo de Donato y otras de prestidigitacion é ilusionismo.

En las carreras de velocípedos dadas en el velódromo improvizado del parque, y en el que el club de regatas de San Sebastian ha inaugurado en Atocha,

ha llamado extraordinariamente la atencion por su destreza y habilidad un niño de cuatro años Pablito Beiner y Negli que maneja el biciclo con el aplomo y la seguridad de un *juniors*.

La marina de Guerra está representada por el veterano vapor Ferrolano, que surca amenudo las olas conduciendo á bordo á S. M. y A.A.R.R en sus escursiones por la costa, y el cañonero Tajo.

La Terraza del Casino ha estado tarde y noche ocupada por selecta concurrencia, y animada por el coro que forman á diario los admiradores de una bella Marquesa y los amigos de un simpático ex-ministro; allí se ha derrochado mucho ingenio al compas de los buenos conciertos al aire libre dirigidos por Mr. Haring.

Sin querer: voy como por la mano, á hablarle de los sillones de mimbres y en Dios y en mi ánima (¡como decian en los tiempos que tan bien describe su hermano Ricardo, mi cómplice en las escursiones por el Madrid viejo) le aseguro que los apuntes que habia hecho los queria conservar para que V. hiciese de ese asunto uno de sus chispeantes articulos; escojo pues, este solo apunte tomado á primera hora y reservo en mi album los demas, sobre todo los que se refieren á los que vueltos hacia el mar son tan preferidos por las parejas enamoradas en noches de luna... y sobre todo sin ella.

En el Salon amarillo solo se ha jugado á los caballitos á peseta, á peseta,

Una fiesta prepara la Admon. del Gran Casino para Setiembre, que atraerá seguramente mucha concurrencia al hermoso edificio de mis buenos amigos los arquitectos Morales de los Rios y Aladren; se trata de un Concurso Internacional de Orfeones, ofreciéndose en el programa un <u>vino de honor</u> que trae intrigado á mas de un veraneante.

El conflicto municipal con los cafeteros se conjuró; y en los pocos días que han estado sin mesas las aceras, de el café de la Marina había muchos que lo tomaban de pie en la puerta.

Jai-alai ha triunfado en toda la linea con los afamados —

pelotaris, el manco, Belogui, Eliceguí, Mardura, Ozoro, Portal, Bran y tantos otros que sostienen latente el entusiasmo por este noble juego. El sin par

Arana ha hecho grandes reformas en la Plaza de toros, dándole mas solidez y elegancia; la Gran semana ha trascurrido como siempre, con un nublado de franceses entusiastas de los toros y los toreadores

Una noticia para concluir esta ya larga carta; S. M. la Reina ha adquirido los terrenos que lindando con la Iglesia de la Antigua, pertenecían á los Condes de Moriana, proponiéndose construir en breve plazo, un precioso chalet con su parque y embarcadero, que hermoseará muchísimo aquellos pintorescos contornos.

Con mis cariñosos saludos á Ricardo, quede de V. como siempre affmo amigo

J. Bomba

## De San Sebastián.

Nada hubiera podido decir este año de la *Season donostiarra*, porque con harto dolor de mi corazón, no me ha sido posible realizar mi acostumbrada excursión á la risueña ciudad.

Escribí á Juan Comba—mi colaborador inseparable—pidiéndole noticias, y él, algo perezoso como buen artista, sobre todo en estas temporaditas de *villegiatura*, me ha escrito sólo una cortísima epístola, que publico sin embargo muy á gusto, para que los abonados de la Concha y del Casino no digan que por haber yo dejado de ir á la capital de Guipúzcoa, ya me parece que no vale la pena de dedicar siquiera dos líneas á la vida de Madrid en San Sebastián.

Comba me envía su carta ilustrada con el talento y el donaire que le son peculiares, y por los que ya era tiempo de que públicamente diese yo las gracias á mi querido *pintor escenógrafo*, que hace cuatro años comparte conmigo las dificultades, los desfallecimientos y los malos ratos que ocasionan la publicación de estos libros.

Como aunque ha escrito poco, ha dibujado mucho, no me atrevo á tacharle de falta de celo en el desempeño de mi encargo. La carta dice así:

Como complemento á la misiva de Comba, sólo me resta copiar á continuación los apuntes que guardaba en cartera de mis anteriores viajes.

---

## El amor en la playa.

Más antiguo que el amor de los salones, tiene una historia épica que no me atrevo á escribir, porque me falta la intuición mitológica que se necesitaría para tratar del asunto con personas tan competentes como las Dianas y las Junos del moderno Cotillón. Si yo fuera ateniense como Alcibiades, y me bañara en el lago de Cyterea, y además me vistiera con la túnica roja y el tonelete blanco que usó el más elegante, culto y galán de los calaveras de la República helénica, había de dar conferencias semi-teológicas acerca del amor puro, virginal, que se desarrolla en la playa al abrigo del sol que calienta las olas, y al arrullo de las auras que reconstituyen los pulmones averiados de las doncellas impúberes, y dan tono al principio de la maternidad en las mujeres estériles.

Los gérmenes de la vida se ven venir curados en sal dentro de burbujas de espuma condensada en átomos fosfóricos, cuyos átomos, al penetrar en las cavidades torácicas de las vírgenes que se sientan á la orilla ó se bañan en algas y espumas, las reconstituyen, las limpian de intoxicaciones

anémicas y las enternecen preparándolas para el amor ingénuo, vehemente y apasionado, que sólo se percibe en las playas.

Cuando las olas encabritadas, rompiendo espumas, ponen cinto de plata á las arenas de la costa, y las gaviotas, en guisa de heraldos, vuelan delante de la Venus salobre, que siempre viaja por el mar en carroza de nácar, las jóvenes adultas y también las matronas con instintos de nereydas, se acercan á la orilla y mojan el pie desnudo en el agua para recibir de ese modo la bendición lustral de la diosa, é *in continenti* se sienten inspiradas del dulce amor que cautiva y se da en prenda pretoria del consorcio de los sexos. ¡Pobres de los mirones descuidados que asistan al espectáculo! No será suya la gloria de la transformación, pero en cambio tendrán que pagar los gastos, porque ellos son el blanco técnico del fuego sensual que ellas les dirigen apuntándoles al corazón.

Cuando oficiaban en Madrid de diosas neutras en los salones, teatros y paseos, no conseguían nunca romper la somnolencia de esos caballeros distraídos que las siguen á todas partes, pero que no bailan, ni juegan, ni se casan por lo civil, ni se *ayuntan* por lo canónico. Ahora es otra cosa. La playa tiene esplendores de arena, que reverberan en las caras femeninas más traidoras que conoce nuestro sexo. El agua clara, salada, que viene de adentro, da tonos de vigor y gracia á las hermosuras casi marchitas del invierno; y las brisas tibias, los aquilones frescos, despiertan las iniciati-

vas viriles que, bajo capa honesta de pudor, viven ocultas en el santuario misterioso de las mujeres en estado de merecer. Provistas de armas nuevas, de salud nueva y de recursos felinos que en Madrid no se conocen, y eso que es el país de los... *gatos*, dan suelta á la galerna de sus hechizos y arrollan á cuantos encuentran delante, hombres provectos de levita, adolescentes de americana, tenorios de botín blanco y demás de esa legión anónima que viaja en verano, sólo por seguirlas á ellas, hasta el Cabo de Hornos si fuera preciso.

Los tritones debieran ser en realidad los jefes natos de las nereydas, los dueños indiscutibles de la población femenina que se hospeda en el fondo del mar; pero sea que la Venus próbida de los abismos tenga preferencias por las nereydas, sea que los tritones no se hayan conducido bien con ella cuando han ocurrido pronunciamientos de pescados y pescadillas, sea que la Venus acuática tenga pretensiones de destronar á la de Milo y avecindarse en Madrid, es lo cierto que las auras salinas, los remolinos fosfóricos, las cúspides espumosas de las olas del mar, todos lós mimos y todos los atractivos mitológicos, todas las picardigüelas de las sirenas (que nadie ha visto porque no se dejan ver) están consagrados por entero á las *Nereydas* de la playa y no á los *Tritones*. Por eso ellas vencen en toda la línea; por eso ellos tienen que hacer á menudo papel honorable de penitentes y entregarse á discreción sin condiciones, para ganar el premio de honor del jubileo veraniego.

Las mujeres aptas para el amor, hallan en las playas cantábricas criaderos de artificios y escuela de malicias. En ninguna parte se ejercita tanto la coquetería femenil, ni en ninguna tiene más éxitos.

Cuerpos flexibles vestidos con poca ropa; contornos señoriales medio ocultos en faldas ondulantes; talles prensados, y en lo alto del alcázar unos ojos negros disparando rociadas de magnetismo, á



tiempo que con los pies desnudos, y el torso no cubierto, pero así como enguantado en tela obscura flexible, para que se trasparente más la blancura nívea de las carnes... así va la bañista impregnada de deseos, á sumergirse en las aguas cristali-

nas que la reciben con amor y la columpian con deleite.

Los espectadores (que los hay en gran número en estas funciones) aplauden el conato de desnudo artístico, que convierte en ninfas de Diana á las más compuestas, armadas y rellenas de nuestras mujeres de sociedad, y al verlas nadar resbalando como anguilas, se encantan, y cuando salen escurridas, modeladas, con la ropa chorreando adherida al cuerpo, escupiendo agua de mar por boca y narices, y queriendo hacerse muralla de sombra con las manos, para que no la estrujen los gemelos de campo, ni la devoren los telescopios de los miopes, un aplauso íntimo, pero formidable, surge de la playa, que mejor podría llamarse en tal momento coliseo.

Las bañistas no caen de emoción, pues se pondrían perdidas de arena, pero detienen el paso y lo graban á compás... porque la pendiente de la playa en la parte que deja en seco la marea es superior á sus fuerzas, no por otra causa; pero de todos modos resulta que los silenos contra quienes dirigen las baterías ocultas se entregan prisioneros. Y lo hacen así sin poderlo remediar, porque así lo quiere la Diana del Océano; porque la atmósfera que se respira en la playa está cargada de efluvios magnéticos; porque ellos van al mar desprevenidos, con el corazón en la mano, y ellas hacen fuego á mansalva desde las casetas, y se las permite aligerar en plena luz el vestido, y en soltando el *engaño* de trapos se van al bulto decididas

y lo encunan, y no hay diestros que resistan el empuje de estas hermosas fieras. Para ellas el amor, la playa y las arenas. Para nosotros el derecho de tirar contentos del carro, uncidos y fustigados cual si fuéramos de la Gleba.

El amor de salón tiene muchos prolegómenos y necesita del *Arst amandi* de Ovidio para desarrollarse. El amor en la playa es explosión de candores é ingenuidades lícitas, que sólo necesita el ambiente del mar y el olor á marisco para prender la mecha del himeneo, y arder como fuego de bengala.

Las mujeres del salón y de la playa son las mismas estrellas errantes, los mismos nervios de dinamita, con la diferencia de que en el salón el amor es siempre tímido y desconfiado y pide casaca, y en la playa no solicita otro derecho que el de amar y ser amado con sencillez y pureza.

En el salón, haciendo reverencias, se ama con rúbricas de programa, gasas de colores y perendengues.

En el mar no hay más etiqueta que la que imponen el cielo azul poblado de astros, ni más limitaciones preventivas y casuísticas que las que enseña el pudor á hombres y mujeres.

De todo lo cual resulta que en la playa se ama más y mejor que en las ciudades, y resulta además lo que, contando con la benevolencia del lector, me permitiré exponer en la segunda parte de este artículo.

***

*Galatea* es una hermosa ninfa sin pretensiones, que sirve de *menina* á la Venus salobre del golfo. No es coqueta, ni vanidosa, ni galante: es simplemente un modelo primitivo de la ingenuidad campestre, tal y como la describen los libros de Monte Mayor, Gil Polo, Cervantes y Lope de Vega. Impetuosa en sus iniciativas, aunque sencilla y delicada, tiene la rudeza de las pastoras de la Arcadia verdadera y el pudor que se alarma de nada; es decir, esa auténtica y encantadora expresión de sentimientos, que no es propia de ningún tiempo, por antiguo que éste sea, sino que pertenece á todas las edades históricas, por ser la que habla sin preparativos del corazón humano.




*Galatea* es una buena muchacha que no sabe lo que vale, y se presta gustosa á enseñarse á las señoras de verdad, á las señoritas de medio pelo, á las cursis enamoradas, á las sentimentales, á las que buscan la tostada y... la dan sin pedírsela, á las compuestas, por no decir remendadas, y á las *cocottes* fulminantes—hipnotizadoras del sexo fuerte—de cabellera roja, y uñas chinas, y faralares

de remolino, y botas de estuche, siquiera los pies por su tamaño no lo merezcan, pues es preciso no olvidar que los pies pequeños, bombeados y petulantes sólo se encuentran en España, desde Andalucía para adentro hasta los Pirineos de la falda meridional.

*Galatea* se deja ver por igual de todas las bañistas forasteras, aunque no sean madrileñas, con y sin atractivos naturales, porque en su carcax de hechizos de ola mansa tiene flechas para todos los gustos, imán para todas las pasiones, y una dulzura de voz que seduce á los oyentes. Tiene para los que quieran, el registro del amor celoso que produce *Otelos;* el ardiente y apasionado de *Romeo y Julieta*; el sombrío y melancólico de *Hamlet;* el conyugal con sus nobles sacrificios de *Porcia;* el filial de *Cordelia*, y el frívolo y ligero de *El sueño de una noche de verano.* El panorama sería completo, si no existiera también entre bastidores, el amor orgiaco que estrangula el cuerpo y pervierte el alma; el amor de los vampiros nocturnos de pico penetrante; el amor felino de las mujeres artistas en la ficción, que se enroscan como culebras en torno de las víctimas, y las adormecen con el olor de los emplastos químicos que compran á los *retocadores* de encantos, y se ceban en ellas hasta que las rinden y las desuellan y matan en lo mejor de su vida.

El contingente de esta banda pirática, que arruina á la humanidad con más presteza que á los campos la langosta, es siempre numeroso en Gui-

púzcoa, y suele fijar sus reales en los paseos, en el Casino, en las cimas pobladas y en los recodos. Desde esas trincheras ó fortalezas internacionales al estilo carlista dirigen sus flechas á los que concurren á la playa, y ensayan en ellos el amor vaciándoles el bolsillo, porque su misión específica en el campo de la galantería es desplumar sin cuartel á los tontos y divertirse con los avisados.

Golondrinas bermejas con cresta de lechuzas; milanos de zarpa férrea con vestidos de mujer; harpías con sombreros de moda, donde ponen el ojo ponen la flecha, y donde ésta da, si es hombre honrado, muerte segura tenemos por intoxicación.

Es triste cosa que el amor limpio que sale de los mares tan castamente guardado por las ninfas hermanas de Galatea, el amor púdico y delicado, ingenuo y sencillo que se recría en nuestros hogares con el atractivo de la conversación, y se aviva con la coquetería lícita, y se formaliza con el trato íntimo, tenga que habérselas de improviso con ese otro amor de las *matuteras* que viven del contrabando, con ese otro amor terrible, violento, insaciable que se apodera al mismo tiempo del alma y del cuerpo á modo de enfermedad, cuya curación pertenece á la medicina más bien que á la moral; con ese otro amor descomedido y contagioso de las *hetarias* modernas, á quienes no debía permitirse vender en el Martillo idilios de amor con cintas de colores y vino de Champagne.

La depravación que de este maridaje antipático resulta hace enfermar el alma de hastío, y el galán que no busca el suicidio en el misterio de los encajes perfumados de su dama, se deja morir desalentado, sin ilusiones, agotado, hipertrofiado.

Ya sé que no es esta la regla general; ya sé que hay virtudes altivas que andan por la orilla del foso sin vacilar que conservan la memoria y rinden culto al recuerdo de un primer amor malogrado, de un amor único que jamás se olvida; mujeres nobilísimas, castas, incorruptibles, á quienes *Galatea* rinde homenaje respetuoso en nombre de la diosa de los mares; pero es un dolor que las palomas torcaces se atrevan á asaltar el nido de las palomas honradas.

En la playa, donde el amor ingenuo parece tener por campo de maniobras la fragosidad de los bosques y el hálito de los mares, donde el amor verdadero habla un lenguaje sencillo y noble que es común á princesas y labradoras; donde hay aire fresco, agua cristalina, árboles centenarios, frutas regaladas; allí donde las maravillas de la creación tienen amplio teatro, y la sencillez su natural domicilio, aunque otra cosa se pretenda, no debieran venir á ofrecerse en bandeja de oro las impurezas del vicio internacional.

La ninfa *Galatea*, con la influencia pastoral y acuática que tiene, como sierva de la diosa más respetada de la creación, no puede hacer que las flores nazcan en la playa bajo sus pies adorados,

ni que se abran ante su presencia para animar los sentidos de las nereydas que no han dejado de ser honestas. El poder de las vengadoras oscurece las montañas; su aliento azufrado envenena la atmósfera, y la ola de agua pura que viene á besar la orilla de la playa donde debiera empezar el idilio se pierde en el remolino sucio... y vuelve atrás para sepultarse en el golfo con rujido de desesperación, por haber hallado en el trono del amor el sacrificio implacable del honor.

Las mujeres que andan con paso firme por la playa encuentran en el amor una evolución pulcra llena de atractivos. Las que tropiezan y vacilan hallan un peligro sensual de rápido curso. Las que ya han caído bailan sobre la sima que las atrae con la fuerza magnética de los vicios y el sonido seductor del oro.

Ni *Galatea* rodeada de gaviotas gallardas, ni la misma reina del golfo seguida de delfines, pueden cambiar el aspecto de esta decoración desagradable impropia de un país donde, si no corren como en lo antiguo arroyos de leche, en cambio el honor no es ni fué nunca incompatible con los deseos lícitos de los bañistas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Se esperaba que el idilio de la playa estuviera representado este año por mujeres hermosas, puras y delicadas, aunque sin ese puntillo convencional, retórico, y algunas veces afectado, que el cristianismo encontró en la naturaleza de la mu-

jer, y que supo cultivar de un modo tan maravilloso.

Las mujeres de la playa debieran tener, al igual de su maestra la tierna *Galatea*, más inocencia que malicia, más amor sin escrúpulos, más gracia llena de abandono cediendo al dulce y natural impulso que el candor no acierta á contener.

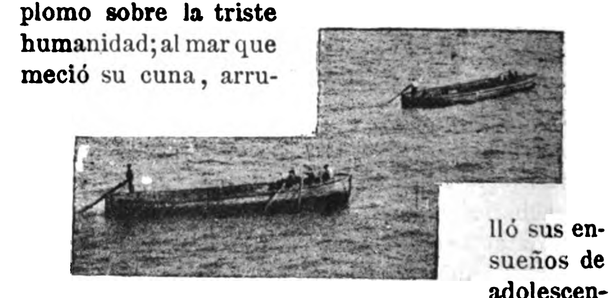
Así fué en los tiempos olímpicos el afecto de las almas jóvenes; así es el afecto que buscan en la playa las almas de las activas viajeras de nuestras ciudades. ¡Cuál no ha debido ser su sorpresa al encontrar el idilio campestre convertido en drama realista, sin el amor por base, sin el pudor por defensa, sin lá curiosidad ardiente de la juventud, sin la vivacidad de los primeros afectos, sin el entusiasmo de las castas iniciativas, y sin ninguna de esas adorables emociones que forman el todo del alma humana!

El desengaño ha debido ser terrible para las honradas impresionistas del verano de 1888.

## Los pescadores.

El tipo del pescador en una costa tan brava como la cantábrica, inspira interés porque representa el trabajo más rudo, más elemental, de cuantos el hombre ejercita en el planeta con el sudor de su rostro.

Esos hombres de acero y de pocas carnes, atezados por el sol y por los aquilones, endurecidos por los temporales á los que muchas veces vencen con su arrojo y la fuerza muscular de los remos, y otras son vencidos por ellos y arrojados al mar de olas inclementes, devoradoras como el ciclón que se baña en sus aguas y se las bebe para lanzarlas á plomo sobre la triste humanidad; al mar que meció su cuna, arru-



lló sus ensueños de adolescente y sus tristezas de hombres provectos; esos hercúleos mancebos que buscan el pan de sus hijos en las entrañas del implacable Océano, son para mí y para todos los que diariamente les ven luchar con un pergeño de lona, una cáscara de nuez, y un re-

mo, los verdaderos cíclopes de la creación, los verdaderos trabajadores del Evangelio, porque sólo la fe y el amor de la familia, pueden llevarlos al mar á pelear con sus furores.

¡Cuántas veces regresan los infelices á sus cabañas con las manos vacías, destrozadas de remar contra el viento y los olas! ¡Cuántos zozobran á la entrada del puerto y se ahogan á la vista de sus familias, que les esperan anhelantes, pidiendo á Dios de rodillas por su salvación!

El espectáculo es terrible y conmovedor. Esposas agonizando de terror, madres martirizadas por el espanto, hijos que presienten su orfandad, y el pueblo y los vecinos que se asocian á la tremenda desgracia con sus oraciones y sus lágrimas, forman un cuadro de horrores, de lamentos y de gritos, que ensordecen los oídos y laceran el alma, pues mientras la plegaria sube al cielo empujada por el vendaval, los pobres pescadores mueren á docenas, estrellados en las rocas ó asfixiados por las olas que levanta el huracán.

Se recuerda, y se recordará siempre en San Sebastián, un memorable día de luto. La *galerna* que apareció de repente, barrió la costa cuando estaba poblada de barcos pescadores. Ninguno; muy raro fué el que pudo salvarse. Se luchó por la vida con verdadero heroísmo; se hicieron prodigios de habilidad y de fuerza; se quiso vencer al mar, agitado y loco por movimientos invisibles, por impulsos de destrucción incontrastables; pero el hombre fué el que quedó vencido, la barca fué hecha pe-

dazos, y el pescador lleno de juventud, de robustez y de vida, apareció flotando cadáver sobre las aguas irritadas, como átomo que mueve la brisa.

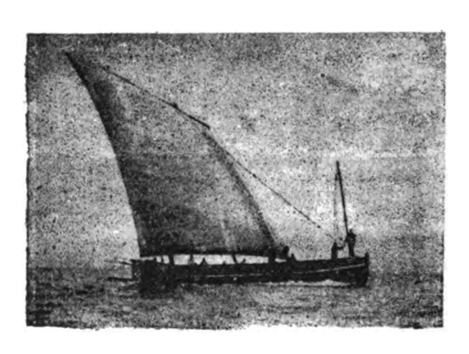
¡Qué día tan triste! Él me hace pensar en esos valientes trabajadores del mar, en esos virtuosos padres de familia, que arriesgan todos los días la existencia, con la sonrisa en los labios, por adquirir algunas monedas á cambio de los ricos pescados cogidos con redes, arpones ó anzuelos que van á embellecer las mesas de los magnates.

Por cierto que ninguno piensa en que aquellos platos pueden estar regados de lágrimas, porque el que no lo ve, no sabe lo que cuesta coger pescados de mesa en el fondo del mar.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por las mañanas, cuando el sol ilumina las aguas del proceloso; por las tardes cuando se oculta tras los cerros, dulcemente despedido por la campana de la Ermita que toca la oración; siempre que veo salir ó entrar en el puerto las lanchas de pescadores, un sentimiento extraño,



una nostalgia infinita me oprime el corazón. Desde la Concha, donde los marinos de agua dulce se bañan en la orilla, agarrándose á las maromas, el movimiento de las olas apenas si deja ver el perfil de los lanchones, ni la blanquísima estela, ni las siluetas de los tripulantes. Allá va la barca: ¡quién sabe do va!... Desde lo alto del puerto, la escena tiene más interés. Cuando la lancha atraca es digna de estudio la perspectiva de plateadas escamas que se adivina en su fondo. La red se tiende en seguida sobre el macadan, con exquisitas precauciones. La esposa del pescador, que quizá está en ayunas, carga en el cesto algunos kilos, y emprende penosa peregrinación por las calles en busca de compradores. El hogar está frío; la hornilla apagada; pero ¡qué importa, si él regresó sano y salvo!

Pasará pronto la noche, volverá la aurora, y con ella los peligros del nuevo día, ineludibles para el nuevo alimento.

El bellísimo cantar de Augusto Ferrant, la nota saliente de su incomparable *Soledad*, debe recitarse íntimamente, sin conocerlo pero sintiéndolo, en forma prosáica, pero no por eso menos conmovedora, por las familias de los pescadores:

*Los que quedan en el puerto*
*cuando la nave se va,*
*dicen mirando á lo lejos*
*¡quién sabe si volverán!*

Yo lo he recordado muchas veces, desde la punta del muelle, ó en la cima del castillo; y las tar-

des oscuras de tempestad, pensando en los que salieron por la mañana, han venido también á mi memoria las frases de Edmundo Amicis, cuando se despidió de Valencia, frases que aplicadas al pescador y á sus hijos pueden arreglarse en esta forma:

«Pensé que acaso no volvería á verlos nunca, y lloré.»

---

## Un inclusero.

*(Notas íntimas.)*

Íbamos á tener pronto otro hijo, y fué preciso sacar un niño de la Inclusa, para sostener la leche á la nodriza.

La tramitación del asunto fué muy breve, gracias á la solicitud que para atender mi ruego desplegó el Secretario de la Diputación provincial, y el mismo día en que el ama llegaba de la tierruca entró en casa el incluserito. Venía el pobre casi desnudo, pues sólo envolvían sus carnes, medio ateridas, un camisolín de tela burda y un tosco pañal de bayeta amarilla.

—Han recomendado las Hermanas—nos dijo la persona que fué á traerlo—que lo cuiden ustedes bien y que no dejen de devolverlo.

—No era necesaria la recomendación.

—Además, me han dicho que por ningún motivo ni razón se le quite del cuello el collar que trae puesto.

Nuestra curiosidad por ver cuanto antes el co-

llar, bien sabe Dios que fué muy grande, pero el niño estaba á la sazón dormido, y no nos atrevíamos á despertarle. No tenía en sus labios esa sonrisa angelical de los niños dormidos; los ojitos no del todo cerrados, la boca un poco entreabierta, acusaban síntomas estomacales de debilidad ó empacho; y el acentuado fruncimiento de todas sus facciones, parecía estereotipar un sufrimiento constante jamás endulzado por los solícitos é infinitos cuidados y caricias que requieren estas criaturas, cuidados y caricias que la Inclusa de Madrid no puede en modo alguno proporcionar á sus hijos.



Cuando al cabo de un rato el pobre niño abrió los ojos y se quejó, porque aquello no era llorar, mi mujer procedió á cambiarle de ropas, vistiéndole con prendas de las destinadas á nuestro futuro hijo. Al hacerlo, tuvimos ella y yo ocasión de ver el collar de la prohibición. Era sencillamente un cordón de torzal negro, retorcido y encerado, perfectamente ajustado á la medida del cuello de la criaturita, de suerte que á no cortarlo expresamente con tijeras fuera imposible quitarlo. Pendiente del cordón mostrábase una especie de medalla, un circulito de plomo, algo parecido al *marchamos* de las telas, en cuyas dos caras estaban impresas con troquel las siguientes inscripciones: «*Inclusa de Madrid*. 1888—864.»

¡864! Triste cifra en verdad; contingente pavoroso de niños abandonados, de niños á quienes sus padres arrojan sin piedad á las salas de lo que algunos médicos llaman el *matadero oficial*.

Declaro que al consignar aquí esta opinión facultativa, que no dista mucho de ser la mía, debo hacer la salvedad de consignar también que la causa de las deficiencias de nuestra Inclusa, no está seguramente en las personas que figuran al frente de ella, sino en las autoridades, que no se ocupan apenas de allegar recursos con que aminorar las necesidades de aquella santa casa. El Director es una persona por extremo apreciabilísima y celosa en el cumplimiento de su deber; los empleados no tienen pero; las Hermanas de la Caridad, sobre todo, realizan verdaderos milagros de previsión y verdaderos sacrificios en pro de los niños confiados á su custodia; pero, ¿de qué sirve todo esto si el local empieza por no reunir condiciones higiénicas, y las nodrizas escasean hasta el extremo de haber temporadas en que tienen cada una de ellas á su cargo cuatro y aun cinco criaturas, y la desmoralización de las costumbres apenas da punto de reposo al fatídico *torno*, que cuando gira hacia dentro, abre para siempre un abismo entre el sér recién nacido y la sociedad en que ha de vivir algún día?

Cuando en la Inclusa falta el alimento natural para los infelices niños, las Hermanas de la Caridad llevan á algunos á la Casa de Maternidad, donde, si es posible y hay mujeres en disponibili-

dad, no se niega nunca auxilio á esos viajeros del infortunio, y para esto tiene buen cuidado el Director de la referida casa, mi particular amigo el ilustre médico don Francisco Ossorio Bernad. Cuando no es posible contar tampoco con la *reserva* de la Maternidad, se le da en la Inclusa á los niños el alimento que pueda soportar su menguado organismo; alguna vez en días de mucho apuro, ¡vino de Jerez! Con lo que si no se salva, se prolonga la existencia de esos infelices. Cuando todo falta, los niños desgañitados y quebrados á fuerza de llorar, llegan á un extremo en que se duermen. Las Hermanitas se tranquilizan un poco, pero ¡ay! que el anhelado sueño que en otras criaturas acusa plétora de salud, es en esas el sueño eterno, y aquella noche ó al día siguiente, ingresan en el cielo varios ángeles más, y quedan en la Inclusa muchas cunas vacías, que quizá se ocupan de nuevo antes de terminarse las veinticuatro horas.



¿No sería posible dedicar un momento de atención á este interesante asunto, para escogitar medios de reformar por completo la Inclusa de Madrid? ¿No podría construirse de planta un edificio modelo, como los hay en el extranjero, rodeado

de jardines y dotado de vacas y cabras que proveyeran á todas las escaseces, y resolvieran en determinados momentos todos los conflictos? ¿No podría el Gobierno dedicar á objeto tan piadoso algunas cantidades? ¿No podrían las damas benéficas de la buena sociedad inventar algo,—ellas que tan caritativas son—para proporcionar ingresos á la Inclusa? Porque hay que decir las cosas como son, y actualmente, tal como aquello está arreglado, se mueren muchos, pero muchos niños, sin que como digo, baste á salvarlos la solicitud de todos.

Por eso también el que consigue salvarse, conserva para mucho tiempo impreso en su semblante la huella del sufrimiento. Cómo no, si á las escaseces referidas, hay que unir el abandono de los primeros momentos, la absoluta falta de calor, cuando precisamente le necesitan más.

El inclusero que hemos traído á casa, es, según el parecer de nuestro médico, el tipo de la *miseria fisiológica*. Está perfectamente sano, pero encanijado, raquítico, sin fuerzas para llorar, con cara de viejo, y una seriedad inverosímil y una palidez marmórea.

Para nosotros constituye desde que ha venido una ocupación y una preocupación constante. Sus menores molestias nos alarman, su porvenir nos espanta, y sólo nos tranquiliza y nos alegra el ver al pobrecito entusiasmarse con la posesión exclusiva de una sola ama, y con el usufructo de unos cuidados que hasta hoy ha desconocido.

Y cuando nuestro hijo nazca ¿volveremos el niño

á la Inclusa, abandonándole de nuevo á la fatalidad de su destino? ¿Si ahora, al mejorar de situación, parece reanimarse y vivir, no se morirá cuando vuelva á *disfrutar* las amarguras de la lactancia oficial? ¿Sería lógico, natural ó humanitario siquiera tratar á una criatura racional, como puede tratarse á un perro, y decir, cuando el alumbramiento de mi mujer se realice: «Bueno, tú has llenado ya mi objeto; viniste aquí para conservar la leche á la nodriza, para garantizársela á nuestro hijo, y ahora que ya la necesita él, tú vuélvete á la Inclusa y arréglatelas allí como puedas? ¿No sería ocasión de remordimiento obrar así, cuando con respecto á este inclusero, parece que Dios ha guiado la mano del Director de esa casa, y que al escogerlo para traerlo á la nuestra, ha querido decir: «tú eres digno de mejor suerte, y en el sitio á que vas debes encontrar amparo y protección?»

Decididamente, devolver al niño á la Inclusa sería la mayor de las inhumanidades. Doy, pues, los pasos necesarios para quedármelo, encuentro en todas partes facilidades, el secretario de la Diputación, D. Camilo Pozzi, me escribe una carta cariñosísima que conservaré mientras viva, y por fin, llenados todos los requisitos, obtengo la autorización para cortar el collar que el niño lleva en el cuello, y para aliviarle al cortárselo, del peso de aquel lingote de plomo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al hacerlo confieso que he experimentado la sa-

tisfacción más pura y más completa de mi vida. Me ha parecido que quitaba el grillete á un condenado á cadena perpetua, que daba la libertad á un esclavo, que borraba de la frente de ese inocente niño un estigma de difamación.

El pobrecito se ha sonreido casualmente al terminar esta operación. Yo he tomado esa sonrisa del hermano de leche de mi hijo, como testimonio de gratitud. Ahora se lo llevarán á un pueblo, y allí, si Dios quiere conservarlo, bajo nuestro amparo se criará, se educará, y cuando tenga edad yo le libraré de quintas, y cuando ya sea un hombre no le han de faltar mis consejos ni mi apoyo, para que encuentre medios de subsistencia en un oficio ó en un empleo. Será hasta cierto punto nuestro hijo adoptivo y si algún día, sus padres lo reclaman, como me advierte el Director de la Inclusa, confieso ingénuamente que tendré un verdadero pesar al entregárselo, pues ya es sabido que la inmensa mayoría de los incluseros de quienes sus padres se acuerdan, es sólo porque les hacen falta para trabajar, y entonces invocando los derechos de la sangre, que ellos hollaron sacrílegamente, los llevan á su lado para utilizarlos como se utiliza una bestia. Mi mayor alegría será que este niño me deba un día su vida y su posición, y que si se casa nos convide á su boda, una boda del pueblo, alegre, regocijada, honesta y patriarcal.

Que Dios te proteja siempre, pobre niño, como yo le pido, y nada me agradezcas, pues si alguna vez tratas de hablarme de esto, te contestaré lo

que hoy contesto á los que me elogian por haberte convertido de inclusero, en *mi* inclusero:

—«Lo que hemos acordado mi mujer y yo, me parece tan lógico, que no le concedo importancia de ningún género.»

Quizá si el niño hubiera vuelto á la Inclusa, á nadie se le hubiera ocurrido decir: *es raro*. Yo en cambio, al verle ya libre de aquel dogal y de aquellas angustias, al contemplarlo á nuestro lado como feliz presagio y tentador anticipo de la felicidad que esperamos, digo sencillamente: *es natural*.

---

## La albada de Septiembre.

(APUNTES)

(*Sol en Capricornio*).

El mes de Septiembre se ha echado sobre Madrid haciendo corbetas y esperezos, y casi tiritando de frio, con ese movimiento sensual de la gata que se frota contra los muebles para encontrar calor en el frotamiento de la manta fosfórica que le sirve de piel, y que produce, como es sabido, en la obscuridad una luz tenue como la de los gusanos de luz cuando los pelos (de las gatas, no de los gusanos), se les ponen de punta.

Ha traido orden de preparar las chimeneas por si nieva el día de San Mateo, en que antiguamen-

te entraba el otoño, y viene haciendo geribeques al estío; que no ha logrado este año con sus rayos solares dar sazón á los tomates de la tierra, ni madurar los melones valencianos.

Noherlesson pronostica, como astrónomo, desde el observatorio subvencionado de Palencia, pero no sabe, ó no nos quiere decir lo que ocurre en las regiones siderales, para que el ciclón americano venga con tanta frecuencia y con carácter endémico á nuestras costas, derribando árboles y casas, y echando sobre las llanuras que hoy ocupan las codornices y los saltamontes, bocanadas de escarcha y canastillos de hielo.

El hecho es que el día de San Gil, en que murió de calor el rey Recesvinto, estuvimos á punto de helarnos nosotros en el senegal de la Puerta del Sol, á dos pasos del *oloroso* entarugado de la calle del Arenal; el hecho es que los árboles se secan, que los nardos no abren el cáliz donde guardan sus aromas, que las dalias parecen siemprevivas, y que el aspecto sepulcral de los días de Noviembre invade ya la atmósfera de la villa, y se extiende más allá de los cementerios.



Esto no me parece natural, y si se me permite, diré yo desde el observatorio de... mi tintero, que esto que ocurre es una falsificación ó una perturbación de las estaciones, que la tierra debe haberse desco-

yuntado en los polos por la gravitación descomunal de tantos mares y montañas, y que la frialdad de los países hiperbóreos, viene á paso de carga al Mediodía, á coagular la sangre apasionada de nuestros naturales para que no vociferen ni enaltezcan tanto la dulzura de las auras españolas, el ambiente perfumado de sus valles, ni la hermosura dorada y morena de las mujeres de aquende.

Si mis declaraciones meteorológicas no marran, pido caridad para los jardines del Retiro, donde antes se soñaba á la luz de la luna y ahora se tirita á la del gas; pido que las horchaterías nacionales no se conviertan en estererías hasta que llegue la hora psicológica de la clausura de los refrescos ingleses; y pido por último, que ya que no tengamos calor solar por arriba, y se piense (para el próximo estío) en hacer de Madrid una estación de verano, que podamos al menos pisar blando por abajo en los adoquines de madera y de alquitrán que el Municipio nos regala bizarramente, para que andemos *callandito* por calles y plazas y paseos... que también á éstos llegarán los tarugos.

***

Vuelven los periódicos á llenar sus columnas con la lista grande de las damas y damiselas que han vivido dos meses en los balnearios de *cartel*, como viven las truchas asalmonadas en las aguas corrientes de las pesqueras. Primero tocaron á

desbandarse, y el bando de tórtolas se desbandó. Ahora tocan llamada y tropa desde los coliseos próximos á abrirse con luz eléctrica, y de todos los puntos de Europa vienen grupos femeninos tiritando de frío, con el bolsillo anémico, las sienes hundidas, las mejillas trasparentes y las arrugas implacables cruzando, por efecto de las contracciones nerviosas, desde los ángulos de la boca hasta los ojos de gallo, salva la frente, que parece sin la mano de gato, un calco de tela de araña.

Todas las diosas que figuran en la lista de honor de la playa ó del balneario, tienen un cronista amable que hace el inventario de los trajes á la moda, que importan del extranjero de contrabando, para sorprender en Madrid, y con esas listas se llenan las correspondencias y se satisface la vanidad de las mujeres visibles.

Algunas vuelven desesperadas, con los ojos velados, dejando ver en la pupila algo histórico y provocativo, y en sus ademanes la resolución de la pantera herida. Éstas no han encontrado novio en la playa, ó han tronado con él. Perdieron el viaje del veraneo y vuelven echando chispas como las fraguas caldeadas.

En cuanto se quitan el polvo del camino, y lo sustituyen con el de arroz, las viajeras de la *Season* van al Parque en milord ó en victoria á cazar Endimiones de á pie ó á caballo. Para este fin hacen de los cogines del carruaje, escaparate de tienda, donde salen á relucir por orden de novedad y de capricho exótico, el vestido más alarmante y me-

jor cortado, el sombrero de figurín más petulante, y las botinas más peligrosas, entendiendo por peligroso, que son tan estrechas, mermadas y reducidas, que pareciéndose á estuche de muñeca y no á chapines de dama andariega, bien pudieran... ayudar á caer si se pisa en falso.

El rosicler de esa virgen matinal que se llama aurora, enemiga de jugadores y libertinos, á quienes sorprende en la palidez de las noches de orgía, no es más bello, irisado y ostentoso que la Venus de salón cuando regresa de los baños de mar, sobada, salada y zarandeada, y puede ver de nuevo en las vueltas del paseo á los *sporment* mimados de la buena sociedad, que se consideran los hombres más dichosos, más espirituales y encantadores, cuando poseen alguno de esos talentos nimios que forman el orgullo de los clubs y de las salas de armas, cuando montan un caballo de Zapata ó una espátula inglesa, cuando dirigen enganchados cuatro potros con el puro en la boca y el *monocle* atornillado en un ojo, cuando tienen ocasión de saludar á derecha é izquierda con desembarazo elegante y de buen tono.



Las golondrinas se van cuando los bañistas regresan. ¿Serán incompatibles? Pues á fe que algu-

nos poetas las han comparado, *pour rire* sin duda, á las tiernas avecillas del calvario.

Éstas van á Oriente con sus hijuelos, nacidos en nuestras casas, y aquellas caminan á... Occidente, rendidas de cansancio y hastiadas de placeres, en busca siempre del ideal soñado moreno ó rubio, de lidia ó defectuoso, con tal que tenga dinero y filosofía.

*Tout passe, tout cassé, tout lassé.*

---

## Rafael Calvo.

Después de la ovación tributada en Barcelona á Rafael Calvo, al estrenar el último drama del insigne Echegaray, *Lo sublime en lo vulgar*, ovación que á semejanza de aquel beso de un poema de Campoamor, repercutió en la corte con vibración perceptible, habían perdido los madrileños la pista de su actor favorito. Pronto, sin embargo, debía regresar á Madrid para preparar con su compañero Antonio Vico la temporada del teatro Español, y la verdad, nadie se ocupaba de averiguar por dónde andaba al co-



menzar Septiembre, el eminente Rafael Calvo.

Por eso al leer en los periódicos las primeras noticias de su enfermedad, cogió á muchos de sorpresa saber que á la sazón Rafael Calvo y Antonio Vico, realizaban en Cádiz una de sus muchas campañas colmadas de honores y de provecho.

*El Resumen*, uno de los periódicos que más pronto dieron el aviso, redactaba así, aun no hace tres días, el suelto:

«*Calvo grave.* Telegrafían de Cádiz á un colega, que el primer actor D. Rafael Calvo sigue enfermo y que por esta causa no podrá tomar parte en las representaciones que aun le quedaban por dar á su compañía en aquella capital. Vivamente deseamos que el insigne actor y buen amigo, desmienta ese pronóstico con su robusta salud.»

Noticia en tales términos concebida, no era seguramente motivo bastante para despertar alarmas, y así fué que nadie, ni aun los que nos honrábamos con la amistad del ilustre artista, temimos que se consumara la catástrofe, que por desgracia ocurrió pocas horas después de publicarse el suelto que transcrito queda.

Si Rafael hubiera muerto en Madrid, la dolorosa impresión no hubiera sido menos fuerte, pero el amargo trago se hubiera apurado de un sorbo. Como no estaba entre nosotros, como desde la clausura del teatro de la Princesa no le habíamos vuelto á ver, como aun no hace una semana que los periódicos anunciaban para fin de Octubre la apertura del Español, es hoy la sensación más tris-

te, más despiadado el sentimiento, más larga y más mortificante la pena que al despertar nos hace creer que Calvo está bueno y sano, que quizá vamos á encontrarle en la calle, para despeñarnos apenas leamos la prensa de la mañana, la tristísima realidad de la pérdida definitiva del querido ausente.

Recuerdo todavía la agradable conversación que Calvo y yo sostuvimos una noche del otoño de 1880, en su cuarto del Teatro Principal de Zaragoza, por la época de las fiestas del Pilar, y durante la representación del *Don Alvaro*, la obra predilecta del gran actor, que con su fallecimiento habrá por fuerza que enterrar también con ostentoso sepulcro, adornado con las infinitas coronas qne conquistó representando su protagonista. Calvo estaba aquella noche, por excepción, solo en su cuarto; acababa de empezar el segundo acto y teníamos por delante el tiempo y el espacio



de éste y del tercero, para conversar á nuestro gusto. Calvo no esperaba en tal momento ni en tal sitio mi visita, y me acogió con visible alegría. Yo no sabía tampoco que él trabajase en Zaragoza, hasta que ya en la platea del teatro, al que llegué en ocasión de estar Rafael en escena, recibí la agradable sorpresa. Calvo, de muy buen humor aquella noche, me contestó al extrañarme yo de encontrarle allí:

—«Sí, señor; he venido... á *matar* á provincias.»

Hablamos de todo, y sobre todo de Madrid, porque Madrid fué siempre la pasión favorita y el culto artístico de Rafael. Hablamos de literatura, de bellas artes; hablamos, por último, del porvenir de la dramática española, y fueron de ver el entusiasmo y la animación, el convencimiento optimista y las ingenuidades encantadoras que aquel hombre, todo corazón, puso en juego para discutir el tema. Y así platicamos largo rato, mientras él se vestía el airoso traje de capitán de los tercios de Flandes, y hubiéramos charlado toda la noche (á no impedírselo el traspunte con su intransigente voz de «prevenido»), porque Rafael Calvo estaba dotado de una erudición pasmosa y de un buen gusto y un espíritu de observación superiores á todo elogio.

Recuerdo también sus brillantes jornadas en Madrid; sus triunfos repetidos; sus ovaciones delirantes; recuerdo el saloncillo del Teatro Español, y dentro del saloncillo aquel cuarto desahogado, entrando á mano izquierda, donde le abrazábamos lle-

nos de entusiasmo en las noches turbulentas, agitadas y febriles de los estrenos; recuerdo sus incomparables *duos* de amor del Teatro antiguo, con la irreemplazable Elisa Boldún, y digo duos, no escenas, porque Rafael Calvo era un verdadero *virtuosi*, el *tenor* de la versificación, el que ha *cantado* como nadie cantará, los dramas y las comedias; recuerdo su incomparable manera de representar el *Tenorio*, cosa á la verdad no extraña, porque de tiempo atrás, todos reconocían y aun murmuraban, que Calvo era el primer tenorio de Madrid; recuerdo sus creaciones *La vida es sueño*, *El Zapatero y el Rey*, *El gran Galeoto*, *La realidad y el delirio;* recuerdo todos sus gestos, su entonación vigorosa, sus arranques, sus momentos de inspiración; su modestia jamás envanecida, su resistencia jamás abatida, y no quiero creer que hombre de tales dotes, artista de tales condiciones, haya muerto en poco más de tres días de una enfermedad espantosa, de una enfermedad que, no contenta con destruir en un momento la personificación de tantas glorias, ha desfigurado aquel rostro simpático y bondadoso, y ha impedido—por el temor del contagio—que se tributase al cadáver las demostraciones de cariño que todos le profesaban.

Rafael Calvo se presentó por última vez al público de Madrid el día 5 de Abril del año actual, leyendo en el Circo de Price, en una función dada á beneficio de Marcos Zapata, el poema *El compromiso de Caspe*.

Del público de Cádiz se ha despedido con el *Drama nuevo*, obra con que debutó en el mismo teatro que ha pisado por última vez, el año 1876.

En honor de Rafael se celebrarán funciones en los principales teatros de Madrid, según se vayan abriendo. Las más solemnes prometen ser las de la Comedia y el Español, singularmente la de este último, que será en el día de la ceremonia la verdadera casa mortuoria. En la Comedia, Emilio Mario tiene dispuesto que á coronar el retrato de Calvo salgan á escena las ilustres Bárbara y Teodora Lamadrid, y el veterano Mariano Fernández, compañero inseparable de Calvo en los últimos años. En el Español, aparte de otros detalles que se arreglarán á su tiempo, se piensa, según me dice Arturo Mélida, presentar la tumba de Rafael, —cuyo diseño hará Mélida—en el centro de la decoración del último cuadro de *D. Alvaro*, colocando sobre ella el hábito que en esa obra usaba el infortunado actor. El pensamiento no puede ser mejor; la escena resultará conmovedora. El mismo teatro, la misma decoración, el mismo público, la silueta del traje, el retrato del finado, su nombre repetido una y cien veces, su recuerdo en la me-



moria de todos. Allí sólo faltará una cosa: sólo faltará Rafael.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los últimos momentos de Calvo han sido horribles. Una calentura de 40 grados, un delirio imponente, ataques de disnea que acaban por minutos su vida, completa alteración de las facciones que daban espanto y lástima, y repetidas congojas. Al ver entrar al sacerdote que iba á administrarle los Santos Oleos, asaltado, sin duda, por súbita revelación, exclamó incorporándose:

—¿Qué es esto?

Después cayó en la cama, medio deshecho ya; antes de espirar repitió en su delirio frases entrecortadas: *Mis hijos... 39 grados... eso es... Antonio, y después nada...* Calvo dormía para siempre *en el seno de la muerte*, y el pueblo de Cádiz—como dice Fernanflor—cumplía por toda España, y formando un solo grupo sepultaba á Rafael bajo coronas.



La última noche que trabajó en Cádiz, al terminar la representación de *El drama nuevo*, Vico salió al proscenio y dijo con voz entrecortada y balbuciente:

—Señores, la función no puede continuar; el actor Yorik acaba de morir.

La última noche de la vida de Calvo, apenas éste había entregado su alma á Dios, Vico decía también con voz, que más era un suspiro, á las personas que esperaban el desenlace de aquel drama pavoroso.

—Señores.., Rafael Calvo acaba de espirar.

Ahora es cuando verdaderamente amenaza ruina el Teatro Español, porque como ha dicho el inspirado Leopoldo Cano, en unos versos dedicados á Rafael:

*Tras de su cadáver yerto,*
*Sólo queda llanto triste;*
*¿Poesía? Ya no existe.*
*La enterrásteis con el muerto.*

---

## Dos jubilaciones.

(Campoamor y Santos Alvarez)

La parca ministerial, más cruel que las tres consabidas del paganismo, ha cortado el hilo de la vida oficial al eximio escritor y poeta joven D. Ramón de Campoamor, declarándole jubilado con el haber que por clasificación le corresponda.

Me parece muy mal ese acto de omnipotencia covachuelista, porque resulta anacrónico.

¿Quién ha dicho á los señores ministros que Campoamor tiene más de setenta años? ¿La fe de bautismo? Pues con el respeto debido hay que decir que miente, puesto que Campoamor piensa, escribe y se porta como un joven robusto. ¿Qué mancebo de los que se usan es capaz de hacer poemas líricos tan hermosos, tan llenos de vida y de frescura como los que hace Campoamor.

Pero el Gobierno no tiene la culpa, necesita segar y siega, sin mirar el sembrado; necesita quitar á unos para poner á otros y hace racia de vidas de plantilla, por edades. La culpa la tiene nuestro Víctor-Hugo sacramentario, que no necesitando empleo para comer, se alistó en el banderín de enganche de los turrones, y permitió que la prosa fría é indigesta de los altos poderes ministeriales, le nombrara Consejero de Estado, sin intervención de las Musas. Estas no lloran la fría destemplanza de los altivos procederes, porque después de todo, salen ganando en el ludibrio de la edad, pues recobran al poeta más joven, más ideal y con más prestigio que cuando tenía veinte años, y él se puede vengar haciendo una pirueta y tirando á las barbas de la parca la mejor de sus composiciones.

Si los ministros pensaron cortar la coleta á un anciano chocho y lleno de achaques, se equivocaron á fe, porque nuestro setentón querido, puede dar un susto al más travieso don Juan con la gallardía de su porte, con la majestad de su figura, con las iniciativas de su temperamento, y la salud

poderosa que disfruta siempre. Todas las mujeres jóvenes y viejas, dicen á coro que Campoamor es un adolescente que empieza ahora la vida de la inmortalidad. El decreto de su jubilación ha sido, pues, la partida de bautismo de esta segunda vida.

El otro ingenio jubilado por achaques de edad, ha sido D. Miguel de los Santos Alvarez, el amigo de Espronceda, el único quizá superviviente de aquella pléyade augusta de escritores románticos.

Santos Alvarez dejó de ser bohemio cuando vistió la toga, mas no perdió nunca las aficiones al *sport*, al salón aristocrático á la buena conversación, y á las fiestas de la sociedad que embellecen nuestras diosas.

A Ramón de Campoamor han querido ponerle un mote distinguido, que él, muy discreto ha rehusado

A Miguel de los Santos Alvarez van á darle una gran cruz.

El autor de *María* no la necesita. Que no se la den.

---

## El alimañerc.

(SILUETA CINEGÉTICA)

El alimañero es un sér humano conjunto á la alimaña, tan identificado con ésta, que si no hubiera en la creación zorras y gatos monteses, habría de seguro más caza, pero no alimañeros. Si

queréis saber para qué sirve un animal dañino, preguntádselo á él, y os dirá que sirve para distraer el ánimo y regalar el paladar de los que nacieron con ojo, olfato y agilidad de alimaña.

El alimañero es un ejemplo de la ley eterna de los contrastes. Al lado de la luz la sombra, en pos de la noche el día, el desierto de agua próximo al desierto de tierra, el veneno en la propia umbría que el contraveneno, detrás de la cruz el diablo, la risa tras el dolor, el galgo tras de la liebre, tras del galgo un gato montés, y el alimañero tras del gato oliendo á estofado con manteca de zorra y alacranes fritos. Así están repartidos los papeles y de ese modo son contraste animado de sí mismos, por serlo de las alimañas, los astutos alimañeros.

El alimañero tiene más vientos que un podenco. Yo conozco al de las dehesas de *** que huele desde la choza la pista de un zorro, siente escurrirse á un tejón, y descubre sin espejuelos al tigre de las regiones aéreas, el águila real. El alimañero recuerda á los cernícalos, y tiene gracia especial para imitar el grito del águila. ¿Cómo la atrae al reclamo de un festín de carne viva, pues sabido es que el águila desprecia la carne muerta aunque se sienta con hambre? Esto es lo que no dice á nadie, y por eso algunos cazadores lo califican de genio.

Tiene ya mi tipo (que puede serlo del gremio), sobre cuarenta años. No peina canas, porque jamás tuvo peine ni pelo. Su frente es chata y plana; su cara angulosa, los ojos hundidos, pero ru-

tilantes, la boca grande, el pecho en comba, los brazos secos, las manos callosas, los dedos afilados, las uñas de gavilán, el vientre pegado al dorso, las piernas largas y flexibles, el aire general agazapado, siempre en actitud de lanzarse. Demos á esta escultura de piezas dislocadas, los jarretes de la liebre, las choquezuelas del corzo, los nervios de la pantera y las fuerzas del león, y tendremos completa la filigrana artística del alimañero.



Nació en una cueva y se crió sin madre. A los dos años ya cazaba grillos; á los cuatro comía lagartos; á los diez luchó con un lobo, y á los doce, acechando un día una conejera, oculto tras de unas jaras, vino á caer sobre el pobre gazapo, al mismo tiempo que él, un gato montés que acechaba desde un árbol. El alimañero no tenía armas y hubo de defenderse con los puños. La lucha fué horrible. El gato mayaba; el hombre rugía y ambos se acosaban rodando por el césped. De prónto el gato lanzó un maullido más penetrante: fué el último, estaba vencido. El hombre se levantó lleno de arañazos, cogió el gato como trofeo, y aquella misma noche se lo cenó para sellar con carne de alimaña su vocación ya irrevocable del alimañero.

El tío *Gatera* (que así se llama) vive en el centro

de las dehesas de ***. No usa escopeta, porque no ejerce su habilidad contra las liebres ni los conejos. Al contrario, es su protector, y nadie como él conoce y enseña á los cazadores de Madrid los vivares y los nidos.

—¿Cómo es que en los ojeos no sale ninguna zorra? le decía yo una mañana que estábamos cazando en un sitio donde abunda la especie.

—Señorito, es que las zorras son muy *endinas* y huelen de lejos.

—Pero hombre, los ojeos se hacen largos, y más valía emplear en ellas los plomos que no en las pobres liebres.

—Tiene usted razón. A mí *ma flige* que mis hijas mueran *asina* de una *perdigonaa* cuando yo las defiendo de las alimañas... Pero así se divierten *ustés* los señores, y *pa* eso es la caza, que si no fuera asi habría una plaga.

—Vamos, que cuando nosotros no estemos, ya te regalarás con algún macho.

—No, señor. Por estas cruces que no es verdad. *Ende* que comí el primer gato, no he cogido una liebre. Eso sería faltar, y yo tengo *concencia* y soy fiel á la *consinia*. ¿Creerá usted que los conejos juegan con *mi* perro, y que á mí me siguen las liebres?

Éste es el tipo. Si alguien lo encuentra cargado de color, que vaya á la dehesa de *** y conocerá al alimañero, ejemplar superviviente de aquella raza escogida de soldados, que con el hacha en la mano y el arcabuz al hombro, se abrieron paso por las cordilleras inexploradas de los Andes hasta descubrir el mar Pacífico.

Gloria á aquellos soldados, y un aplauso al tío *Gatera*.

---

## Tutti.

*(Final del poutpourri.)*

La Condesa de Catres ha inaugurado su patio andaluz. Hubo flores en abundancia, escalinatas de mármol, pabellones árabes, surtidores, buffet servido por damas, y baile á compás de una orquesta de guitarras y bandurrias dirigida por Garcen. A última hora, la hija de los Marqueses de Caicedo, bailó con toda la gracia de la tierra de María Santísima un jaleo y un tango. La concurrencia escogida y selecta, y añado yo, medio inclinada á veranear en Madrid. El *problema* se ha planteado con mucho patriotismo en el patio andaluz de la Condesa de Catres, pero la *solución* tiene lugar por las tardes con gran tumulto en la estación del Norte. Las mismas damas que con más encomio ensalzaban la frescura del patio, el am-

biente perfumado, al llegar á su casa, dieron orden á la doncella para que preparase los mundos. A mí no me choca tal conducta porque está en carácter con el corazón humano, porque es la atracción de lo desconocido, el espíritu que persigue la novela y la moda de las aventuras.

Entre un patio andaluz aunque sea tan bonito como el de la Condesa, y las playas vascas ó francesas, la elección no es dudosa para ninguna *souperchic*. Por eso desfilarán todas diciendo: «vuelvo».

—

Una gran catástrofe, ha costado la vida á tres infelices obreros en el hundimiento de una de las bóvedas subterráneas del antiguo y medio demolido templo de Santo Tomás, iglesia de mala sombra, que registra ya en su historia multitud de páginas negras. En el solar de dicho templo, donde se va á construir la nueva parroquia de Santa Cruz, y en la parte que mira á la calle de Atocha, estaban amontonadas grandes masas de escombros procedentes del derribo. Este enorme peso, gravitando sobre varias bóvedas incapaces de soportarlo, determinaron el hundimiento. El aspecto que ha ofrecido la calle de Atocha ha sido desconsolador. Los vecinos acudieron á salvar á los pobres trabajadores, el Gobernador se presentó en los primeros momentos con una compañía de Ingenieros que trabajaron con decisión, pero sin los resultados instantáneos que hacían falta, pues los hombres sepultados, lo estaban á una profundidad inmensa,

tanto que ni aun lamentos se escuchaban. Cuando se llegó al fondo, ¡dieciséis horas después del siniestro! se encontraron muertos á Mariano Latorre, Nicasio Quevedo y Juan Fernández, este último aun caliente; y vivo, sin lesión alguna—cosa verdaderamente inverosímil—á Ambrosio Hernández *El aragonés*, que mejor que el protagonista de la famosa causa de Plasencia, puede considerarse como el verdadero *muerto resucitado*.

¡Dios haya acogido en su seno á sus desdichados compañeros, víctimas de la más horrible de las muertes!

—

Otra desgracia lamentan estos días los aficionados á toros. El simpático banderillero Rafael Sánchez *Bebe*, ha sufrido en Cartagena una cogida al dar un quiebro de rodillas, y de resultas de la herida se ha hecho preciso amputarle la pierna izquierda. ¡Pobre muchacho!

—

Los teatros de verano van cerrando sus puertas. Los circos dan las *boqueadas*, sobre todo el de Price, donde el ventrílocuo *Leo* hace alarde todas las noches de su notable habilidad para esta clase de trabajos. Ha sido este artista la atracción de la temporada, sólo que ha venido á atraer gente, cuando la temporada se acaba. Las formaciones de invierno están terminadas. Tendremos en la Comedia á Mario, á Vico en el Español, en el Real una buena compañía, en Apolo la gente de Felipe,

en la Zarzuela la compañía del Príncipe Alfonso, en Lara la de siempre, con el aliciente de Rosell y el retorno, por todos celebrado, de Ruiz de Arana, en Eslava actos sin actores, y en Price la *troupe* de Cereceda, *Mascota* y compañía.

¡Ah! Tendremos además en todos esos teatros á los beneméritos revendedores, que vuelven á ejercer su industria con el mayor descaro.

¡Ah! Y no tendremos ya zarzuela seria ni funciones enteras (salvo dos coliseos), ni apenas nada de lo que hasta hace poco exigía el arte escénico. Los teatros de hora lo invaden todo y todo lo destruyen. Pero la culpa no es de ellos que dan *horas*, sino del público que da los *cuartos*.

---

Las giras campestres han menudeado durante todo el mes de Julio. Estos convites para pasar media luna natural en la Granja, caserón ó villa que ostenta el nombre de la señora de la casa, estas *billegiaturas* de temporada por lo común exentas de comodidades, tienen de por me-



dio los gastos de viaje, la locomoción en diligencia ó en carricoche, los vuelcos, y otra porción de inconvenientes innominados que no se compensan muchas veces con el placer vivísimo que tiene uno en almorzar, comer y dormir bajo el techo hospitalario de un amigo rural. ¿Y en dónde dejamos el renglón de las propinas tan onerosas y descompasadas desde que se han puesto de moda las peregrinaciones á las haciendas señoriales? El convidado que pasa algunos días en el campo, saldrá bien librado si los criados no forman—á hurtadillas de los amos—una cuarta de compañía en la que forman ayudas de cámara, doncellas, cocheros, lacayos, cocineros, pinches, etc., y salen á pedirle el recuerdito. Justo es, sin embargo, el consignar que de las giras de este verano, las de más éxito, más previsoras y espléndidamente combinadas, han sido la de los Marqueses de Cerralbo, al *Castillo* de Huerta, la de la Duquesa de Medinaceli á su *Chalet* de las Navas, y la de los Marqueses de Roncali á su poética *Villa Cristina*.

—

Los toreros de cartel, ausentes de Madrid en estos meses, se han dedicado á mandar telegramas á los periódicos, elogiándose por sí mismos ó por mano de un amigo, alguna vez en esta forma rara: «Fulano, *muy guapo. Dos orejas.*» Francamente, yo creo que las dos orejas, aparte de no constituir elemento especial de belleza, las tienen

todos los diestros (y los que no lo son) desde que nacen.

—

Un pintor de lance termina un cuadro que representa «una puesta de sol al empezar el otoño».



Se lo enseña á un amigo y le pregunta si debe corregir algo.

—Sí—le contesta.—Debes hacer que se ponga más el sol.

—¿Para qué, hombre?

—Para que... no se vea nada.



OCTUBRE.—NOVIEMBRE.—DICIEMBRE.

# OCTUBRE



## Vendimias, bodas, fugas y divorcios.

Desde los tiempos de Noé, Octubre viene siempre rodeado de los prestigios que le da la vendimia, los cuales, cantados con brillantez por los poetas latinos, dejaron un rastro luminoso de verdadera égloga en las costumbres campestres.

Los antiguos representaron al mes de Octubre bajo la figura de un cazador con una liebre á los pies, pájaros en la cabeza y una especie de estanque á su lado.

Los modernos representan á Octubre vendimiario, coronado de hojas de encina, y vestido de rojo, porque en este mes el color verde de las hojas empieza á tomar el triste rojizo, casi dorado, de la muerte.

Mucho han variado los tiempos desde que con el auxilio de la química se fabrica vino puro arti-

ficial en las grandes bodegas. El idilio de los pámpanos, no tiene por esta causa el encanto celeste que le comunicaron los dioses, ni las vendimiadoras son ninfas honestas, ni los vendimiadores sacerdotes gallardos del dios Pan.

La vendimia de nuestros días ha perdido su atractivo poético, y no ciertamente por culpa de los cosecheros y labradores, sino por causa de los tratantes en vinos que recorren las comarcas productoras, comprando el fruto de la vid, en las propias viñas, para manipularlo y venderlo falsificado con la mayor utilidad en los mercados del extranjero.

Pero si la vendimia sagrada de Virgilio ha perdido su prestigio, en cambio el dios Hinmeneo no se cansa de encender antorchas, y son varias ya las que ha repartido entre jóvenes amantes de buena posición.

También son muchas las fugas de vocales que han tenido lugar en Octubre; es decir, son muchos los que desde el estado de novios en disponibilidad de anotarse en la Vicaría, han cortado por lo sano huyendo con sus caras mitades al país de la iglesia

libre y del amor sin coronas nupciales. Algunos de los tenorios es de familia aristocrática. Ellas pertenecen casi por completo á la burguesía.

Con motivo de estas fugas, la ocasión se presenta pintiparada para discurrir sobre la decadencia moral del sexo femenino, hoy poco menos que entregado á las seducciones del placer y á los atractivos del lujo; pero á mí no me da el naipe para estas cosas, y abandono el tintero lleno de la sangre negra del pensamiento, para que las gotas cristalizadas de tinta, vistas desde mi pluma, no parezcan lágrimas heladas del alma, de esas que al frotarse con los dedos se disuelven en infecto y negro polvo.



Yo podré fustigar, con más ó menos justicia, á ciertos tipos viandantes de esta frívola sociedad madrileña, pero no quiero ni puedo meterme en honduras, ni exponer á la luz del día los vicios que corroen las entrañas de nuestros simpáticos libertinos. Yo no he nacido para predicar en guisa de misionero redentorista, pero no me está vedado el derecho, y uso de él

con gusto, de dar el alerta á las jóvenes menores de edad que se dejan galantear, desde muy niñas, por los bohemios adulterados de los salones.

Blancas y próvidas hijas de Galicia y Asturias; andaluzas de negros cabellos y contornos mágicos; soberbias montañesas, á quienes el viento de las neveras ha tallado en mármol; altivas catalanas, francas y graciosas; aragonesas, castellanas honradas, y extremeñas leales, no vengáis á Madrid, aunque os ofrezcan trajes y oro, porque en este pozo airón del libertinaje, os olvidaréis para siempre de vuestro pueblo y del catecismo que guió vuestros pasos; olvidaréis el claro arroyo que blanqueaba vuestras ropas, la fuente abundosa que apagó vuestra sed, y al pobre cura, lleno de achaques y privaciones, que os regalaba aleluyas con la imagen de San Antonio pintada en rojo y azul. No vengáis á Madrid, aunque os digan que hay gentes que os esperan, porque estas gentes juzgan que es para ellas para quienes habéis nacido. No abandonéis á vuestras madres, el espléndido sol que doró vuestros cabellos infantiles, porque el gas de las noches clandestinas y las lámparas de petróleo, y las aplicaciones de la luz eléctrica, envenenan el alma y martirizan el cuerpo. No vengáis á ver como la carreta de la vendimia se transforma en *milord* de ocho resortes, ni os acerquéis



á los corros donde se aprenden palabras de doble sentido, ni á las *soirées* donde se enseñan los escotes desmesurados. No vengáis á tomar número en la danza macabra de las mujeres anónimas, porque perderíais vuestra inocencia, vuestra salud y vuestro reposo.

Venir á Madrid desde la aldea con cara de santas y ojos hermosos llenos de sorpresas, ojos de primera comunión y de adolescentes, es caer en el abismo de la perdicion, dar lo cierto por lo dudoso, el bien por el mal, la placidez del alma por el desvelo que produce el ácido carbónico desprendido de las copas de champagne, en las orgías de los gabinetes, donde los hombres entran con... el sombrero puesto.

No vengáis á Madrid, que aquí no hay aire para vuestros pulmones, ni ideales soñados en el altar del pudor, ni amores inocentes, ni consuelo verdadero en la hora suprema de rendir la vida para devolverla á Dios. No vengáis á ver cómo repiten los periódicos la consabida noticia: «Ayer ha desaparecido de la casa paterna una bonita joven... etcétera», ni cómo añaden algunos dias después que

la interesada ha aparecido en un convento de monjas, ó en la lista de las *cocottes* librecultistas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Para que nada falte en estos extravíos licenciosos del amor natural, como Zola lo predica, se habla de varios divorcios premeditados, y una joven bella y de familia distinguida, la señorita Esther Mac-Mahón, de veinte años de edad, habiendo sido rechazada por la familia del novio, se propinó una disolución de fósforos, de la cual ha fallecido en breves horas en las Escolapias del Barrio de Argüelles.

Serían interesantes las historias que quedan esbozadas; pero aun cuando pudiera llenar con ellas muchas páginas de la VIDA DE MADRID, renuncio á hacerlo por no desnaturalizar el carácter y tendencias de este libro.

---

## Trapos y moños.

---

### I

#### LOS ÚLTIMOS POLISONES

Ya es cosa decidida, y por ello está que trina el bello sexo.

En adelante, no habrá *postizos* mayúsculos incongruentes, porque el polisón ha dejado de existir.

Su imperio no ha sido breve, y en cambio ha

resultado tiránico y universal; pues no se han sustraído á él, ni las devotas ni las criadas de servir.

Empezó la reforma un *maniquí* ambulante de *Wort* y la aceptaron porque no se dijera, todas las *perversas* de repertorio, todas las elegantes de la moda internacional, y cuando éstas pasearon la bandera de la emancipación por las estaciones de baños más renombradas, entraran en fila las mujeres formales, las pollas honestas (todavía las llamamos pollas en Castilla), y por añadidura, esa turba multa de vestidos de doble falda que han llevado las burguesas de la metrópoli, con el apéndice reglamentario, cual si dijéramos con la escarapela del traje femenino patrocinado en las alturas donde bullen las modistas de rumbo.

La cosa está dando mucho que hablar al sexo, porque son muchas las mujeres que se encontraban bien halladas con la escrecencia de trapos y rellenos, y temen ahora que por ir rasas de culata, *cuan tabula*, las tomen por jóvenes doctrinos en preparación para seminaristas, ó por viejos camastrones desvencijados, sin cola ni sobre hueso. Esto las pone en conmoción, y van al paseo muy solícitas y nerviosas, á ver que *empaquetadura* tienen las valientes que han roto las primeras el *statu quo* de los *peldaños* cabalísticos que



no han servido para subir al cielo ni para bajar á la tierra, y en cambio nos han mortificado, impidiéndonos examinar á las diosas de la fashion, recomendadas ó catalogadas por la crónica.

Lo que ven en los paseos y en sociedad no las sorprende, pero las indigna, porque la mujer á la moda, *sin polisón*, se presenta á sus ojos escueta, lamida y sin proporciones esculturales. Es verdad que se pueden sentar en el suelo sin permiso del *envoltorio*, pero al abolir uno de los principales y más voluminosos elementos de la *toilette* de una mujer bonita (dicen las críticas) al suprimir el *postizo* ó sea el *globo* falaz de ballenas ligeras y crinolina, la mujer pierde toda la gracia del torneado, y si se cae de espaldas, tiene la seguridad de aplastarse y de romperse el espinazo.

La naturaleza ha rehusado á las mujeres blancas, lo que con tanta profusión concede á la Venus hotentote, y de ahí la previsión de la *recámara*, que con tanta fe han cultivado todas. ¡Oh! si las hijas de España fuéramos tan cilindradas de popa como lo son las vírgenes del Canal de Mozambique, entonces nada tendríamos que observar, pero quitar el forro para descubrir la malicia, es más que duro y cruel; es indecente... Así murmuran mientras pasean, las rebeldes del *polisson*, hasta que se sometan á la tenaza y al martillo, pues hay quienes llevan el *embeleco* de hierro forjado con muelles de acero en lugar de ballenas.

Y ahora que el *polisson* ha muerto, justo es decir que era una moda tan desgraciada como incómo-

da, una penca, una cola erizada, un espolón de galera, un respingo epiléptico, una cartuchera remington, un maletín sanitario, un bulto incógnito, una hinchazón alarmante, una alforja repleta, una talega ancha, una escarpia, un galápago, un promontorio geográfico, un rabo torcido hacia arriba, una albarda gallega, un modo de hacer el matute y una culata de fusil rayado ó de culebrina antigua, y si se quiere, de cañón moderno, de los que se cargan por la recámara.

La charla inagotable de los caricaturistas quiso poner en ridículo, y no lo consiguió, ese exceso anacrónico de crinolina. De hoy más, sólo quedará de ella un recuerdo santuario, perpetuado por la caricatura, y tal vez por algún fenómeno embalsamado y arqueológico que nos enseñan los curiosos.

Dicen algunos que el *polisson* tenía su encanto y su mérito cuando no era excesivo, porque contribuía en esa ciencia sutil y profunda, que es la estética de los trajes femeninos, á equilibrar la *toilette* de la mujer moderna, dándola actitud erguida, paso seguro y ondulaciones de gata. Será verdad, pero yo declaro que la mujer ha ganado en esbeltez desde que ha quitado al contorno magistral el obstáculo imposible, que embrollaba la corrección de sus líneas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A pesar de lo dicho, continúa en los paseos y en las iglesias la exhibición de *polisones*. Se nota, sin embargo, en algunos, cierta tendencia á reducir

la cúspide cual si se prepararan ya á desaparecer totalmente.

En cambio, en otros embelecos, la irritación es visible, por cuanto en lugar de moderar aumentan el volumen y aun le dan curvatura de jaca cordobesa, que por lo bien ensillada parece que invita á cabalgar.

Estas hermosas discrepantes ó rebeldes del centro de Madrid, han debido ponerse de acuerdo, porque en paseo se miran y se inspeccionan unas á otras, y cuando ven el bulto encaramado sobre el talle, con las narices alborotadas en forma de garfio ó de pico de papagayo vuelto del revés, se saludan y se aplauden con sonrisas muy expresivas y cariñosas.

Si esto significa que nuestras mujeres aman el polisón, y no se avienen á sacrificarlo aunque lo manden las reinas de Paris que dirigen la moda, vaya en gracia; pero si no es la independencia de gusto, sino el sentimiento económico por tener que arrinconar vestidos nuevos, con los que gallardearon ufanas la exposición de sus hechizos

en la punta de la *escarpia*, entonces hay que declarar que van descaminadas, porque así como una mujer vestida á la moda, es una seducción que embarga los sentidos y enamora, cuando en lugar de los trapitos de reglamento usa adornos anticuados, resulta una hermosura arcáica que ningún varon se atreve á llevar á su lado por miedo de que le tengan por lugareño y le llamen *cursilón*.

Y en verdad que dentro de poco tendrá que ver una *corina* sensible, con vestido de respigón, dar quiebros al hombre que se atreva á mirarla por delante y por detrás, por detrás sobre todo, porque en aquel *galápago* que se ensilla—como he dicho



—en la cintura, y se ajusta á las caderas, es donde está la caja de truenos que puede hacer volar convertida en átomos, á la mujer más experta y más ricamente dotada en carnes.

Un alma delicada, sin bilis ni histérico, puede usar el *catafalco* posterior algunos días sin compro-

meter su inocencia; mas si se empeña en singularizarse con la *postema* de acero y las faldas dobles, su condenación es segura, porque no hay hombre bastante osado para llevarla de la mano á la Vicaría. Mucho ojo, pues.

Han empezado la reforma de vestidos las *anglomanas*, porque la supresión de las *taleguillas*, cuadra bien á sus principios estéticos y esculturales. Es sabido que una inglesa correcta en proporciones no tiene curvas, ni ondulaciones magistrales, ni caderas. Por eso han aplaudido ellas la muerte del polisón y gustan de llevar basquiñas con perdigones, mangas de pernil en el vestido, y charreteras de seda; todo lo que puede facilitar el triunfo de la línea recta sobre la curva, la línea del espeque de cañón, y el contorno de la anguila cebada en agua de España, que es la mejor y más barata para criar madrillas.

Conformémonos, pues, con los inescrutables designios de esa deidad terrestre, cruel é implacable que se llama la moda. Sigamos el ejemplo de las Nereydas de Trouville, que han vuelto *rapadas* á los salones, y no perdamos la baza, que el que primero da, da dos veces, y el que fué á Sevilla perdió la silla, y el que se queda atrás, no llega á la meta.

Esto, como es lógico, lo digo por ellas, por las remonísimas sacerdotisas del *apéndice*, que han sabido lucirlo con más gracia y donaire que todas las mujeres juntas de ambos hemisferios, incluso en ellas las monjas, pues también «los gatos han pedido zapatos».

Si el polisón es ya motivo de rebeldía, ¡abajo el polisón! y venga la nueva moda á embellecer la gracia inimitable de las madrileñas.

## II

### LOS BOAS SUELTOS

Esta vez ha sido la blanca Rusia la que ha abierto su jardín de aclimatación, para inundarnos de *boas* y culebrinas, de culebras y culebrones.



Rodeado al cuello de jóvenes y viejas, con profusión de vueltas y enredijos, parece el boa constrictor un animal doméstico que ha echado pelo en casa, para calentar la garganta y el pecho de las diosas del gran mundo.

Las más elegantes, usan el boa con traje de visita y de *soirée*, para ir á los teatros y frecuentar los paseos, para comer de convite, y... bailar cotillones! Hoy, no se comprende una virgen impúber enamorada, sin boa, ni una madre augusta sin culebra de...

pelo de cabra. Ambas morirían de anemia y frio si les faltase el calor substancioso que se desprende de la piel curtida de gato, cuando se funde en la electricidad chispeante de un cuerpo de mujer apasionada.

Por eso, sin duda, hemos visto con asombro á un gran número de mujeres bonitas, pasear en la Castellana el boa reglamentario, en días de verdadero calor. ¿Pues no reparan las ofuscadas que pueden asfixiarse? Pero es tan honda la manía de los perendengues, tan grande el hipo de adelantarse en sociedad unas á otras, que no se repara ni en la ocasión ni en el tiempo.

Con tal de adquirir pronto un *boa* de metro y medio, y poder enseñarlo con vestido de invierno y de verano, aunque sea en medio de la Canícula, todo lo demás no importa, y si la virgen loca se ahoga, á nadie le interesa evitarlo más que al despótico tirano que impone desde el Neva á nuestras mujeres esa excentricidad.

El *boa* impera. El presente momento psicológico pertenece á los *pelaires*, confeccionadores de monstruos de pega, que no comen, y en cambio atusan la epidermis de las mujeres con su finísima piel.

Las damas pretenden que el boa las hace servicios inapreciables, preservándolas de los cambios de temperatura desde una habitación á otra, sobre todo durante las grandes comidas, en que las entradas y salidas de los mozos de comedor, originan corrientes de aire. Añaden que en visita pueden

mostrarse más fácilmente en cuerpo, y ondular el talle.

Además dicen que el boa, viste, y con esto está dicho todo, y hay que darse por convencido.

Hay boas blancos, de purísimo armiño, grises, leonados, negros, de piel de gato montés, de zorra rusa, de nutria, de conejo, de antílope, de oso polar, de marta, de castor y de rata de cuartel, que es la que tiene mejor pelo.

Hay boas sentimentales de una sola vuelta; los hay también simbólicos y emblemáticos de varios colores, como el *constrictor*, el *lansa*, el *malaca* y el *musi*, que alcanzan 60 pies de longitud, y una boca *ensanchable*, por donde puede entrar un novio de lance, con botas y espuelas.



Estos boas son peligrosos en manos de doncellas sin acomodar, porque puede hacerse con ellos el lazo corredizo con el que es sabido se cazan en América caballos, antílopes y toros salvajes; también se cazan hombres, cuando hay interés en cogerlos, y esto precisamente es lo

que hay que evitar en Europa, porque bastantes piezas mayores saben *cobrar* las hembras sin los anillos de la serpiente.

Yo me he preguntado el secreto de esa afición descomedida por los boas, que á modo de epidemia se ha desarrollado este otoño entre las mujeres de Madrid, y he dicho para mi gabán que el boa es una culebra grande con cascabeles; que á contar de la serpiente del Paraíso que sedujo á Adán, todas las mujeres negras y blancas tienen algo de la culebra bíblica, algo de la serpiente paradisiaca, cuya sangre se mezcló en pequeñas gotas á la sangre pura de la raza femenina, para darla vigor y nervios.

Por eso el boa es considerado como de casa y se visten con él nuestras mujeres, no para abrigarse, sino para lucir la prenda, con frío ó con calor, como cuadre mejor.

---

## El Círculo Artístico Literario.

Se empeñó en vivir con vida propia, sin *empeñarse* para lograrlo, y ya lo ha conseguido. Ya tiene un local amplio, cómodo, confortable, decorado con sencillez y con gusto, y animado á todas horas con la presencia de las personalidades más distinguidas en el mundo de las letras, las artes y las ciencias.

Allí se congregan los pintores, los músicos, los literatos, los periodistas y los autores dramáticos. Allí acuden los poetas más reputados. De éstos van muchos, pero todos tan buenos, que si algún día la casa se derriba, se sacará como es lógico mucho cascote, pero no se hallará *ripio* alguno. Y eso que los vates han de dejar impregnadas aquellas paredes con sus composiciones, según las que leen en corrillos íntimos, y las que improvisan en el constante derroche de ingenio de las conversaciones.

El Círculo Artístico Literario compite con el Ateneo, y no lo eclipsa, pero se mantiene en buen lugar á su lado. Ha tenido sus *crisis*, porque éstas no existen sólo en la política, pero de todas ha salido bien, y el *actual gabinete*, la Junta Directiva, mejor dicho, ha de hacer mucho bueno en favor de esa simpática asociación, que, dicho sea en su honor, aún no ha tenido que habérselas con el señor Gobernador, ni con los Delegados, especialmente instituídos para *verlas venir*, esto es, para ver donde se juega.

No se encontraba á gusto el Círculo en el reducido local de la calle de Alcalá y buscó otro más espacioso en la de la Victoria. Resultó chico también para el aumento constante de socios, y aprovechando la circunstancia de quedar vacante en esa casa el piso inmediato, lo ha empalmado con el suyo, y ha querido inaugurarlo dignamente con una hermosa velada, de cuya ceremonia es de lo que principalmente quiero hablar.

Era imposible dar un paso por los salones, tanta

era la gente en ellos apiñada, y entrar al de sesiones hubiera sido empresa más difícil que la de ganar á Zamora. El concurso había acudido temprano deseoso de no perder un detalle de la velada.

Renuncié, pues, generosamente á encontrar un asiento, y sin perder de vista el rinconcito de un pequeño pasillo, á la sazón vacío, me dediqué á pasar revista á las caras conocidas.

Al primero que encuentro es á Bretón, encargado de una parte importante del programa de la noche. Charlamos breve rato, y, como es natural, le pregunté por sus *Amantes de Teruel* y por los conciertos de Rivas. En aquel momento precisamente se ocupaba de la ópera. Los ensayos de coros comenzarán muy pronto, y el estreno se verificará indefectiblemente en esta temporada.

—Estoy esperando á Bussato—me dijo—que ha quedado en traerme aquí unos bocetos.

Los conciertos tampoco serán este año de primavera, propiamente dicha, pues empezarán en Enero, y aprovechándose la Sociedad de *caer* muy alta en el Calendario de 1889 la Pascua de Resurrección, aumentará hasta 12 el número de sesiones.

—¿Habrá novedades?

—Sí, señor. Entre otras aún no decididas, las de ejecutarse una sinfonía muy interesante de Arriaga y *El Occéano*, de Rubinstein.

—¿Y concertistas?

—Oirán ustedes el violoncello de Rubio, quien no pudo venir este año por estar enfermo.

—¿Nada más?

—Oirán ustedes á Sarasate, y tenga casi la seguridad de que también á Planté.

La llegada de Bussato interrumpió esta conversación, que transcribo porque hay en ella noticias que agradarán á muchos lectores. Se dará también un concierto, cuyo programa elegirá el público, si el Gobierno no se opone á esa inofensiva manifestación del sufragio universal.

En otro corro veo á Carlos Sánchez, el aventajado actor de la Compañía de Calvo. Me acerco á preguntarle detalles de la muerte del insigne artista, pero me alejo sin decirle nada, pues está dándoselos á otro amigo, y lo que oigo de la formidable descomposición del cadáver me quita las ganas de averiguar más. Los mismos compañeros no lo reconocieron al abrirse el féretro en el cementerio. Los ojos habían desaparecido. Los dientes habían agujereado la cara... ¡Pobre Rafael!



Federico Urrecha detalla en otro grupo el éxito que ha alcanzado su original periódico *Los Madriles*, publicación que merece en verdad favor del público, por su gracia, por su novedad y por sus excelentes condiciones tipográficas. También nos dice que

publicará pronto un libro en que recopila todos los artículos de costumbres militares que ha escrito en *El Imparcial*, artículos por cierto muy notables, y tan entonados y detallados como espléndidas aguas fuertes. El libro tendrá además el aliciente de llevar ilustraciones de Jiménez, que es una especialidad para esta clase de dibujos militares.

Más allá Constantino Gil me habla de sus chicos y de sus juguetes, es decir, de los juguetes *cómicos* que prepara para Lara y algún otro teatro; Vital anuncia el próximo estreno de *El señor gobernador*, una comedia escrita en unión de Ramos Carrión, que será, de seguro, el éxito de la temporada en el coliseo de la Corredera Baja; Pleguezuelo sostiene con sin igual audacia que puede uno volverse á casar sin enviudar previamente, y dice en apoyo de su aserto que él tiene en casa una *Segunda esposa* que se lleva divinamente con la primera. Después resulta que *La segunda esposa* es una comedia que ha entregado á Emilio Mario. Leopoldo Cano, Dicenta y otros autores hablan al que les pregunta, y el pregunteo es inevitable, de otras producciones que tienen en cartera, y así se pasan sin sentir un par de cuartos de hora, hasta que un timbre anuncia el comienzo de la velada, y Felipe Ducazcal nos empuja á todos á los huecos, que ya dejan de ser tales, para que veamos y oigamos lo que se pueda.

D. José Echegaray pronuncia el discurso inaugural, un discurso breve, pero amenísimo é inspirado que resulta tal discurso, aunque D. José

quiere quitarle ese carácter, y dice: «El programa indica que yo debo pronunciar un discurso, pero como precisamente la condición característica de todo programa es... no cumplirse, por eso me limitaré á decir cuatro palabras.»

Habla acerca del individualismo y la asociación, dedica un recuerdo á Rafael Calvo y termina elogiando al Círculo, del que dice no cabe dudar que vive ya como todos deseaban, pues, como en la vida real, acaba de mezclar, al inaugurar sus trabajos, la alegría al dolor. «Una nota triste, la del fallecimiento de Calvo; una nota alegre, la que vais á escuchar ahora.»

Una pequeña orquesta, que dirige Bretón, ejecuta en seguida, y repite á instancias del auditorio, los *Bailables* de *Feramors*, y toca después admirablemente otras piezas lindísimas. Entre uno y otro número músical suben á la plataforma Fernández Shaw, que lee su espléndida oda *A la Catarata del Niágara;* Ricardo Vega su deliciosa *Castilla taurina;* Antonio Vico unos versos de Salvany y otros de Núñez de Arce, y Manuel del Palacio, el popular poeta que no envejece ni pierde su gracejo, tres sonetos, un *Idilio real*, que vale cualquier



cosa, y un graciosísimo cuento titulado *Naturalismo*, que provoca una verdadera tempestad de carcajadas y un verdadero tumulto de aplausos.

Siento no recordar el cuentecillo, tal y como está escrito. Es el asunto, punto más ó punto menos, que dos estudiantes llegan á una posada, piden de cenar, se acuestan, y al clarear el alba, toman el aguardiente con el posadero, y se vuelven á marchar por donde habían ido. Termina así:

*No será el cuento profundo*
*ni por el pido mercedes;*
*pero... ¿no lo hallan ustedes*
*lo más natural del mundo?*

La artística velada acaba á muy buena hora con la *rapsodia* de Listz, y todos nos retiramos, llevándonos de allí un agradable recuerdo.

El Círculo Literario debe estar satisfecho. Sobre todo, porque tiene hoy un hermoso local que casi da una vuelta en cuadro, y esto equivale á haber descubierto la *cuadratura* del... círculo.

---

## Sport.

Las carreras de otoño empezaron con buen tiempo, pero con esa animación exótica que no acaba de producir entusiasmo en nuestros ciudadanos.

Acostumbrados á los efectos plásticos de las corridas de toros, á beber de largo en el tendido de

la bota prehistórica, á vocear gesticulando, á pedir que pongan banderillas de fuego, y á darse de palos por si *Guerrita* salió embrocado ó escupido con la taleguilla rota, no sienten el prestigio que ejerce en los anglomanos, un jokey vestido de arlequín, ni encuentran gusto en esas carreras epilépticas de caballos desbocados, que causan desmayos de placer á las ladys y miledyes. Hay en esto una psicología complicada, que no aciertan á explicar las brumas eternas del Támesis, ni los esplendores del sol de invierno en los desmontes arcillosos de nuestro Hipódromo.

La verdad es que las fiestas resultan sosas; ¿para qué negarlo? Hay en ellas algo que no se acomodará nunca á nuestro temperamento meridional, algo monotono, cansado, frío y disonante que produce el bostezo y detrás el fastidio.

Si en lugar de correr caballos lamidos como galgos, bajo la espuela de jinetes inverosímiles, vestidos de pierrots, se formaran en la pista grupos

pintorescos de caballeros sobre trotones belicosos de grandes aires y fuerte empuje, y se hiciera noble exhibición de trajes y uniformes variados, ya que por acá solo el militar ha conservado el prestigio exterior; si la visión rápida, por ejemplo, de los coraceros metálicos de la antigua guardia real, escaramuceando al galope de sus poderosos caballos, bajo la enseña sagrada del pendón de Castilla, apareciese á los ojos del público, y el toque de deguello de su famosa trompetería agitase la imaginación, y el alma aburrida de nuestro pueblo, despertando en ella sueños de heroísmo y combate, otra sería la ovación anual de las fiestas hípicas que tanto empeño ponen y tantos sacrificios hacen para que resulten lucidas, los *sporment* distinguidos de la buena sociedad; otro sería también el efecto moral en los espectadores sencillos que se quejan de que los engañan, porque no tienen para matar los intermedios al sol, ni siquiera media docena de piporros, y un bombo con redoblante, y unos platillos para tocar el *¡Cariño!*

Reconozco que las carreras de caballos tienen sello de buen tono excepcional, pero esto mismo las hace incompatibles con los antojos bulliciosos de nuestro pueblo; reconozco en su seriedad metódica y rimada algo nuevo y trascendental que por lo espetado no se acomoda á nuestra idiosincrasia. Por eso las carreras de caballos no serán nunca populares en España, porque el pueblo no entiende ni tolera que el hermoso caballo andaluz, que fué orgullo de nuestros próceres antepasados,

y es admiración del mundo militar, se postergue á una armadura complicada de huesos, como son las espátulas artísticas que á fuerza de oro vienen á poblar las cuadras aristocráticas españolas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Las consabidas sirenas del *sport* van este año á las carreras sin *bridas* en los sombreros. Me estremezco al pensar lo que puede suceder si unas cuantas *perversas* sueltas, abandonadas á sí mismas por falta de *bridas*, saltan la valla é invaden el *Stand* y las Tribunas donde se acomodan las mujeres honradas.

¡Houp! ¡houp!

---

## Bussato, Bonardi y Amalio.

El publico les llama á escena repetidas veces, las seis ú ocho primeras noches que se representa cualquiera de esas obras de espectáculo que ellos pintan de modo inimitable, y después no vuelve á acordarse del santo de su nombre, así figure en el cartel, la susodicha obra, por espacio de noventa ó cien días.

La prensa dice la noche del estreno: «Las decoraciones como pintadas por Bussato y Bonardi... y pare usted de contar».

Yo quiero hacer algo más de lo que el público y la prensa hacen con estos reputados escenógra-

fos, trazando ligeramente sus biografías, y hablando un poco del taller donde se arman esas decoraciones que tan buenos ratos nos proporcionan todos los años.

Bonardi es italiano y tiene 53 años. Vino á España con Ferry, aquel otro escenógrafo de tan grata memoria, y el año de 1873 formó sociedad con Bussato, contribuyendo desde esa época hasta la fecha, á los trabajos realizados en el taller.



Bussato es también italiano, y cuenta de edad un año menos que su consocio Bonardi. Nació en Venecia, y desde muy niño se dedicó al dibujo, pues sentía una afición decidida por la pintura, ingresando al poco tiempo en la Academia de Bellas Artes de aquella ciudad, donde con gran aprovechamiento estudió la arquitectura y la perspectiva, obteniendo dos años consecutivos el primer premio. Animado por este éxito, y cada día más decidido á dedicarse á la pintura escenográfica, logró ser admitido como discípulo del pintor que había á la sazón en Venecia para esta clase de trabajos; pero antojándosele pronto que aquel taller no tenía toda la importancia que él deseara para el mejor desarrollo de sus especialísimas condiciones, se trasladó á Turín, y allí no puso un cartel como D. Luis Mejía, diciendo:

*Aquí hay un Bussato*
*que vale lo menos... dos.*

pero se alistó á las órdenes de D. Augusto Ferri, en el taller del Regio Coliseo, y allí, merced á sus sabios consejos, y empapado en su buen gusto artístico, se distinguió de tal suerte, que pronto obtuvo el nombramiento de primer oficial. En el año de 1857 fué contratado Ferri por la empresa del Teatro Real de Madrid, Bussato le acompañó y entonces conoció por primera vez á la que hoy es ya su segunda patria. Bussato profesa tal cariño á nuestro país, que prefiero dejar á él que cuente sus impresiones, como me las contó á mí una noche.





«Entonces—decía—conocí á mi queridísima España, y no encontrando otro medio mejor de quedar unido para siempre á esta hospitalaria y hermosa tierra, tuve la feliz idea de casarme con una española, creyendo amar en ella á toda España.»

Durante ocho años siguió trabajando Bussato como oficial de Ferri, y en 1868 se asoció con él, firmando juntos con la razón social «*Ferri y Bussato*».

Ferri regresó á su país natal el año 1873, y entonces formó Bussato sociedad con D. Bernardo Bonardi, y desde entonces se constituyeron, podría decirse que por derecho propio, en los pintores de cámara del Teatro Real, y en los pintores insustituíbles de casi todos los demás de Madrid, de provincias y de Ultramar, pues su taller se ve constantemente honrado con encargos de las empresas de todos ellos.

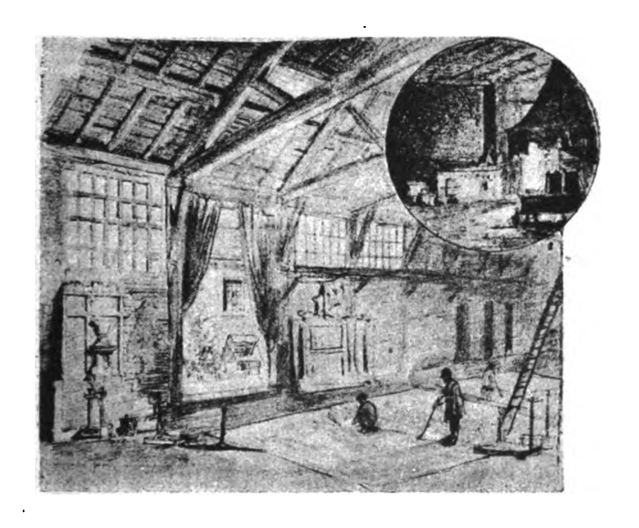
Como Bussato y Bonardi son personas de sentimientos nobilísimos, y no olvidan—sobre todo el primero—que á la protección de Ferri debió en gran parte su reputación y la base de su porvenir; como, además, se van haciendo viejos y desean dejar sucesión artística, han protegido con singular cariño á otro pintor de relevantes condiciones, don Amalio Fernández, que con ellos comparte desde hace algún tiempo los aplausos del público.



Amalio Fernández principió á los catorce años su aprendizaje de pintor en el taller de D. Antonio Brabo; cuando este artista se retiró, pasó al del se-

ñor Muriel (padre), después al de Bussato y Bonardi, y, por último, al de D. Alfredo Capelli, de la Opera Italiana, de París. Allí consideró Amalio terminada su educación artística, y al regresar á España volvió al lado de Bussato y Bonardi; les ayudó en los trabajos desde 1886, y desde entonces, por acuerdo de dichos señores—acuerdo que equivale á un diploma de honor—firma con ellos cuantas decoraciones se hacen en el taller.

Este taller, que probablemente no conocerá ninguno de los que celebran y aplauden los telo-

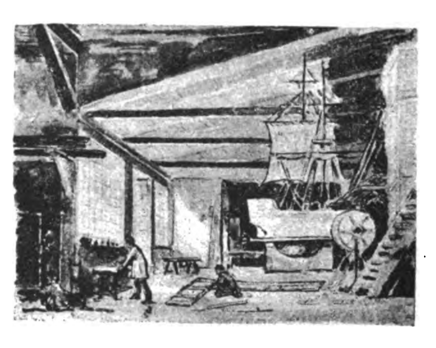


nes que en él se pintan, bien merece mención especial, aunque no sea más que por el número de obras teatrales que en él se han montado, entre

las que deben consignarse, para honor de Ferri, Bussato, Bonardi y Amalio:

*El capitán negrero*, *La espada de Satanás*, *Sueños de oro*, *La vuelta al mundo*, *Las manzanas de oro*, *Los sobrinos del capitán Grant*, *La caja del abuelo*, *El molinero de Subiza*, *Los holgazanes*, *El trono de Escocia*, *El salto del pasiego*, *Excelsior*, *El desengaño en un sueño*, *Mignon*, *Grutchen*, *Las mil y una noches*, *De la noche á la mañana*, *El testamento y la clave*, *El fantasma de los aires*, *Madrid en el año 2.000*, *Aguas azotadas*, *Cuba libre*, *La bruja*, *La llama errante*, *Certamen nacional*, *La cruz blanca*, y muchas más.

El taller se construyó hace más de veinticinco años, aprovechando varios almacenes de los antiguos Doks, situados en la carretera de Valencia. Lo forma un paralelógramo de 40 por 200 pies de ancho y largo respectivamente, y un alto de 22 pies. Tiene varias habitaciones de servicio, tales como cuartos para cambiar la ropa de calle por la de trabajo; despacho de los jefes; depósito de tintas y colores; cocina para hacer la cola y calentar las tintas, y taller de carpintería que dirige el inteligente maquinista D. Ale-



jandro Hernández, y en el que se construyen todos los *trastos* de teatro.

Generalmente empieza el trabajo á las ocho de la mañana, si bien cuando éste apremia, suele suceder que Bussato, Bonardi, Amalio y los oficiales entran en él cuando aún no se han apagado los faroles del alumbrado callejero, para aprovechar el tiempo hasta que clarea el día en preparar tintas, calentarlas si están heladas y en otras operaciones preliminares.

Hasta las once de la mañana, armados maestros y discípulos de largos pinceles y de brochas tan grandes que parecen escobas, vestidos unos y otros con el traje de batalla, del que forman parte esencialísima las zapatillas *sui generis* que permiten andar por encima de los telones recién pintados sin estropearlos, se trabaja á destajo sin hablar una palabra.

Pero cuando dan las once en el reloj *oficial* del taller, cambia la *decoración*, y la que reemplaza á la anterior es digna de verse. Unos corren á la cocina á calentar su almuerzo; otros, por no perder tiempo, se lo comen frio; aquellos á quienes ni frío ni calentado de nuevo les gusta, ofician de consumados cocineros (entre los de este gremio figura Amalio) y se aderezan su comida.

Terminado el almuerzo, que suele hacerse como en las fondas de ferrocarril, deprisa y corriendo, se echa por completo en olvido la pintura para dedicarse á estudiar el arte que ha hecho célebres al Chiquito de Eibar y á Mardura, y con tal entusias-

mo se hace el estudio todas las tardes y todos los días á la hora del *recreo*, que los pintores favoritos del público de Madrid están ya á la altura de los



más afamados *pelotaris*. Alguna vez se juega también al toro, pero en este caso Bussato, Bonardi y Amalio sólo se encargan de presidir.

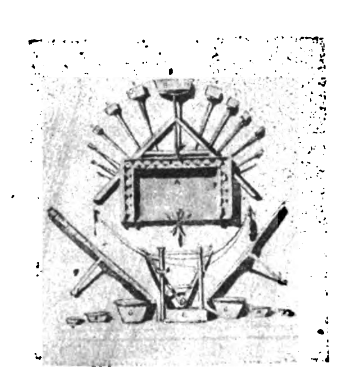
*Suenan las doce en el reloj vecino*, y se vuelve á la faena hasta las seis de la tarde en verano, y hasta que no se ve en este tiempo.

No sería justo terminar este artículo sin hacer mención de D. Manuel Amorós, oficial de este taller y artista tan aventajado, que varias veces comparte el trabajo de *un mismo* telón con alguno de sus maestros. No estaría tampoco bien omitir la cita de que Bussato y Bonardi han ornamentado la mayor parte de los teatros nuevos de España, entre otros el Príncipe Alfonso, Comedia, Eslava, Al-

hambra y Princesa, de Madrid, y de provincias el de Pontevedra, Toledo, Valladolid, San Sebastián, etcétera.

Los nombres de Ferri, Bussato, Bonardi y Amalio pasarán seguramente á la posteridad unidos á los de Servandini, Boquet, Ciceri y otros muchos escenógrafos insignes.

Desde luego su taller puede llamarse de las tres BBB, pues aunque sólo hay dos en los apellidos de *B*ussato y *B*onardi, la *F* de Amalio debe equipararse á la tercera *B*, por cuanto todo lo que allí se hace es bueno, es bonito y es barato... relativamente.



## La vida moderna.

### LA DEVOCIÓN

Para trasladarse hasta el templo, una lujosa y cómoda berlina.

Para ya dentro de él, arrodillarse, un reclinatorio... cómodo y lujoso.

Para recitar las oraciones, un libro de horas, en 8.°, ó en mayor tamaño, también lujoso, y también cómodo, respondiendo á lo primero las incrustaciones de nácar ó los broches de plata, y á lo segundo, el tipo de letra, desarrollado *assai*, que permite leerlo sin esfuerzo de las pupilas.

Síntesis, pues, de la devoción á la moderna: comodidad y lujo.

A la verdad, no tiene gran mérito que digamos, sentir devoción... por ambas cosas.

Levantarse tempranito para oir las misas de primera hora, constituiría una aberración de mal gusto, que ni aún como excentricidad comprenderían las damas elegantes. En este punto de las excentricidades caprichosas y valientes, ellas y ellos se consideran capaces de los mayores atrevimientos y de las rarezas mayores, pero todo su ardimiento no llega al extremo de abandonar el lecho á esas horas frías, nebulosas y antipáticas—hablan mis devotos—de la mañana.

Todo menos eso; todo menos salir de la cama

cuando apenas ha habido tiempo de calentarla, pues *ella* volvió del sarao á punto de clarear el alba, y *él*, del casino, cuando ya había amanecido por completo; todo menos incurrir en la cursilería reprobable, censurada y anatematizada en el mundo elegante, de que los vecinos del barrio, la gentecilla que madruga, vean desde sus casas que las maderas de los balcones del piso que habita la bellísima señora de ***, ó el ilustre duque de ***, están ya abiertas como las de cualquier mortal que tiene necesidad de almorzar temprano para ir pronto á la oficina.

Si la devoción hubiera menester tamaño sacrificio, ó imposición de tal naturaleza, la vida moderna prescindiría seguramente de la devoción, ó se haría con una *ad hoc* que le permitiera practicarla á su manera.

Eso de oir misa temprano, *por oirla*, nada más, es decir, oyéndola como debe oirse, como los Mandamientos exigen que se oiga; eso de ir á la iglesia, de trapillo, para volver á casa con la tranquilidad de conciencia de haber cumplido con el precepto, pero sin el placer de haberse exhibido; eso de arrodillarse cerquita del altar, sin apreturas y sin tener á la espalda, y delante, y á los lados, al *eterno masculino* en perpetua asechanza; no cabe, como he dicho, en la imaginación de ninguna de las señoras de la tan manoseada y decantada *fashion*.

Las iglesias están á esas horas verdaderamente imposibles. En primer lugar hace muchísimo frío, porque como apenas hay gente, las lamparillas y

las velas de los altares en que se celebra misa, no pueden, ni con mucho, templar la atmósfera fría del amanecer, que se entró en el templo, antes de abrirlo, por los altos ventanales, y después, por la puerta de dos cancelas, que convierten en *abanicos* los fieles madrugadores. Además hay mal olor. Las lamparillas que han alumbrado toda la noche, y las repletas cestas que traen las cocineras, despiden un aroma y forman una conjunción de *perfumes*, que para el olfato fino de las elegantes que se durmieron con el recuerdo de otros más enervadores, resulta imposible de oler.

Por último, no hay en las naves ninguna persona conocida, y realmente imponerse la molestia de madrugar para ir á la iglesia á pie, arrebolando la gentil silueta, en el polvo que levantan las escobas municipales, y no encontrar allí á nadie, y tener frío, y desazonar al estómago con los antedichos aromas, no es oir misa ni cosa que lo valga, ni lo manda así Dios en el Catecismo que, para su exclusivo uso, tienen nuestras *diosas*. ¡Cómo comparar siquiera todo esto, con los atractivos y las comodidades, y los matices de distinción que tienen las misas de doce en las Calatravas, de una en San José y el Buen Suceso, y de dos en San Jerónimo! Esta es la misa verdadera; como que tiene *misse en scène*. El asistir á las otras es resignarse tontamente á no saber *de la misa... la media*. A las doce, á la una y á las dos, ya no hace frío, ni huele á pescado, ni hay polvo en las calles, ni aislamiento en las iglesias. Allí están ya todos y todas,

y son tantas las caras conocidas, que aunque solo se salude ligeramente—como procede en la iglesia—la media hora que dura la misa, apenas si da tiempo para cumplir con todos. Y el cuadro resulta adorable de ver. La mano menudita, enguantada y nerviosa, volviendo al azar las hojas del devocionario, para seguir al sacerdote en sus rezos; la cabeza ligeramente inclinada sobre el libro; pero los ojos en constante movilidad, mirando á derecha é izquierda, con lo que las hojas se escapan de los dedos forrados de piel, y hay que volver á buscar la página, y cuando se encuentra, entra fulana, á quien precisa saludar, y cuando vuelve á encontrarse (porque se había vuelto á escapar) aparece mengano, y entonces se escapa el libro entero; y así en este teje maneje de saludos, sonrisas y rebusco de oraciones, llega el *Ite*, sin que á veces haya habido tiempo de rezar una salve, porque además ocurre generalmente que la misa que á tales horas se celebra, se despacha si es posible en quince minutos, pues fuera exigir al sacerdote demasiada virtud, la de que á las dos de la tarde,



cuando los fieles han almorzado ó *luncheado* ya opíparamente, no sintiera él, desfallecimientos.

Por supuesto, que la rapidez de esta misa *express*, constituye para la devoción masculina y femenina de la vida moderna, otro aliciente insustituible, y otro encanto muy digno de ser tomado en consideración. ¿Qué otra misa, sino la de una ó dos, podrían oir los jóvenes distinguidos ó los ancianos con pretensiones, dando vueltas en la boca á un palillo de los dientes, como si estuvieran de sobremesa, ó como si quisieran decir: «Ya he almorzado, y estoy en disposición de ir á cualquier parte?»



Además de la misa, el cumplimiento de otros preceptos religiosos, se lleva á cabo por la devoción moderna, dentro siempre de las reglas aconsejadas y de las leyes sancionadas, y hechas obligatorias por el buen tono.

Así, á las novenas de moda, singularmente á las que se celebran por la tarde, el mundo elegante acude en masa, dejándose á la puerta los carruajes que dan al trozo de calle en que la iglesia está enclavada, el mismo aspecto que tiene la plaza de Oriente en las noches de ópera, y otras calles de Madrid, cuando hay baile ó función de teatro en las moradas señoriales. Los caballos piafan sobre el arrecife, los lacayos se agrupan á la puerta del

templo gritando alguna vez y escandalizando otras, detrás del cortinón del atrio, se ven brillar á centenares las luces, cuando el rum-rum de la vía pública se amortigua un instante, se escuchan los acordes, no del órgano, sino de los violines é instrumentos de afinada orquesta, y en realidad para el transeunte poco avisado, lo mismo puede ser aquello una función de iglesia que una fiesta del gran mundo.

Durante las ceremonias de la Semana Santa, la devoción de la vida moderna, llega al colmo de las ostentaciones... piadosas y de los alardes de vanidad... ascética.

El confesionario ya casi no se visita tampoco por las mañanas, sino por las tardes, á la hora del crepúsculo vespertino, quizá para que la absolución no distinga bien quien se la lleva á casa, para volver, rehabilitado por ella, á la mañana siguiente (cuando si es verdad que el justo peca siete veces al día, ya hace falta otra *nueva)* á comulgar al pie del ara bendita.

Devoción *acomodaticia* como pocas la de la vida moderna, sostiene como buenos los más peregrinos principios religiosos, y contagiada por el convencionalismo teatral de los que visita á diario, lo aplica también sin escrúpulos—aunque hay excepciones—á las más respetables prácticas del Cristianismo.

Y así se quedan tranquilos y en paz; yo no me atreveré á afirmar que alguna vez no sientan escrúpulos, pero esto importa poco, porque para ca-

sos de esta naturaleza hay la componenda de decir, como dicen varios. La paz no es la última palabra de la vida, no es el símbolo supremo de la dicha. Hay algo más, y para ese algo le basta al alma tener un punto de contrición. Yo no estoy completamente en paz con mi conciencia; pero no es extraño: Dios da la paz á los muertos, pero á los vivos... para los vivos está la pasión, y ésta tiene que sentirse y revelarse, aunque sea por transportes delirantes más allá de lo real, por aspiraciones más allá de lo posible.

---

## El Conde de Sepúlveda.

(APUNTES PARA UNA SILUETA)

Aposentador é Inspector general de los reales palacios; prototipo de la actividad y de la resistencia; viajero perpetuo, siempre de servicio, siempre risueño, siempre de centinela en el Alcázar, porque su destino ha sido y continúa siendo, vigilar sin relevo en el puesto de honor que le ha señalado la lealtad.

Por raro privilegio de la naturaleza, este hombre excepcional es joven á la edad en que todos son viejos.

Al que lo vea en un viaje, más diligente que el jefe del tren, moverse de un punto á otro, atender á todo el mundo y dar disposiciones, muchas veces sin haber comido, ni dormido quizá en cuarenta y ocho horas, no creerá que quien tales prodigios de actividad y de aguante realiza, es un anciano venerable por su lealtad á los Reyes, un diplomático de finísimo talento, y un particular respetable por sus virtudes domésticas, querido por su honradez acrisolada, por su consecuencia inalterable, por la firmeza de sus afectos íntimos.

Todos los empleados del ferrocarril y periodistas le conocemos y le amamos, porque sólo él tiene previsiones para llenar los vacíos de los programas. ¡Cuántos conflictos ha evitado D. Atanasio con una sola palabra! ¡Cuántas inteligencias en peligro de interrumpirse se han conservado firmes por la mediación oficiosa, pero sincera, verdaderamente sincera, de Oñate, como todavía le llamamos los íntimos!

Como está en todas partes, no se le escapa ningún incidente, y unas veces á gritos, otras con suavidad atractiva, resuelve en el acto, con gran energía y ventaja, las dificultades que pudieran turbar el reposo ó las comodidades de sus ídolos.

Estos ídolos fueron siempre los Reyes, sus *amos*, como él dice.

No hay en la fisiología del corazón humano un afecto más entrañable, ilimitado y profundo que el que profesa Oñate á toda la Familia real.

—Si los he visto nacer á todos—dice—¡cómo no he de quererlos más que á mí mismo!

El Rey fué su ideal:—es el mejor de los Reyes pasados y futuros—decía con entusiasmo—es el más perfecto de los hombres y el más cumplido caballero. A su culto consagró toda su inteligencia, todo el fervor de su alma, toda esa adhesión nativa é histórica que admiramos hoy en algunas familias españolas de las épocas de Guzmán el Bueno y otros héroes monárquicos.

No admito en buena ley la teoría de los hombres necesarios; pero creo firmemente que el día que se apague esa lumbrera que ilumina los departamentos todos de Palacio; el día que se extinga esa gran inteligencia palatina que conocemos con el nombre de Conde de Sepúlveda, han de surgir en el gobierno y administración de las dependencias reales complicaciones que hoy ni se adivinan siquiera.

Es casi imposible reunir en una sola persona las cualidades múltiples y complejas que distinguen al Conde de Sepúlveda. Por eso somos muchos los que le consideramos irreemplazable.

Pero no hay que preocuparse. Dios, en interés de la Familia real, conservará en juventud eterna á ese simpático anciano, el más antiguo servidor de Palacio, que en viaje parece un *touriste* y en la sociedad aristocrática uno de los más discretos, atildados y galantes cortesanos.

Nobleza obliga.

## Los abonos del Real, Comedia y Español.

*(Artículo estadístico.)*

Mi buen amigo el popular escritor D. Antonio Peña y Goñi, se me ha adelantado en *La Epoca* á dar la lista del abono del Real, que yo guardaba en cartera para publicarla en este tomo.

En mi *vida*, quiero decir, en mi VIDA EN MADRID, no es este el primer caso de haber tenido que retirar alguna vez artículos enteros, por haberse tratado en algún periódico el mismo asunto en ellos descrito, con más galanura y más brillantez que en los que yo he echado al cesto de los papeles rotos.

Es esto un accidente de difícil remedio en un libro que sale á fin de año, á contar los sucesos ocurridos durante él, y por lo tanto ya *usados* por otros escritores.

Y en más de una ocasión el *plagio* hubiera resultado irremediable para el que me leyera, sin tener yo culpa de ello.

Pero en la vez presente, y con la venia del ex-director de *La Lidia* (ya no le faltaba más á la tauromaquia sino que escritores como Peña se *cortasen la coleta)*, reproduciré aquí la lista del abono del Real, que declaro es más completa que la que yo me había proporcionado. Ésta y la de los otros teatros van sin comentarios ni glosas, pues el objeto

único de este artículo es dar facilidad á los curiosos, para que sepan qué gente han de encontrar en cada coliseo.



## REAL

Los turnos de moda, como siempre, los primeros; par é impar.

En el primer turno impar tienen abono:

**Marqués de Saavedra, conde de Romrée, condesa viuda de Catres, familia Bañer, Romero Robledo, D. Fernando Velasco, conde de Peñalver, duque de Tetuán, marqués de Aguiar, condesa viuda de Santa Coloma, duquesa de Santoña (á diario), D. Manuel Silvela, marqués de Larios (á diario) marqués de Castro Serna, D. Juan Anglada, D. Martín Esteban**, conde de Muguiro, duque de Fernán-Núñez (á diario), marqués de Viana, condesa de Iranzo, Sres. de Shee Saavedra y de Ulzurrún, embajador de Alemania, marqués de la Cortina, D. Cristino Martos, Sres. de Torre Muñoz, vizconde de Alcira, marqués de San Carlos, Sres. de Vázquez Queipo, marqués de Casariego, Sres. de Semprún, Sr. Canalejas, duquesa de Medinaceli (á diario), marqués de Campo (á diario). Veloz Club (á diario).

En el primer par están abonados:

Marqués de la Puente, marquesa viuda de Jura Real, condesa de Bácquer, D. Vicente Bayo, duquesa de Sotomayor, condesa de Velle, marqués de Vahamonde, conde de Asmir, marqués de Perales, señora viuda de Murga, marqués de Cayo del Rey, marqués de Torneros, marquesa de la Laguna, marqués de la Habana, condesa de Guaqui, conde de Almaraz, conde de Munter, marqués



de Caicedo, Arenzana, Pedreño, condesa de Pinohermoso, marqués de Casa-Loring, marquesa de Manzanedo, Sr. Eguilior, D. Matías López, marqués de la Vega de Armijo, conde de Revillagigedo, D. Andrés Parladé, duque de Durcal, duquesa de la Torre, marquesa de los Arenales, condesa de Reparaz.

En los demás turnos:

Duque de Vistahermosa, conde de Torre Palma, Sr. Calonge, D. Jaime Girona, familias de Ortiz de la Riva, Bruguera, Bea, Perinat, marqués de Pacheco, conde de Peñaranda de Bracamonte, duque de Abrantes, marqueses de Vallehermoso, de Viesca y de Arenzana, general Navarro, familias de Goicoerrotea, Legarda, Hernández Pelayo, Ortueta, marqués de Casa Jiménez, brigadier Ibarra, D. Alberto Bosch, marqués de la Fuensanta del Valle, Sres. Zabalburu, Bárcenas, Calderón y Herce, Gullón (D. Pío), D. Antonio Arnao, D Guillermo Rolland, D. Luis Ussía, señores Echegaray (D. Eduardo), Selgas (D. Manuel), Angoloti, etc., etc.



## COMEDIA

Mario ha logrado reunir 164 abonados, que le aseguran la temporada, entre los que se cuentan los siguientes:

D. Rafael Cabezas, D. Enrique Larriba, D. José Guardamino, D. Eduardo Flores, D. Juan G. Rodulfo, doña Adelaida Mensaya, D. Nemesio Fernández Cuesta, D. Manuel Rodríguez Dellano, condesa de Balmaseda, D. Elías Quirós, D. Tomás María Mosquera, D. Antonio Cañabate, duque de Tamames, marqués de Santa Cruz de Aguirre, D. Francisco Delgado, D. Jaime Girona, D. Rafael Alvarez, D. José Montaldo, D. José Díaz Benito, D. Ramón Grau, D. Florencio Rivas, D. Vicente Sacristán, señora de Jiménez Moreno, marqués de Santamarina, D. Carlos Adaro, D. Pedro Veluti, señora de Manzano, D. Antonio Giráldez, D. Enrique Zapino, señora de Tejada, Sr. Otero, D. Francisco Iñiguez, D. Baltasar Zárate, marqués de Escalambre, D. Luciano Baselgas, D. José M. Codina, D. Manuel Elizalde, D. José Nájera, D. Gabriel Rodríguez, D. Ignacio M. Pintado, don Eduardo Serantes, D. Ricardo Guillerna, D. Felix Moreno, D. Federico Torroba, conde de Cleonard, D. Manuel Salamanca, D. Antonio Dabán, D. César Salavert, Sr. López Bayo, D. Francisco de P. Jiménez, D. Antonio Cantero, marqués de Villantonia, señora de O'Lawlor, D. Félix Ortiz

de Urbina, D. Francisco Ulibarry, D. Domingo Goyenechea, D. Constantino Sanz Montoya, D. Francisco Estrada, señora viuda de Angulo, marqués de Valmar, D. Tomás Padrós, D. Angel Monares, D. Vicente Sacristán, señora viuda de Soriano, D. Antonio Cañabate, D. Ricardo Gullón, marquesa de Monroig, D. José Genmenat, D. Enrique Zurbano, D. Cayetano Andía, D. León Pablo Villaverde, D. Julián M. Mendieta, D. Pablo Ordax, D. Benito Alderete, D. Fernando Corradi, D. Juan de Morales Serrano, D. Salvador Larios, D. Luis Valdés, D. Miguel Lorenzale, D. Emilio García Puelles, D. Andrés Mellado, D. Eduardo Pelletán, D. José Escoriaza, Sr. Fernández Iglesias, D. Fernando de Liñán, señora de Michelena, D. Federico Riera, marquesa de San Rafael, D. Faustino R. San Pedro, D. Pedro Inglada.

Los turnos predilectos el primero y tercero.



ESPAÑOL

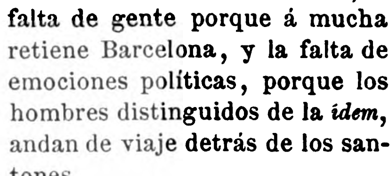
El abono á diario y turnos es, como siempre, escaso; en cambio el especial de lunes va á resultar brillante, y el de viernes, que otros años lo eran siempre de *abstinencia*, también promete cubrirse. Este resultado se debe á la protección que S. M. la Reina ha ofrecido prestar á ese teatro, y al generoso esfuerzo del popular Antonio Vico en pro del arte escénico español.

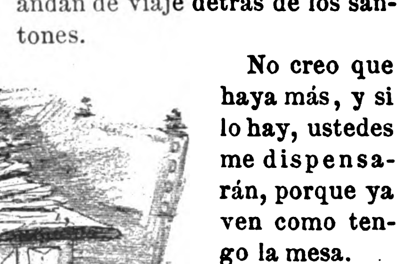
No está aún terminado el abono; la lista será larga, y resultaría enojosa después de las anteriores; pero baste saber que en las anotaciones ya hechas, figuran á la cabeza las duquesas de Bailén y Medinaceli, la condesa de Montarco, la señora de Larios, y que entre los otros nombres de esa *lista grande* estarán los que más brillo dan, á las de los otros dos teatros.

## Mesa revuelta.

Tan *revuelta* está la mía, al terminar este mes, que mis lectores habrán de dispensarme que no trate siquiera de ponerla en orden, para ver lo que sale.

Por otra parte, creo que no ha habido en el mes nada digno de mención especial, si se exceptúa la estancia en Madrid del Rey de Portugal; la inauguración del nuevo estudio—por cierto suntuoso—de Plasencia; el estreno de alguna obra, de que me ocuparé á fin de año; el viaje frustrado de madame Judic; el conflicto taurino con motivo del beneficio del *Bebe;* la falta de teatros, por no poderse abrir los que aún no tienen luz eléctrica; la falta de gente porque á mucha retiene Barcelona, y la falta de emociones políticas, porque los hombres distinguidos de la *idem*, andan de viaje detrás de los santones.





No creo que haya más, y si lo hay, ustedes me dispensarán, porque ya ven como tengo la mesa.

# NOVIEMBRE



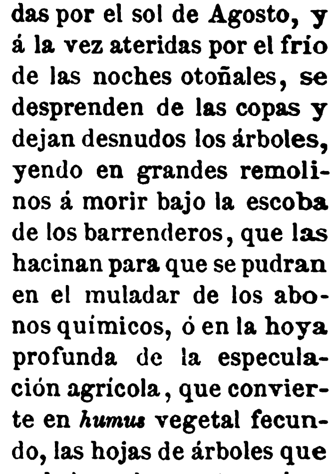
## 1.° de Noviembre.

Noviembre es el mes de las tristezas, el mes pálido que empieza cantando la epopeya de todos los Santos, en el mismo atril donde al siguiente día se entona el *De profundis* por el alma de los que viven la vida de la eternidad, al otro lado de la tumba.

Mes de lágrimas y ofrendas, de brisas heladoras y arrebatos de ciclón, no acierto á explicarme por qué lo llamará el refrán popular: «Dichoso mes que empiezas con los Santos y acabas con San Andrés.»

Será sin duda porque el rezo de la iglesia es continuo en estos treinta días, porque las almas de los difuntos queridos vienen á recibir en los altares lluvia de agua bendita, y á comulgar con la misma hostia que nosotros.

La caída de las hojas es símbolo de muerte, y en este mes de Noviembre es cuando los árboles dejan de vivir, porque es cuando las hojas calcinadas por el sol de Agosto, y á la vez ateridas por el frío de las noches otoñales, se desprenden de las copas y dejan desnudos los árboles, yendo en grandes remolinos á morir bajo la escoba de los barrenderos, que las hacinan para que se pudran en el muladar de los abonos químicos, ó en la hoya profunda de la especulación agrícola, que convierte en *humus* vegetal fecundo, las hojas de árboles que fueron un día embeleso de nuestros ojos.



La tierra de los paseos cubierta de hojas marchitas, rojas, amarillas y verdes, parece un cadáver insepulto que lleva por sudario la propia vestidura espléndida de los hermosos plátanos del bosque, y de las acacias de los jardines.

La tierra del campo santo, poco ha movida por el azadón, para recoger despojos de seres amados, parece madre dichosa que á nadie niega hospedaje. La religión la fecunda, y nosotros la bendecimos, porque en cada átomo de polvo que en ella se respira, y en cada sepultura que se encuentra abierta,

hay pedazos de nuestro sér, sangre de nuestra misma sangre, fibras sensibles de nuestros abuelos, y huesos convertidos en cantos rodados, cuya sílice medicinal se emplea para fortalecer las constituciones debilitadas.

Los paganos rinden culto á las tumbas, pues aunque adivinan y desean la otra vida como nos-



otros, no creen en ella y consagran al cuerpo—vestidura del alma—toda su adoración.

Los católicos debiéramos mirar nuestros despojos como cosa despreciable y hedionda, por aquello que dijo San Bernardo:

«*Post hominem, vermis*
*Post vermis fetor et horror.*»

Pero es tan débil nuestra voluntad, y en cambio es tan honda, profunda é inestinguible la atracción

que nos lleva á vivir y morir en brazos de los seres amados, que ningún culto, ninguna ley, ni ninguna anatema, serían bastante fuertes é influyentes para arrancar de nuestros corazones, el amor que ha sido en la vida terrenal, imán de nuestra existencia.

Decid á una madre que no llore por el hijo de sus entrañas, que no cubran su tumba de besos y de flores, porque los restos de su adoración son polvo y gusanos, y os contestará: «Dejadme amar á mi hijo, que es la vida de mi vida; dejadme sus despojos, que son obra de Dios; dejadme llorar sobre su tumba, pues de lo contrario moriría.»

Y la religión católica, viendo que este sentimiento de los humanos, es voz inquebrantable de la naturaleza eterna, la voz de Dios, ha tenido que conformarse aceptando de los gentiles el culto de las tumbas, y abrió los cementerios sagrados que presiden amorosamente la cruz del Redentor, las oraciones de la liturgia y las lágrimas de los huérfanos.

---

## El día 11.

Ha habido en Madrid, en este mes de Noviembre, un acontecimiento que no es para narrado en este libro, pero tampoco para omitida su efeméride.

La fecha del 11 de Noviembre de 1888, ha sido

deplorable para nuestra reputación y para nuestro porvenir, porque ha recordado en Europa, que el león popular del símbolo sagrado, puede adormecerse en España, mas no domesticarse.

¡Triste celebridad la de los motines premeditados! ¡Triste gloria la que sacrifica al éxito del tumulto popular, nuestra fama nunca manchada, de hidalgos nobilísimos y de caballeros galantes.

Madrid se ha conmovido ante una manifestación de miles de personas, organizada contra un solo hombre.

Madrid ha visto con pena como la furia popular se ha cebado en sus propias carnes, intentando arrancar del pedestal y hacer rodar por el suelo, á una de las reputaciones más altas, más conspicuas, y más respetadas en Europa.



Lamentemos los alardes ciegos de la intransigencia; no aprobemos los arrebatos de un fanatismo que tan mal cuadra á nuestro pueblo culto; y deseemos que la grandeza española de la tradición, la grandeza de los recuerdos militares históricos, que todavía mantienen viva la idea de nuestro poderío en el mundo, no caiga en el abismo de las nacionalidades que mueren arrebatadas por el torrente de pasiones insanas y de venganzas suicidas.

Enfrente de la inverosímil, pero imponente algarada del dia 11, el Gobierno ha estado prudente,

conciliador y sensato. No podía hacer más de lo que hizo. La menor imprudencia hubiera quizá sumido á Madrid en un día de triste recuerdo.

En lo único que no estuvo previsor, fué en la designación del jefe de vigilancia que bajó de mañanita hacia el Paseo de Atocha, para atender á la conservación del orden.

Y lo digo, porque tratándose de evitar silbidos, el sólo apellido de ese celoso funcionario era un peligro.

Como que se llama Pita.

Esto es; por donde quiera que pasaba, llevaba consigo lo que quería evitar.

Y sus esfuerzos resultaron nulos.

Porque la *grita* no podía evitarla *Pita*.

---

## La Virgen de la Almudena.

La guadaña de Noviembre no se ceba sólo este año en seres humanos, sino que la emprende también con las santas tradiciones, una de las cuales, la de la aparición de la Virgen de la Almudena para ser patrona de Madrid, ha desaparecido ayer bajo el pico reformista de la Edilidad más *Santa*... de la Humosa que se conoce.

Se necesita valor y despreocupación.

Una cuadrilla de obreros, con el azadón al hombro, se presentó en la Cuesta de la Vega á las ór-

denes de un arquitecto, quien volviéndose á mirar á la Virgen, dijo á los trabajadores:

«Muchachos: la santa patrona de Madrid lleva muchos siglos de encierro en esa muralla. Hora es ya de que se la coloque en sitio más adecuado... en la cripta, por ejemplo, de la futura Catedral, donde tendrá trono y altares. Abajo las gorras, y adelante.»

Dicho, y hecho. La Virgen ha sido arrancada de su histórico *cubo*, y trasladada como un bloque de piedra, á la cripta de la Almudena.

Por si alguien sentía remordimientos por este *deshaucio*, el arquitecto y sus obreros, después de... consumar la traslación de domicilio, volvieron precipitadamente á la muralla y emprendieron con ardor el derribo de la misma.

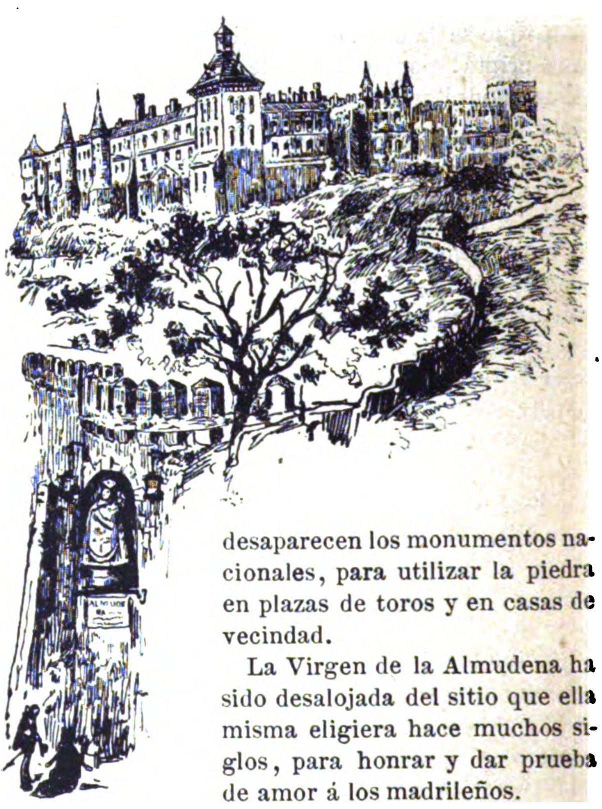
¿Qué va á ganar Madrid con esa reforma? El tiempo lo dirá. Entretanto dirá la edad presente, y dirán las venideras, que no fueron los árabes sino los cristianos los que arrasaron el ara santa de la Virgen, ante la cual han orado las generaciones de dos siglos, las potestades de la tierra, y hasta los Santos del cielo, antes de arrodillarse junto al trono del Señor.

Cuando se hizo la reforma del Parque de Madrid, el hacha de la municipalidad respetó dos hermosos pinos que estaban en medio del paseo de coches, y hoy son su más gallardo adorno.

¿Por qué no se ha hecho lo mismo con el *cubo* de la Almudena? El respetarlo en una ú otra forma, hubiera satisfecho y lisonjeado la piedad de

los madrileños que aman sus tradiciones gloriosas.

El derribarlo no ha tenido mérito, ni siquiera novedad, porque cansados estamos de ver cómo



desaparecen los monumentos nacionales, para utilizar la piedra en plazas de toros y en casas de vecindad.

La Virgen de la Almudena ha sido desalojada del sitio que ella misma eligiera hace muchos siglos, para honrar y dar prueba de amor á los madrileños.

La Virgen de la Almudena ha salido á la fuerza del *cubo* que era su palacio, no

para volar al cielo radiante y pura, sino para ser enterrada, como despojo inútil, en una cripta solitaria que está sostenida por la limosna.

Digo «para ser *enterrada*», porque las criptas son sepulcros cristianos y paganos; no son altares, no son tabernáculos, y en éstos solamente es donde la fe encuentra el consuelo de las promesas celestes.

La tradición de la Almudena ha muerto.

¡Viva la tradición, aunque no la alumbren ya los modestos faroles que han sostenido hasta ayer el espíritu fervoroso de los madrileños!

Y la tradición vivirá, porque el pico de oro de las creencias levantará un trono de pórfido á la que es madre amantísima del género humano, y se ha complacido en ser patrona de esta villa y corte.

---

## El dia de San Eugenio.

(LA ROMERÍA DEL PARDO)

Las bellotas de San Eugenio están en el Pardo y constituyen para los habitantes de los suburvios de Madrid, y para los comensales asíduos de la Pradera del Corregidor, de la Fuente de la Teja, del Vivero, de Santiago el Verde y de las orillas enjutas del Manzanares, la gira litúrgica de reglamento, más alborozada, la fiesta del amor más

requerida, y el hastío por remate, cuando no la pulmonía de postre, pues á falta de sol que pique las seseras, hay brisas serranas que bajan del monte á barrer las hojas que se caen de los árboles.

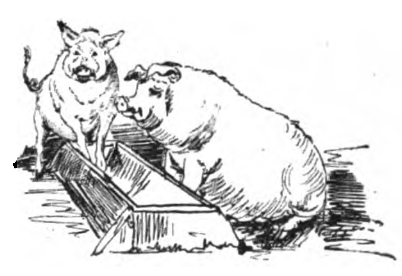
Este año el sol, compañero de la bota, no se ha embutido en escarchas como otros años, y ha coreado y seguido á los verbenarios de la bellota regional, como el caldero sigue á la soga, el diablo á las mujeres, y el monaguillo al sacristán, evitando de ese modo desazones y pendencias.

El sol de San Eugenio ha sido esta vez un sol de justicia y de fiesta, claro, sereno, refulgente, casi picante, que ha enardecido la sangre sarracena de los *bellotaris* de Madrid, no acostumbrados á este pienso gorrinero, que trajo á la corte un porquerón bragado de los chaparrales del Pardo.

La bellota es fruto de la encina sagrada, del roble druídico, del alcornoque corchero y de ciertos chaparros ásperos. Sirve de alimento á los monos de las costas del Africa y á los de las estribaciones del Atlas. Es manjar predilecto de los pueblos estremeños, donde hay dehesas belloteras, y las piaras de cerdos cebados y por cebar buscan con igual encarnizamiento la bellota dulce de los rebollares, que la trufa soterrada en las carrascas, donde tienen sus mansiones de lujo los javatos, que flamean colmillo en ristre por entre los alcornoques y quejigos.

Recuerdo la gracia infinita con que Adelardo Ayala contaba escenas de la vida y costumbres de las reses de cerda. Decía que los ganaderos de Ex-

tremadura criaban con regalo para su consumo unos cuantos cebones, que iban á la bellota al cuidado de un porquerón, á fin de protegerlos contra los *malandares*.



Eran éstos unos gorrinos hambrientos que merodeaban al rebusco los despojos de la ceba bellotera, y en cuanto veían á un cerdo noble, de 14 á 16 arrobas de peso, orondo, mantecoso y apoplético, como el de San Antón, dejaban las perdidas bellotas para acometer con furia á mordiscos al *gentlement*.

Contaba también que un año fué á dar con sus harapos á Navalmoral de la Mata, cierta compañía de actores trashumantes. Anunciaron las funciones muy baratas, mas nadie acudía al teatro. Llegaron á poner la entrada á céntimo de real y ni por esas. El pueblo se mostraba retraído y prefería acostarse con las gallinas. Cierto día triste, en que los pobres comediantes se vieron acosados por el hambre familiar, que mata en pocas horas, se fueron á ver al alcalde, y le expusieron con lágrimas en los ojos, la horrible situación de sus estómagos. Había mujeres y niños que daban lástima. El alcalde, liberal, compadecido, llamó al alguacil, y le dijo:

—Todos estos señores, á la bellota; que coman de largo cuanto quieran hasta que dejen el pueblo.

Y los actores, ¡quién lo diría! aplaudieron al alcalde, y se lanzaron á las dehesas como una piara de rumiantes forasteros, como los *malandares* del malogrado Ayala.

Observo que mientras me entretengo con los regordones ó los escuálidos supervivientes de la orden de la cocina, que fundó para caballeros García Jiménez de Navarra, me alejo de la cultura nacional que lleva al Pardo en este día de San Eugenio, á todos los elegantes del soto de Migas Calientes, á todas las deidades de la Fábrica de Tabacos, cigarreras y pitilleras, y á las señoras de fuste nobiliario que habitan por las inmediaciones del Rastro y del Mundo Nuevo de las Américas.

Tiene mucho que ver la romería de los belloteros, y mi satisfacción sería poder describirla con pelos y señales, pero me falta talento en el magín, y colores vivos en la paleta, por cuya razón y motivo los lectores habrán de contentarse con el *condumio* desaborido que va á salir de mi despensa, y de mis pinceles.



En cuanto amanece el alba de San Eugenio, por los rumbos de la Plaza de Toros, sale de la ermita de la Virgen de la Paloma una boda que acaba de oir la misa de velaciones, y va á emprenderla con la bellotera del Pardo, en el período de sazón, para tener un jolgorio alborotado, digno de la *magencia* de los contrayentes.

Espera á la comitiva un *ómnibus*, que fué de reglamento por los años de Espartero, y en él se van introduciendo por parejas, unos detrás de otros, los amigos del novio, y las chiquillas que han peinado y vestido á la novia. Aquéllos llevan la chaquetilla de rigor, con faja negra, pantalón ceñido y sombrero cordobés, y ellas el insuperable y *fashionable* pañolón rico de espumilla, que tejieron y pintaron los chinos, para las hadas flamencas de las Vistillas, para las macarenas de esta región zodiacal de los Madriles, donde abundan las reales mozas premiadas en las exposiciones de *extrangis*.

Envueltas y arrebujadas en sus mantones bordados, van ellas colocando á empujones las cestas de la merienda y el atavio corto de baile, por si el tiempo permite echar unas habaneras sobre el césped de los rebollares. Hablan todas á la vez, incluso la novia, y no es flojo el chaparrón de chistes que se despilfarra en el *ómnibus*, ni pequeñas las saetas que se cruzan entre ambos sexos. Ellas apuntando, y ellos recibiendo, porque en este día se han cambiado los papeles de los sexos.

El armatoste *celular* llega á la ermita de San Antonio, fundador de las verbenas de claveles sin abrir, y allí salen las guitarras y bandurrias á preludiar una sonata de género popular, como por ejemplo: «*Venimos de la corrida*» ó «*Cariño, si lo duda usted*», etc., que damas y caballeros entonan al unísono, con las voces más cascajosas y roncas que usa el repertorio de las cantatrices callejeras.

En el puente de San Fernando se bajan todos

para echar unas copitas. La novia está muy sofocada porque va cerca del novio, metida en charla de confianza, y los amigos tampoco sienten frio, y eso que la mañanita es fina.

Más adelante, en un bache artístico, descomunal, de esos que pone por modelo á los alumnos la Escuela de obras públicas, vuelca el coche en redondo, es decir, que las ruedas se ponen arriba y el tejadillo debajo. Los pasajeros salen como pueden del arca de Noé, contusos, descoyuntados, con los sombreros en *clac*, y las vihuelas rotas. Las pasajeras que han perdido los moños, y los



hábitos en desgarrones, ponen á la vista desnudeces paradisiacas como las de la madre Eva, y chillan de lo fuerte, cual las ranas de los estanques que se quedan sin agua.



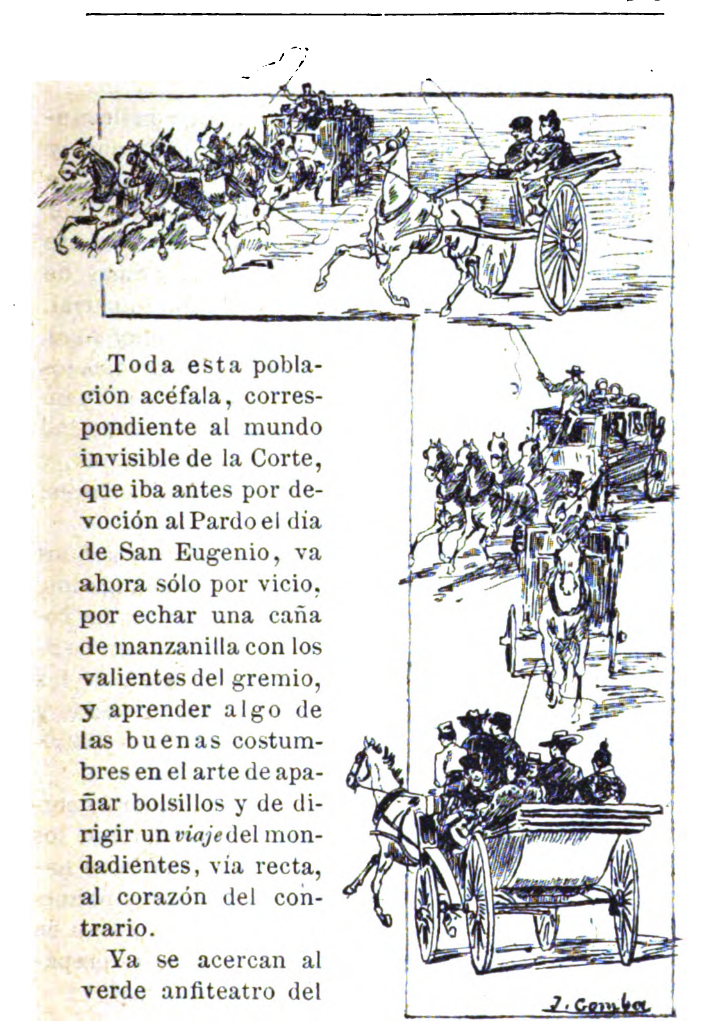
**Apabullos, contusiones, arañazos, perspectivas de anverso y de reverso en hombres y mujeres, lágrimas de contrición y arrepentimientos, he ahi lo que ponen sobre la grava del camino, las pasajeras del ómnibus de bellotear, cuando se en-**

cuentran libres del fracaso del vuelco, y de la tralla del borrachón del cochero.

Por grupos esparcidos y abundantes, van llegando al lugar del siniestro guripas en birlochos y calesines, en manuelas y simones, en tartanas de dos ruedas y en bombés, todos ellos tripulados por parejas vistosas de chulos y capeadores, de gente del matute y de las arrebañaduras femeninas de más empuje, que se educan en la calle Imperial. Devotos del Santo, y muy caballeros, y muy *dinos*, se detienen á ofrecer sus servicios á los revolcados en el polvo balsámico de la carretera, y sólo cuando reciben el cumplimiento de no haber necesidad de su ayuda, vuelven á trepar á los carricoches, y se despiden con un: «A la paz de Dios, señores; hasta la vista.»

Caracoleando por el centro del arrecife y por los taludes, llegan otros romeros, muy despechugados, jinetes en cuartagos expulsados de la Plaza de Toros, en mulas de desecho de los tranvías, en rocines garañones que fueron un día embeleso de las dehesas boyales, y en burras de leche jubiladas y emancipadas de las cuadras *higiénicas* de los distritos, por haber quedado *secas*.

Los *guripas* de la región *sublunar* de Madrid, cortesanos de los barrios bajos, se mezclan con los matachines de reemplazo, con los cenceños de navaja larga, con los tomadores de relojes y pañuelos, con los que timan en las posadas y roban en las iglesias el cepillo de las ánimas, con los preparadores de escalos y de sorpresas nocturnas.




Toda esta población acéfala, correspondiente al mundo invisible de la Corte, que iba antes por devoción al Pardo el dia de San Eugenio, va ahora sólo por vicio, por echar una caña de manzanilla con los valientes del gremio, y aprender algo de las buenas costumbres en el arte de apañar bolsillos y de dirigir un *viaje* del mondadientes, vía recta, al corazón del contrario.

Ya se acercan al verde anfiteatro del

monte los del ómnibus, á pie, porque el armatoste se ha quedado sin dos ruedas.

Allí, á la entrada de la selva negra, les espera una mujer de mediana edad, fea y escasa de cuerpo, aunque muy envuelta en carne basta, quiero decir, muy rechoncha, con la piel cetrina y la cara atrevida, medio velada por un pañuelo de hierbas que le baja de la cabeza; los pechos altos como morteros, amortajados en jubón de pana raída; junto al lado del corazón una navajita de acero á modo de talismán ó insignia; en la muñeca izquierda, enrollado como la soga del pozo, un rosario de huesos de aceituna, decorado con tres medallas de plata de las que venden en las novenas; en la derecha un brazalete de chuecas ó tabas de carnero, y en los dedos muchas sortijas de oro y plata con piedras blancas y de colores, diamantes de culo de vaso y esmeraldas de frasquetes de veneno. La basquiña de percal listado, con remiendos; en la cintura un llavero con varias llaves de diferentes tamaños, y en el torso un mantón de lana churra, despeñado hacia las caderas, que por cierto semejan arcadas de escuela patronal ó de claustro bizantino.

Esta fiera de la clase de mujeres sin domar, tiene á la entrada del Pardo una cueva, especie de bodegón obscuro, un puesto de bebidas y comidas, donde se venden los brevajes más peligrosos, y el hambre á precio de oro. Con la respiración animada y los brazos en jarras, sale al encuentro de los peregrinos, y les dice: «Alto; de aquí no se pasa sin echar un trago.» Y los comensales de San Eugenio,

sin distinción de sexos, no echan uno, sino tres ó más sorbos del aguarrás que, bajo el nombre de aguardiente del mono, vende la comadre Lucifer á sus amigos de todos los años.

Después del alto remojado con hipocrás y rosquillas, la boda saca las sartenes alquiladas al marimacho de la cantina, y se tiende en guerrilla por el monte para elegir una explanada donde se pueda guisar paellas y estofados y comérselos en amor y compaña. El novio es el primero que vuelve jadeante, diciendo: «Al avío, que ya encontré comedor, y sólo falta que nos *asentemos* para hacer boca.» Y dicho y hecho; todos se *asientan* en el desnudo suelo, donde se tienden unas servilletas gallegas que parecen sábanas, por cierto no muy limpias. Las señoras trinchan y comen con los dedos. Los hombres menean las botas llenas de vino hasta el gollete, y sirven sendos tragos en vasos de vidrio, de hojadelata y también en tazas de Talavera. Vuelven á comer y á beber más que comer, de modo que forma el río de vino que se escapa de las botas una balsa de vinagre en cada estómago, que produce arrebatos y gritos y palabras encendidas que apedrean, dando ocasión á pendencias, hasta que ruedan por el suelo los restos de la merienda, las cestas, platos, sartenes y peroletes.

Las damas chillan, pero no se desmayan; los vasos vuelan hechos pedazos; las servilletas y los pañuelos sirven de látigos; las capas de garrotes, y por fin de fiesta, salen á relucir las navajas regla-

mentarias, haciendo que intervenga la Guardia civil, que forma un grupo honesto de toda la boda, y se lo lleva á la Prevención del campo. ¡Buen principio de luna de miel!

Con este alboroto repentino, impensado, aunque esperado, se desconcierta un baile de seguidillas que, en otro corro distante, parecía un verdadero tumulto. En él, muchas señoritas distinguidas, de vestido largo, con y sin polisones, y botas imperiales de tacón de metal dorado, bailaban y cantaban repicando castañuelas, y acometían á los hombres para que las paseasen *encunadas* al son de las habaneras.

Cuando oyen que la boda de la pastelera del Mesón de Paredes con el Chato de San Millán, ha roto en cachetina, palos y navajazos, corren á ver lo que ocurre á fin de que nadie se lo cuente, y si es preciso, para tomar un *turno* de garrote ó de puñal de Albacete. La



Guardia civil pone dique á la irrupción de belloteros, y cuando éstos ven que se forma una cuerda de presos con los valentones de la refriega, vuelven grupas aprisita, y reconstruyen el baile bajo los auspicios de una mocetona robusta, tripicallera de oficio, que toma un pandero y da en él tan

fuertes manotazos, que le obliga á gemir en descompasado estruendo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

***

Si no fuera porque este artículo resulta ya demasiado largo, daría á conocer algunos tipos desarrapados de los valientes anónimos y de las gorronas que van al Pardo, con el único objeto de armar camorra y comer bellota á pasto.

Con lo que queda borroneado me parece que hay suficiente materia para formar idea de esta festividad campestre de San Eugenio, á la que concurren en masa, y cada cual como puede, los habitantes de los barrios bajos; y como el sol pálido del veranillo de San Martín empieza á ponerse, y no calienta mucho que digamos, monto antes del crepúsculo con mi amigo Juan Comba en un ómnibus de Oliva (ínterin él pone en orden los apuntes que ha tomado) y nos metemos de rondón en la desfilada, caminito de Madrid, oliendo á vino aunque no lo hemos bebido, porque en la carretera hay un arroyo formado con el abundante que vierten los pellejos y botas, y el no escaso que devuelven los estómagos repletos de escabeche y peleón.

Si tuviera á mano un foco de luz eléctrica, poderoso y claro como los del Ministerio de la Guerra, lo llevaría al puente de San Fernando para que los lectores vieran lo pintoresco y original de

ese desfile de alegres belloteros, en vuelcos redondos, tropezones, pendencias y borracheras, que el insigne Goya se olvidó de pintar en sus inmortales cuadros, quizá porque no era aficionado á la cocina extremeña.

---

## Emma Nevada.

Pasó Adelina Patti hace un año por nuestro teatro Real, como pasa un meteoro luminoso que precipita en el ocaso su última evolución.

Aplaudimos en ella el recuerdo de grandes triunfos, y consideramos con pena la realidad de las facultades que aun conserva Adelina, para fascinar con el arte y con la voz á las multitudes ultraamericanas.

Pero el aura santa pasó; el órgano vocal que cuando Dios quería pudo realizar prodigios, ha empezado á declinar, y la diva augusta del cesarismo, la cantatriz aristocrática, favorita de todas las grandezas, de todas las elegancias y de todos los públicos de Europa, señala hoy con sonrisa triste el puesto de honor que ella va á dejar, para que otra diva lo ocupe.

Y vino la Nevada de las regiones del oro, á disputar al sol de Levante la corona de sus esplendores, y á la luna confidente su melancólica claridad.

Llegó y venció; *veni*, *vici*, y los amigos del arte

musical la aclamaron con un «¡viva la diva de California!»

Es la Nevada un copo de nieve sin hilar, que las hadas derriten en gotas cristalinas cual lluvia de estrellas luminosas, que alumbran solas el firmamento, é inundan después la escena lírica de armonías celestes, y el alma de los oyentes de plácida delectación.



Es un canario que, al despertar, da á la naturaleza su lección de canto con trinos y fiorituras; un ruiseñor de voz purísima, que asombra con sus gorgeos y cadencias; una alondra real de vuelo poderoso, que se levanta hacia el cielo cantando la endecha del amor, y en el camino encuentra á los génios, que la sirven de pajes.

Es una estrella rutilante de blancos reflejos; un astro de primera magnitud; una mujer (parece una niña) que tiene en la voz encantos seductores, y en su modo de emitirla un fuerte espíritu de atracción que ha cautivado á todos, *némine discrepante*.

Esto tratándose de nuestro teatro Real, que tiene fama de ser el más exigente, y que sin serlo, es de cierto, palenque alborotado donde naufragaron

reputaciones á impulso del Paraíso (que es aquí un verdadero infierno de artistas); esto, digo, tratándose de un coliseo como el de Madrid, que ha visto, aplaudido y silbado á las primeras notabilidades del arte lírico, es sencillamente el triunfo en toda la línea; la victoria absoluta sin reservas; la consagración oficial, solemne y definitiva de la gran artista, de la pepita de oro, que los ciudadanos cosmopolitas de California nos han enviado para que sepamos lo que valen, y admiremos lo que pueden.

Emma Nevada se estrenó con *Lakmé*, ópera de significación poco interesante y de factura muy rara. El público hubiera silbado quizá la partitura, á no mediar en la contienda la Maga del Canto con su absoluto dominio.

Después ha cantado *Sonámbula*, de Bellini, la más delicada y tierna composición del cisne de Catana. En este idilio musical, que fué embeleso de nuestros padres, y en que «jamás se ha encantado más con menos esencia», como dice Paul de Saint-Victor, ha hecho la diva prodigios de vocalización dulcísima, ha sentido el ritmo del poema con lágrimas en la voz, y ha conmovido al público de tal manera, que el aplauso ha sido un estruendo de palmadas, y de voces y de llamadas á la escena.

No se ha visto en Madrid un éxito igual.

¡Bien por la Nevada!

Y felicitemos al conde de Michelena, para quien ha sido seguramente tabla de salvación, pues

*Gracias á esa* NEVADA
*que le* HA CAÍDO *este año,*
*podrá no salir de apuros,*
*pero siquiera... ir tirando.*

---

## Un párrafo de... Camaleones.

El camaleón es un animalito de la familia de los reptiles, del orden de los saurios, pariente de las lagartijas y aspirante á lagarto, que muda el color de la casaca cuando se incomoda y se hincha de celos, y puede pasarse sin comer algunos meses como Succi, y sabe cazar moscas, avispas y toda clase de insectos, sin lucha ni resistencia, porque su lengua viscosa tiene algo de magnetismo, algo de fascinación misteriosa, que paraliza las fuerzas de las víctimas.

Es símbolo de la volubilidad, de la inconstancia, de la ingratitud y de la adulación. Cambia de color súbitamente, del blanco al gris, del amarillo al rojo, del pardo al negro, según las impresiones de luz que le alegran ó le mortifican.

No tiene escamas en la piel como las carpas, pero está enteramente cubierto de pequeños tubérculos, á modo de baterías rasantes, que le dan aspecto de piel de zapa, y con ella la facultad de extenderse considerablemente, comprimiendo el lomo como las anguilas y estrechándose como las culebras del mito pagano.

En manos de una mujer hermosa, el camaleón puede ser un símbolo y una atracción, pues es sabido que la curiosidad atrae á los incautos, y aque-



llos á quienes toca ó apunta el botón viscoso de la lengua del reptil, no tienen necesidad de sacramentos para pasar á otra vida, porque es de ley humana que han de dejarse devorar sin resistencia, cuanto más gordos mejor.

El camaleón es hijo de los trópicos y de las regiones templadas. Los hay en América (algunos he visto traídos de México por el *sporment* D. Carlos Calderón), en la Argelia, en la Australia, en el Senegal, en Marruecos y en Cádiz. Estos últimos son los más elegantes y galanes, como que proceden

de la tierra de María Santísima, en que todo es vida, amor y perfumes.

Este *introito* parecerá á algunos demasiado largo y extraño, pero lo es mucho más (extraño) el suceso que me pone la pluma en la mano, por revestir circunstancias extraordinarias, cabalísticas, mágicas; por ser un hecho que se sale de la esfera de los corrientes; y en la Europa culta, una aberración propia de los egipcios y de los indios *camaleones* y adivinos, dados á los sortilegios y á las *camándulas* de las bellacas de esta región meridional que baña el Guadalquivir.

Sabíamos que hay camaleones enamorados, singularmente durante el celo; que se pelean y cortejan machos y hembras con la mayor finura; que ellos hacen madrigales á las ninfas que los aguardan en las copas de los árboles inmóviles por coquetería como si fueran estatuas; pero no sabíamos que hubiera camaleones *dilettantis*, y de este error nos ha sacado la dama francesa que el último domingo se presentó en el Real del modo que dice el siguiente suelto, que copio de una revista de *La Epoca:*

«Según dice un periódico, el domingo último llamó sobremanera la atención en el teatro Real un adorno que lucía una dama parisiense. Sujeto á un alfiler de brillantes, prendido en el pecho por una cadenita de oro suficientemente larga para no impedir sus movimientos, saltaba un camaleón americano, que varias veces sembró el espanto entre las señoras vecinas. Si la novedad se aclima-

ta, no faltará quien tenga envidia á los camaleones.»

El suelto es todo un poema de indumentaria extravagante y de coquetería felina. Eso de presentarse en el teatro una mujer hermosa vestida de reptiles que bailan y saltan á capricho de la maga pidiendo de comer, me parece el colmo de la excentricidad humana, porque lo mismo que camaleones se pudieran llevar de adorno lagartijas, cucarachas, ratitas blancas y hurones; toda una sección de historia natural del género de reptiles y mamíferos, para engatusar y cazar á los cuadrumanos.

De seguro que la Nevada se turba si ve gatear al camaleón por el antepecho del palco de la deidad francesa, y eso que el bicho es paisano de la eminente cantatriz, y debe estar acostumbrada á verlos uncidos al yugo de oro de sus amas.

El Conde de Michelena no se alarmó, porque está acostumbrado á camándulas y camanduleras, pero como le parece injusto que vean las funciones de balde, ha dado orden á los porteros para que se registre de *viso* á las abonadas, y si sucede que llevan en el pecho ó en la falda camaleones dormidos ó culebras despiertas, que les hagan pagar la entrada, ya que se les permite alternar con las señoras más hupadas y con los caballeros más perfilados.

---

## TIPOS CONOCIDOS

### Las que tararean romanzas.

Figuraos una mujer cualquiera, delgada ó redonda como un rollo de manteca fresca; envuelta en carnes grasas, ó armada sólo de huesos; figuraos una corina melancólica excitada por sueños febriles, llena de vanidad y de hastío, que toma los delirios de la imaginación por emociones del alma, el brillo del fósforo por llamaradas del corazón que calientan el amor, y busca al hombre detrás del libro, como lo buscan y no lo encuentran, las heroínas fátuas de las novelas que las hacen llorar; figuraos una Clarisa descolorida y ojerosa, triste y desesperada, en el momento de dar al aire una emisión de suspiros apasionados, una tanda de quejas del alma aburrida, y una reserva de escrúpulos de la conciencia; figuraos que se sienta esa mujer, vestida de blanco, en un taburete, y coge el arpa, y la pulsa nerviosamente, ó que se arrima al piano de cola para manotearlo airada, con el despecho femenino de la impotencia del amor, y tendréis el bosquejo del tipo, muy conocido por cierto, sobre todo en esta época de las intimas veladas invernales.

Vino el siglo XIX displicente y empolvado; acababa de recorrer las cimas y los valles, detrás de

la piedra filosofal, ideal de todos los siglos. Con él vino la literatura amarilla de los melancólicos, formados en el estudio de *Las noches lúgubres* de Cadalso, y con la afición excéntrica á los cementerios, vinieron las musas pálidas arrastrando dolores poéticos, la laxitud de la conciencia, por una parte, fatigada de creer y disgustada de no saberlo todo, la fe en la casualidad y en los principios del siglo, y de otra parte la vanidad que ansía producir estrépitos teatrales, viviendo para sentir emociones, y muriendo para saber el efecto que su muerte podría causar al público.

Esta casta de mujeres fastidiadas ó melancólicas, fué la que primero se apoderó de lo que hoy llamamos salones aristocráticos, aunque entonces no los había, é invadió las tertulias de la clase media, cuyo estrado de gala lucía esterilla de pleita, camilla de cisco y la guitarra nacional, también sensible y melancólica, cubierta de lazos y madroños, y colgada en el sitio principal.



En los llamados salones, se cantaba música de Gluck y de Mozart, con acompañamiento de manicordio. En las tertulias privaba la *Atala*, que llegó

á ser popular hasta el punto de repetir la canción los ciegos, de día y de noche, á las puertas de las iglesias y en las esquinas de las calles.

Yo no he conocido nada de eso, pero alguien que lo alcanzó, me cuenta que era cosa de ver y de oir á las hijas honestas de familia, poner los ojos en blanco y suspirar para adentro y para afuera, y perder el color, al entonar con sentido acento rasgueado, el:

*Triste chactas*

de la canción. Los oyentes lloraban, y el cuarto se venía abajo á puro de aplausos. Las heroínas de la fiesta, llevaban después de cantar, la guitarra á su sitio, y con la mano en el corazón suspiraban por aquellos amores positivos, semi-salvajes que Chateaubriand hizo célebres en su *Atala*.

Pocos años después, el romanticismo sorprendió á los melancólicos en plena posesión del dolor artístico, y la canción de la *Atala*, se generalizó ascendiendo á los salones y bajando á las tabernas, lo cual quiere decir que el estribillo de la india suicida, tocó á fondo el corazón de nuestro pueblo, mas espiritualista en sus pensamientos que en sus costumbres.

Cuando algunos autores españoles, hidalgamente patrióticos, crearon la zarzuela para llegar por ella (aun no lo han conseguido) á la ópera nacional, surgió otro conflicto casero delicadamente histórico, porque habiéndose *inventado* ya la anemia indígena, y los nervios que antes no necesita-

ban baños de mar, y conservando algunas románticas ex-melancólicas, el frasquito de veneno, que todas llevaron para un caso, desde que Zorrilla y Larrañaga las levantaron de cascos, la *romanza*, que viene á dar que hacer á todos los pianos, sobona, lacrimosa, dolente *et gemente*, turbó el entendimiento de las corinas más conocidas y cultivadas, y todas se dieron á tararear desde *Le Roman de Elvire*, matriz de ternezas alambicadas, hasta las romanzas de *El Valle de Andorra*, *Jugar con fuego*, etc.



El género nuevo hizo furor, y se cultivó, y todavía se cultiva por las señoritas que aspiran á ingresar en el Conservatorio que dirige el maestro Arrieta, ó en el *conservatorio* más práctico del matrimonio, para lo que al alternar el repertorio español, con el italiano del *Non è ver*, etcétera, no economizan gárgaras disparadas con intención contra los ingenuos *Chactas* que tuvieron y tienen la cobardía de aplaudir á semejantes virtuosas.

La romanza acaba sin embargo de modificarse en *La gran via* con la canción de Menegilda, y en el *Certamen nacional*, con el famoso tango. En esas manifestaciones del repertorio flamenco, no se ponen los ojos en blanco para cantar, ni se llora, ni se gimotea, todo lo contrario; se guiñan los ojos

con solapería, y se ronca, y se desarticulan las caderas, y sólo falta que se beba manzanilla melancólicamente.

Ese es el género nuevo.

Así gusta.

Y así se imita.



---

## La vida moderna.

### EL PRIMOGÉNITO

Nació de pie, lo cual si el adagio no miente, ya es entrar con buen pie en el mundo.

Se crió con el mayor regalo imaginable, por parte de la nodriza, que era una vaca con vestidura de pasiega. Por lo que toca á sus padres, el regalo se redujo á... *regalarle* cuanto se le antojaba, pero en cuanto á cariño, solicitudes y previsiones, no anduvo el chico muy sobrado que digamos. La mamá solía verlo una vez al día. El padre una vez cada dos ó tres. Entraba un instante en el cuarto del *bebé*, y decía:

—Hola chiquitín, ¿quién soy yo? Muy mono, muy mono está.

Y se marcha tan tranquilo para volver á repetir la frase cuatro ó cinco días después. La mamá no durmió una sola vez—ni aun en los días apurados

de la dentición—en la misma alcoba del ama. ¡Para qué teniendo ésta más años y más costumbre y más inteligencia de andar con chiquillos! No perdió una sola noche de abono, ni el turno de las *soirées*, como el padre, no faltó tampoco ni una vez al Casino y á sus ocupaciones íntimas.

Cuando el chico estaba malo y el matrimonio se enteraba—lo cual no ocurría siempre—se miraban uno á otro, y acababan por preguntar á la nodriza.

—¿Qué le parece á usted?

—Yo, señoritu, nun sé qué decirles. Ayer estaba el niñu muy cuntento, y echaba cada carcajada que...

—Bueno, pues, en ese caso, haga usted... lo que dice.

Este desvío elegante, este alejamiento *fashionable*, esta separación de buen tono que la vida moderna exige en la educación de los hijos, se acentuó cuando el primogénito fué mocito, pues entonces hasta llegó á comer en mesa distinta de la de sus padres. Así se fué criando, casi sin conocerlos, sin tener por ellos más inclinación que por cualquiera de las visitas que frecuentaban la casa, sin salir jamás con ellos á paseo, ni sentarse una sola vez en el regazo de su madre—siempre prendida de veinticinco alfileres—ni en las rodillas de su padre—siempre distraído y siempre falto de tiempo. En cuanto el ama terminó su misión vino una *mademoiselle;* después un preceptor, más tarde se fué el muchacho á un colegio de Poitiers, no para estudiar con el Bachillerato la base de cualquier carre-

ra, sino para aprender idiomas; después visitó París y Londres, y pasado mucho tiempo, volvió á España hecho un ignorante, con el corazón frio y los sentidos muy despiertos y el alma indiferente, con un olvido completo de la lengua patria y un conocimiento apenas elemental de las extranjeras; muy acostumbrado á gastar, porque la pensión mensual era espléndida, y muy embotado en la vagancia, porque la susodicha esplendidez le creó en la *emigración* hábitos de molicie y laxitud.



Los padres del muchacho eran millonarios y no se les importó un bledo ver la inutilidad moral del primogénito, pues bajo el punto de vista físico el chico volvía hecho un *gentlement*, rubio, colorado, y maestro en esgrima, natación, gimnasia, equitación, velocipedismo, caza... y pesca.

—Mira tu hermano que hermoso está—le dijo un día la madre en un momento de expansión.

—¡Ah... yes!

—Esta noche, en albricias del feliz arribo, tenemos comida en honor tuyo.

—¡Ah! no... presisarme cenar con hermano Miss ***... así ofresilo, y...

El primogénito, aclimatado con facilidad al clima de Madrid y á sus costumbres, mirándose en el espejo de la indiferencia crónica de sus papás, y emancipado de hecho, antes de estarlo de derecho, se lanzó pronto de lleno á la vida animada, fastuosa y vanal de la Corte. Convencido de que un día más ó menos distante había de entrar en posesión de una herencia fabulosa, hizo propósito decidido de no trabajar en la vida, y convertido pronto en un vicioso de tomo y lomo, se arregló para su uso exclusivo una moral y unas conveniencias, de lo más absurdo que imaginarse puede. En seguida tuvo fama de ser hombre de gusto y artista, porque tiraba materialmente el dinero en objetos de arte y en chucherías inútiles. En seguida se calzó aureola de esplendidez entre los amigos que le explotaban adulándole, y fué figura decorativa de todos los espectáculos, y estorbo permanente de todas las calles y paseos.



Y así le sorprendió, con intervalo de un par de años, la muerte de sus padres. ¿La sintió? Muy de veras, porque en el fondo de todas esas existencias especialísimas hay un resto de bondad y de virtud; algo que todas las criaturas reciben directamente de su Creador. Generalmente se piensa mejor que se obra. Nuestros pecados son tímidos en comparación de nuestras doctrinas, pero en cambio si

pecamos, venialmente, no nos arrepentimos. Sintió el primogénito la doble desgracia, un poco por inspiración de su buen fondo, y otro poco por las contrariedades que el luto le imponía. Este es el pecado, y el arrepentimiento preciso para purificarlo, no vino. Lo que vino fué el razonamiento convencional y acomodaticio, el diálogo arrogante con la conciencia, y la resolución final, como consecuencia de todo, de hacer lo que vería hacer: llorar de veras un mes, vestir de luto riguroso un año, ir al teatro á los seis meses,... y *aliviarse* del todo al salir de la misa de aniversario.

En esta falta de arrepentimiento, estriba nuestra inferioridad moral respecto á nuestros antepasados del siglo XVIII. El arrepentimiento era entonces la gran virtud. Se hacía el mal, pero los que lo hacían lo condenaban, y sobre todo se arrepentían. El precepto era atropellado por la pasión y restaurado por la conciencia.

Más adelante, el joven galante de las cenas reservadas, el *leader* de los salones, el abonado fijo de las corridas de toros y *ambulante* de los teatros, se casa con una joven muy simpática y muy rica, y sobre todo... muy rica.

El novio, que no llegó en sus mocedades á aprender las cuatro reglas, hace, sin embargo, esta suma con rapidez asombrosa y precisión matemática. La cuenta *le sale bien*, y la boda se lleva á cabo sin vacilar.

El primogénito tiene ya estado civil definido, es Marqués por carambola, cabeza de familia, y aho-

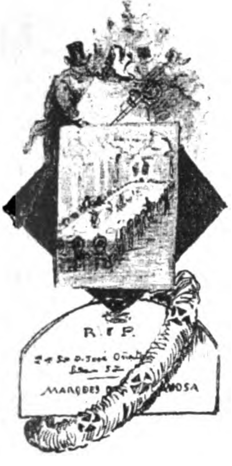
ra más que antes, muy artista y muy espléndido.

Nació... para ser rico.

Lo es por los cuatro costados.

De modo que á despecho de lo que algunos murmuran, ha cumplido dignamente su misión.





## Mesa revuelta.

### REMEMBER

Los días cortos de Noviembre parecen abreviado crepúsculo de la noche eterna. Caen las hojas secas en torbellino sobre las tumbas, y atraen á la fosa á los pacientes que tiritan de frío al tibio sol del veranillo de San Martín. Las parcas hacen en Noviembre mayor cosecha de víctimas, porque al fin los hombres somos también plantas cultivables, y estamos sujetos á la evolución general de la madre naturaleza. Vivimos cuando ella se adorna con primaveras y brisas. Sucumbimos cuando se deja escarchar por los hielos del Septentrión.



Entre las recientes defunciones que lleva Madrid, yo he perdido á un amigo cariñoso, D. José Oñate y Valcárcel, Diputado á Cortes, quien en su enfermedad ha sufrido con resignación cristiana los más acerbos dolores. Su padre, el respetable y venerado Conde de Sepúlveda, amigo de todo el mundo, ha sufrido un rudísimo golpe que no podrá



compartir, porque de hoy más vivirá solo, en el hogar solitario, con sus ochenta años.

Á las pocas horas de haber fallecido Oñate, ha muerto uno de los más ilustres representantes de la aristocracia aragonesa, el Duque de Villahermosa, Conde de Luna. Descendía de los reyes de Sobrarbe, y de los señores de Rivagorza. Era nobilísimo por su estirpe y por sus hábitos. Lo era también por sus aficiones literarias y por sus obras, alguna de las cuales, como la traducción en verso de *Las Geórgicas*, de Virgilio, hecha en estilo elegante, y con perfecto conocimiento del latín clásico, le valió entrar en la Academia de la Lengua por unanimidad.

La hija del Duque difunto, la bella Condesa de Guaqui, es una señora dignísima que ha asistido á su padre como una hermana de la caridad, hasta que le ha cerrado los ojos.

Con las muertes han alternado, como siempre, bodas y bautizos.

Así marca las horas de la vida el reloj de la humanidad.



LAS COMIDAS ESPECTRALES DE LA MARQUESA DE C. A.

Tengo por amiga una viejecita ochentona que vive de los recuerdos de su pasado en la corte, de la que fué gloria y embeleso, por su elegante manera de recibir, y sobre todo por las grandes comidas que daba todos los lunes á los personajes dis-

tinguidos de la milicia, de la aristocracia y de la Banca. Los banquetes eran siempre de 14 cubiertos, porque la buena señora con ser muy ilustrada y despreocupada, tenía miedo al número 13, número fatídico y climatérico, según decía la dueña ó ama de gobierno, que era tan vieja ó más que la señora Marquesa.

Un día de este mes, me dijo:

—Mira, vente á almorzar conmigo; te daré buenos platos, servidos en la misma mesa, con la misma vajilla y los mismos cubiertos que usaron en las comidas ya arqueológicas, mis amigos ausentes. Quiero dedicarles un recuerdo póstumo antes de emprender mi viaje, y me ha parecido que tú y yo podemos evocarlos para que vengan á acompañarnos. Me pondré los encajes y las joyas que aún conservo. Pediré á mi tocador la frescura que me falta.

—En cuanto á eso, me permito rectificar, porque no hay en los salones rosa más galana que usted.

—¡Adulador! Pues bien, con los años que tengo, tiraré el bastón que me sirve de muleta, y diré á mi *garçón* de honor, al vejete Manuel, que se ponga el frac, y se empolve el cabello, y se calce los guantes blancos de la última comida, y nos vaya anunciando á nuestros queridos espectros, porque has de saber, que de más de cien personajes que en diferentes épocas han asistido á mi mesa, no queda ya ninguno. Solo quedo yo para llorarlos.

Al día siguiente acudí al convite. Mi amiga se

había rejuvenecido. Mostraba buen humor, y un regocijo de buen gusto al tender la vista sobre la mesa. Ésta, como se deja suponer, no era la de todos los días, sino la grande, la de los banquetes regios que la prensa hizo célebres, dándolos á conocer.

A una señal de la Marquesa, el anciano Manuel abrió las puertas del salón, y penetraron los criados de comedor elegantemente vestidos. En seguida el portero de estrado fué anunciando uno por uno:

Martínez de la Rosa.
General Narvaez.
Río Rosas.
O'donell.
Ros de Olano.
Salamanca.
Alcalá Galiano.
Nocedal.
Serrano.
Cardenal Moreno.
Posada Herrera.
Bravo Murillo.

Catorce comensales espectros; los mismos que con diferentes tandas de á 14 personas, se habían sentado á la mesa de la hoy valetudinaria dama.

Yo no sé por qué raro efecto de óptica, ó por qué alucinación extraña, me pareció verlos á todos, y oir decir á la viejecita:

—Todos me habéis dejado, y lo peor es que desde el mundo desconocido en que vivís, no po-

déis ó no queréis influir en los destinos de esta pobre nación.

Dijo, y la mesa quedó como antes estaba, desierta, y las sombras que la imaginación produjo oyendo las presentaciones, se borraron de mi vista dejándonos poco menos que á obscuras.

—Mira, haz el favor de dar cuenta de este banquete de espectros en tu próximo libro, y cuando me muera, que será pronto, dedícame una página que cierre la lista del banquete.

Queda complacida mi ilustre amiga, á quien deseo se haga centenaria para satisfacción de sus descendientes, y orgullo del país, del cual es monumento vivo.

***

## LO SUBLIME EN LO VULGAR

Por muy acostumbrado que esté D. José Echegaray, á los grandes triunfos escénicos, ha debido enorgullecerle el alcanzado por su último hermoso drama *Lo sublime en lo vulgar.*

Este título parece una exhibición pública de la marca de fábrica de todas las obras del laureado escritor, pues realmente, por *vulgar* que sea el asunto de cualquiera de sus producciones, lo transforma en *sublime* el talento indiscutible del autor.

Cuando esta obra se estrenó en Barcelona obtuvo un éxito grandioso; los aplausos resonaron en Madrid, los periódicos publicaron largas reseñas dan-

do á conocer el éxito de la obra y varias de sus escenas más culminantes.

El público de Madrid no ha ido en zaga al de la ciudad Condal en las aclamaciones, los bravos y las entradas, que se han repetido con llenos por espacio de veintitantas noches.

En Barcelona, el auditorio tuvo ocasión de aplaudir por última vez al inolvidable Rafael Calvo.

En Madrid ha faltado esa gran figura en el cuadro, pero su hermano Ricardo ha demostrado cuanto bueno puede esperar de él la afición, si al talento que siempre probó une desde ahora una asimilación casi perfecta de los detalles y la entonación del pobre Rafael. ¡Cuánto debía él brillar en este drama! ¡Qué campo más ancho, en que lucir sus condiciones, le ofrecía el bellísimo papel de *Ricardo!*

Al empezar he llamado hermoso drama á *Lo sublime en lo vulgar*, y el adjetivo me parece el más adecuado para calificar una obra, de la cual el juicio unánime del público, dijo la noche del estreno, como consignaba *El Imparcial:* «Éste es el mejor drama de Echegaray.»

Así es efectivamente. Es el mejor, el más perfecto, porque es el más real, el más humano, el que de todos tiene menos convencionalismo, menos asperezas, menos violencias y más verdad, más copia de detalles, más *vulgaridad*, en una palabra, y menos fantasía.

Echegaray entra de lleno con esta obra, en lo que el teatro debe ser si ha de entusiasmar á las

multitudes. Para los eruditos y los arqueólogos y los filósofos, sirven de fijo mejor otras obras; para los nostálgicos y para los pesimistas incorregibles, las de Leopoldo Cano; para los soñadores, las de otros autores; pero como ni los eruditos, ni los filósofos, ni los pesimistas, ni los soñadores, llenarían dos noches el teatro, el éxito verdad, el éxito que da derecho á la inmortalidad de un nombre glorioso, el éxito que no se discute, es el que sancionan las multitudes, y para lograrlo es preciso que las obras, como *Lo sublime en lo vulgar*, lleguen al corazón de todos y á todos convenzan y persuadan.

¿Cómo se consigue esto? Pues no poniéndose las alas de Hícaro; bajando del cielo á la tierra; buscando á todo trance la realidad de las cosas, de los afectos y de las costumbres; acordándose de que el drama no es el poema, de que el poeta no puede ser sólo versificador, sino algo mucho más importante al escribir para la escena; haciendo, en una palabra, obras humanas, y sacando á escena, no mitos, sino personajes de carne y hueso.

Esto es lo que Echegaray ha conseguido en su última obra, y por esto es por lo que merece el aplauso entusiasta que uno al del público del teatro Español.

***

## A VUELA PLUMA

Noviembre no ha dado más de sí. En su liquidación de fin de mes encuentro sólo ligeras noticias.

Un luto de Corte con motivo del fallecimiento de la Princesa Waldek Pyrmont; muchas bodas; unos tresillos animadísimos en casa de los señores de Larios; un cariñoso recuerdo de los actores del teatro de la Comedia, al ilustre Carlos Coello, colo-



cando en su tumba una hermosa corona de siempreviva; un éxito extraordinario en Lara con *El señor Gobernador*, de Ramos y Vital, gobernador que no *caerá* por muchas crisis que le cojan; una notable gira de caza organizada por el Conde de Mon-



tarco, á la que han asistido Toreno, Silvela, Vizconde de Irueste y otros; el solemne bautizo del Infantito Luis Fernando de Orleans; y el entarugado de otras dos ó tres calles, entre ellas la del Príncipe, donde la otra noche decían dos escritores:

—Esta innovación del entarugado no es completa.

—¿Por qué?

—Porque ya que ponen madera en las calles, debían colocar los adoquines que sobran en las plateas de los teatros, y así los *meneos* serían... mucho menos ruidosos.



# DICIEMBRE



## El sol de invierno.

Diciembre es para nosotros el invierno, lo que equivale á decir que es bajo el cielo de Madrid la estación de los fríos polares, una estación hipócrita, sin carácter ni grandeza, impropia de personas bien educadas.

Diciembre es para nosotros una veleidad del Zodiaco, una alternativa precipitada de heladas blancas y negras, de lluvias penetrantes y pulmoniacas, que llenan las calles de lodo y de nieblas densas en servicio activo, que barnizan de escarcha los bigotes de los hombres, y dan jaqueca humoral á las mujeres.

Las dichosas nieblas de Diciembre caen á veces sobre la villa en pelotones cerrados, tan obscuras é impenetrables, que no dejan ver á las gentes á dos pasos de distancia, y los *simones* tropiezan con

las *manuelas*, y los cocheros se amenazan ó se apalean.

Otras veces las nieblas, todavía más pérfidas, se



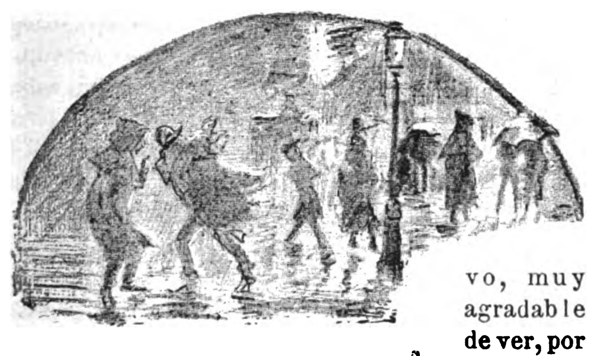

dilatan en neblinas polvorosas, que sin ser precisamente lluvia menuda, calan y obran sobre la piel como puñales bruñidos, y se insinúan por los poros hasta lo más profundo del sér humano. La niebla traidora, graduada así como el rocío de las noches de otoño, pica el rostro y las manos á la manera de las agujas de coser, cuando toca uno inopinadamente con ellas.

Los muros de las casas sudan burbujas de agua

sucia; los pasamanos de las escaleras, humedecidos, resultan grasientos al contacto de las manos; la circulación de las calles, interrumpida por carruajes y peatones, forma capas de un puré espeso y resbaladizo, que mancha las botas y los faralares bajos de la envoltura femenina, cuando no da en tierra con los valientes que se atreven á caminar sobre la sopa boba del aluvión celeste.

Tal es el invierno meridional en este trópico madrileño, que ningún Noherleson se ha permitido definir.

Alguna mañanas, al despertar, tenemos la visión rápida de una ciudad de la Siberia, empolvada como las pelucas blancas, sobre la que caen sin cesar grandes copos de nieve. Es un espectáculo nue-



vo, muy agradable de ver, por que desde el suelo de las calles, hasta el cogollo giratorio de las chimeneas, todo está blanco y nacarado como los pensiles de rosas donde habitan las hadas.

Pero al día siguiente, ó en el mismo día, expiamos cruelmente este placer á poco que los mangueros y barrenderos de la hueste municipal retarden echarse á la calle, porque helada pronto la nieve, hace peligrosísimo el tránsito por las calles. Para trasladarse entonces de un punto á otro, hay que recurrir á las berlinas de alquiler, pero los cocheros suelen estar bebidos, y los caballos hambrientos, de cuya conjunción híbrida resultan vuelcos seguros.

Yo creo que sería preferible á estos inviernos hipócritas de nuestra zona terrestre, el frío suculento, francamente acentuado de las regiones hiperbóreas. La verdad es, que al ver nevar algunos años tan profusamente sobre los tejados de nuestra tórrida mansión (durante el estío) piensa uno en la Rusia blanca, la de las nieves perpetuas, porque allí al menos el invierno y el verano son francos.

La Rusia al sol, dicen que es un encanto. La Rusia bajo la nieve no es menos bella y tentadora, porque el hielo no se deshace en muchos meses, y la tierra está vestida de blanco, poetizada por el armiño, y es practicable siempre. Cierto que no hay caminos. ¿Para qué se necesitan habiendo trineos? Verdad es que hay lobos feroces que invaden las llanuras, muertos de hambre, en busca de presas humanas; mas contra ellos hay excelentes rifles, y carabinas de repetición, y como los baches y los barrancos están nivelados por la nieve endurecida, se corre, casi se vuela, con igual

velocidad con que devoran el espacio los maravillosos caballos rusos, y los lobos sorprendidos se quedan atrás para comerse á sus compañeros muertos. El cuadro es arrogante y fiero; al fin, de costumbres polares.

Lo extraño es que aquí, en la *estufa* de Europa, en el Madrid de los *touristes* del Norte, tenga el tiempo veleidades tan peligrosas, y que el mes de Diciembre sea generalmente para nosotros tan duro y cruel, como lo es la Rusia para los habitantes del Neva.

---

## Gatomaquia.

Entre los muchos inconvenientes del invierno, no hallo ninguno tan sensible como tener gato en casa, ó en la vecindad. Para estos apreciables individuos de la raza felina, empieza la primavera en Diciembre, y estoy por asegurar que son más lógicos que los hombres, que en vez de colocar la primera estación al principio del año, la dejamos para cuando ya ha cumplido tres ó cuatro meses.

Pero esté bien ó mal arreglado el calendario, lo indudable es que en Diciembre sufren grandes *insomnios* los gatos y las gatas, precisamente á la hora en que los *gatos*... madrileños deseamos coger el sueño.

Y fácil es esto, cuando como á mí me sucede, se

permiten pasear sobre el tejado de mi casa y limítrofes, varias *parejas.*

La friolera de siete *mininos* de uno y otro sexo,



hay en la casa que habito. ¡Siete! tantos como los pecados capitales.

En el entresuelo vive uno de angola, ya veterano, que observa una ó varias conductas intachables, pero que conserva la afición y se permite en este mes dar sus valiosos consejos á los que quieren consultarle.

En el principal hay un gato joven que tiene una reputación horrible, y que es capaz de echar chicoleos á cualquier gata... pintada en un papel.

En mi domicilio, tengo una gatita que pasó los primeros años de su vida perdida por esas calles, y como es natural tiene mucho mundo... tanto, que el gato del principal cuenta horrores de ella.

En el segundo hay dos gatos muy tiernecitos, pero que se marchan de casa al menor descuido, y dan muchos disgustos á su madre, respetable abuela, que no sale de la cocina porque ya tiene mucho frío.

Por último, en el tercero habita otro gatazo que

hace temblar á todos los de la casa, por su aspecto feroz, y que no permite que ninguno se acerque á la gatita de mi cuarto, ni á otra que tiene la portera.



Total: siete gatos. Y á todo esto, la casa llena de ratones.

¡Pero qué ha de suceder, si en estos días olvidan por completo sus obligaciones, dedicándose á dar *conciertos*... y á contar las tejas por las noches! Bien es verdad, que según algunos respetables fisiologistas *felinos*, en el mes de Diciembre padecen los infelices gatos unos espantosos dolores de muelas.



No debe ser así, sin embargo, porque el otro día me ocurrió propinar á mi gatita todos los calmantes conocidos, desde la creosota al cloroformo, desde la piedra infernal al licor del Polo de Orive, y la pobre... se ha puesto muy mala de la boca, pero no por esto deja de escandalizar la casa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*De noche todos los gatos son pardos.*

Este refrán debería interpretarse de varios modos. Por ejemplo: son *pardos* de noche, porque de día son negros ó de medio color como las gatas,

porque primero enseñan los ojos que alumbran como candiles de posada manchega, y después menean el rabo, por el cual vemos ó adivinamos el busto, sombreado en las *claridades* de las sombras nocturnas.

Debería decirse en puridad que de noche todos los gatos son oscuros como boca de lobo, porque así se dice de la mitad del día que el sol no alumbra, ni la luna aclara, ni las estrellas iluminan, ni las nebulosas acompañan.

Pero hay otra explicación.

Los gatos son *pardos* de noche, porque hacen como los árboles, que de noche aspiran el oxígeno que necesitan para su existencia y la nuestra; para la suya y la de los ratones colocados bajo su tutela é inspección. Esto les pone de color de humo.



Por el contrario, de día, los gatos y los árboles aspiran y devuelven al aire más oxígeno que el que tomaron de noche, y esto les pone descoloridos, casi verdes, porque la acción del sol descompone el ácido carbónico.

A propósito: esos dos fenómenos explican el peligro que hay en guardar de noche vegetales, flores ó plantas en cuartos cerrados, porque absorbiendo oxígeno y expeliendo en igual proporción ácido carbónico, disminuyen la masa de aire respirable

que necesita cada sér humano en mayor cantidad de lo que se piensa.

Un hombre consume por hora, cuando menos, seis metros cúbicos de aire. Pues bien, ya que la digresión me lleva á un terreno que no frecuento, me detendré en él un segundo.

La mayor parte de los placeres que disfrutamos en común, como los bailes, las tertulias, las grandes comidas, los espectáculos públicos, etc., comienzan por disminuir irreflexivamente la ración indispensable de aire vital. Es imposible que en una fiesta del gran mundo, aunque la casa sea grande, tenga cada persona para sus pulmones más de un metro cúbico de aire. Recuerdo haber estado en un baile formando piña, como sardinas en banasta; un baile en que las luces se asfixiaban, se apagaban por falta de oxígeno; un baile del que yo salí diciendo:

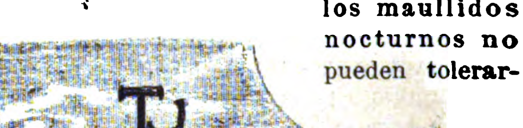
—Pero, señor, si nos propusieran un thé bailable á costa de las dos terceras partes de nuestros alimentos más precisos, positivamente que no aceptaríamos. Y, sin embargo, se anuncia el baile de la Duquesa de X, con buffet, cotillón, macetas de estufa, caloríferos, bujías por paquetes, y nos lanzamos á él como las mariposas, y revoloteamos, sudando la gota gorda, por aquellos salones empedrados de seres humanos.

En todas esas fiestas hay esencias de todas las fábricas, pero no hay aire, se alienta, pero no se respira, y aunque la *privación* no produzca otro efecto inmediato que el de calentar las cabezas, es

probable que la falta de aire engendre la mayor parte de las enfermedades que piden á gritos un hueco en la Sacramental, y que los médicos califican seguramente de *nerviosas*, porque los nervios son hoy el gran recurso de los médicos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Volviendo al tema gatuno, sólo he de decir que los maullidos nocturnos no pueden tolerar-



se, y que el Ayuntamiento debe establecer—á semejanza de la ronda de alcantarillas—una ronda de tejados que reparta el *aguinaldo* municipal á esos indiscretos amantes

## La luz eléctrica.

Bastó que se unieran dos carbones junto á los polos de una batería galvánica, para que resultase la luz eléctrica intensa y poderosa, sólo comparable á la del sol, que ha dado al traste con los velones de peltre, los candiles de hoja de lata, las velas de sebo virgen, las candilejas de aceite verde, los quinqués de petróleo oloroso y los mecheros de gas.

Desde la débil luz que esparcen en el campo los gusanos de la *idem*, tan celebrados por los poetas, hasta el foco potente y deslumbrador, irresistible, de un arco voltáico encerrado en vitrina de cristal para los efectos de la subdivisión y profusión de los rayos eléctricos, ¡qué transformación, qué asombro y qué poder mágico tan grande! Sólo Dios puede inspirar estos milagros á la ciencia de los humanos; sólo la luz eléctrica puede llamarse con propiedad *luz de luz*, porque lo es de la gracia que viene directamente del Supremo Hacedor.



Cuando se *dió á luz* la eléctrica en los talleres de Edisson, juntamente con el teléfono, el micró-

fono y el fonógrafo, y se puso tocado de resplandores para ocultar su desnudez primitiva y salvaje, no se creyó la recién nacida que vendría tan pronto á inundar de claridades el espacio teatral, de los que por horas y por funciones enteras pululan por este Madrid de las hembras instantáneas.

Un día las vió taparse con apresuramiento los ojos en cierta fiesta en que abundaban los hombres, para que *los* de éstos no las vieran... el escote intercostal, y dijo para su redoma eléctrica:

—Yo quiero asistir á teatros, tiendas, salones y cafés, porque quiero verlo todo; pártame usted, pues, y hágame cachitos, padre y señor; usted que acertó á sacarme de las entrañas del carbón de piedra, y hasta la vista, hasta que me luzca en un incendio gordo, en un incendio de llamaradas de confianza que abrase centenares de espectadores incautos, de esos simples que han dado en decir que yo no quemo, ni ardo, cuando apuesto al gas más fino á echar llamaradas y á reducir á cenizas en breves instantes cualquier edificio.

Harta de vivir soterrada con los gnomos del carbón mineral, en cuanto la dió el aire libre y vió la luz del sol y de la luna, se puso á bailar de contenta, y de ese jolgorio han venido los muchos eclipses que sufrieran los ensayos de la Comedia, Lara, Español y Eslava al tiempo de la instalación.

En Jovellanos, más que eclipse, ha habido ausencia de luz por espacio de muchas noches, alguna de las cuales el agua de la caldera (que no quería funcionar) apenas si sirvió para *hacer chocolate* y

repartirlo entre los artistas de la *troupe*, que tiritaban de frío en aquel escenario, apenas alumbrado por unos cuantos cabos de vela.



No quería, la muy coqueta, dejarse meter retorcida, en una copa de manzanilla, y al menor descuido, paf, se apagaba. Otras veces ha ido por grados, subiendo y bajando, á la cozcojita, cual si jugara al columpio, dando sustos á los niños y algo que pensar á los grandes, hasta que la ciencia de los electricistas ha puesto tiento á los generadores, y unas correas muy fuertes al *corsé* de las locas de atar que andan esparcidas por los teatros.

---

## Sucoi.

Ha comenzado su XVI ayuno el día 16 del actual. Ha de durar treinta días, de suerte que no volverá á tomar nada hasta el 15 de Enero, á las cuatro de la tarde.

¡Un mes *asegurado* de... indigestiones!

No todos podrán decir lo mismo.

La experiencia es curiosa y rara; lo sería más en otro país que no fuera el nuestro, porque aquí donde una gran parte de la población vive del aire como los camaleones; aquí donde los albañiles y carpinteros que trabajan en las construcciones, tienen bastante con un pimiento ó un pedazo de queso; aquí donde los maestros de escuela no comen, al menos que se sepa; no deben poder comer, mejor dicho, por las horribles intermitencias que sufren para cobrar sus haberes; aquí, repito, el ayuno de Succi no sorprende todo lo que debiera.

Bien entendido, si el ayuno es verdad, pues aunque reviste todas las apariencias de serlo, y no es lógico dudar de la seriedad de las personas que constituyen el comité médico de vigilancia, yo tengo en esto la misma manera de pensar que respecto al hipnotismo, y no acabo de convencerme de que en cualquier momento de distracción, no ingiera Succi alguna sustancia alimenticia en su estómago, dejando *en ayunas* del hecho á los señores vigilantes.

¿Es Succi un verdadero ayunador ó un *inapetente* crónico? *This is the question.*

Esto no pasa de ser una opinión particular, de la que por otra parte, repito, me hace dudar la respetabilidad de las personas encargadas de hacer que ese ayuno no se rompa.

Ahora que la cosa tiene su lado cómico es indudable, y á esto se debe quizá la mayor parte del

éxito de Succi en Madrid. Si el hombre ayuna en efecto los treinta días, ¿qué utilidad reporta á sus semejantes? Esto es lo que no resulta tan claro, sobre todo á primera vista.

Toma Succi el segundo día de su ayuno un líquido especial, que él mismo ha preparado, y que, según declara, calma los dolores de estómago, y deja á éste incapaz de sentir en adelante los horrores del hambre. Pero, vamos á ver: ¿puede servir ese líquido de alimento á las personas que no tienen que comer? ¿Puede cualquier mortal *muerto de hambre* asegurarse una inapetencia *crónica*, con surtir la despensa de unas cuantas botellas de ese licor? Porque si es así, Succi sería un verdadero salvador de la humanidad, y habría resuelto un problema más arduo y más difícil que el de vivir sin trabajar, cual sería el de de vivir *sin comer*.



Pero si no es así; si el líquido en cuestión sólo surte sus maravillosos efectos en el estómago de Succi, que es á no dudar un estómago de *non*, *sui generis*, de *Brevete Q. G. D.;* si á cualquiera otra persona le calma los dolores de estómago (si los padece), y al quitarle esa molestia le devuelve el apetito, y le crea, por ende, más necesidades, ¿para qué sirve el experimento, y qué se adelanta en defini-

tiva, con que Succi se pase sin comer uno ó dos meses?

Yo creo que en esta obscuridad, en esta duda no aclarada, estriba el poco interés que el espectáculo ha despertado en Madrid y la escasez de visitantes á la sala del teatro Felipe, que indudablemente es el coliseo más apropósito para *ayunar;* en verano, porque se queda uno *in albis* de lo que dicen en escena los actores, y en invierno, porque á él vendrán á parar los otros ayunadores que andan por el mundo haciendo competencia á Succi.

Si el licor no sirve más que de calmante para los dolores de estómago, Succi no tenía necesidad de ayunar: le resultaría más práctico y ventajoso abrir una tienda y vender en ella botellas. Si el que lo bebe no ha menester más de la comida, no se explica que todo Madrid, y en especial el todo Madrid que pasa á diario grandes estrecheces, no acuda en masa al teatro Felipe para admirar el fenómeno y aprender sobre el terreno el mecanismo.

Algunos dicen que Succi no se propone nada más que hacer alarde de su organización excepcional. Perfectamente. Entonces nada tiene de extraño la soledad del teatro; verdad es que, aunque haya pocas entradas, ¿qué le puede importar á Succi? Para el *gasto* que hace, para lo que come, es decir, para lo que *no* come, con poco, digo con *nada*, tiene bastante.

La confusión aumenta de punto al recordar que Succi almuerza opíparamente el día en que da principio á su experimento, y que come, cuando lo

termina, de un modo sólo comparable á la manera como dicen que se comió en la cena de Baltasar ó en las bodas de Camacho. Es decir, que la insensibilidad estomacal producida por el licor tiene un límite, y que cuando uno cree haber resuelto el problema diciendo: «Esa bebida convierte el estómago en un bloque de granito y destruye para siempre el apetito,» se encuentra con que está al principio de la discusión al ver que después de treinta días de no sentir necesidad alguna, se come al treinta y uno con el hambre voraz del que ha estado tantos días sin probar bocado.

Yo comprendo que un hombre se esté sin comer seis días; es decir, no lo comprendo, pero podrá suceder. Lo que no atino á explicarme es que después de treinta en *blanco*, cuando ya el estómago se ha acostumbrado á la *ex* alimentación, se pueda comer.

Resulta, pues, que ese licor puede graduarse; quizá aumentando las dosis se ayune impunemente, seis meses, y rebajándolas diez, veinte, cuarenta ó cincuenta días. Si es así, ese licor aseguraría para siempre el turno pacífico de los partidos, pues todo se reduciría á dar á los que no estuvieran en el Poder botellas con licor preparado *ad hoc* para el tiempo que hubiera de durar la *desgracia*.

Lo tomarian, y hasta que cesaran sus efectos no volverían á acordarse del... *turrón*. Lo grave es que si al terminar el plazo sentian lo que siente Succi, las *crisis* serían tumultuosas y horripilantes.

Por lo demás, y hablando en serio, el que tenga la curiosidad de ver á Succi todos los dias, se convence de la verdad del experimento, y sale asombrado de la resistencia de ese hombre.

De todos los ayunos que ha llevado á cabo en distintas capitales, éste que actualmente realiza en Madrid es el que tiene, á mi modo de ver, más importancia.

Porque lo verifica en plenas Navidades.

Y *ayunar* en Noche Buena y Pascuas es un verdadero colmo.

---

## Los teatros caseros.

Desde que por los años de 1565 y 66 prohibió el Concilio toledano que los clérigos representasen con máscara en las iglesias funciones del arte dramático llamadas «á lo divino», los teatros públicos, y singularmente los caseros, ganaron mucho desarrollo, porque la afición á la farándula y á los faranduleros fué siempre parte esencial y estuvo vinculada en nuestra raza española.

Desde aquellos tiempos piadosos no se han vuelto á tocar los esquilones de las iglesias para llamar á los fieles á la representación del Nacimiento del

Hijo de Dios. Los teatros públicos, en cambio, nos dan funciones de aguinaldo, sin turrón se entiende, pues aquél nos lo exigen los acomodadores, al revés que en los caseros, pues en éstos nos dan la función y además el aguinaldo en forma de *luch* ó de cena, según el gusto y los medios de que disponen los empresarios.

El primer día de Diciembre se descorre el telón de todos los coliseos particulares, y cientos de personas de todos sexos y condiciones, viudas y reincidentes, niños y viejos, solteros y casados, polisones y boas, todos estos *clubwomen* simpáticos, ordenados por clases y familias, tienden la visual hacia la morada de sus ensueños, donde se representa la comedia casera por aficionados muy estimables y *casables* (son muchas las bodas que han zurcido la tramoya casera y el bastidor familiar) y acaso por eso haya tanta afición al teatro casero.

Pero no es de esto de lo que yo me propongo hablar á ustedes, sino de un sobrino queridísimo de diez años, que tengo en primer año de latín, que recita con rara perfección é imita al malogrado Rafael Calvo, hasta el punto de que es necesario ver al recitante, después de oirle, para no caer en el error de mistificación. No es tan solo la voz, y la entonación, y el ritmo de la canturia en que Calvo se distinguió de los demás actores, lo que mi sobrino reproduce á maravilla, sino que hablando remeda los ademanes, los movimientos del cuerpo, los gestos, y hasta el cuadro de cara del insigne artista.

Animado por el éxito y por sus aficiones, ha conseguido que su padre le mande hacer un teatro mecánico, por el modelo de la Princesa, pintado en los talleres de Bussato, Bonardi y Amalio, y el 1.° de Diciembre ha tenido lugar la inauguración, en familia, con arreglo al siguiente cartel-programa, publicado en papel vitela, con letras de oro, en la imprenta de Regino Velasco.



TEATRO-PERICO

EL TEATRO NUEVO

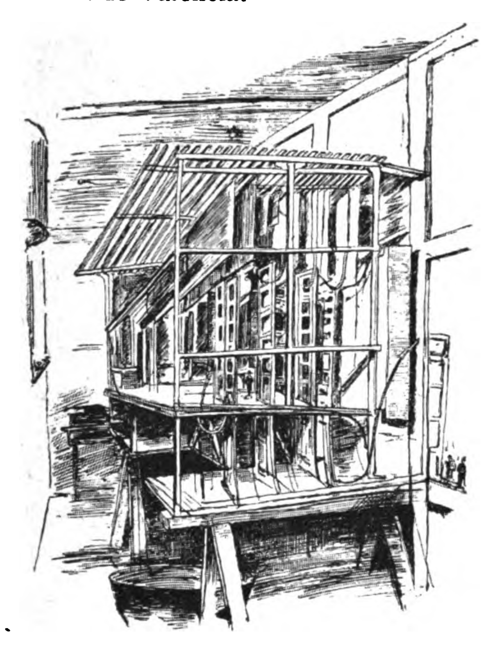
ENTRADA

Los billetes son talonarios, á tres tintas, con el retrato del empresario en el centro, reproducido por el procedimiento del foto-grabado.

El escenario es una monada, tan amplio y perfecto, que resultando en pequeño, verdadero *modelo* de teatro grande, es susceptible de que se representen en él, las obras de más complicado espectáculo.

Hasta ahora tiene la empresa en cartera una de Pérez Zúñiga y Díaz de Quijano; otra de Constantino Gil, y otra de Perrín y Palacios, todas escritas expresamente para este teatro, menos la primera que se *probará* en él, pasando después á Lara.

También se pondrá en escena *La cruz blanca*, cuyo decorado se pinta actualmente en los talleres de la Ronda de Valencia.



Los gastos de personal son reducidísimos, porque actores, actrices, coros y orquesta son de... papel, pero eso sí, notablemente dibujados y pintados.

Deseo una temporada feliz al *Teatro Perico*, de mi querido sobrino.

---

## La gloria de Cano, y la de Isaac Peral.

Un poeta y un marino se han disputado la gloria en las postrimerías.

El primero la ha conseguido pronto con su hermosa producción, representada con mucho éxito en el teatro de la Comedia.

El segundo la vislumbra ya en el fondo del mar, y la disfrutará también colmada de honores.

Leopoldo Cano no ha enmendado su derrotero; no quiere, por más que se le dice, navegar en mares calmosos, y como es en él uso y costumbre, se ha lanzado en su última comedia á rumbos desconocidos, difíciles, erizados de dificultades y escollos. No ha encallado tanto como otras veces, en el fango de los abis-

mos, pero ha recogido como siempre de las playas visitadas con la nave de su inspiración, ejemplares inverosímiles de hombres y mujeres, que no se aclimatan, ni se aclimatarán entre nosotros, aunque el gran poeta, al regreso de cada viaje se empeñe en que nos conmuevan con la relación de sus desdichas, y la adivinación de sus perfidias.

Sin embargo, *Gloria* es una comedia tan bien pensada como escrita, entendiéndose lo último para el caso de que cuanto dicen y cuentan sus personajes, lo dijera y contase como en las páginas de un poema, pues para relatado como expresión fiel y exacta del lenguaje humano... en los que no son poetas, resulta todo aquello completamente traído por los cabellos.

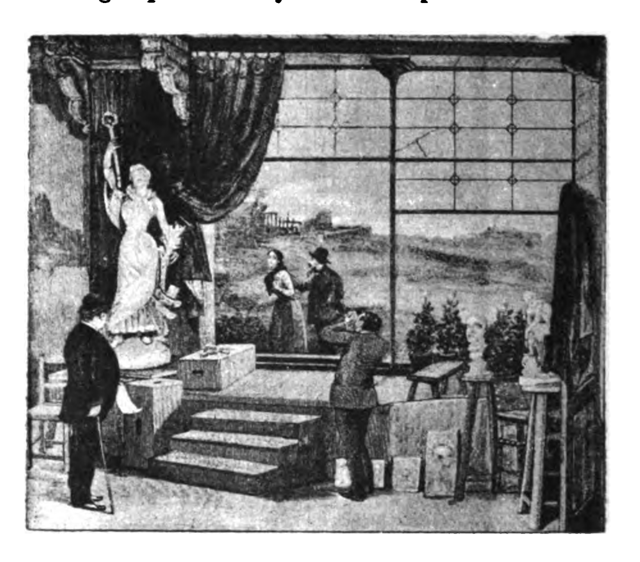
En cada personaje de las obras de Cano hay que ver, no al personaje que pinta, sino al propio autor que sale á escena disfrazado de Mario, ó de Vico, de *Estéban* ó de *Marcial*, á decir al público:

—Señores; aquí se trata (por ejemplo) del amor paternal; pues bien, de él opino yo esto. Voy á disertar sobre el matrimonio, sobre la gloria, sobre la originalidad y el plagio, sobre los editores, etcétera... etc.; pues de esto y de aquello y de lo de más allá, opino yo, Leopoldo Cano, esto, y esotro, y aquello. Y como el autor de *La mariposa* es poeta excepcional, de una inspiración espléndida, y de un ingenio soberano, todo lo que piensa lo cuenta en una forma galana, apasionada, punzante y graciosísima, como no lo podrían decir se-

guramente, ni el ciego de *Gloria*, ni el soldado de *La pasionaria*, ni ninguna de sus figuras. Por eso prefiere salir él mismo á hablar á los espectadores.

Y de este modo, claro, el público lo acepta todo, desde el símbolo de *Gloria*, á las sublimidades de la *Petra* de *La pasionaria*, y aplaude á rabiar al poeta, siquiera no comprenda al autor dramático.

Hay que reconocer, no obstante, que *Gloria* tiene algo que no hay en otras producciones del



eminente escritor que me ocupa, y ese algo, son las escenas que ponen término á los actos 1.° y 3.°, esta última sobre todo, que resulta un cuadro poético, humano, conmovedor, y efecto escénico

del mejor gusto. En general todas aquellas escenas en que intervienen Gloria, Estéban y el escultor, son merecedoras de aplausos, y descartada la acción de estas tres figuras, en determinados momentos, de la acción general de la comedia, resulta casi un verdadero idilio, muy simbólico siempre, muy forzado alguna vez, pero muy lindo en el fondo y en la forma, en los detalles y en el conjunto.

Lo demás es todo convencional, todo falso; cuando el símbolo no basta, se recurre al efecto de luz, casi al de la comedia de magia; aquel soldado habla y piensa como no piensan ni hablan muchos generales; el portero del Jardín del Buen Retiro, resulta en el último acto un Séneca, y la escena de la borrachera, demasiado alcoholizada, resulta absurda, pues el escultor, tiene que serenarse momentáneamente para decir en versos preciosísimos, pensamientos de primer orden, que no se le ocurren, y si se le ocurren, no puede expresar ningún hombre que esté tan bebido como él.

El éxito de *Gloria* ha sido franco y unánime, porque el público que quiere y admira á Leopoldo Cano, desea encontrar ocasiones en que demostrarle públicamente ese cariño. Y como *Gloria* (aparte de sus defectos) las da de sobra, el teatro se ha llenado por espacio de veintitantas noches, y la obra quedará en el repertorio para honor de nuestra escena, y gloria de la gentil é inimitable *Gloria*, de José Mata y de Enrique Sánchez de León, que



desempeña á maravilla su parte—por cierto muy difícil—y que sigue demostrando con su constante estudio, su fina observación de los actores dignos de imitarse y su naturalidad cada vez más grande, cuán merecido es el aprecio en que le tiene nuestro público y cuán legítimos los aplausos que en todas las obras conquista.

***

La otra gloria; la verdadera gloria de España es la que rodeará pronto el nombre hasta hoy ignorado del Teniente de navío D. Isaac Peral.

La fantasía que sirvió á Julio Verne para vender muchos miles de ejemplares de su interesante obra *Veinte mil leguas de viaje submarino*, se convierte en realidad, merced al impulso del talento de Isaac Peral. El submarino cruzará pronto los mares, y España podrá mostrarse orgullosa de sus hijos. Sin duda porque el barco está destinado á descubrir los secretos que el mar esconde en su fondo, Peral guarda también el secreto de su obra; pero de las conversaciones que ha tenido con sus amigos y de los informes de aquellos que han visto el barco, resulta indudable que el éxito más completo

coronará esa empresa maravillosa llamada á escribir una página de oro en las primeras del año 1889.

Peral es muy joven, tiene treinta y un años. Ingresó en la Armada en 1866; ascendió á Teniente de navío en 1880; tiene dos cruces del Mérito naval de primera clase y es caballero tres veces: por su manera de proceder hidalga, por su segundo apellido, y por serlo de la Corona de Italia.



Verdadero hombre de ciencia y modesto hasta la exageración, no ha ambicionado nunca honores ni preeminencias; no ha solicitado nunca ningún ascenso, ni siquiera el que ahora va á tener ascendiendo de un golpe al pináculo de la celebridad, pues me consta, y como yo lo saben sus amigos, que al idear su submarino, Peral no se ha inspirado en la gloria ni en la popularidad, sino simplemente en dotar á su patria de un poderoso elemento de guerra y en dar satisfacción á sus ideales científicos.

Dicen que hace más de tres años pensó por primera vez Peral en la construcción de un torpedero submarino. Practicados sin levantar mano los cálculos y estudios necesarios, dió en breve por re-

suelto el problema, si bien por temor de arriesgar en un ensayo de tal importancia su reputación, durante un año guardó acerca de su invento la reserva más absoluta.

Después, según ha dicho uno de los biógrafos de Peral, creo que en *La Ilustración Española*, al ocurrir el conflicto de las Carolinas que produjo en toda España la explosión de entusiasmo patrio que siempre recordaremos con orgullo, juzgó el Sr. Peral que era casi un crimen no dar á su país los valiosos auxilios que su invento podía proporcionarle en aquel conflicto, aunque fuese á costa de su reputación en el caso poco probable de un fracaso; y guiado entonces por ese patriótico impulso y por los consejos de sus jefes y compañeros, á quienes comunicó en aquellos días su proyecto, dió cuenta de éste en carta reservada al Sr. Ministro de Marina, que era entonces el Vicealmirante Sr. Pezuela, y fué llamado por orden telegráfica á Madrid para que desarrollase sus teorías ante una junta técnica nombrada al efecto.

Esta junta informó favorablemente el proyecto del Sr. Peral, aunque exigió al inventor que hiciera prácticamente los ensayos de la clase de motor que había de llevar el barco y de la parte relativa á la respiración. La escasez de recursos con que entonces se contaba en los presupuestos de Marina fué causa de que en tales experiencias no indispensables se perdiese cerca de un año, y una vez ejecutadas con éxito completo, el inventor presentó los planos definitivos de un tipo de torpedero sub-

marino, acompañándolos de una *Memoria* que contenía todos los cálculos relativos al proyecto y un plan de defensa de todas las costas de España, empleando esta clase de buques, y cuyas gastos ascendian sólo á la mitad del coste de un acorazado.

El proyecto, después de formarse el indispensable expediente fué otra vez informado favorablemente á los pocos meses, pero exigióse al inventor que antes de construir el barco se experimentase también otro de sus aparatos, el mismo que pocos días hace fué examinado en el Ministerio de Marina por S. M. la Reina Regente, los Ministros de Marina y de la Guerra y otros distinguidos generales del ejército y la Armada; ingenioso y sencillísimo aparato (sobre el cual se procura guardar la más absoluta reserva) oficialmente examinado en Cádiz por una junta competentísima que dió de él un brillante informe, y con el cual se considera resuelto el trascendental problema de la navegación submarina á grandes velocidades y su aplicación á la guerra, resultando el arma más terrible entre todas las que hasta el día usan los barcos de combate.

Dentro de pocos días, se verificarán las pruebas, vencidos ya como están todos los obstáculos, y cuando después de lanzado el torpedo, y volado el casco viejo que sirva de blanco, Peral haga subir al barco, y éste reaparezca en las aguas de Cádiz, España debe lanzar un viva ensordecedor por la boca de hierro de sus cañones, y aclamar al hombre que le proporciona tan asombrosa máquina de defensa y de combate.

Con Peral se embarcarán en el submarino los oficiales torpedistas Iribarren y Moya, los electricistas Mercader y Moya, los Sres. Novo y Capriles, un Contramaestre y el maquinista que se llama *Noé*, circunstancia que resulta muy curiosa.

Hasta ahora hemos estado por mar, debajo de todas las naciones. De hoy en adelante tendremos *debajo* del mar la seguridad más grande que apetecer pudiéramos.

Y como si la modestia de Isaac Peral, se resistiera á que su invento luzca á la luz del sol, ese adelanto que nos ha de colocar á la cabeza de todos los países, estará siempre oculto á las miradas, sumergido á grandes profundidades como la quilla destrozada del buque náufrago. Quiere decir que España no hará ostentación de su poderío, como Peral no lo ha hecho de su obra.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Un mes que termina con tanta gloria, bien merece que de él guardemos grato recuerdo.

---




## El teatro y el libro.

### El Teatro.

En el segundo semestre del año actual se han estrenado en los coliseos de Madrid, 75 obras repartidas en la siguiente forma:

PRÍNCIPE ALFONSO

*Tío, yo no he sido...*, de Felipe Pérez y el maestro Rubio, representado con gran éxito; *Rey reina*, de Tormo (hijo) y el maestro Nieto, *El alcalde de Amurrio*, de Nogués y Caballero; *Escuela modelo* y *Detalles para la historia*.

## FELIPE

*La casaca*, de Liern y Rubio; *La beneficiada*, de Fiacro Yrayzoz y Brull; *El quinto cielo*, de Zúñiga y Quijano, autores de la letra y de la música; *Lección conyugal*, *Los de Cuba*, *Al agua patos*, *En el ambigú*, *Bordeax*, *Soltero y mártir*, de Jackson y Mariani.

De todas estas obras, las que más han agradado son: *El quinto cielo* y *Al agua patos*.

## MARAVILLAS

*Por irradiación* que llevó un revolcón; *La verdad desnuda*, de Cantó y Arniches, música de Brull, muy celebrada porque el libro y la música tienen gracia, y porque las coristas... salen lo mismo que la verdad; *Nanon*, zarzuela en dos actos; *Horchata de chufas*, sainete digno de mejor suerte, siquiera por la chispeante música que le ha puesto el maestro Barbieri; *Las toreras*, de Cuartero y Reig; *El canario más sonoro*, de Sánchez Seña; *Quedarse in albis*, de Cocat y Criado; *Los duros falsos*, de Navarro Gonzalvo, á quien compadezco si tiene muchos así; *Mateito*, y *Perder la pista*.

## RECOLETOS

*Los botijos*, *Aquello*, *En la plaza de Oriente*, *Epílogo*, *Despacho parroquial*, *El golpe de gracia*, *Apolo y com-*

*pañía*, *De Madrid á Siberia*, que aun estrenándose en pleno verano dejó al público demasiado frío; *Por España*, *Timos conyugales*.

Éxito justificado el de *Despacho parroquial.*

## LARA

*La ducha*, refundición de la comedia en tres actos, que con el mismo título escribió hace tiempo Mariano Pina, es obra que resulta bien en este teatro, aunque su factura no es del todo fina; *¡Puf!* de Ramón Marsal, trabajo delicado y asunto pobre; *La sonámbula*, arreglo del francés, de Ricardo Blasco; *Baltasara la pollera*, de Flores García; *El verdadero Zaragozano*, de Santiago Gascón, obra recibida con frialdad, á pesar de estar escrita con gran corrección, y tener chistes de buena ley; *Los presupuestos*, de Constantino Gil; *El señor gobernador*, de Ramos y Vital, el éxito más legítimo en lo que va de temporada; fábula bien urdida, prosa amena, diálogo vivo, tipos verosímiles, y chistes á granel; *Mi misma cara*, de Pina Domínguez, muy aplaudida; *La cáscara amarga*, de José Estremera, producción de mucho enredo y muy bien hecha.

## ESLAVA

*Septiembre, Eslava y compañía*, apropósito de Larra, Gullón y Caballero, que no tiene nada de particular; *Las virtuosas*, de Monasterio y Brull, el libro muy desigual, la música muy buena, el éxito franco;

*El gorro frigio*, de Celso Lucio y Limendoux, que encaja como anillo al dedo en el escenario de Eslava y que es una obra llena de gracia, de ingenio y digna del éxito alcanzado: la música de Nieto, agradabilísima; *El lavadero del mico:* el mico se lo llevaron los autores; *Las manías*, en cuyo estreno dió el público en *la* de que no le había de gustar la obra... y no le gustó; *Los gallegos*, *El bazar del cisne*, y *Ortografía*, revista de los señores Cantó y Arniches, de asunto nuevo aunque poco teatral, que ha conseguido para ese teatro un éxito de los que se agradecen en Contaduría; la música es de Chapí, y con esto queda hecho su mayor elogio. Riquelme, Larra y Carreras siguen adelantando. Darán guerra muy pronto.

## ESPAÑOL

Arreglados los fosos y otros desperfectos, ha vuelto á abrir sus puertas, y echando mucho de menos á Rafael Calvo, ha entretenido la mitad de la temporada con obras de repertorio, y ha estrenado dos, *Lo sublime en lo vulgar*, de que hablo por separado, y *Pedro el bastardo*, drama de corte antiguo, versificado de un modo brillantísimo por sus autores Velarde y Cabestany.

## COMEDIA

*Cuidadito con los hombres, ó el merendero de la Pepa*, sainete de Javier Búrgos, poco éxito; *Los burgueses*

*de Pontarcy*, traducción de la comedia de Sardou, hecha por Valdés, con la corrección que le caracteriza; *El enemigo*, comedia en tres actos de Miguel Echegaray, muy graciosa y muy bien dialogada, aunque se basa en una situación falsa; *Farsa de amor*, arreglo del francés, por J. Gaztambide; *El gorro del tío*, otro arreglito; *La segunda esposa*, comedia en tres actos de Pleguezuelo; *El casado casa quiere*, de Acosta Donaire, una *cosita* discreta; *Gloria*, de Leopoldo Cano; *Militares y paisanos*, otro arreglo (esta vez del italiano) muy bien hecho por el hijo de Mario.

### APOLO

A oscuras.

### ZARZUELA

A oscuras también el de Jovellanos.

En los pocos días que la luz ha querido alumbrar, se han estrenado: *La exposición universal*, de Pina y Chapí, y *Por mar y por tierra*, zarzuela de rompe y rasga..., digo, de Ruesga y Lastra, que no ha conseguido agradar, á pesar de la bonita música de Nieto.

### PRICE

Este año está desconocido por la clase de público que asiste, y porque no hay los escándalos de otras veces. Desde la inauguración de la temporada se han estrenado dos obras, ambas con gran

éxito, *El alcalde de Strarberg*, y *Un tutor modelo*. El libro de la primera, es un arreglo hecho *ad hoc* para la música de una opereta de Milloker; el trabajo del Sr. Jackes acusa, discreción ingenio y paciencia. La partitura bellísima. La segunda se anunció tres veces en el cartel con el título de *Los sacamuelas*, y no llegó á representarse por prohibición gubernativa. Al fin se estrenó con el título que apuntado queda. El libro de Navarro Gonzalvo, es flojo. La música muy alegre, especialmente un pasacalle que se hará popular.

### MARTÍN

En este teatro, donde para empezar la temporada se han hecho obras de importancia que lo han dejado todo muy bonito, muy limpito, y muy arregladito, se han estrenado: *Al pozo*, de Casañ y Grajal; *Lo que va de ayer á hoy*, de Jackson, Cortés y Rubio; *Los madrugadores*, de Usua y Rubio; *Lucifer*, de Sinesio Delgado y Brull; *El pasmo de Cecilia*, de Zúñiga y Caballero; *Tengo un niño chiquitín*, de Navarro Gonzalvo, Iraizoz y Jiménez; *El tío vivo*, de Jackson, Cortés y Taboada; *Santo y seña*, de Ruesga, Rivero y Rubio; *Oro, plata, cobre... y nada*, de Felipe Pérez y Rubio.

De todas estas obras sólo dos han tenido éxito: *Lucifer* y *Oro, plata, cobre... y nada.*

Tiene *Lucifer* un libro bien versificado, un asunto de capricho, y muchos chistes. El *Oro, plata, cobre... y nada*, abunda en chistes de dicción del

estilo especial de Felipe Pérez, y es obra muy entretenida y digna de la acogida que el público la ha dispensado. En este teatro son los actores favoritos Julia Segovia, Rochel y Sigler. El segundo especialmente es de los pocos buenos actores cómicos que nos quedan.

**El libro.**

Entre los publicados en el segundo semestre del año actual, recuerdo los siguientes: *La movilización de* 1887 *en Francia*, por D. Genaro Alas; *Acordes y disonancias*, poesías de Belmonte y Muller; *Desafinaciones*, de Juan Pérez Zúñiga; *El crimen de la calle de Fuencarral*, por doña Rosario de Acuña; *El primer capricho*, narraciones cortas de García Alemán; *La traviesa*, por J. Navarro Reza; *Noli me tangere*, novela tágala, de J. Rizal; *Un joven sensible*, novela de J. de Siles; *Guía ilustrada de la Exposición de Barcelona*, por Valero de Tornos; *El juego*, estudio jurídico, por Rafael Comenges; *Tradiciones infundadas*, por Fernández Duro; *La hipoteca naval en España*, curioso estudio de legislación mercantil comparada, por Leopoldo G. Revilla; *Del natural*, (copias varias) por el Padre Luis Coloma, de la Compañía de Jesús, un libro muy bien escrito; *La escuela de tauromaquia de Sevilla*, por Pascual Millaus; *Historia de la Literatura Griega*, libro muy útil, traducido directamente del alemán por Ricardo Hinojosa; *Galiano*, por el Doctor Thebussem; *La iglesia y los toros*, de F. R. Uhagon; *Folletos literarios (Ma-*

*drid, Londres)*, por Valero Hervás; *Mezclilla* (crítica y sátira), por Leopoldo Alas; *Aventuras de un ochavo*, por Teodoro Baró; *El libro gris*, poesías íntimas de Arturo Gazul, que es un verdadero poeta del corte y el gusto de Becquer; *Naturaleza y estado actual de la Economía Política*, discurso leído en el Ateneo de Madrid por su autor D. Cristóbal Botella; *El pilluelo*, novela de García Alemán; *Un paquete de cartas*, de L. Montoto; *Las escuadras europeas*, de Novo y Colson; *Colmos y colmillos*, de Juan Gómez Landero, obra muy original por cierto, precedida de una carta de Santiago de Liniers, y sazonada con el gracejo del autor, bien conocido del público por sus campañas periodísticas en los buenos tiempos de *El Cronista* y *La Ensalada*, semanario satírico de regocijada memoria. Tiene además el libro el aliciente de unas ingeniosas ilustraciones de La Cerda; *Leyendas y tradiciones*, por Eugenio de Olavarría, que es una especialidad en esta clase de trabajos; *Obras de doña Oliva Sabuco de Nantes*, escritora del siglo XVI, libro que, aparte de su interés, tiene el mérito de ser un verdadero modelo de tipografía, que honra á la casa de Ricardo Fé; *Sociedades cooperativas*, por Manuel Pedregal; *El gusano de luz*, preciosa novela de Salvador Rueda, en la que abundan las descripciones primorosas, que Rueda *pinta* más que escribe; *Acontecimientos literarios*, por Melchor de Palau; *Bodas de azar*, por el infatigable y popular escritor Sánchez Pérez.

Aparte de esto, el consabido montón de alma-

naques, del cual es justo entresacar, el de *La Ilustración*, y el *Sud Americano.*

---

## La bandera.

Es costumbre, cuando se termina la construccion de un edificio, colocar una bandera en el caballete del tejado.

Yo, al terminar este libro, voy también á poner una sobre su última cuartilla, y ya izada, á saludarla como se merece, antes de dar fin á mi trabajo.




¡La bandera española!

Bendita sea.

Es el guión de un pueblo honrado que se levanta en armas para vencer ó morir, en defensa de prendas de su amor ocultas en el hogar; es más que un altivo guerrero, más que un atleta poderoso, porque es el rayo espiritual de la victoria. Colgada en el templo, conmueve el corazón y lo exalta, porque es un harapo sublime por cuya conservación se hace uno matar en los campos de batalla, porque es un pliegue sagrado del vestido de la patria, porque es el símbolo de la independencia de la raza y de la libertad del territorio.

En los días de triunfo, la bandera nacional ondea agitada por la brisa gloriosa, y nos da sombra con sus pliegues zurcidos á balazos.

En los días de desgracia, el valor indígena se agrupa en torno de la bandera, desafía los peligros y cuando es preciso morir, la vemos que se despliega bizarra al viento de la pólvora enemiga, y el pueblo marcha delante á paso de ataque, con unión y disciplina; sin decaimientos.



Contar la historia de la bandera equivale á evocar el cuadro de nuestras batallas, la efeméride de nuestros héroes legendarios, la elegía de nuestros dolores, y la epopeya de nuestros sacrificios.

Equivaldría á deletrear sobre girones de seda, la crónica completa de los usos y costumbres y modos de ser geniales de las guerrillas españolas, á grabar en las viviendas la historia épica de nuestros ejércitos, la variedad regional de nuestras grandezas y de nuestras energías militares, de nuestro valor, admirado siempre en el mundo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Llegué por fin á la meta con la pluma cansada

de tanto galonear por praderas y montañas; de tanto andar por caminos de herradura apenas practicables, y por senderos abruptos sin nivel y con baches.

Acaban de dar las doce en todos los relojes de Madrid; las campanas de las iglesias tocan á vuelo llamando á los fieles á la misa del gallo.

Los hogares católicos se han vestido de gala, porque las familias reunidas sin que falte una sola, acaban de tomar la colación y de cantar alegres villancicos.



Por las calles en dirección á las iglesias, van grupos desparramados de hombres, mujeres y niños, bailando al són de rabeles y zambombas, de

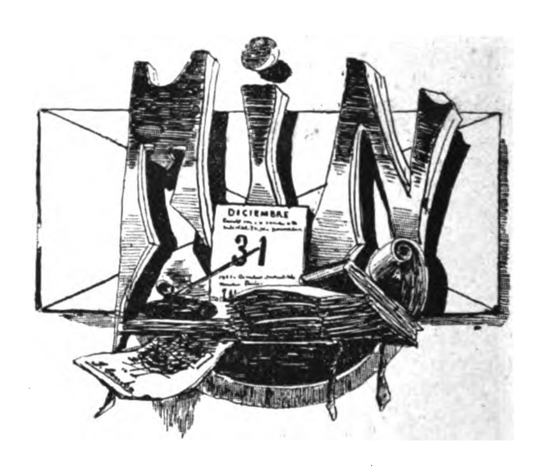


bandurrias y guitarras, de violines descordados y flautines afónicos.

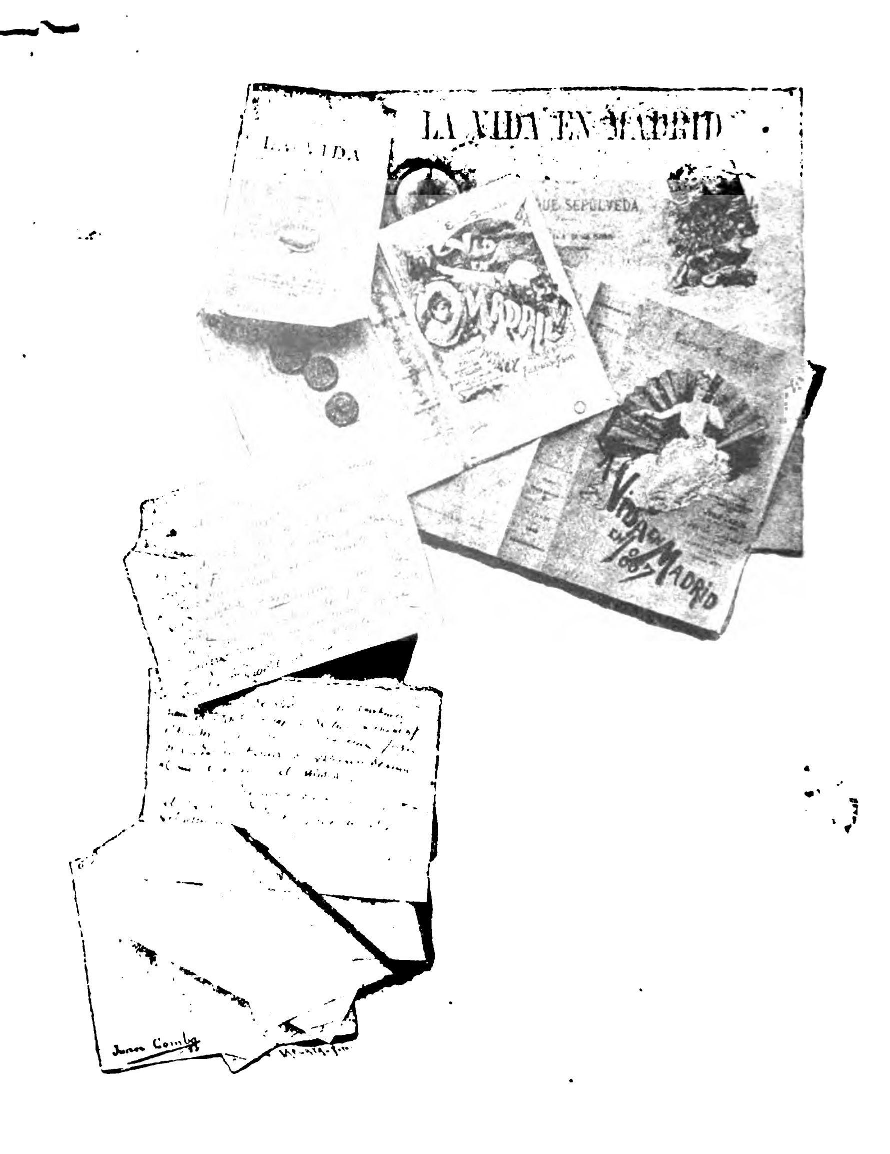
Es la gran fiesta de la alegría nacional en estas tierras católicas.

Yo he cenado también con los míos, teniendo al lado del turrón clásico, las cuartillas borrosas de este libro, que Dios permita resulte agradable á mis lectores, y ahora me voy á la misa matutina que tantos recuerdos despierta en mi imaginación.

El año 1888 concluirá dentro de pocos días, y como creo que nada me resta que decir de él, cierro el tintero y guardo la pluma hasta el nuevo sol de 1889.



Lib. Wagner.




Los pedidos, á casa del Autor, Conde de Aranda, 5, bajo, izquierda.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06294 0294
UNIV. OF MICH.
NOV 9 1923
DO NOT REMOVE
OR
MUTILATE CARD
Digitized by Google

